
JOLENE
LO QUE DEJÉ ATRÁS
Rachel M.M

JOLENE

LO QUE DEJÉ ATRÁS

JOLENE

LO QUE DEJÉ ATRÁS



Rachel M.M

Jolene: Lo que dejé atrás
Rachel M. M.

© 2026, Rachel M. M.
Todos los derechos reservados.

Diseño de portada, maquetación y corrección: Rachel M. M.

ISBN: 9798257322143 Independently published

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de la titular del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación de la autora o se usan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales es pura coincidencia.

A mi hermana Andrea, por escuchar mis historias desde el principio, cuando aún eran solo nuestras.

Agradecimientos

A mi madre, por darme el coraje para atreverme a publicar.

A mi padre, que confió en mi talento antes incluso de leer una sola página.

A mi amigo Carlos Zifuentes, por su sinceridad y apoyo.

Y sobre todo a mi hermana Andrea, por ser mi primera lectora y la razón de que este libro exista.

Gracias. Os quiero.

1

Sentada en el asiento del copiloto, sostenía con cuidado un regalo envuelto en papel rojo brillante, adornado con un lazo blanco impecable. Mis dedos no dejaban de juguetear con el lazo, mientras mi mente divagaba en una espiral de dudas. ¿Había elegido el conjunto adecuado para la ocasión? Los pendientes que llevaba, unos pequeños aros de oro, ahora me parecían demasiado llamativos. Deseé haber optado por las perlas, esas que siempre me habían parecido discretas y elegantes. Sin duda, habrían combinado mejor con el resto de mi atuendo: botas altas, medias negras, una falda de cuadros y un jersey rojo que, de repente, también me parecía cuestionable. No todos los días se conocía a los padres del hombre del que estabas enamorada.

—Estás preciosa —dijo Jesse, apartando brevemente la mirada de la carretera para posar su mano cálida sobre mi rodilla—. Les vas a encantar —añadió con una sonrisa tan dulce que solo él era capaz de esbozar. Su cabello castaño claro, siempre un poco desordenado,

se movía suavemente con la brisa del aire acondicionado, cayendo sobre su frente de una manera que lo hacía parecer aún más atractivo, si eso era posible.

—No sé si ir a cenar con tus padres en Navidad ha sido una buena idea —confesé, sin poder ocultar el temor que se apoderaba de mi voz.

—Les gustarás —respondió Jesse, mirándome con aquellos ojos azules que parecían contener el cielo en su profundidad—. ¿A quién no podrías gustarle?

—Su querido hijo, el perfecto doctor Jesse Prescott, saliendo con una simple asistente de enfermería —dije, mordiéndome el labio inferior—. Estoy segura de que no creerán que estoy a la altura. —No estaba segura de si eran ellos quienes pensarían eso o si, en realidad, era yo misma quien lo creía.

—No me gusta que hables así, ya lo sabes —dijo Jesse, deslizando su mano desde mi rodilla hasta acariciar mi mejilla con suavidad—. Además, dentro de poco serás la enfermera Emma Miller. Has trabajado tanto estos últimos años... Estoy tan orgulloso de ti.

—Aún no lo he conseguido —respondí, sintiendo cómo el nudo en mi estómago se apretaba—. Tengo que hacer el examen, y no sé si me da más miedo eso o esto. —Ambos soltamos una risa tensa, tratando de aliviar la tensión.

—No tienes de qué preocuparte —dijo Jesse, apretándome la mano con firmeza—. Les he hablado tanto de ti que están emocionados por conocerte. Llevamos tres años juntos, y han sido los mejores de mi vida. Pero ya no podía retrasar más este momento. —Su voz era calmada, pero había una determinación en sus palabras que intentaba transmitirme seguridad.

Sin embargo, yo no podía evitar sentirme abrumada. No era capaz de comprender del todo lo que significaba tener una familia como la suya. Mi vida había sido diferente, marcada por ausencias y silencios que ahora resonaban en mi mente. No sabía si sería capaz

de comportarme como se esperaba, de encajar en un lugar como aquel, rodeada de personas que parecían tenerlo todo resuelto.

El viaje desde Capitol Hill, el barrio donde teníamos nuestro apartamento, en el corazón vibrante de Seattle, hasta el sereno y exclusivo vecindario de Medina, estaba siendo como transitar entre dos mundos distintos. Mientras el coche de Jesse se deslizaba por las calles iluminadas por las luces navideñas, yo me dejaba llevar por el paisaje que se transformaba ante mis ojos. Dejamos atrás el bullicio de la ciudad, los edificios altos adornados con guirnaldas luminosas y las calles llenas de gente que cargaba bolsas de regalos, para adentrarnos en un entorno más tranquilo y sofisticado.

A medida que nos acercábamos a Medina, el ambiente se volvía más íntimo y acogedor. Las casas, grandes y elegantes, se alzaban imponentes entre la niebla ligera de la noche. Sus ventanas brillaban con la cálida luz interior, y los árboles de Navidad, decorados con esmero, completaban la estampa.

Jesse condujo por una calle tranquila, flanqueada por árboles altos y frondosos, hasta llegar a una casa que destacaba entre las demás. Era una residencia amplia y luminosa, con un estilo clásico pero moderno, rodeada por un jardín perfectamente cuidado. Las luces navideñas adornaban el techo y los marcos de las ventanas, y en el centro del jardín había un árbol decorado con esferas doradas y plateadas que brillaban bajo la luz de la luna. La chimenea de la casa desprendía un suave humo que se elevaba hacia el cielo, y el aroma a leña quemada se mezclaba con el frío de la noche.

—Aquí es —dijo Jesse, apagando el motor y mirándome con una expresión tranquilizadora—. ¿Lista?

No estaba segura de estarlo, pero asentí de todos modos. Mientras salía del coche, el crujido de la grava bajo mis botas y el frío que me rozaba la piel me recordaron que este era un mundo diferente al mío. Respiré hondo, sintiendo el aire fresco llenar mis pulmones, y me aferré al regalo que llevaba entre las manos, como si fuera un talismán que me protegería de mis propias inseguridades. La casa de sus padres parecía salida de una postal navideña, y yo

solo esperaba no desentonar demasiado en aquel escenario perfecto.

En un gesto rápido y protector, Jesse deslizó su brazo sobre mis hombros, queriendo ahuyentar mis nervios con ese simple movimiento. Sin embargo, yo seguía rígida, con una sonrisa que poco tenía de auténtica. Caminamos juntos por el sendero iluminado por las luces navideñas, cada paso me acercaba más a la puerta, y con ella, a la inevitable presentación.

Jesse no tuvo siquiera la oportunidad de llamar. Antes de que su mano pudiera tocar el timbre, la puerta se abrió con un suave crujido, revelando a una mujer que sin duda era la madre de Jesse, y aunque nunca la había visto en persona, su presencia era tan acogedora y familiar como él me la había descrito.

A sus sesenta y dos años, llevaba la edad con una elegancia natural. Su cabello rubio ceniza, corto y ondulado, enmarcaba un rostro de ojos claros y vivaces que irradiaban curiosidad. Vestía un suéter de lana beige con motivos navideños y unos jeans oscuros que le daban un aire relajado. En sus manos sostenía una taza de té humeante, y su expresión, radiante y acogedora, iluminó el umbral de la puerta.

—¡Aquí están! —exclamó con una voz melodiosa que parecía acariciar el aire frío de la noche—. Jesse, cariño, y tú debes ser Emma —dijo, mirándome con una expresión que mezclaba curiosidad y calidez—. ¡Por fin! Llevábamos meses esperando conocerte.

Su entusiasmo era contagioso, pero aún así, sentí cómo mi sonrisa tensa se esforzaba por parecer más auténtica. Jesse apretó mi hombro suavemente, como recordándome que todo estaría bien, pero bajo la mirada de su madre, no podía evitar sentir que el mundo se movía un poco más rápido de lo que yo podía seguir.

—¡Chicos, ya están aquí! —anunció la madre de Jesse con una voz que resonó vibrante por toda la casa, revelando la impaciencia con la que nos habían estado esperando.

—Pero bueno, no os quedéis en la puerta —continuó, después de dar un beso cariñoso en la mejilla a Jesse—. Entrad, entrad, hace mucho frío. —Su tono era tan acogedor como el ambiente que se respiraba en el interior de la casa, y casi sin darme cuenta, me encontré cruzando el umbral.

El interior de la casa era una mezcla perfecta de distinción y calidez. Las paredes, pintadas en tonos neutros, estaban adornadas con cuadros de paisajes serenos y fotografías familiares que capturaban momentos felices. La decoración navideña estaba presente en cada rincón, pero con un gusto exquisito: guirnaldas de luces suaves envolvían las escaleras, un árbol de Navidad majestuoso, decorado con esferas de colores discretos y luces tenues, ocupaba un lugar destacado en la sala, y centros de mesa con velas y ramas de pino añadían un toque festivo sin resultar abrumadores.

El sonido de risas infantiles llenaba el aire. Un par de niños, con mejillas sonrosadas y ojos brillantes, corrían por la sala, persiguiéndose entre sí con juguetes en las manos. En el sofá, un grupo de adultos conversaba animadamente, sus voces mezclándose con la música navideña que sonaba de fondo, una melodía suave y alegre que completaba la atmósfera.

La madre de Jesse nos guió hacia el interior, y mientras avanzábamos, sentí cómo las miradas curiosas de los presentes se posaban sobre mí. Jesse, siempre atento, apretó mi mano con suavidad, como recordándome que no estaba sola. Pero aun así, la sensación de ser el centro de atención en un lugar tan hermoso me hacía sentir la protagonista de una función, interpretando un papel.

—Querida, dame el abrigo —me dijo su madre con una expresión radiante, extendiendo sus manos—. Si quieres, también puedes darme el regalo y lo dejaré en el árbol junto al resto —añadió con una amabilidad tan genuina que casi logró relajarme. Casi.

—Por supuesto —respondí, entregándole el obsequio y el abrigo con manos que intentaban no temblar. Me sentí de repente más expuesta, como si me hubieran quitado una capa de protección. Mis

manos, ahora libres, se convirtieron en un problema. No quería cruzarlas sobre el pecho y parecer distante o antipática, pero tampoco quería moverlas sin rumbo y delatar lo nerviosa que estaba. Al final, las entrelacé frente a mí, tratando de parecer lo más natural posible.

—Hola, yo soy Hallie, la hermana de Jesse —dijo una voz alegre a mi lado. Me giré para encontrarme con una mujer casi tan alta como Jesse, con un parecido asombroso a su madre. Tenía el mismo cabello, recogido en un moño desenfadado, y los mismos ojos claros que parecían sonreír incluso cuando su boca no lo hacía. Llevaba un suéter negro con un estampado navideño discreto que le daba un aire festivo sin resultar exagerado—. Y estos de aquí son mis pequeños monstruitos —añadió, señalando a tres niños que se acercaron corriendo.

—Este es mi hombrecito, Tom —dijo, colocando sus manos sobre los hombros de un niño de unos diez u once años, que me miró con una sonrisa tímida—. Esta es mi pequeña princesa, Piper —continuó, señalando a una niña de unos siete años, con trenzas rubias y una sonrisa que iluminaba su rostro—. Y este es mi pequeño travieso duendecillo, Blake —añadió, levantando en brazos a un niño de unos cinco años, que se rió con una carcajada contagiosa. Los tres me miraron con ojos grandes y expectantes, convertida para ellos en una curiosidad recién descubierta, antes de correr hacia Jesse para saludarlo con abrazos y risas.

—Venga, chicos, no seáis pesados —dijo Hallie, riendo mientras observaba la escena familiar que se desarrollaba frente a nosotros. Jesse se agachó para abrazar a sus sobrinos, y por un momento, me olvidé de mis nervios al verlo interactuar con ellos con tanta naturalidad y cariño.

—Espero que no te estés sintiendo abrumada —me dijo Hallie, llevándome hacia el sofá donde el resto de los invitados estaban sentados, charlando y riendo.

—No, es una casa preciosa y tienes una familia genial —respondí, tratando de sonar convincente mientras ocultaba mi nerviosismo

bajo un gesto cordial—. Es un honor que me hayáis invitado.

En ese momento, otra hermana se sentó a mi lado. Era algo mayor, rozando los cuarenta, con el cabello suelto y de un tono castaño cobrizo que brillaba bajo la luz de la lámpara. Sus ojos, del mismo azul claro que los de Jesse, resaltaban aún más en su rostro, y las pequeñas arrugas alrededor de ellos le daban un aire maduro pero igualmente elegante.

—Estamos empezando a pensar que no existías y que eras una alucinación de mi hermano —dijo con una sonrisa traviesa, mientras el hombre que estaba detrás de ella, probablemente su marido, se reía y se ajustaba las gafas.

—Vamos, Kim, no seas mala —intervino Hallie, lanzándole una mirada cómplice a su hermana—. No le hagas caso, Emma. Ya nos irás conociendo —añadió, dándome un suave golpecito en el brazo como si fuera una vieja amiga.

Kim se rió, y aunque sus palabras podrían haber sonado un poco directas, había una amabilidad en su tono que me hizo sentir un poco más cómoda.

No pudimos continuar con la charla cuando un hombre apareció en la sala con una bandeja en las manos, sosteniendo un trozo de jamón que desprendía un aroma irresistible. Era alto, de cabello plateado, con un gesto pícaro que iluminaba su rostro. Su aspecto era inconfundible: llevaba una camisa a cuadros rojos y verdes y un delantal navideño.

—¿Quién quiere el jamón del abuelo Steve? —anunció con voz jovial, levantando la bandeja como si fuera un tesoro. Su entusiasmo era contagioso, y todos en la sala respondieron con risas y exclamaciones de aprobación.

Poco a poco, la familia se dirigió hacia la mesa, que ya estaba preparada. El plato principal era un asado de jamón glaseado con miel y piña, acompañado de puré de patatas cremoso, judías verdes salteadas con almendras y una fuente de rollitos de pan recién horneados. Todo estaba dispuesto con cuidado; nada se había

dejado al azar. Los maridos de Hallie y Kim ocuparon sus puestos con la naturalidad de quien conoce a la perfección su lugar en aquel ritual familiar. El marido de Hallie, un hombre alto y de complexión atlética, con el cabello corto y una sonrisa fácil, se sentó junto a ella. Mientras que el marido de Kim, más delgado y con gafas de montura fina, se acomodó a su lado con una expresión tranquila y amable.

Los niños también tomaron sus asientos, riendo y jugueteando entre ellos, mientras yo esperaba cerca de la mesa, insegura de dónde sentarme. Jesse apareció a mi lado y me tomó de la mano con suavidad.

—Ven, cariño, siéntate aquí —dijo, señalando un lugar junto a él.

Antes de que pudiera sentarme, el padre de Jesse se acercó a mi asiento con un gesto cómplice. Con una exagerada reverencia que hizo reír a todos, especialmente a los niños, que lo observaban con ojos brillantes de diversión, extendió su mano hacia mí.

—Señorita —dijo con un tono teatral, inclinándose ligeramente—, es un honor tenerla en nuestra mesa.

Con bastante vergüenza, le di la mano, y él la besó con una galantería que solo aumentó las risas a su alrededor.

—Vamos, papá, deja de hacer el payaso —dijo Jesse, riendo pero con un tono de advertencia en su voz. Sabía que aquel gesto, aunque bienintencionado, me estaba incomodando.

—Es realmente un placer conocerla —continuó el padre de Jesse, sin soltarme la mano—. Ahora entiendo por qué mi hijo te ocultaba tanto. Eres realmente una chica preciosa, más guapa incluso de lo que nos había dicho. Y te aseguro que ha sido muy pesado con el tema —añadió, provocando otra carcajada general mientras yo me ponía roja como un tomate.

—Vamos, Steve, no pongas en apuros a la chica —intervino su madre, llevándolo de vuelta a su asiento con una mezcla de cariño y exasperación. Agradecí su intervención, aunque no pude evitar sonreír ante la situación.

Finalmente, todos nos sentamos y la cena comenzó. Los platos se sirvieron y las conversaciones fluyeron con naturalidad. Hablaron del tiempo, de temas superficiales y de anécdotas de la infancia de Jesse y sus hermanas. Las risas resonaban en la sala, especialmente cuando contaban historias de los recitales escolares de los niños o de sus travesuras. Poco a poco, me fui sintiendo menos como el centro de atención y más como parte de aquel círculo cálido y acogedor. Jesse, a mi lado, me sonreía de vez en cuando, como si supiera que finalmente me estaba relajando. Y, aunque todavía había un nudo de nervios en mi estómago, comencé a disfrutar de aquella noche que, contra todo pronóstico, estaba yendo mejor de lo que había imaginado.

—Entonces, Emma, ¿eras de Texas, no? —preguntó el padre de Jesse, inclinándose ligeramente hacia mí mientras cortaba un trozo de jamón. Su tono era casual, pero había algo en su mirada que me escudriñaba con la precisión de un microscopio. Asentí con la cabeza, tratando de sonreír con naturalidad.

—Sí, así es —respondí, esperando que con eso fuera suficiente. Pero no lo fue.

—Muy lejos de aquí —continuó él, masticando lentamente mientras me observaba—. ¿Y cómo acaba alguien de Texas aquí, en Seattle? —preguntó, como si fuera la pregunta más normal del mundo.

Jesse, sentado a mi lado, intervino rápidamente, notando mi incomodidad.

—Papá, no la bombardees con preguntas —dijo con un gesto forzado—. Ya sabes cómo eres, deformación profesional. —Su comentario provocó algunas risas alrededor de la mesa, pero no logró disipar del todo la tensión que comenzaba a formarse.

—No, no, está bien —dije demasiado rápido—. Supongo que necesitaba un cambio de aires. —Dejé la respuesta vaga, esperando que fuera suficiente para satisfacer su curiosidad sin tener que entrar en detalles.

Pero la familia no parecía dispuesta a dejar el tema tan fácilmente. Hallie, sentada al otro lado de la mesa, se inclinó hacia adelante con interés.

—¿Y qué te hizo elegir Seattle? —preguntó, con una sonrisa amable pero persistente—. No es precisamente el lugar más obvio para alguien de Texas.

—Bueno, es una ciudad bonita —respondí, jugueteando con mi tenedor—. Tiene mucho que ofrecer. —Mi voz sonó más débil de lo que esperaba, y noté cómo Jesse me apretaba la mano bajo la mesa.

—¿Y tu familia? —preguntó Kim, la hermana mayor, mientras servía un poco más de puré de patatas en su plato—. ¿También se mudaron contigo?

—No, ellos se quedaron en Texas —dije rápidamente, evitando su mirada. Sentí cómo el ambiente en la mesa se volvía más pesado, consciente de que todos notaban que estaba evadiendo el tema.

—Ah, entonces debes extrañarlos mucho —comentó la madre de Jesse—. ¿Vas a visitarlos para Navidad?

—No, este año no —respondí, sintiendo cómo mi sonrisa se volvía más tensa—. Tengo mucho trabajo en el hospital. —Era una excusa débil, y lo sabía, pero no estaba lista para hablar de mi familia, de las razones por las que había dejado Texas atrás y por qué no había vuelto.

Hubo un breve silencio incómodo en la mesa, roto solo por el tintineo de los cubiertos contra los platos. Jesse intentó cambiar de tema rápidamente.

—Oye, papá, ¿has visto el último partido de los Seahawks? —preguntó, con un tono forzadamente animado.

—Sí, claro —respondió su padre, pero su mirada aún se posaba en mí, como queriendo indagar más antes de cambiar de conversación—. Aunque no sé qué les pasa este año, no están jugando como deberían.

La conversación derivó hacia el fútbol, y por un momento, pareció que la tensión se disipaba. Pero noté cómo las miradas de la familia seguían volviendo hacia mí, tratando de descifrar algo que no estaba dispuesta a revelar.

La cena continuó, con risas y conversaciones más ligeras, pero el ambiente nunca volvió a ser tan relajado como al principio. Cada vez que alguien hacía una pregunta, por inocente que fuera, sentía cómo mi cuerpo se tensaba, preparado para esquivar cualquier intento de profundizar en mi pasado. Y aunque Jesse intentaba protegerme, sabía que no podía evitar que la familia sintiera curiosidad. Después de todo, era la novia misteriosa que había aparecido de la nada, y para ellos, yo era un enigma que aún no estaban seguros de cómo resolver.

Mientras Jesse seguía inmerso en su conversación con su padre, apoyé suavemente la mano sobre su antebrazo. Él se volvió hacia mí, interrumpiéndose a medias, y su mirada se suavizó al encontrarse con la mía.

—Perdona, necesito ir al baño un momento —susurré, lo justo para que solo él me oyera.

—Claro, cariño —respondió comprensivo, rozándome la mano con la yema de los dedos en un gesto fugaz—. Al final del pasillo, a la derecha.

—Gracias —dije, levantándome con cuidado para no hacer ruido con la silla.

Justo cuando empezaba a alejarme, su mano envolvió mi muñeca de forma inesperada. Me giré y encontré sus ojos fijos en los míos, con una intensidad que no encajaba con la charla trivial que sostenía un instante antes.

—No tardes mucho —me pidió en un tono bajo, casi íntimo—. El postre llegará pronto y… quiero que estés aquí para el postre, ¿vale?

Su voz tenía un deje extraño, una tensión apenas perceptible que yo, sin embargo, reconocí al instante. Llevábamos viviendo juntos el

tiempo suficiente como para que conociera cada uno de sus matices. Sabía cuándo esa voz serena ocultaba nerviosismo. Pero en aquel momento, ahogada en el remolino de mis propias inseguridades, no supe —o no quise— prestarle la atención que merecía. Simplemente asentí y seguí mi camino, dejando atrás el eco de sus palabras, que se perdieron entre el bullicio de la cena.

Al llegar al baño, cerré la puerta con suavidad y me apoyé contra ella, dejando escapar un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. Respiré hondo, intentando calmarme, pero el nudo en mi estómago no se deshacía. Me acerqué al espejo y me miré fijamente, como si buscara respuestas en mi propio reflejo.

Mi rostro fino, de pómulos delicados y nariz pequeña, parecía más pálido de lo habitual bajo la luz tibia del baño. Mis ojos verdes, normalmente brillantes, mostraban ahora un tono opaco, apagados por el peso de la noche.

El maquillaje que había aplicado con tanto cuidado antes de salir comenzaba a desvanecerse. El delineador, en particular, se había corrido ligeramente en la esquina exterior, ensuciando mi mirada.

Con movimientos automáticos, humedecí un pañuelo de papel bajo el grifo para limpiar con delicadeza las imperfecciones. Después, rebusqué en mi bolso hasta encontrar el rímel y el labial, retocando lo necesario para recuperar algo de mi compostura.

Mi cabello dorado, recogido en una coleta alta, comenzaba a despeinarse, con algunos mechones rebeldes escapando alrededor de mi rostro. Con un gesto rápido, me los ajusté, asegurándome de que todo estuviera en su lugar. Me observé un momento más en el espejo, tratando de convencerme de que todo iba bien.

—Tranquila —murmuré para mí misma, respirando profundamente una vez más—. Puedes con esto.

Con un último suspiro, me arreglé el suéter rojo, me enderecé y salí del baño, preparada para enfrentar lo que quedaba de la noche. O al menos, para intentarlo.

Pero cuando volví a la mesa, no me había preparado para aquello. Jesse estaba de pie, sosteniendo una pequeña caja de terciopelo azul entre sus manos, y toda la familia me miraba con una mezcla de expectación y emoción que me dejó sin aliento. El murmullo de la casa se apagó de golpe, como si alguien hubiera bajado el volumen del mundo.

—Emma —dijo suavemente, con una voz que resonó en el silencio de la sala—, hay algo que he estado esperando el momento adecuado para preguntarte.

Y en ese instante, supe que mi vida estaba a punto de cambiar para siempre.

2

El mundo se contrajo de repente, encogiéndose hasta los límites de aquella habitación. El aire se enrareció, absorbido por el peso de todas las miradas posadas en mí. Y en el centro, Jesse. Arrodillado. Su sonrisa era un espejismo de amor puro y una fe ciega que me atravesaba como un cuchillo.

—Emma Caren Anderson —su voz llegó a mis oídos como un eco lejano, distorsionado—, me arrodillo ante ti para pedirte que unas tu vida a la mía. Porque eres todo lo que amo, mi principio y mi destino. Te juro que te amaré más allá del tiempo, y que cada aliento que me quede será tuyo.

Mi mente no alcanzaba a procesar lo que estaba ocurriendo, atrapada entre el asombro y una extraña parálisis. Pero ya no había tiempo para pensar. Las miradas me empujaban, el silencio me exigía una respuesta. Y, sin saber muy bien cómo, las palabras salieron solas:

—Sí… claro. Me casaré contigo.

Mi voz sonó más alta de lo que esperaba, pero también hueca, forzada. Tan poco convincente que hasta yo misma sentí el disfraz en cada sílaba.

Antes de que pudiera siquiera respirar, el mundo estalló a mi alrededor. Risas. Aplausos. El abrazo de Jesse, que me envolvió y me sacudió. El estallido de un corcho. Su madre, con una mano en el pecho, conmovida hasta las lágrimas. Miradas cómplices entre las hermanas. Una ola de felicidad colectiva, incontenible, que rompía contra mí.

Y yo, en el centro de aquel torbellino de júbilo, me ahogaba en silencio.

Porque en el fondo, lo que realmente me aterraba no era la propuesta, sino la ceremonia que vendría después. La boda. Los papeles. El escrutinio. Todo lo que podría hacer que los cimientos de mi nueva vida, construidos con tanto cuidado sobre medias verdades, se desmoronaran.

No sabía cómo iba a salir de aquello.

Si Jesse supiera la verdad, si supiera quién era realmente y lo que había hecho, jamás querría estar con alguien como yo.

Había luchado demasiado para dejar de ser esa persona. Para enterrar mi pasado. Para convertirme en Emma.

Mientras sonreía y agradecía a cada uno sus felicitaciones, sentí cómo una sombra se cernía sobre mí.

Cuando la madre de Jesse me abrazó antes de irnos, sentí su calidez envolviéndome, un cariño sincero que no me pertenecía. Su voz sonó suave contra mi oído.

—Cuídalo, ¿sí? Nunca lo había visto así de feliz.

Sonreí y asentí, pero el nudo en mi estómago se apretó aún más, como si mis entrañas supieran la verdad.

En cuanto nos sentamos en el coche, él notó que algo iba mal. Quizás era porque me había cansado de seguir actuando, o tal vez porque, después de todo, Jesse sabía leerme mejor de lo que yo había previsto.

—¿Te has enfadado? —preguntó, mirándome con aquellos ojos de perrito abandonado que siempre conseguían ablandarme—. Espero que no, cariño. Sé que igual ha sido un poco intenso para lo que estás acostumbrada... —comenzó a decir, pero lo interrumpí antes de que pudiera continuar.

—¿Tú crees? —pregunté irónicamente, sin poder ocultar el tono cortante en mi voz—. Sabías de sobra que la cena familiar ya era

demasiado para mí, pero ¿una proposición de matrimonio delante de todos? ¿De verdad? ¿En Navidad? —Las palabras salieron casi sin pensar, cargadas de un enfado que había estado reprimiendo durante toda la noche.

Jesse se quedó en silencio por un momento, como si estuviera buscando la manera de explicarse sin empeorar las cosas.

—Lo sé —dijo finalmente, con un tono más suave—. Pero hablé con mi madre. Lo admito, es una tradición un poco estúpida. Pedir matrimonio en Navidad. Pero siempre ha traído suerte a mi familia. Y yo sé que tú eres la adecuada. —Me tomó las manos y las besó con ternura—. Sé que eres la mujer de mi vida.

Cada palabra suya era un clavo que sellaba mi prisión. Quería aferrarme a la rabia; era mi única armadura. Pero su sinceridad la estaba deshaciendo. Permanecí callada más tiempo del que él esperaba, y su rostro cambió, transformándose en preocupación.

—¿Acaso me hubieras dado otra respuesta de haberlo hecho en nuestro apartamento, a solas? —preguntó, y pude ver el miedo a mi respuesta en sus ojos.

—No, claro que no —contesté, intentando sonar convincente, aunque lo cierto es que no lo tenía del todo claro. No porque no lo quisiera, sino porque me gustaban las cosas como estaban. Los cambios no eran algo en lo que me sintiera cómoda—. Pero lo hubiera preferido. Simplemente ha sido demasiado. Pero claro que me quiero casar contigo.

Finalmente, nos abrazamos. Su cuerpo cálido y familiar, un refugio que conocía muy bien. Por un instante, me rendí al alivio de estar entre sus brazos, como si todo pudiera arreglarse con ese simple contacto.

Sí, Jesse me amaba. Con una intensidad que a veces me asustaba, con una lealtad que merecía algo mejor que mis silencios. Y yo también lo amaba… o al menos amaba la idea de nosotros, la vida que habíamos construido, la promesa de un futuro limpio y sencillo.

Pero esa noche, mientras el coche serpenteaba entre las calles brillantes de Seattle, sentí que el pasado, ese que tanto me había esforzado por dejar atrás, volvía a asomarse. Y esta vez no venía en susurros. Venía con peso. Un peso que se asentaba en mi pecho, más denso que nunca, recordándome que no puedes construir un futuro sobre cimientos que aún sangran.

Llegamos al apartamento, un espacio pequeño pero acogedor que reflejaba la vida ocupada de dos personas que apenas tenían tiempo para detenerse. El salón estaba decorado con muebles funcionales pero cómodos: un sofá de tela gris que había visto mejores días, una mesa de centro llena de revistas médicas y libros de enfermería, y una estantería repleta de fotos enmarcadas de nosotros, junto a pequeños recuerdos de viajes y regalos de amigos. La cocina, abierta al salón, tenía los platos del desayuno aún sin lavar en el fregadero, y una pila de tazas de café usadas junto a la cafetera. En la mesa del comedor, el portátil de Jesse estaba abierto, rodeado de papeles y notas adhesivas con recordatorios de turnos en el hospital y fechas de exámenes.

—Tengo que revisar unos correos del hospital —dijo Jesse mientras encendía el portátil y se preparaba una taza de té—. No tardaré mucho —añadió, dándome un beso suave en la frente antes de sentarse.

—Yo me voy a la cama —respondí, intentando encontrar las palabras que definieran el día que acabábamos de vivir, pero ninguna parecía suficiente—. Ha sido un día... —dejé la frase en el aire, sin completarla.

—Ha sido un día especial —dijo Jesse, agarrándome la mano donde brillaba el anillo de compromiso—. Un día realmente especial.

—Claro, eso, muy especial —dije, sonando un poco nerviosa, lo cual le hizo sonreír con complicidad.

—Está bien, vete a la cama. Yo no tardaré, lo prometo —dijo, soltando mi mano despacio.

Subí las escaleras que llevaban a nuestro dormitorio, un espacio íntimo pero desordenado, con ropa colgada en una silla y pilas de libros en el suelo. Me metí en la cama, tapándome hasta arriba con el edredón, y me quedé mirando por la amplia ventana que daba a la calle. Las luces navideñas parpadeaban en la distancia, reflejándose en los cristales y creando un ambiente cálido pero irreal. A pesar de la comodidad de la cama y el cansancio que llevaba acumulado, no podía conciliar el sueño. Una inquietud sorda se había instalado en mi estómago, una sensación que no me dejaba relajarme.

Sabía que Jesse estaba abajo, trabajando, confiado en que nuestro futuro juntos era algo seguro. Pero yo, acurrucada en la cama, no podía evitar preguntarme cuánto tiempo más podría mantener mi pasado enterrado antes de que todo saliera a la luz.

Entonces me levanté en silencio, como si el suelo fuera a crujir y delatarme, y me dirigí al armario. Con movimientos cuidadosos, aparté la ropa colgada y las cajas apiladas hasta llegar al fondo, donde había guardado una pequeña caja de madera desgastada. La saqué con manos temblorosas y me senté en la alfombra del cuarto, bajo la tenue luz de la lámpara de noche.

Dentro de la caja había recuerdos que no había tocado en años. Cartas plegadas con esmero, fotos descoloridas que capturaban sonrisas que ya no existían, y, en una bolsa de cuero gastado, un anillo. Lo saqué con delicadeza, como si fuera frágil, y lo giré entre mis dedos. Dentro de la alianza, grabadas con letras finas, se leían los nombres R.J. y Jolene.

—¿Qué hago contigo? —murmuré para mí misma, contemplando el anillo que brillaba débilmente bajo la luz.

Era un pedazo de mi pasado, un recordatorio de una vida que había dejado atrás, de una persona que ya no existía. Jolene. Ese nombre me sonaba ajeno ahora, como si perteneciera a alguien más, a una historia que no era la mía. Pero sabía que no podía escapar de ella por completo. El anillo era una prueba, un vínculo tangible con todo lo que había intentado olvidar.

Miré hacia las escaleras, asegurándome de que Jesse no estuviera cerca. No podía arriesgarme a que lo encontrara, a que hiciera preguntas. Pero tampoco podía seguir guardándolo, como si fuera un secreto que pudiera esconderse para siempre.

El anillo era más que un objeto; era un símbolo de todo lo que había perdido, de todo lo que había dejado atrás para convertirme en Emma.

Me quedé sentada en la alfombra, con el anillo en la palma de mi mano, mientras las luces navideñas de la calle parpadeaban en la ventana. El peso en mi pecho crecía, denso e implacable, y supe que, tarde o temprano, tendría que enfrentarme a lo que ese anillo representaba. Pero no esa noche. Esa noche, lo guardé de nuevo en la bolsa de cuero, lo coloqué en la caja y lo escondí en el fondo del armario, como si con eso pudiera alejar el pasado un poco más.

Me levanté, me metí en la cama y me arropé hasta la barbilla, mirando fijamente las luces de la calle. Pero el sueño no llegó. Solo el eco de una pregunta que no podía responder: ¿Qué hago contigo?

3

Allí estaba, frente al imponente edificio de Pearson VUE Test Center, con el corazón latiendo tan fuerte que casi podía escucharlo en mis oídos. Habían pasado semanas desde que programé el examen, semanas de noches en vela repasando apuntes, de cafés fríos y de dudas que me asaltaban en los momentos más inesperados. Ahora, con el día finalmente aquí, me temblaban las piernas al pensar en lo que estaba a punto de enfrentar.

Había elegido un atuendo cómodo, algo que me hiciera sentir segura. Unos vaqueros ajustados pero no incómodos, y una camiseta verde amplia y algo descolorida que había sido mi compañera en todos los exámenes importantes de mi vida. Siempre me había dado suerte, o al menos eso me gustaba creer. Llevaba conmigo una pequeña carpeta con los apuntes más importantes, aunque sabía que ya no tenía tiempo de repasarlos, y unos cuantos bolígrafos en mi bolso, por si acaso. Respiré hondo una vez más, intentando calmarme antes de cruzar la puerta principal del edificio. Me ajusté la coleta alta, asegurándome de que ningún mechón rebelde cayera sobre mi rostro. Necesitaba tener la cara despejada, sentirme lo más cómoda posible para concentrarme.

Al entrar, el edificio me recibió con una atmósfera de seriedad y profesionalismo. Las paredes eran de un tono gris claro, iluminadas por luces fluorescentes que daban una sensación de limpieza y orden. El suelo de mármol brillaba bajo mis pies, y el sonido de mis pasos resonaba en el amplio vestíbulo. A la derecha, una recepción con mostradores de madera clara y pantallas digitales que mostraban información sobre los exámenes en curso. Un señor de la

recepción, con un gesto amable y gafas de montura fina, me indicó hacia dónde debía dirigirme.

—Es en la planta 3, no tiene pérdida, señorita —dijo, señalando hacia los ascensores con un movimiento suave de la mano.

—Muchas gracias —respondí, intentando sonar más segura de lo que me sentía, mientras me dirigía hacia los ascensores.

Justo antes de que llegara el ascensor, mi teléfono vibró en mi bolsillo. Lo saqué con manos temblorosas y leí el mensaje que iluminó la pantalla:

"Mucha suerte, mi amor. Sé que vas a brillar, porque siempre lo haces, pero igual quería recordarte cuánto creo en ti. Te adoro. Eres increíble."

Jesse. Él había estado a mi lado durante todo este camino, apoyándome incluso cuando yo misma dudaba de mí. Y ahora, desde la distancia, seguía haciéndolo. Un nudo de culpa se formó en mi garganta al pensar en lo mucho que me había esforzado por evitar hablar de la boda, usando el examen como excusa para postergar cualquier conversación al respecto. Jesse había sido paciente, demasiado paciente, y en ese momento, sentí que no me lo merecía.

El ascensor llegó con un suave ding, y entré, apretando la carpeta contra mi pecho como si fuera un escudo. Sabía que, tarde o temprano, tendría que enfrentarme a la realidad de la boda, a las preguntas sobre fechas e invitados, a las decisiones que no quería tomar. Pero hoy no. Hoy no podía permitirme pensar en eso. Hoy tenía que centrarme en el examen, en demostrarme a mí misma que podía lograrlo, que todo el esfuerzo había valido la pena.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en la planta 3, respiré hondo una vez más y salí con paso firme. Hoy era mi día.

Una vez me acerqué al salón donde se realizaría el examen, me detuve en la puerta, donde un supervisor me indicó que dejara mis pertenencias en un área designada fuera del salón. Con manos

temblorosas, dejé mi bolso, la carpeta de apuntes y todo lo que llevaba, excepto mi identificación, que me pidieron mostrar antes de asignarme un asiento.

El salón era amplio, con filas de mesas individuales, cada una equipada con un ordenador. Los demás candidatos estaban dispersos por la sala, a una distancia prudencial que aseguraba la privacidad de cada uno. Me dirigí a mi asiento asignado, un espacio pequeño pero suficiente, con una silla cómoda y un ordenador encendido, esperando a que comenzara la prueba.

El supervisor del examen se colocó en el centro de la sala y recorrió con la mirada a todos los presentes, asegurándose de que estuviéramos bien colocados y de que hubiéramos encendido el ordenador en la página correcta. Cuando todo estuvo listo, levantó la mano y anunció con voz clara:

—Pueden comenzar.

El examen apareció en la pantalla y las primeras preguntas se me presentaron como un bloque de texto indescifrable. Mis ojos recorrían las líneas una y otra vez, pero las palabras no parecían tener sentido. El corazón me latía con fuerza, y sentí cómo un sudor frío recorría mi espalda. Era como si mi mente se hubiera bloqueado, incapaz de procesar lo que estaba leyendo.

—Respira, Emma —me dije a mí misma en un susurro, cerrando los ojos por un momento. Intenté recordar las técnicas de relajación que había practicado, pero en ese momento, todo parecía inútil.

Las preguntas seguían ahí, esperando, y el tiempo corría. Me obligué a leer la primera pregunta de nuevo, esta vez más despacio, palabra por palabra. Poco a poco, las letras empezaron a cobrar sentido, y las opciones de respuesta dejaron de parecer un galimatías. Respiré hondo y seleccioné la respuesta que me pareció correcta.

A medida que avanzaba, el ritmo de mi corazón comenzó a normalizarse. Las preguntas, aunque desafiantes, eran familiares. Había estudiado esto, lo había repasado una y otra vez. Recordé las

largas noches en la biblioteca, los resúmenes que había hecho, las veces que Jesse me había ayudado a repasar. Eso me dio un poco de confianza.

Para cuando llegué a la mitad del examen, ya me sentía más relajada. Las preguntas fluían, y yo con ellas. Cada respuesta me daba un pequeño impulso de seguridad, y aunque algunas preguntas me hacían dudar, lograba mantener la calma y pensar con claridad.

Cuando finalmente llegué a la última pregunta, me detuve un momento para respirar profundamente. Había logrado superar el bloqueo inicial, el ataque de ansiedad que casi me paraliza al principio. Ahora, con la última respuesta seleccionada, hice clic en "Finalizar" y me recosté en la silla, sintiendo una mezcla de alivio y agotamiento.

El supervisor se acercó a mi mesa y me indicó que podía salir. Recogí mis cosas con manos aún un poco temblorosas, pero con una sensación de logro que no podía negar. Ahora solo quedaba esperar los resultados.

Mientras salía del edificio, sentí cómo el peso de los nervios se transformaba en una ligereza extraña.

“Acabo de salir del examen, creo que me ha salido bien. Cojo el autobús y voy para el hospital. Ahora nos vemos.”

Le escribí a Jesse mientras caminaba hacia la parada del autobús, aún con la adrenalina corriendo por mis venas. Sabía que no podía celebrarlo todavía, no hasta ver los resultados, pero me sentía orgullosa.

El autobús llegó puntual, y durante el trayecto, me aferré a esa sensación de alivio, intentando no pensar en lo que podría salir mal. Cuando me bajé en la parada que dejaba justo frente al hospital, respiré hondo y me preparé mentalmente para la jornada que me esperaba.

El hospital era un edificio imponente, con una fachada de cristal y acero que reflejaba la luz del atardecer. Las puertas automáticas se abrieron con un suave zumbido, y al entrar, el ambiente cambió por completo. El olor a desinfectante y el murmullo constante de voces y pasos me envolvieron de inmediato. La recepción, siempre abarrotada, estaba iluminada por luces fluorescentes que daban una sensación de urgencia y actividad constante. A la izquierda, los ascensores subían y bajaban sin parar, mientras que a la derecha, un pasillo largo llevaba a las salas de espera y consultas.

Antes incluso de que pudiera dirigirme al vestuario para cambiarme, Linda apareció por el pasillo, con su habitual sonrisa cálida y sus ojos llenos de curiosidad. Linda era una enfermera de mediana edad, con el cabello castaño ligeramente canoso recogido en una coleta baja, y unas gafas de lectura que siempre llevaba colgadas al cuello. Su rostro, marcado por arrugas de expresión que delataban años de sonrisas y preocupaciones, transmitía una mezcla de experiencia y amabilidad que hacía que todos en el hospital la respetaran y quisieran.

—¿Qué tal el examen? —preguntó con genuina preocupación—. Te quise llamar para darte ánimos, pero temía ponerte aún más nerviosa.

—Creo que bien —respondí aliviada—. Espero que bien.

—Estoy segura de que sí —dijo Linda, dándome una palmada en el hombro—. Vamos, vamos, te dejo tranquila. Hoy tenemos mucho trabajo.

Linda no solo era la enfermera con la que solía trabajar, sino que también se había convertido en una especie de mentora y amiga para mí. En los últimos años, me había enseñado no solo los trucos del oficio, sino también a manejar el estrés, a mantener la calma en situaciones críticas y, sobre todo, a creer en mí misma. Su apoyo había sido fundamental, y en ese momento, su confianza en mí me dio un pequeño empujón de ánimo.

Entré en la sala del personal, un espacio pequeño pero funcional, con taquillas metálicas y un par de bancos en el centro. Me cambié rápidamente, poniéndome el uniforme que, aunque sencillo, me hacía sentir parte de algo más grande. Y salí tan rápido como pude, con la mente ya enfocada en lo que vendría.

Linda apareció a mi lado casi al instante, y me entregó una carpeta con la lista de pacientes que teníamos que visitar. Le eché un vistazo rápido: había varios nombres marcados con notas que indicaban que necesitaban atención prioritaria, y además, según me informó, habían llegado varias urgencias que requerían nuestra intervención inmediata.

Mi mente se centró de inmediato en la tarea que tenía por delante. El trabajo de ayudante de enfermería, aunque a veces podía ser agotador, era también increíblemente gratificante. Cada día era diferente, y hoy no sería la excepción.

El primer paciente en la lista era un hombre mayor que había sido ingresado la noche anterior con dificultades respiratorias. Linda y yo nos dirigimos a su habitación, donde lo encontramos sentado en la cama, con una mascarilla de oxígeno y un monitor que mostraba sus constantes vitales.

—Buenos días, señor García —dije con una sonrisa mientras revisaba la hoja de enfermería—. ¿Cómo se siente hoy?

—Un poco mejor, gracias —respondió con voz débil pero amable.

Mientras Linda le tomaba la presión arterial, yo me encargué de revisar el nivel de oxígeno en su sangre y de asegurarme de que la mascarilla estuviera bien ajustada. Anoté los datos en su historial y le aseguré que estaríamos pendientes de él durante todo el día.

El siguiente en la lista era una mujer joven que había sido ingresada por una infección severa. Al entrar en su habitación, la encontramos pálida y con evidente malestar.

—Hola, soy Emma, la ayudante de enfermería —dije mientras me acercaba a su cama—. Vamos a revisar cómo está y a asegurarnos

de que esté cómoda.

Linda le administró la medicación intravenosa mientras yo le tomaba la temperatura y le preguntaba sobre su dolor en una escala del uno al diez. La mujer respondió con voz temblorosa, y anoté todo en su historial, asegurándome de que los médicos tuvieran la información más actualizada.

Después de varias visitas más, llegó el momento de atender las urgencias. Una de ellas era un niño que había llegado con una fractura en el brazo. Linda y yo nos apresuramos a preparar el equipo necesario para inmovilizar la lesión mientras el médico de turno evaluaba al pequeño.

—Vamos, cariño, esto va a doler solo un poquito —dije con voz suave mientras sostenía su mano, intentando calmarlo.

Linda, con su experiencia, colocó la férula con precisión y rapidez, mientras yo me aseguraba de que el niño estuviera lo más cómodo posible.

El trabajo continuó a un ritmo frenético, pero Linda y yo funcionábamos como un equipo bien engrasado. Ella dirigía con su experiencia y yo la seguía, aprendiendo y apoyando en todo lo que podía. Entre medicaciones, cambios de vendajes, controles de signos vitales y atención a las necesidades de los pacientes, las horas pasaron volando.

A pesar del cansancio que empezaba a notarse en mis piernas y en mi espalda, sentía una satisfacción profunda. Sabía que, aunque mi papel era de apoyo, cada pequeña acción que realizaba contribuía al bienestar de los pacientes. Y en ese momento, eso era todo lo que necesitaba para sentir que valía la pena.

Cuando finalmente llegó el momento de nuestro descanso, Linda me sonrió mientras nos dirigíamos a la sala del personal.

—Buen trabajo hoy, Emma —dijo, dándome una palmada en el hombro—. Estás hecha para esto.

—Sí que lo está —dijo Jesse, entrando en la sala del personal con su habitual aire de confianza. Tomó un vaso de café de la máquina, pero antes de darle un sorbo, se acercó a mí y me dio un tierno beso en la mejilla—. Yo que tú tendría cuidado, Linda —añadió, mirándola con una sonrisa juguetona—, o dentro de poco la tendrás como jefa de enfermeras.

Linda soltó una carcajada, ajustándose las gafas.

—Eso no lo dudo —dijo, con un brillo divertido en los ojos—. Con lo testaruda que es, no me extrañaría que llegara a directora del hospital —dijo, siguiendo el tono de broma que Jesse había iniciado.

—Bueno, de momento con aprobar el examen para ser enfermera me conformo —dije, mientras sacaba un sándwich de la máquina expendedora y me dejaba caer en una de las sillas de plástico de la cafetería.

—Ya eres una enfermera increíble —intervino Linda, sentándose a mi lado con una taza humeante de café y un paquete de galletas en la mano—. Solo te falta ese maldito papel que lo certifique.

—Tiene razón, amor —dijo Jesse, acercándose por detrás y besándome suavemente en la coronilla antes de ocupar la silla de al lado.

—Por cierto —continuó Linda, con esa mezcla de entusiasmo y curiosidad—, ¿ya habéis fijado la fecha? Quiero empezar a mirar vestidos y pedir los días libres. No quiero que me pille de improviso.

—No… todavía no —respondí, notando cómo mi voz se volvía más tenue, escondiéndome entre las palabras.—. Con todo lo del examen, ya sabes… he estado centrada solo en eso.

—Sí, ha estado completamente absorta —confirmó Jesse, apoyándome con una sonrisa mientras posaba su mano cálida sobre mi hombro—. Pero ahora que ya lo ha terminado, y seguro que lo ha bordado, por fin es toda mía.

Dio un sorbo a su café, radiante, como si el futuro ya estuviera escrito en tinta indeleble.

—¡Qué bien! —exclamó Linda entre risas—. No sabéis lo que necesito una buena fiesta.

A partir de ahí, la conversación se deslizó sin pausa hacia la boda: los compañeros que vendrían, los colores de los vestidos, los posibles lugares para la ceremonia, las flores, la música… Todo giraba en torno a un día que, para ellos, brillaba con la promesa de felicidad.

Yo, en cambio, me limitaba a sonreír y asentir, como si fuera una figurante en una obra que no había ensayado. Como una muñeca vestida con los trajes de otra vida, moviendo los labios en el momento justo, pero ausente por dentro.

4

Hacía tiempo que Jesse se comportaba con cierta distancia, y aunque intentaba disimularlo, sabía que algo le preocupaba. Lo peor era que yo sabía exactamente qué era, pero había evitado enfrentarlo durante tanto tiempo que ahora nos estaba distanciando. Normalmente, cuando coincidíamos en nuestros días libres, los aprovechábamos al máximo: viajes improvisados, cenas románticas, o simplemente hacer algo divertido juntos. Pero esta vez, Jesse parecía apático, sentado en el sofá con el mando en la mano y la tele apagada, perdido en sus pensamientos.

Yo estaba sentada en la mesa, frente al ordenador, refrescando la página de correo electrónico una y otra vez, esperando ver si había llegado el email que confirmaría mi nota del examen. Pero no había nada, y esos nervios, sumados a la tensión que flotaba en el aire entre nosotros, me estaban sacando de quicio.

—¿De verdad quieres que nos casemos? —dijo Jesse de repente, soltando el mando de un golpe en la mesa. El ruido me sobresaltó, y cuando lo miré, vi que su rostro estaba serio, casi enfadado—. Porque si no quieres, lo puedo aceptar, pero no quiero que sigas jugando a no decir nada. Eso... eso es algo con lo que no puedo.

Era la primera vez que le veía realmente enfadado en toda nuestra relación.

—Claro que quiero —dije rápidamente, levantándome y acercándome a él para abrazarlo—. Es que estoy nerviosa por el examen, por cambiar de puesto... No sé si estaré a la altura.

—No te creo —dijo tajantemente, y sus palabras hicieron que mi corazón diera un vuelco—. Sé que hay algo más. No sé, quizás

dudes de lo nuestro... —comenzó a divagar, y noté cómo su voz temblaba ligeramente.

—No, no tiene nada que ver con eso —intenté tranquilizarlo, pero mis palabras no eran suficiente.

—Entonces, ¿por qué no pareces entusiasmada con la idea? ¿Por qué no quieres escoger una fecha? —preguntó, como si no fuera capaz de entenderme—. Todas las novias que he conocido estaban ansiosas por mirar las flores, el sitio, todo lo relacionado con la boda. Pero tú pareces que ves a un fantasma cada vez que alguien lo menciona. ¿Qué pasa? ¿Qué me estoy perdiendo?

Me alejé de él y me senté en el sofá, sintiendo que no me quedaba más remedio que afrontar aquella situación. Cerré los ojos un instante, intentando ordenar mis pensamientos.

—No tengo ninguna duda de lo nuestro —dije finalmente, girándome para mirarlo directamente a los ojos—. Sé que quiero estar contigo, y para eso no me hace falta ninguna boda, te lo aseguro.

Jesse se acercó y se sentó a mi lado, escuchando en silencio.

—Tan solo es que me abruma un poco todo, y no sé cómo sobrellevarlo —continué, sintiendo cómo las palabras salían casi sin pensar.

—¿Es por tu familia? —preguntó Jesse, con un tono más suave—. Sabes que intento no preguntarte nada y siempre espero a que seas tú la que decida cuándo y cómo compartir las cosas conmigo. Pero sé que es un tema del que siempre evitas hablar. Si ese es el problema, no tenemos que hacer nada que no quieras. Podemos hacer una boda íntima, pequeña, solo para nosotros.

Ojalá eso hubiera sido posible, pensé. Habría estado encantada de hacerlo así, pero ese no era el problema. No podía casarme con él porque ya estaba casada. La sola idea de decírselo me mareaba.

—Yo solo quiero hacerte feliz —dijo Jesse, tomándome las manos entre las suyas.

—Lo sé, yo también a ti —respondí, sintiendo cómo las lágrimas amenazaban con brotar. Nos quedamos en silencio, mirándonos por unos segundos que se estiraron hasta lo insoportable.

Entonces, el sonido de una notificación de correo electrónico resonó en la habitación, cortando el silencio como un trueno. Ambos nos quedamos paralizados por un instante, como si el mundo se hubiera detenido.

—¡Es el correo! —exclamé, saltando del sofá y corriendo hacia el ordenador. Mi corazón latía con tal fuerza que casi podía escucharlo en mis oídos. Jesse se levantó de un salto y me siguió, su mirada fija en la pantalla.

Con manos temblorosas, hice clic en el correo. Los segundos que tardó en cargarse se sintieron como una eternidad. Y entonces, ahí estaba, en letras grandes y claras: "Felicidades, ha aprobado el examen."

—¡Lo he aprobado! —grité, levantándome de un salto y girándome hacia Jesse con los ojos brillantes —. ¡Lo he aprobado!

Él me miró con una media sonrisa, como si su mente aún estuviera atrapada en la conversación que habíamos dejado colgada.

—Me alegro por ti, de verdad —dijo Jesse, con una sonrisa rota—. Ojalá estuviera tan claro para ti lo nuestro como ese examen.

—Eso no es justo —respondí, cerrando la tapa del portátil con un chasquido seco y volviendo a sentarme a su lado, como si acercarme físicamente pudiera reparar la distancia que sentía crecer entre nosotros—. Sabes perfectamente lo que significas para mí…

—Lo que sé —me interrumpió, y su voz empezó a endurecerse — es que has estado rara desde el mismo instante en que dijiste que sí. Y te he entendido. Te he excusado por el estrés del examen, por tu familia, por el trabajo… Pero, Emma, se me están acabando las excusas.

Cada palabra suya me golpeaba como una piedra en el pecho. Sentí que algo dentro de mí se contraía hasta casi cortarme la

respiración. Era como si la alianza escondida en mi armario me estuviera estrangulando desde lejos.

—Desde que dije que sí… todo se volvió tan real —confesé, bajando la voz, como si temiera que el aire mismo pudiera traicionarme—. Y no sé… me entró miedo. No de ti, Jesse. Nunca de ti. Sino de mí. De no estar a la altura. De no ser suficiente. Sé que suena absurdo, pero… necesitaba tiempo para procesarlo.

—¿Tiempo para procesarlo? Han pasado meses, Emma. ¿Qué es lo que tienes que procesar exactamente? Porque para mí fue real desde el primer momento. Yo ya estoy aquí, esperándote… pero empiezo a sentir que tú no estás conmigo.

En sus ojos vi algo que me heló más que cualquier recuerdo del pasado: no era enfado, ni decepción. Era un ultimátum silencioso. Y eso me aterró más que cualquier secreto enterrado. Porque en ese momento supe que podía perderlo.

—Tienes razón —dije, bajando la mirada—. He estado aquí, contigo… pero con la cabeza en otro lugar.

Le cogí la mano con fuerza y lo miré de nuevo a los ojos.

—No quiero que sigas esperando. Quiero volver a estar contigo, de verdad.

—Me alegra escucharte decir eso. Ya sabes que eres lo más importante para mí —dijo, tomando mi rostro entre sus manos antes de besarme con una ternura que casi me desarmó.

Nos abrazamos, y por un instante sentí que la tensión se disipaba, como si el peso que había entre nosotros se aligerara un poco. Él parecía más tranquilo, más en paz, y yo quise creer que todo podía volver a estar bien.

Pero, en el fondo, sabía que si quería mantener esa calma, tendría que esforzarme por cambiar mi actitud respecto a la boda… y empezar a decidir qué iba a hacer con todo aquello, porque ya no me quedaban más excusas que inventar.

Una vez que el aire entre nosotros se aligeró, como si una tormenta hubiera pasado y dejado tras de sí un silencio limpio, decidimos salir a cenar. No solo para celebrar la nota del examen, sino también ese frágil reencuentro, esa reconciliación que aún olía a palabras no dichas, pero que por fin nos permitía respirar al unísono.

El restaurante al que fuimos era uno de esos lugares elegantes que parecen sacados de una película. Situado en el corazón de la ciudad, su fachada de cristal permitía ver el interior iluminado con luces tenues y cálidas, creando una atmósfera íntima y sofisticada.

Al cruzar la puerta, el maître nos recibió con una sonrisa profesional y un ligero asentimiento, como si supiera que estábamos celebrando algo especial.

—Buenas noches, ¿tienen reserva? —preguntó con voz suave pero firme.

—Sí, a nombre de Prescott —respondió Jesse, mientras yo me aferraba a su brazo, todavía emocionada por la noticia del examen.

El maître nos guió a través del restaurante. Nuestra mesa estaba situada junto a una ventana que daba a un pequeño jardín interior iluminado por luces de hadas, creando un efecto mágico.

—Espero que disfruten de la velada —dijo mientras nos ayudaba a sentarnos y colocaba las servilletas en nuestros regazos con un gesto elegante.

Una vez sentados, Jesse y yo nos sumergimos en el menú, un libro de cuero con letras doradas que ofrecía una selección de platos que parecían obras de arte. Mientras decidíamos qué pedir, el camarero se acercó con una botella de agua y una cesta de pan recién horneado, que desprendía un aroma delicioso.

—¿Qué tal si empezamos con una botella de vino? —sugirió Jesse, mirándome con complicidad—. Creo que hoy es un día para celebrar.

—Por supuesto —respondí, sonriendo mientras él elegía un vino tinto que, según dijo, era el indicado para la ocasión.

Una vez que pedimos nuestros platos, la conversación fluyó de manera natural. Dejándome llevar por el momento, comencé a fantasear junto con Jesse sobre cómo sería la boda.

—¿Crees que Sophia y George terminarán sentados juntos? —pregunté, riendo mientras imaginaba a nuestra compañera de trabajo intentando disimular su relación con el médico de urgencias.

—Seguro que sí —respondió Jesse, riendo también—. Y apuesto a que el Dr. Harris terminará bailando con la enfermera Martínez. Todos saben que hay algo entre ellos, aunque nunca lo admitan.

Nos reímos mientras especulábamos sobre quién terminaría con quién, sabiendo que en el hospital había varias relaciones ocultas que todos conocían pero de las que nadie hablaba abiertamente.

—Y mi familia —dijo Jesse, cambiando ligeramente el tono de la conversación—. Estarán tan contentos de que finalmente vayamos a fijar una fecha. Mi madre no para de preguntarme cuándo va a poder empezar a planear todo.

Podía ver en sus ojos cuánto le emocionaba la boda, pero lo que más le emocionaba era verme a mí, por primera vez, disfrutando de ello.

—¿Y qué te parece si la fijamos para julio? —pregunté, sintiendo cómo el entusiasmo de Jesse se me contagiaba—. Sería un buen momento, con buen clima y tiempo suficiente para planear todo.

—Me parece perfecto, así tendremos casi un año para prepararla tranquilamente —respondió Jesse, tomándome la mano sobre la mesa—. De hecho, tengo un lugar en mente.

Sacó su teléfono y, después de unos segundos, me mostró unas fotos de un lugar impresionante.

—Mira, es The Golf Club at Newcastle —dijo, deslizando las imágenes en la pantalla—. Tiene unas vistas increíbles del lago y las montañas. Sería un lugar perfecto para la boda.

Quedé boquiabierta al ver las fotos. El lugar era espectacular, con un césped verde impecable que se extendía hacia un lago cristalino,

rodeado de montañas que se reflejaban en el agua. El salón de eventos, con grandes ventanales y una terraza exterior, parecía sacado de un cuento de hadas.

—Es precioso —dije, sin poder apartar la vista de las imágenes—. Las vistas son increíbles.

—Sí, y además es lo suficientemente grande para que quepan todos nuestros invitados —añadió Jesse, con un orgullo evidente—. Podríamos hacer la ceremonia al aire libre, con el lago de fondo, y luego la recepción en el salón.

—Me encanta —respondí, aunque en el mismo instante una oleada de calor me subió al pecho y me sentí extrañamente abrumada—. Julio en The Golf Club at Newcastle… suena perfecto.

Me alivió ver que Jesse estaba absorto en las fotos del lugar, tan concentrado en los detalles del jardín, la terraza, la luz del atardecer sobre el césped, que no notó las gotas de sudor frío que empezaban a deslizarse por mi frente.

Por un instante, el verde impecable de los jardines en la pantalla se disolvió ante mis ojos, y lo reemplazó otro paisaje: el polvo del desierto flotando entre risas, un porche adornado con flores silvestres, el olor a carne asada y a cerveza derramada.

No era elegante, era familiar.

Vi mi vestido de novia, prestado y sencillo, manchado por las manos de una niña que me miraba con los ojos muy abiertos y una sonrisa que aún dolía recordar. Sentí el peso de un brazo tatuado rodeándome el cuello, el olor dulce y áspero del tabaco de R.J., su piel tibia pegada a la mía. Y esos ojos grises, inquebrantables, que me observaban de reojo, con esa mezcla de ternura y dominio que tanto me habían atrapado… y tanto me habían destruido.

Mi mano, temblorosa, se aferraba a la tela de su camisa blanca por la espalda, como si pudiera atarlo a mí, como si soltarlo significara desmoronarme. Había olvidado cómo se sentía esa

necesidad: esa sed de él, que dolía en el cuerpo y en el alma por igual.

De pronto, el pecho se me cerró, un dolor viejo, familiar, que subía hasta la garganta. Parpadeé, intentando regresar al presente, pero la imagen se resistía, latiendo al borde de mi mente con un calor que no sabía contener. Bajo la mesa, mi mano seguía apretada, sujetando una camisa que ya no existía.

Jesse seguía hablando, entusiasmado, sin sospechar que acababa de perderme por un instante en un lugar al que juré no volver jamás.

Me obligué a sonreír.

—Julio en The Golf Club at Newcastle —repetí, con la voz apenas firme—. Suena perfecto.

5

La sala de espera del bufete Seattle Divorce Services era un espacio moderno pero sobrio, con paredes de un gris claro y muebles de líneas limpias. Un gran ventanal dejaba entrar la luz del día, iluminando las revistas ordenadas sobre la mesa de centro y las plantas decorativas que añadían un toque de calidez. El ambiente era tranquilo, casi silencioso, salvo por el suave murmullo de una recepcionista que tecleaba en su ordenador detrás de un mostrador de madera clara.

—Ya puede pasar —dijo la recepcionista, levantando la vista y señalando hacia una puerta al fondo de la sala.

Ajusté mi falda negra y el blazer que me había puesto para dar una impresión más seria, y caminé hacia la puerta con la carpeta de documentos bien apretada contra mi pecho. Al abrirla, entré en un despacho amplio y bien iluminado, con estanterías llenas de libros de leyes y diplomas enmarcados en las paredes. La abogada, una mujer de unos cuarenta años con el cabello castaño recogido en un moño impecable y un traje pantalón gris perla, se levantó de su asiento y me sonrió con profesionalidad.

—Bien, señora Anderson, ¿qué tal? —dijo, señalando la silla frente a su escritorio—. Siéntese, por favor. ¿Ha traído los papeles que le pedí?

Me senté, colocando la carpeta sobre la mesa y abriéndola con cuidado.

—Sí, he traído todos los papeles que me pidió —respondí sacando los documentos uno por uno—. Mi pasaporte, los papeles de cambio de nombre... —continué, colocando varias facturas y contratos de

alquiler sobre la mesa—. Pruebas de residencia en Washington. Y aquí está el acta de matrimonio, que la pedí por internet como me dijo.

La abogada asintió mientras revisaba los documentos, hojeándolos con atención antes de dejarlos sobre la mesa.

—Bien, ha hecho un buen trabajo reuniendo todo esto —dijo, mirándome por encima de sus gafas de lectura—. Pero, como le dije la última vez, podemos tener algunos problemas.

—¿Problemas? —pregunté, sintiendo cómo se me tensaba el abdomen.

—Sí —respondió, reclinándose en su silla—. Usted puede solicitar el divorcio aquí, en Washington, ya que es su residencia actual. Pero el tribunal de Texas tiene jurisdicción sobre su marido. Eso significa que, para que el divorcio sea válido, debemos asegurarnos de que él reciba los papeles.

—Entiendo —dije, aunque en realidad no estaba segura de entender del todo.

—Si él no responde en un tiempo determinado, generalmente entre 20 y 30 días, podríamos seguir con el divorcio sin su firma. Eso se llama divorcio por defecto —explicó, con un tono que intentaba ser tranquilizador pero que no lograba calmarme del todo.

—¿Entonces puedo divorciarme incluso si él no responde? —pregunté, sintiendo cómo la ansiedad comenzaba a apoderarse de mí.

—Sin su firma, tendríamos que probar que intentamos notificarlo por todos los medios, lo que puede retrasar todo el proceso —añadió, mirándome directamente a los ojos—. No hay garantía de que el divorcio esté finalizado antes de julio.

Asentí, sintiendo cómo el peso de la situación caía sobre mí como una losa. Había estado tan segura de que, con solo enviar los papeles, todo se resolvería. Pero ahora, escuchando a la abogada, me daba cuenta de que no era tan sencillo.

Había sido una estupidez monumental, una imprudencia. Me había dejado arrastrar por el espejismo de mi vida con Jesse: la emoción de planificar la boda, la dulce evasión de aquellas vacaciones en Francia bajo el sol del verano, y haberme volcado por completo en el trabajo como enfermera. Me refugié en el trajín diario, creyendo que el movimiento ahogaría el silencio.

Fue un autoengaño tan efectivo que, cuando por fin alcé la vista del sueño en el que vivía, las navidades habían vuelto a pasar. Los villancicos, las luces, el frío... todo había sucedido otra vez, y yo no había movido un solo dedo para arreglar el divorcio. Había actuado como una niña, creyendo que si cerraba los ojos con fuerza suficiente, el problema, como un monstruo en el armario, desaparecería por arte de magia. Pero esa era la única cosa que había hecho consistentemente desde que salí huyendo de Valentine: ignorar la realidad, esperando que se desvaneciera.

—Emma —continuó, con un tono más cercano—, si él no firma, no podemos avanzar. Y si el proceso se alarga, no habrá forma de que el divorcio esté finalizado a tiempo para la fecha de tu boda.

Me quedé en silencio, mirando los documentos sobre la mesa como si pudieran darme alguna respuesta. La idea de que todo esto pudiera salir a la luz, de que Jesse pudiera descubrir la verdad, me aterraba.

—¿Qué puedo hacer? —pregunté finalmente, con una voz que apenas lograba mantener estable.

—Por ahora, lo único que podemos hacer es enviar los papeles y esperar —respondió la abogada, con una leve inclinación de cabeza —. Pero debes estar preparada para la posibilidad de que esto no se resuelva tan rápido como esperas.

Lo cierto es que no, no lo estaba. No estaba preparada para nada con esa posibilidad. Cada palabra de la abogada resonaba en mi mente como un eco que no podía silenciar.

—Si él ignora los papeles —continuó la abogada, ajustándose las gafas y mirándome con una expresión seria pero comprensiva—, el

tribunal podría concederte el divorcio sin su firma. Pero tendrías que demostrar que intentaste notificárselo varias veces. Es decir, tendríamos que enviar los papeles por correo certificado, publicar un anuncio en un periódico local de Texas si no podemos localizarlo, y presentar pruebas de que hicimos todo lo posible para contactarlo.

Asentí lentamente, intentando asimilar todo lo que me estaba diciendo. Cada paso parecía más complicado de lo que había imaginado, y el tiempo seguía siendo mi peor enemigo.

—Bien —prosiguió la abogada, tomando un bolígrafo y un bloc de notas—. Necesito la dirección a la que quieres que enviemos los papeles. ¿Tienes una dirección actual para tu esposo?

Tragué saliva, sintiendo cómo el aire se me atascaba en la garganta. Sabía que esta parte iba a ser complicada, pero no tenía otra opción.

—Sí —dije finalmente, con una voz que apenas lograba mantener firme—. Es la prisión estatal John B. Connally Unit.

La abogada levantó la vista de su bloc de notas, claramente sorprendida. Sus ojos se encontraron con los míos, y por un momento, pareció que iba a hacer alguna pregunta, pero se contuvo.

—John B. Connally Unit —repitió, escribiendo la dirección con cuidado—. Esa es una prisión estatal de máxima seguridad, en Karnes County, ¿verdad? —yo simplemente asentí—. Haré llegar los papeles por correo certificado. Pero, Emma, debes saber que esto podría complicar las cosas. Si él está en prisión, es posible que no tenga acceso inmediato a los documentos, o que no pueda responder en el plazo establecido.

—Lo sé —dije, sintiendo cómo la situación se volvía más difícil de sostener—. Pero no tengo otra dirección.

La abogada asintió, aunque su expresión seguía siendo de preocupación.

—Entendido. Haremos lo que podamos, pero debes estar preparada para que esto tome más tiempo del que esperas.

Me quedé en silencio, mirando las manos que tenía sobre la mesa, intentando no pensar en lo que todo esto significaba. Jesse, la boda, el futuro que tanto había soñado... todo parecía estar en peligro por algo que había intentado dejar atrás hace tanto tiempo.

—Gracias —dije finalmente, levantándome de la silla—. Haré lo que sea necesario.

La abogada me sonrió con un gesto de empatía, pero en sus ojos había una sombra de preocupación que no pude ignorar. Salí del despacho con la sensación de que el tiempo se me estaba acabando.

Después de aquella reunión con la abogada, intenté continuar con mi vida normal, centrándome en mi trabajo y en Jesse. Pero la verdad era que no podía desconectar. Estaba totalmente pendiente del móvil, esperando con impaciencia que la abogada me llamara para darme alguna noticia, por pequeña que fuera. Cada vez que el teléfono vibraba, mi corazón se aceleraba, pero nunca era ella.

Los días se convirtieron en una tortura. Apenas podía dormir, dando vueltas en la cama mientras Jesse roncaba suavemente a mi lado. Tampoco podía comer; cada bocado me sabía a ceniza, y terminaba dejando el plato a medias. Contaba las horas, los minutos, los segundos que faltaban para que esa llamada llegara, y la situación empezaba a hacer mella en mí.

Una tarde, en el hospital, todo llegó a un punto crítico. Estaba en medio de un turno especialmente agitado, con varios pacientes que requerían atención inmediata. Linda y yo estábamos en la habitación de un paciente que necesitaba una inyección de insulina. Yo tenía la jeringa en la mano, pero mi mente estaba en otra parte, en esa llamada que no llegaba, en los papeles que debían estar en camino a Texas, en el reloj que no dejaba de avanzar hacia julio.

—Emma, ¿estás segura de que es la dosis correcta? —preguntó Linda, mirándome con preocupación mientras revisaba la etiqueta del frasco de insulina.

—Sí, sí, claro —respondí de manera automática, pero cuando Linda tomó la jeringa de mis manos y revisó la dosis, su expresión cambió.

—Emma, esto es el doble de lo que necesita —exclamó, con una mezcla de incredulidad y alarma en su voz—. ¿Qué te pasa? Llevas días muy rara.

Me quedé paralizada. Linda me miró fijamente, esperando una explicación, pero yo no sabía qué decir.

—Lo siento, Linda —murmuré, sintiendo cómo las lágrimas amenazaban con brotar—. No sé qué me pasa.

Linda suspiró y, después de asegurarse de que el paciente recibiera la dosis correcta, me llevó a un rincón tranquilo del pasillo.

—Emma, esto no es normal —continuó, cruzando los brazos y mirándome con una expresión que mezclaba preocupación y frustración—. Llevas días distraída, cometiendo errores que nunca cometes. ¿Qué está pasando? ¿Estás bien?

Intenté sonreír, pero fue una sonrisa débil, forzada.

—Es solo la boda —dije, evitando su mirada—. Hay tantas cosas que planear aún, tantas decisiones que tomar... Creo que me está afectando más de lo que pensaba.

Pero Linda no parecía muy convencida.

—Emma, esto no es solo estrés por la boda —dijo, con un tono más suave—. Sé que hay algo más. Puedes decírmelo, sabes que estoy aquí para ayudarte.

Por un momento, estuve tentada de contárselo todo. De decirle que estaba atrapada en una mentira, que mi pasado me perseguía y que no sabía cómo salir de ello. Pero no pude.

—De verdad, Linda, es solo la boda —repetí, esta vez con más firmeza—. Prometo que me pondré las pilas.

Ella suspiró de nuevo, pero no insistió. En lugar de eso, me dio un abrazo rápido pero reconfortante.

—Está bien, pero si necesitas hablar, ya sabes dónde estoy —añadió, antes de volver al trabajo.

Yo me quedé allí, en el pasillo, sintiendo cómo todo lo que estaba ocultando me aplastaba. Sabía que no podía seguir así, pero tampoco sabía cómo solucionarlo.

Aquella conversación con Linda había sido un toque de atención. Mi situación estaba poniendo en peligro el trabajo que tanto me había costado conseguir y, lo que era más importante, a mis pacientes, las personas que habían confiado en mi profesionalidad. Eso debía estar por encima de mí misma.

Durante la semana siguiente, conseguí, al menos en el trabajo, estar más centrada. Me esforcé al máximo por concentrarme en lo que estaba haciendo, para no cometer más errores. Sin embargo, el nudo en mi estómago seguía ahí, persistente, incapaz de deshacerse.

Después de un duro día de trabajo, me acurruqué con Jesse en el sofá. Por fin, un día que no tenía guardia y podía dormir con él. Había sido una semana muy ajetreada para Jesse, trabajando más horas de las que le correspondían. Como cardiólogo, sabía que tenía que estar ahí cuando fuera necesario. Pero en aquel momento, estábamos juntos, eligiendo una película en Netflix mientras nos tapábamos con una manta.

—¿Qué tal esta? —me preguntó, señalando una comedia romántica que parecía demasiado cursi incluso para mí.

—Demasiado azúcar —respondí, riendo—. ¿Y esta? —señalé una película de suspense que había estado en tendencia.

—Perfecta —dijo Jesse, satisfecho—. Suspense, pero sin pasarse.

Justo cuando se levantó para ir a hacer unas palomitas al microondas que se me habían antojado, mi teléfono vibró. Lo saqué del bolsillo y vi el nombre en la pantalla: Harper.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza, y me levanté rápidamente, murmurando algo sobre tomar un poco de aire. Jesse me miró con

curiosidad, pero no dijo nada, ocupado con las palomitas.

Salí al balcón, cerrando la puerta detrás de mí para asegurarme de que Jesse no pudiera oír. La noche era fresca, y el aire me ayudó a calmarme un poco antes de contestar.

—Hola, ¿señora Anderson? Soy Sarah Harper, la abogada del bufete Seattle Divorce Services. ¿Tiene un momento?

—Sí, claro… —dije, intentando que la voz no me temblara.

—Lamento llamar a estas horas —dijo con un tono que no auguraba buenas noticias—. Emma, la prisión de Connally me ha devuelto el sobre. Su marido ya no está allí.

—¿Que no está? ¿Cómo que no está? ¿Ha salido? —pregunté, sintiendo cómo el nudo en mi estómago se apretaba aún más.

—Eso parece. El aviso dice que fue liberado bajo libertad condicional, pero no especifica la fecha. Hablé con el Departamento de Justicia de Texas esta tarde: confirmaron que ha sido asignado a la zona de Alpine.

—¿Y eso qué significa? —pregunté, notando cómo mi mano temblaba, sin saber si era por el frío o por sus palabras.

—Que, si sigue el procedimiento habitual, lo más probable es que haya vuelto a Valentine. Allí tiene su residencia aprobada y su empleo en el taller familiar. Es lo normal para los que no tienen antecedentes de violencia reincidente.

—Yo… —quise decir algo más, pero las palabras se quedaron atascadas. ¿Cómo era posible? Sentí el corazón golpearme el pecho, rápido, como si buscara una salida.

—No se preocupe, Emma —dijo la abogada con calma—. Puedo enviar la notificación de divorcio directamente a la oficina de libertad condicional. Ellos se encargarán de entregársela. Pero como ya te dije esto retrasará el proceso —añadió, con tono prudente.

—Si él está en Valentine, yo... —dudé por un instante, pero la desesperación pudo más—. Yo sé el número de su casa. Tal vez

podría contactarlo directamente para agilizar el trámite —propuse, mientras apretaba los puños con tal fuerza que las uñas se me clavaban en las palmas.

—Sinceramente, creo que nuestro primer paso debe ser notificar a su agente de libertad condicional. Una vez que reciba los papeles, la ley le da veinte días hábiles para responder —declaró con una firmeza que no admitía réplica—. Solo si no lo hace entonces, cruzaremos ese puente.

—Está bien —acepté, con un hilo de voz, sabiendo que no me quedaba más opción que confiar en su criterio, aunque esos veinte días se extendían ante mí como una eternidad insoportable.

Cuando colgué, aspiré el aire helado de la noche hasta llenar los pulmones. Estaba libre. La palabra resonó en mi mente, seguida de un eco envenenado: Valentine. Podría estar allí, respirando el mismo aire polvoriento de nuestro pasado. Y entonces, como un golpe bajo, la imagen de la caja de madera escondida en mi armario cruzó por mi mente. El anillo. Las iniciales. Jolene.

Sin poderlo evitar, una lágrima fría como el metal de esa alianza resbaló por mi mejilla.

6

Marzo se instaló con una lentitud despiadada. Cada amanecer traía consigo la misma esperanza, la misma plegaria silenciosa: que el teléfono sonara con la voz de mi abogada al otro lado, anunciando que todo, por fin, había terminado. Pero los días se sucedían unos a otros, vacíos de esa llamada, y con cada uno que pasaba, una certeza fría y pesada se instalaba en mí: R.J. no firmaría. Ni siquiera entendía cómo había podido engañarme a mí misma, cómo había permitido que aquel destello de esperanza creciera en la oscuridad.

Fue en uno de esos momentos de derrota, con la mirada perdida en la penumbra de la habitación, cuando mis ojos se posaron en la fotografía de la mesilla. Ahí estábamos Jesse y yo, capturados en un instante de felicidad pura durante aquel viaje a la costa. Él me rodeaba con el brazo, el viento jugaba con nuestro cabello y nuestras sonrisas eran tan despreocupadas que casi podía oír el eco de nuestras risas meciéndose entre las olas. Jesse me miraba con sus ojos azules, llenos de una luz que entonces creí eterna. Y yo… yo parecía de verdad feliz. Auténtica. Completa.

No podía perder aquello. No permitiría que nadie, ni siquiera R.J., me lo arrebatara.

El timbre sonó de pronto, seco y repentino, arrancándome de un tirón del remolino de pensamientos en el que estaba hundida. Parpadeé, desorientada, como si despertara de un sueño que no quería recordar.

Eran ellas: la madre de Jesse y sus hermanas. Habían venido a buscarme, tal como habíamos quedado semanas atrás, una cita que yo había pospuesto una y otra vez con excusas cada vez más

transparentes. Ahora, al oír sus voces animadas al otro lado de la puerta, sentí que el estómago se me encogía. Sabía lo que pensaban: que no quería ir con ellas a elegir el vestido de novia. Y quizás tenían razón.

No es que no quisiera. Era que… ellas eran tan distintas a mí. Tan cálidas, tan directas, tan cómodas en su propia piel. A veces, sin mala intención, se volvían invasivas: preguntas que rozaban lo íntimo, opiniones dichas con una seguridad que yo nunca había tenido. Y yo, por más que lo intentaba, siempre terminaba sonando distante, casi borde. Por dentro me esforzaba por sonreír, por participar, por parecer la novia entusiasmada que esperaban… pero me daba la impresión de que se notaba. Que se notaba que fingía.

Y, además, me avergonzaba. Me avergonzaba no tener a nadie más con quien compartir esos momentos, a nadie más que a Jesse. Pero después de todo lo que había vivido, después de los años de estudios, de silencios, de heridas que no se ven, había construido una coraza tan gruesa que apenas había dejado entrar a alguien. Solo a él.

Y Jesse se lo había ganado. Con paciencia, con lealtad, con noches enteras esperando a que yo estuviera lista para hablar, o simplemente para estar.

Pero ni siquiera a él le había dejado verme del todo, mostrarle quién era realmente bajo todas esas capas.

El salón de novias era un sueño, con sus grandes espejos y los vestidos colgando en fila, blancos y silenciosos como promesas. Cada rincón olía a ocasión especial.

Apenas cruzamos la puerta, Diane, la madre de Jesse, me tomó del brazo con suavidad, con una mirada llena de expectativas. Tenía la misma expresión bondadosa de su hijo, esa tan tierna.

—Emma, cariño, esto va a ser tan divertido —dijo, con un entusiasmo genuino—. Tienes que probarte varios y ver cuál te hace sentir más especial.

Kim y Hallie, las hermanas, se unieron a nosotras entre risas y bromas, hojeando los catálogos con la emoción palpable de quienes han crecido juntas compartiéndolo todo.

—Este te quedaría genial —dijo Hallie, sosteniendo un vestido de encaje con mangas largas—. Tiene ese aire clásico, como de película antigua.

—No, no —intervino Kim, sacando otro vestido de la percha—. Este es más moderno, más tú.

Sus voces se entrelazaban con naturalidad, con esa confianza de quienes han discutido y reído miles de veces antes. No se limitaban a elegir vestidos; se divertían. Y yo estaba allí, en medio de todo eso, sintiéndome como una intrusa.

Me probé un vestido tras otro, mientras Diane permanecía a mi lado, ajustándome tirantes, anudando corses y alisando faldas con una dedicación que me abrumaba. Cada capa de tela, cada broche, parecían añadir peso a una figura que no reconocía como mía. Al mirarme en el espejo, no vi a una novia, sino a una actriz mal encajada en una escena de comedia romántica: vestidos de seda esparcidos como fantasmas por el suelo, copas de champán relucientes en manos ajenas y unos tacones que amenazaban con traicionarme en cada paso.

—Si tuvieras el cabello un poco más largo, podrías llevarlo recogido con mucho estilo —comentó Diane, acercándose más de lo que habría querido y simulando con las manos cómo quedaría ese peinado sobre mi cabeza.

—¡Qué dices, mamá! —intervino Kim, acercándose también—. Lo que se lleva ahora es media melena ondulada, con algún detalle con perlas.

—Totalmente de acuerdo —añadió su hermana, aceptando otra copa de champán, satisfecha—. Te has quedado anticuada, mamá.

Fue entonces cuando Diane clavó sus ojos en mí, como si por fin notara que llevaba varios minutos en silencio.

—¿Tú qué opinas, cariño? —preguntó, posando de nuevo sus manos en mi pelo—. Si prefieres el recogido, podemos ponerte extensiones.

—No, no… creo que mejor lo dejo suelto. Es más cómodo —respondí, esforzándome por mostrar una expresión ligera y dando un paso leve hacia atrás, buscando recuperar mi espacio.

—Bueno —suspiró ella, como si se rindiera ante la modernidad—. Vosotras sois las jóvenes.

Se dejó caer en el sofá de cuero blanco que dominaba la sala, y en ese preciso instante, algo en mi pecho se quebró.

No fue un pensamiento, ni una imagen. Fue una sensación: el aire que ya no entraba en mis pulmones, la garganta que se cerraba como una trampa, el corazón golpeando contra las costillas. Un viejo amigo había regresado sin avisar. Lo había mantenido a raya durante tanto tiempo, enterrado bajo años de rutinas, estudios y sonrisas ensayadas. Pero bastó un gesto, una palabra, una habitación llena de telas y recuerdos ajenos, para que volviera.

Sabía por qué había pospuesto aquel día tanto tiempo. Temía que este momento me devolviera, aunque fuera por un segundo al pasado. Al día de mi boda. A la familia que tuve. Pero sobre todo a ella: sus ojos marrones llenos de ternura, sus manos cálidas arreglando mi velo, su voz susurrándome que todo estaría bien.

Y todo se había ido. Todo me lo había perdido.

Pero no podía permitir que aquello saliera ahora. No aquí. No delante de ellas. Había tardado demasiado en encerrarlo, en cerrar esa herida y echar el cerrojo. No iba a dejar que resurgiera solo porque me habían puesto un vestido blanco.

Me obligué a recuperar el aliento, esbozando una sonrisa forzada pero más convincente, y me excusé preguntando por el baño. La dependienta, con amabilidad serena, me ayudó a desabrochar el vestido y me tendió una bata suave, mientras las demás seguían inmersas en un desfile de telas y encajes, ajenas por completo a mi

silencioso desmoronamiento. Que no se hubieran percatado de mi ansiedad me alivió en parte; lo último que quería era tener que dar explicaciones. Sin embargo, noté que la joven de la tienda me observaba con una mirada comprensiva pero penetrante, como si no fuera la primera vez que veía algo así.

Una vez en el baño, me senté en el borde del lavabo con el pulso alterado. Abrí mi bolso y saqué un ansiolítico que siempre llevaba conmigo, por si acaso. Me lo tragué sin agua, con un gesto seco y decidido. Mientras esperaba a que hiciera efecto, cerré los ojos y me concentré en respirar: lento, profundo, llenando los pulmones y vaciándolos con intención. Poco a poco, el pánico fue cediendo, como una marea que se retira arrastrando consigo el ruido interno.

Me levanté, me mojé la cara con agua fría y me miré en el espejo. Mis ojos estaban hinchados, pero firmes. Sabía que aquel día iba a ser más largo y más duro de lo que había imaginado, pero también sabía que podía con ello.

Justo cuando abría la puerta para salir, mi teléfono vibró. En la pantalla, iluminándose con una luz familiar y a la vez temida, aparecía el nombre de la señora Harper, mi abogada.

—Hola, Emma, soy Sarah Harper —dijo su voz al otro lado de la línea, más grave y contenida de lo habitual.

—¿Hay noticias? —pregunté de inmediato, con esa estúpida, terca esperanza que se negaba a morir, por mucho que la realidad la golpeara una y otra vez.

—Las hay —respondió—, aunque no son las que esperábamos.

Hizo una pausa breve, como si estuviera eligiendo las palabras con pinzas, sabiendo que cualquiera de ellas podía hacerme tambalear.

—Hablé con el oficial de libertad condicional. Me confirmó que R.J. recibió los papeles el quince de febrero… pero no firmó el acuse de recibo.

Me quedé inmóvil, mirando mi propio reflejo en el espejo del baño: los ojos hinchados, los labios apretados, el rostro de alguien que ya no sabe si está luchando o huyendo.

—¿Cómo que no firmó? —susurré, como si hablar más fuerte pudiera hacer que las palabras perdieran sentido—. ¿Y eso qué significa?

—Que fue un movimiento muy astuto —dijo Sarah, con una mezcla de frustración y admiración forzada—. Al no firmar, no hay constancia oficial de que recibió la notificación, aunque todos sepamos que sí los tuvo en sus manos. Y sin esa prueba documental, el tribunal no puede avanzar. Está todo paralizado.

Sentí cómo el suelo se volvía menos sólido bajo mis pies.

—¿Y qué podemos hacer ahora? —pregunté, con una voz tan débil que apenas me reconocí—. No puedo retrasar la boda, Sarah. No puedo.

—Volver a enviar los papeles reiniciaría el proceso desde cero —explicó—. No llegaríamos a julio. Pero… hay otra opción.

—¿Llamarlo? —aventuré, con un nudo en la garganta tan fuerte que apenas pude pronunciar la palabra.

—Exacto. Si me facilita el número, puedo intentar ponerme en contacto con él directamente. A veces, cuando el aviso viene de una oficina legal, el demandado reacciona distinto. Quizá logre que reconozca la notificación o que acepte firmar.

El silencio se instaló entre nosotras. Solo escuchaba mi respiración entrecortada, el eco hueco del baño y, al otro lado de la línea, la calma impecable de Sarah, esa que solo tienen quienes están acostumbrados a manejar los restos de vidas rotas.

—¿Cree que funcionará? —pregunté al fin, temiendo tanto su respuesta como el vacío que dejaría si decía que no.

—No lo sé —admitió, con una honestidad que dolía más que cualquier mentira piadosa—. Pero es la única forma de no perder más tiempo.

Después de colgar, tras darle un número de teléfono que durante años había sido el mío, y que aún dolía pronunciar en voz alta, me dejé caer sobre el frío suelo de mármol. Apoyé la cabeza contra la pared, cerré los ojos y lo supe con una certeza que me heló por dentro: él no lo haría. No firmaría. En lo más hondo de mí, sabía que encontraría la forma de hacérmelo pagar. R.J. nunca me dejaría escapar con facilidad.

Sarah no lo conocía, pero yo sí, y estaba segura de que no cedería. Sabía exactamente lo que le diría: que si quería aquellos malditos papeles, tendría que volver a Valentine. Sería su estrategia perfecta para atraerme de vuelta, para ponerme frente a él. Y yo… yo no podría soportarlo. Verlo me rompería. No en el sentido poético, sino en el más literal: mis huesos, mi aliento, mi voluntad. Todo se desharía.

Porque, por mucho que quisiera creer lo contrario, no confiaba en mí misma a su lado.

No cuando, en el fondo, una parte de mí seguía respondiendo a él como si aún le perteneciera.

7

Tres días después, seguía con el móvil aún ardiendo en mi mano. Lo había previsto, lo sabía. Conocía a R.J., cada uno de sus movimientos, cada una de sus posibles respuestas… pero escucharlo en boca de Sarah lo había hecho tangible, real, y noté cómo la tensión abandonaba mi cuerpo para dejar paso a un vacío frío.

Si quería aquellos papeles, tendría que volver a Valentine. Él lo había dejado bien claro. ¿Y presentarme allí con su agente de libertad condicional? No pude evitar una risa amarga cuando Sarah lo sugirió. Sabía que lo hacía para protegerme, pero aparecer en casa de los Baker de esa forma… sería la peor forma de hacerlo.

Durante un instante, me observé en el espejo del baño del hospital, bajo la luz fría del fluorescente, y me planteé contárselo todo a Jesse. Pero la verdad no se limitaba a un papel de casada. La verdad era el hombre con el que estaba casada, la vida que había llevado, las sombras que arrastraba. Y eso… eso no podía contarlo. No podía permitir que me mirara de otra manera. Si le decía quién era en realidad, nada volvería a ser igual. Y no estaba dispuesta a perderlo.

De pronto, con un gesto brusco, apreté el puño y lo estrellé contra la pared. No sentí dolor, solo un latido sordo que recorría mi mano. Estaba anestesiada, insensible a todo menos a la rabia que me consumía por dentro. Rabia por tener que volver a bailar al son que él marcaba.

Entonces Linda entró en el baño, y su presencia me obligó a recomponerme al instante.

—¡Dios mío! ¡Aquí estabas! —exclamó, tomándome de la mano con urgencia—. Llevo un buen rato buscándote —añadió, llevándome hacia un rincón apartado.

—¿Qué ocurre? —pregunté, entre curiosa y preocupada.

—Quiero que seas sincera conmigo —dijo, mirándome por encima de sus gafas de lectura. Sacó el móvil y desbloqueó la pantalla con cierta torpeza—. Dime, ¿crees que este vestido es demasiado para una mujer de cincuenta y dos años? Mi hija se rio en mi cara cuando se lo enseñé, pero a mí… a mí me encanta.

Al escucharla, no pude evitar poner los ojos en blanco. Por un momento, envidié que su mayor preocupación fuera un vestido.

—Linda, es precioso. Póntelo —dije con sequedad, pero al ver su expresión herida, rectifiqué de inmediato—. Quiero decir… tienes un tipo estupendo. Vas a pilates, te cuidas… Tienes todo el derecho del mundo a lucirte.

Su rostro se iluminó al instante, con un brillo radiante en la mirada mientras contemplaba de nuevo la foto del vestido. Pero el hechizo duró poco: la voz de la jefa de enfermeras resonó en el pasillo, llamándonos para repartir las asignaciones del día.

Linda guardó el móvil con un movimiento rápido y me guiñó un ojo antes de salir del baño.

—Después seguimos con esto —dijo, ya con la puerta entreabierta—. ¡Y gracias, Emma!

Tras un agotador turno de doce horas, casi sin pausa, llegué a casa con un único deseo: sumergirme en un baño caliente y silenciar por fin mi mente. Necesitaba desconectar del trabajo, de las decisiones pendientes, de todo. Era como si buscara pausar mi vida un instante, antes de que esta me devorara por completo.

Nada más abrir la puerta, me envolvió el aroma de lasaña recién horneada, con su queso gratinado y el perfume del tomate y la albahaca impregnando el apartamento. No pude evitar que una sonrisa asomara a mis labios.

—Hola, cielo —me recibió Jesse, ayudándome a quitarme la chaqueta y besándome con suavidad—. Apuesto a que ha sido un día duro.

No podía imaginar cuánto.

—Te he preparado tu plato preferido. Después puedes darte un baño tranquila, y he elegido una película para que te quedes dormida viéndola —añadió con humor, sabiendo que era algo que solía hacer a menudo.

Eran esos detalles, esa manera suya de estar y de cuidarme, lo que me hacía querer permanecer a su lado. Él era, en verdad, alguien que me amaba y se preocupaba por mí de un modo que nunca antes había conocido.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Jesse —le dije, sosteniendo su mirada un instante antes de dirigirme a la mesa, donde me esperaba una porción generosa de lasaña, con sus capas perfectamente definidas y el queso fundiéndose sobre la superficie dorada. Comencé a comer casi sin esperarle, dejando que el sabor familiar me reconfortara.

Mientras compartíamos una copa de vino y nos relajábamos, hablamos de la música para la boda y del miedo de Jesse al discurso de su padre. Temía que se convirtiera más en un monólogo cómico que en unas palabras sinceras. En momentos como ese, todo lo demás parecía difuminarse. Los problemas se convertían en un simple ruido de fondo que, si me esforzaba, lograba ignorar. Era fácil perderse en aquella normalidad, en un mundo donde los broches de las damas de honor parecían ser la mayor de las preocupaciones.

—Por cierto, hoy he estado hablando con mi madre —dijo Jesse mientras llenaba de nuevo nuestras copas—. Cree que es un buen momento para comprar… ya sabes, una casa más grande, en las afueras.

—A mí me gusta nuestro apartamento —respondí, dando un sorbo al vino—. Además, vivir en el centro tiene sus ventajas: estamos cerca de todo, especialmente del trabajo.

—Sí, claro, a mí también me encanta —admitió—, pero después de casarnos… no sé, estaría bien tener algo nuestro, con vistas a largo plazo. —Las palabras salían de su boca, pero yo sabía que su madre las había colocado allí.

—Claro, y eso implica comprar una casa en Medina, ¿verdad? —dije con media sonrisa, sabiendo que su madre llevaba tiempo insistiendo en que nos mudáramos cerca de ellos.

—Bueno, ¿qué tiene de malo? Es un barrio precioso, y solo está a quince minutos en coche del trabajo. Además, mi madre ha hablado con una amiga suya, cuya conocida nos haría una oferta increíble por una casa espectacular —dijo, con los ojos iluminados, quizás por el vino o por la emoción.

—Jesse, estás loco. Esas casas son carísimas. Por muy buena que sea la oferta, no tenemos tanto dinero ahorrado —intenté que entrara en razón.

—No te preocupes por eso —respondió—. Mis padres nos prestarían el dinero de la entrada, y con nuestros sueldos podríamos pagar el resto sin problema. —Parecía tenerlo todo calculado.

—No. Ya han pagado la boda, cuando te insistí en que la pagáramos nosotros. ¿Y ahora también la casa? Ni hablar —dije, cruzándome de brazos.

Jesse se levantó de la mesa y se acercó a mí. Se agachó hasta rodearme con sus brazos mientras yo seguía sentada en la silla.

—Me imagino allí, frente a la chimenea, tomando una copa de vino y charlando… o leyendo un buen libro… o haciendo algo que implique menos ropa —ese comentario arrancó una sonrisa que intenté ocultar—. Es un sueño que puede hacerse realidad, Emma.

Me levantó de la silla, tomó mi mano y luego sostuvo mi rostro entre sus palmas.

—Tú, yo… —hizo una breve pausa antes de añadir—, y quién sabe si, en no mucho tiempo, alguien más.

En aquel instante, me aparté de él de golpe y retrocedí.

—¿Alguien más? —pregunté confundida, sabiendo que ya habíamos tenido esa conversación antes.

—Sí. Que no podamos tener hijos biológicos no significa que no haya otros métodos, ¿no crees? —dijo, acercándose de nuevo. Sabía que aquel tema era un tabú para mí—. Pero escucha, cariño, eso no es algo urgente, ni tenemos que hablarlo ahora, ¿vale? Yo me caso contigo, eso lo tengo claro. Pero quiero tener la posibilidad, y esa casa nos permitiría ampliar la familia si así lo deseáramos.

Aunque sus palabras buscaban tranquilizarme, no lo lograron. Sabía que Jesse deseaba tener hijos y que había sido un golpe duro para él cuando supo que yo no podía. Sin embargo, yo tampoco estaba segura de quererlo. Con Jesse sería diferente, eso lo sabía, pero solo pensar en ello seguía doliéndome profundamente.

—Venga, cielo. Solo sería ir a echar un vistazo a la casa —dijo Jesse con un gesto dulce y aquella mirada suya que siempre terminaba ablandándome—. Una visita rápida, eso no nos compromete a nada, ¿verdad?

Con todo lo que arrastraba encima, no tenía fuerzas para una discusión. Además, verlo tan ilusionado terminó contagiándome algo de esa luz suya, y la verdad era que la necesitaba como agua en el desierto. Dejé que el cansancio y su ternura me envolvieran, permitiéndome por un rato olvidar las sombras que se cernían sobre nosotros.

Poco a poco, la tensión se fue disolviendo, despacio, sin que ninguno de los dos la nombrara, hasta que el ambiente cambió por completo. Terminamos riendo, deslizándonos hacia un territorio más íntimo.

Después de lo que terminó siendo un baño compartido, lleno de risas ahogadas, besos robados y arrumacos íntimos, acabamos los dos aún envueltos en albornoces, con el cabello húmedo y pegado a las sienes, tirados en el sofá. Pero esta vez fue él quien se durmió primero, con la cabeza apoyada en mi hombro y la respiración sosegada. Yo, en cambio, seguía con la mirada perdida en la

pantalla, donde una película que ya ni veía seguía transcurriendo como un eco lejano.

No podía perderlo. Ese pensamiento surgió con una claridad dolorosa al mirar su rostro sereno, con las gotas de agua aún brillando en su pelo húmedo. Había luchado tanto por construir esa vida, por encontrar un lugar donde respirar en calma… y ahora, fuera como fuese, tenía que conservarlo. A cualquier precio.

Entonces, sin permitirme dudar, me deslicé con cuidado del sofá, conteniendo la respiración para no alterar el sueño de Jesse. La habitación estaba en penumbra, solo rota por el tenue resplandor del televisor. Cada movimiento lo calculaba, consciente de que lo que estaba a punto de hacer podía cambiarlo todo. La media botella de vino que habíamos compartido latía aún en mis venas, dándome un valor momentáneo, ficticio pero necesario.

Al abrir el portátil, la luz azulada me cegó un instante. Busqué vuelos con dedos que parecían ajenos a mí, y antes de que el miedo pudiera detenerme, reservé un billete de ida y vuelta a El Paso: salida el viernes 6 de abril a primera hora, regreso el lunes 9. Solo tres días. Tres días para enfrentar lo que había estado evitando desde que dejé atrás Valentine. El avión aterrizaría al mediodía; después, un coche alquilado y un trayecto de dos horas por carreteras que creía no volvería a pisar.

Con la reserva confirmada, aún bajo el influjo del vino y la determinación repentina, tomé el móvil y escribí a Linda:

“Hola, Linda, perdona la hora. ¿Podrías cubrirme los turnos del viernes 6 y el lunes 9? Son solo unos días, es un asunto familiar. Te lo agradezco mucho.”

La respuesta no se hizo esperar:

“Claro, Emma, no hay problema. Así saldamos lo que me cubriste tú este mes. Cuídate, y espero que ese asunto familiar se resuelva pronto.”

Su mensaje me alivió en parte, pero no logró calmar el remolino de nervios que no lograba aplacar. Lo más difícil aún estaba por llegar: Jesse. Tendría que darle una excusa y ocultar la verdad. Mentirle me destrozaba, cada palabra falsa sería una losa más sobre esta conciencia que ya no daba para tanto.

Así que cerré el portátil, apagué la pantalla del móvil y me quedé allí, en la oscuridad del comedor, escuchando su respiración desde el salón.

Sabía que, al despertar, tendría que mirarlo a los ojos y sonreír como si nada.

Y eso, quizás, era lo más difícil de todo.

8

Los huevos revueltos del desayuno estaban más revueltos de lo que debían, víctimas de mis manos inquietas y de una cabeza que aún arrastraba las secuelas del vino de la noche anterior. Mientras Jesse revisaba sus correos en el portátil con expresión concentrada, yo no dejaba de dar vueltas a cómo plantearle mi partida.

—Cielo, vas a marear a los huevos —comentó él alzando la vista de la pantalla y tomando un sorbo de café.

—Sí… qué tonta —respondí con una risa que sonó tan frágil como me sentía.

—Oye, ¿te pasa algo? ¿Sigues preocupada por lo de la casa? —preguntó, intentando descifrar el motivo de mi distracción.

—No, no, qué va — tomé aire, sintiendo cómo la valentía artificial del vino se había esfumado—. Oye, anoche, cuando te dormiste, recibí una llamada de un familiar…

Antes de que pudiera terminar la frase, Jesse se acercó a mí con expresión de alerta.

—¿Todo bien? —preguntó, sorprendido de que yo mencionara a mi familia por iniciativa propia.

—Sí, claro, no es nada importante, no te preocupes —intenté quitarle hierro al asunto—. Es solo que hay unos terrenos de un pariente y necesitan que firme unos papeles. —Saqué los huevos de la sartén y los serví en su plato—. Pregunté si podía hacerlo mediante un abogado, pero al parecer el registro exige firma original ante notario y no aceptan poderes por correo. —Alcé la vista,

consciente de que había dado más explicaciones de las necesarias y temiendo que eso despertara sus sospechas.

—Lo siento mucho —dijo poniendo su mano sobre la mía—. ¿Qué fechas son? Podría hablar con el hospital y pedir días.

—No hace falta que pidas días, Jesse. Es solo un par de papeles, nada más. Además, estás de guardia el fin de semana del seis, ¿verdad?

—Sí, pero podría cambiar el turno con Anderson.

—No, en serio —sonreí, forzando naturalidad—. No tiene sentido mover a todo el servicio por dos firmas y un vuelo. Solo serán tres días.

Vi en sus ojos un destello de decepción. Sabía que anhelaba conocer mi pasado, y que mantenerlo a distancia le dolía.

—¿Les dirás al menos que te vas a casar? —preguntó con un deje de resentimiento—. ¿Debo esperar ver en mi boda a algún familiar tuyo?

—Jesse… —me acerqué a él y rodeé su cuello con mis brazos—. Tú eres mi única familia, ¿de acuerdo? La gente que hay allí es solo gente con la que comparto sangre y un pasado. Créeme, no te pierdes nada —apoyé la cabeza en su hombro, sintiendo el peso de aquella media verdad.

—Está bien, Emma. Pero por lo menos mantenme al tanto, ¿vale? —su voz conservaba un rastro de preocupación. La incertidumbre era un territorio que lo incomodaba, y no sabía cómo manejar la situación.

—Claro, no te preocupes. Además, cuando vuelva podremos ir a ver esa maldita casa de Medina con tu madre —dije, intentando suavizar la tensión con una concesión que sabía lo haría feliz.

Una sonrisa auténtica, cargada de sorpresa, iluminó su rostro.

—¿En serio? —preguntó, incrédulo, como si no se atreviera a creer que yo estuviera cediendo un poco.

—Sí —añadí rápidamente, tratando de suavizar lo que acababa de ofrecer—. Pero que vayamos a verla no significa que vayamos a comprarla, ¿de acuerdo? No quiero que te hagas ilusiones.

—Bueno, que al menos aceptes ir… para mí ya es algo —murmuró, besando mi coronilla con una ternura que me desarmó.

Sabía que no se quedaría tranquilo sabiendo que viajaría sola a Texas, pero también conocía bien a Jesse: era de esas personas que, incluso preocupadas, respetaban tus espacios y decisiones. No presionaba, no invadía. Y esa forma de quererme, tranquila y confiada, hacía que quererlo fuera tan fácil como respirar.

La semana transcurrió casi sin que me diera cuenta, sumergida en una rutina agotadora que, por una vez, agradecía. En el hospital, varios días se habían tornado intensos: urgencias complicadas, turnos que se extendían más de lo previsto y la nueva jefa de enfermeras, que parecía exigirnos cada vez más. Únicamente las charlas distendidas y los cafés compartidos con Linda y algunas compañeras hacían aquel trajín agotador algo más llevadero.

Pero no me quejaba. Mantener la mente ocupada en el trabajo hacía que el regreso a Valentine se difuminara, aunque fuera por unas horas. En esos momentos, me aferraba al presente: a las tareas pendientes, a los pacientes que confiaban en mí, a ese propósito que, a su manera, me daba el aire que necesitaba para seguir.

Jesse también había estado especialmente ausente, no por falta de ganas, sino por las guardias y esos horarios que parecían conspirar para mantenernos distantes. En el fondo, lo agradecía. Cada día que pasaba sin tener que mentirle de nuevo era un alivio. Solo quería que todo se resolviera de una vez, para poder ser libre de verdad: estar a su lado, convertirme en su esposa sin sombras que nos separaran.

Pero aún quedaba un obstáculo en el camino. Y en unos días, por fin, quedaría atrás.

Había avisado a Sarah para que llamara a R.J. y le informara de mi visita. Que tuviera los papeles listos, todo preparado para esas fechas. No quería que mi llegada lo tomara por sorpresa, pero tampoco estaba dispuesta a hablar con él directamente. No aún. No hasta que fuera absolutamente inevitable.

Por ahora, bastaba con saber que el final estaba cerca y que, después de todo, podría por fin respirar.

Estaba plantada frente al armario, vacilando sobre qué llevar en aquella maleta de mano que parecía haberse encogido de repente. Miré por la ventana, donde las gotas de lluvia resbalaban sobre el cristal, y suspiré, dejándome caer sobre la cama, vencida por la indecisión. El móvil me recordaba con crudeza que me esperaba un clima completamente distinto al de Seattle: 28 grados. ¿Cómo era posible en abril?

Tendré que meter ropa de verano, murmuré para mí misma, sacando del fondo del cajón camisetas ligeras que no veía desde hacía meses.

No podía creer que, después de tanto tiempo, fuera a volver. Por más que lo pensaba, mi mente se resistía a asimilarlo. Estaba ausente de sentimientos, sumida en esa extraña calma que precede a la tormenta, sabiendo que algo en mí estaba a punto de desatarse, pero manteniéndome inexplicablemente entera, como si lo observara todo desde fuera.

Abrí el cajón de la mesilla y tomé el blíster de ansiolíticos. Sin dudarlo, lo guardé en el bolso. Era algo que, tarde o temprano, iba a necesitar.

Cerré el cajón y, al hacerlo, la imagen de la caja me atravesó la mente. La pequeña caja de madera seguía escondida al fondo del armario, exactamente donde la había dejado. Me levanté despacio y fui hasta allí, apartando la ropa y las cajas apiladas hasta alcanzarla. La sostuve entre las manos unos segundos, con el impulso de abrirla latiéndome en los dedos, pero no lo hice. En lugar de eso, la llevé hasta la maleta abierta y la coloqué en el fondo. Aquella caja

pertenecía al desierto, a todo lo que había sido y a lo que dejé atrás. Y esta vez, de verdad, estaba lista para soltarlo.

Una vez lista, dejé encima la ropa que me pondría por la mañana y bajé al salón. Me senté en el sofá con un bol de restos de ensalada de la noche anterior y el móvil al lado, esperando la llamada de Jesse. Cuando tenía guardia y no volvía a casa, siempre procuraba llamarme antes de que me durmiera. Y sabiendo que al día siguiente viajaba, estaba segura de que no se retrasaría.

No había terminado el primer capítulo de la serie que acababa de empezar cuando sonó el teléfono.

—Perdona, cielo, no he podido llamarte antes. Tuve una emergencia —dijo nada más contestar—. ¿No estarás durmiendo ya? —preguntó con cierta preocupación.

—No, tranquilo. Estaba viendo algo en la tele —respondí, pausando la serie.

—¿Cómo estás? —preguntó, y al fondo se oía el sonido de la cafetera de la sala de personal—. ¿Nerviosa por el vuelo?

—De momento, no —respondí con honestidad—. Pero supongo que una vez en el aeropuerto me pondré de los nervios. Odio volar, ya lo sabes.

—Sí, cuando fuimos a Francia tuve que drogarte más de la cuenta —dijo entre risas, recordando cómo los relajantes que me había dado habían resultado más fuertes de lo previsto.

—Bueno, esta vez solo me llevo los ansiolíticos. Aunque espero no tener que usarlos —admití, sabiendo que eso era casi una ilusión.

—Sinceramente, me frustra no poder ir contigo —comenzó a decir, pero entonces oí que lo llamaban por el megáfono—. Cielo, me tengo que ir. Recuerda: te amo, te voy a echar demasiado de menos y llámame en cuanto llegues, ¿de acuerdo? —habló tan rápido que apenas tuve tiempo de responder antes de que me colgara.

Como no pude despedirme, le envié un mensaje: "No tendrás que echarme de menos durante mucho tiempo. Yo también te quiero, y

estoy deseando ser tu esposa”.

Sabía que, en cuanto tuviera un momento de calma para leerlo, ese mensaje le arrancaría una sonrisa.

El tiempo siguió pasando. Cada vez que miraba el reloj, otra hora había desaparecido. *Un capítulo más*, me decía, una y otra vez, hasta que la alarma del móvil puso fin a aquella procrastinación: las cuatro de la mañana brillaban en la pantalla.

Por Dios, ¿cómo ha pasado esto?, dije, dejando la bolsa de patatas a medio comer sobre la mesa. Me levanté de un salto, cogí la ropa que había preparado y me dirigí directamente a la ducha, no sin antes pedir un taxi desde la aplicación del móvil. El viaje, quisiera o no, ya había comenzado.

9

«Ding».

«Atención, pasajeros del vuelo 2423 de Alaska Airlines con destino a El Paso, Texas: el embarque comenzará en breve en la Puerta C11. Por favor, tengan a mano sus tarjetas de embarque e identificación.»

La voz metálica de los altavoces resonó en la terminal y, por un instante, tuve la extraña sensación de que no se referían a mí. Hasta que levanté la vista hacia la pantalla frente a la puerta: Alaska Airlines 2423 — Seattle → El Paso — On time. Ahí estaba, escrito en letras azules que titilaban con una tranquilidad insultante, como si aquel vuelo fuera uno más entre cientos.

Me llevé la mano al cuello. Noté los dedos fríos, la piel tensa. Más allá de los ventanales, el amanecer se dibujaba como una mancha gris y húmeda, tan característica de Seattle. Uno de esos días en los que el sol parece haberse olvidado de salir.

Apreté con fuerza la tarjeta de embarque entre mis dedos. Emma C. Anderson. Leí mi nombre una y otra vez, como un recordatorio: esa era yo ahora. Ya no era la misma. No había nada que temer.

De pronto, el altavoz volvió a sonar:

«Ahora embarcando el Grupo A.»

Tragué saliva, respiré hondo y me levanté. A mi alrededor, la gente comenzaba a formar una fila desordenada, arrastrando maletas de ruedas, revisando teléfonos, despidiéndose con abrazos rápidos. Yo también me moví, casi por inercia, sin dejar que el pensamiento se entrometiera. No podía permitírmelo. Sabía que, si

me sentaba de nuevo, no volvería a encontrar el valor para levantarme.

La azafata, con su uniforme impecable y una expresión radiante, tomó mi tarjeta de embarque y mi pasaporte antes de señalarme con cortesía la dirección de mi asiento.

Al cruzar la pasarela que me llevaba al avión, sentí una punzada aguda en el pecho. Por un instante, todo en mí quiso girarse y huir. Aún estaba a tiempo. Podía salir corriendo, tomar un taxi de vuelta a casa, enterrarme bajo las sábanas y fingir que nada de esto había empezado.

Pero entonces un hombre con prisa, maletín y mirada ausente, me empujó sin siquiera disculparse. El golpe fue leve, pero suficiente para devolverme a la realidad. No había vuelta atrás. Esto era algo que tenía que enfrentar.

Inspiré hondo, llenando los pulmones como si el aire pudiera anclar mi coraje, y seguí caminando.

Llegué a mi asiento, subí la maleta al compartimento superior y me senté, con las manos apretadas sobre el regazo. Detrás de la cortina, la fila de pasajeros avanzaba con la parsimonia de siempre, arrastrando maletas y abrigos húmedos. Justo en ese momento, el móvil vibró en mi bolsillo. Lo saqué rápidamente, sabiendo que en cualquier momento me pedirían apagarlo.

—Hola, cielo. ¿Cómo estás? ¿Ya habéis embarcado? —La voz de Jesse me trajo un alivio momentáneo, aunque mi cuerpo seguía tenso, rígido.

—Sí, ya estoy sentada. Pero de verdad, odio esto, Jesse. Y sin ti es mucho peor —confesé, sin poder disimular el temor en mi voz.

—Bueno, verás como no es para tanto. Son solo tres horas de vuelo, eso pasa rápido —dijo, mientras al fondo se escuchaba el tecleo de su ordenador.

—¿Ya has terminado la guardia? —pregunté, intentando distraerme.

—Sí, sigo en el hospital. Voy a terminar unos informes, me doy una ducha para despejarme y salgo para casa —hizo una pausa, y escuché un suspiro cansado—. Ha sido un día muy, muy largo. Creo que cuando me meta en la cama, dormiré otras veinticuatro horas seguidas —bromeó, pero notaba el agotamiento en su voz—. ¿A qué hora llegas, cielo?

—Según el billete, a las 12:05, que para ti serán las 11:05 —confirmé, mirando de nuevo la tarjeta de embarque—. En cuanto llegue, te mando un mensaje para que te quedes tranquilo. Cuando te despiertes, lo verás.

—Sí, y en cuanto lo lea, te llamo —respondió con naturalidad.

—Jesse… —titubeé—, es muy probable que donde voy no tenga buena cobertura. Aquello son pueblos pequeños, bastante aislados. Así que envíame un mensaje de texto cuando te despiertes, y yo intentaré llamarte desde un teléfono fijo. Puede que tarde en responderte, pero no te preocupes, en cuanto esté en el hostal, te llamo —intenté explicárselo, aunque sabía que para alguien como Jesse, acostumbrado a la ciudad, era difícil de entender cómo era la vida en el sur de Texas.

—Bien, vale. Con poder hablar contigo, me conformo —dijo, algo confundido pero confiando en mí.

En ese momento, una azafata hizo una señal recordándonos que apagáramos los móviles y nos abrocháramos los cinturones.

—Tengo que dejarte. En cuanto llegue, te escribo. Te quiero.

—Yo también te quiero, cielo. Que tengas un buen vuelo —dijo, justo antes de que colgáramos.

Guardé el teléfono en el bolso y respiré hondo. El murmullo de la cabina se había suavizado, fundiéndose con el repiqueteo constante de la lluvia contra el fuselaje. Una azafata pasó ofreciendo café; el aroma, cálido y familiar, impregnó el aire. Acepté una taza y la sostuve entre las manos, dejando que el calor me tranquilizara.

Afuera, las gotas resbalaban por el cristal como hilos de plata a la luz de los focos de la pista.

Un silencio casi total reinaba en la cabina, solo roto por el rumor lejano de conversaciones y el incesante golpeteo de la lluvia. Varias filas tenían asientos vacíos, incluido el que estaba a mi lado, y agradecí no tener que compartir el espacio. La misma chica pasó de nuevo, esta vez recogiendo las tazas antes del despegue. Su sonrisa era impecable, pero mecánica, como un gesto repetido mil veces.

Mientras los operarios se movían entre charcos que reflejaban las luces del aeropuerto, los motores rugieron de pronto, profundos y vibrantes. El avión comenzó a rodar, y con él, mi estómago se encogió. Siempre me había incomodado ese instante: cuando el suelo se vuelve inestable y el cuerpo parece rebelarse contra la idea de volar.

Cerré los ojos, contuve la respiración y me dejé llevar, esperando que el ruido, el miedo y la ciudad desaparecieran tras la nube de lluvia y metal.

Cuando sonó el pitido y se encendió la luz que indicaba que ya podíamos desabrocharnos los cinturones, por fin pude respirar con algo más de alivio. Seguía sin gustarme la sensación de asomarme a la ventanilla y verme a semejante altura, pero Jesse siempre decía que lo único realmente peligroso en un vuelo eran el despegue y el aterrizaje. Esa idea, repetida tantas veces, me ayudó a relajarme un poco.

Mi plan original era leer un libro y mantener la mente ocupada, lejos de todo lo que se avecinaba. Sin embargo, era más fácil decirlo que hacerlo. Sostenía la novela entre las manos, pasaba las páginas mecánicamente, pero las palabras se desdibujaban ante mis ojos. Mi mente no podía concentrarse; era un torbellino de pensamientos que giraban sin rumbo.

Fue entonces cuando un pensamiento claro, nítido y frío, atravesó toda esa confusión: hoy, ese mismo día, iba a estar frente a él. Después de seis años, iba a verlo de nuevo, a hablar con él, a sentir

su presencia. La sola idea empezó a cerrárseme en la garganta, y el nudo en el estómago se transformó en algo más intenso, más opresivo, como si me estuvieran estrangulando por dentro.

Rápidamente, abrí el bote de ansiolíticos y tomé una pastilla. La tragué sin agua, con un nudo aún mayor en la garganta. Miré el bote, dudé un instante, y luego tomé otra.

Mejor prevenir que curar, me dije, aunque sabía que, en este caso, ni la prevención ni la cura bastarían.

Tras un vuelo que pasó rápido —gracias al efecto adormecedor de las pastillas—, el aterrizaje me devolvió a la realidad con un dolor de cabeza punzante, como si hubiera dormido en un vaivén incómodo y despertara con resaca.

Nada más poner un pie fuera del avión, el aire cambió por completo. El clima seco y caliente de El Paso me envolvió, alejando de inmediato la humedad fría de Seattle. Me quité el jersey de lana y lo até a la cintura.

Mientras caminaba por la pasarela hacia la terminal, noté la diferencia. Si el aeropuerto de Seattle era un espacio amplio y moderno, con techos altos y una iluminación tenue, el de El Paso respiraba otro ritmo: más pequeño, más terrenal, con paredes de tonos claros y suelos de loseta. Carteles en español e inglés se alternaban sobre mostradores de madera clara, y el murmullo de los viajeros sonaba diferente, con acentos tejano-mexicanos que llenaban el aire de un ambiente fronterizo.

Seguí las señales amarillas que conducían a la zona de alquiler de coches, pasando ante escaparates repletos de sombreros vaqueros y botas de piel, y pequeños puestos donde el aroma a burritos recién hechos y café cargado se mezclaba en el aire. Al final de un pasillo bañado por la luz que entraba a través de grandes ventanales con vista a la pista, llegué al mostrador.

Allí, un hombre corpulento y de barba desaliñada, con una expresión que no invitaba al diálogo, me escrutó de arriba abajo.

—Buenos días —dije, haciendo caso omiso de su gesto adusto—. Tengo una reserva a nombre de Emma Anderson. Un Ford Focus azul oscuro.

El hombre me observó con desconfianza, como si dudara de mi capacidad para conducir algo más complicado que un carrito de la compra.

—Voy a necesitar ver su carnet de conducir —fue su única respuesta, seca y directa.

—Por supuesto —respondí, forzando una sonrisa amable mientras deslizaba el documento sobre el mostrador.

El tipo gruñó, frunciendo el ceño mientras comparaba mi foto con mi rostro. Sin añadir una palabra más, se dirigió a la trastienda y regresó con un llavero, que dejó caer sobre la superficie con un golpe sordo.

—El coche está detrás de la ranchera roja —anunció, pero cuando alcé la mano para tomar las llaves, las retiró con gesto rápido—. Cualquier daño que sufra el vehículo se paga aparte, ¿está claro?

—Ya contraté el seguro completo —repliqué, con un tono más cortante del que hubiera deseado, manteniendo la mano extendida.

—El seguro cubre rasguños y rozaduras —aclaró, sin el menor rubor—. La verdad es que no me fío de las mujeres al volante.

—Perfecto —dije, sosteniendo aquella sonrisa tensa y falsa, sin retirar la mano.

El hombre emitió otro gruñido gutural, como un animal molesto, pero finalmente dejó caer las llaves en mi palma.

—Los días extra se pagan al doble de la tarifa —añadió, como advertencia final.

—De acuerdo, gracias —respondí, agarrando las llaves y alejándome de allí antes de que su boca volviera a abrirse.

Allí, bajo un cielo despejado y un sol que ya calentaba con fuerza, saqué el móvil del bolso y escribí a Jesse:

“Acabamos de aterrizar. El vuelo no ha sido del todo malo, pero desde que he bajado, no pienso en otra cosa que en volver. Espero que estés descansando, te lo mereces. Esta noche, en cuanto me instale en el motel, te llamo. Te quiero.”

Apreté "enviar" y solté el aire despacio, sintiendo el peso de la distancia.

Llegué hasta el coche, coloqué la maleta en el maletero y me acomodé en el asiento del conductor, con la incómoda sensación de que los ojos del hombre seguían fijos en mí. Respiré profundamente, intentando serenarme. La verdad era que conducir nunca se me había dado bien, pero no estaba dispuesta a darle el gusto a aquel energúmeno de confirmar sus prejuicios. Así que, con más destreza de la que solía tener —o quizá con un golpe de suerte—, logré salir del aparcamiento sin rozar un solo vehículo. No pude evitar dedicarle una última mirada por el retrovisor, cargada de cinismo.

Enseguida me incorporé a la I-10. El tráfico urbano era denso y agresivo; cada cambio de carril me crispaba, y mis nudillos palidecían por cómo me aferraba al volante. Los semáforos y las salidas pasaban en un borrón, y tuve que recordarme una y otra vez que respirar era buena idea si no quería quedarme sin aire frente al volante. Lo admito: odiaba conducir.

Después de lo que se sintió como una hora interminable, los edificios comenzaron a quedar atrás y el tráfico se dispersó. Las largas rectas abiertas, flanqueadas por cactus solitarios y colinas áridas, me permitieron relajarme un poco, aunque la tensión no llegaba a abandonar mis hombros.

Puse el aire acondicionado al máximo, como si el frío artificial pudiera congelar la ansiedad que me corroía por dentro. Encendí la radio con la esperanza de encontrar una melodía que me calmara, pero cada emisora parecía empeorar las cosas: noticias sobre crímenes locales, anuncios estridentes y, sobre todo, esa música country que me recordaba demasiado a todo lo que había intentado dejar atrás. Giré la rueda de sintonía con creciente frustración, pasando emisoras sin escuchar nada completo, hasta que, con un

gesto brusco, apagué el aparato de un golpe seco. El silencio que siguió fue casi peor.

Frente a mí, la carretera se extendía vacía e interminable, un asfalto ondulante bordeado por un páramo desértico donde solo los cactus se alzaban testarudos bajo un sol inclemente.

Al girar hacia la US-90 W y luego tomar la FM 2185 en dirección a Valentine, la carretera se estrechó y la soledad se volvió absoluta. No se veía otro coche a lo lejos, solo la cinta de asfalto recta que se perdía en un horizonte difuminado por el calor. Fue entonces cuando apareció, casi de sopetón, el primer cartel que me aceleró el pulso: Valentine – 10 miles.

Seguí conduciendo, cada kilómetro acercándome más a ese lugar del que una vez huí. Las rectas se extendían bajo un cielo azul intenso, inmenso, mientras el viento levantaba jirones de polvo del desierto. En ese silencio apenas roto por el motor, sentí el peso de cada paso, de cada elección que me había traído de vuelta.

Pero el siguiente cartel fue aún más contundente.

VALENTINE.

Allí estaba el nombre, grabado con crudeza, desafiante como un juez que aguarda en silencio. De pronto, me faltó el aire; los pulmones parecieron negarse a seguir. Por un instante, creí que vomitaría allí mismo, con las manos aferradas al volante y la vista nublada. No podía hacerlo. No podía volver.

Pero tampoco podía seguir huyendo.

Detuve el coche de golpe, con el motor aún rugiendo en un ralentí inquietante, como si el vehículo mismo dudara entre avanzar o retroceder. Mi pasado, esa sombra que nunca se había despegado del todo de mis pasos, me alcanzaba por fin en el mismo lugar donde empezó todo.

El miedo me atravesó con una fuerza salvaje, pero me aferré con todas mis fuerzas a la única imagen que me daba valor: Jesse.

Nuestro futuro. Todo lo que había logrado construir, todo lo que aún soñábamos vivir, dependía de que lograra enfrentar esto.

Y entonces, con el letrero de Valentine clavado frente a mí, los recuerdos irrumpieron con la violencia repentina de una tormenta.

10

A los 16 años, ya había aceptado que mi vida estaba escrita. Que no había salidas. Que en Valentine, las cosas no cambiaban.

Como todos los domingos, caminaba hacia la iglesia junto a mi tía Ann, el tío Will y mis primos, Nikol y Fergus.

El sol de la mañana ya comenzaba a calentar el aire seco y caliente de Valentine, un pueblo tan pequeño que bastaban diez minutos a pie para atravesarlo de un extremo a otro. Sus calles eran de tierra, con algunas casas desperdigadas aquí y allá, la mayoría con cercas de madera desgastadas por el tiempo y los mismos porches donde generaciones enteras se habían sentado a ver pasar los días.

Había un pequeño almacén en la esquina de la calle principal, una gasolinera que apenas tenía dos surtidores y, justo detrás de ella, el taller de los Baker, la familia más antigua de Valentine. El taller y la gasolinera eran, en teoría, dos negocios distintos, pero todo el mundo sabía que los manejaban los mismos Baker. Se decía que era el único negocio verdaderamente próspero del pueblo, lo que siempre había levantado sospechas. Se oían rumores, susurros entre tragos de whisky en el bar o cuchicheos entre las señoras de la iglesia, insinuando que su éxito no se debía precisamente al juego limpio. Pero nadie hablaba abiertamente de ello. Y yo nunca había sabido exactamente a qué se referían.

Justo en el centro del pueblo estaba el bar, un edificio de madera con ventanas polvorientas y un letrero torcido que nadie se había molestado en cambiar en años. A pesar de ser un lugar donde el whisky corría con facilidad y la música a veces se alzaba más de lo

que a la iglesia le gustaba admitir, era también el único punto de reunión real que tenía Valentine.

La iglesia estaba justo al otro lado de la calle principal. Era una construcción modesta, de madera blanca, con un campanario pequeño y un letrero envejecido por el sol que anunciaba: Iglesia Bautista de Valentine. A pesar de su tamaño, siempre estaba llena. En un pueblo donde todos se conocían, la fe era un pilar inquebrantable, y el pastor tenía que hacer más de un servicio cada domingo para dar cabida a todos los feligreses.

Mi tía Ann lideraba el camino con la cabeza en alto. Era una mujer robusta, de mejillas sonrosadas y una media melena dorada que caía en ondas desordenadas sobre sus hombros, siempre un poco despeinada, como si acabara de salir de la cama. Su voz era fuerte, casi estridente, y siempre parecía estar dando órdenes o recitando algún pasaje de la Biblia. Saludaba a cada persona que cruzaba la puerta de la iglesia, intercambiando apretones de manos y comentarios sobre el sermón de la semana pasada. Mi tío Will, con su habitual aire despreocupado, se apoyó en la barandilla de la entrada, bromeando con los hombres que se acercaban. Siempre tenía un chiste listo, aunque la mayoría de ellos fueran sobre lo mucho que odiaba ponerse traje para la iglesia. Por su parte, era un hombre grande, con una barriga que se balanceaba bajo sus camisas a cuadros y una barba desaliñada que nunca parecía estar del todo limpia.

Mi prima y yo caminábamos juntas, observando cómo los vecinos se saludaban con la familiaridad de quienes llevan toda una vida en el mismo sitio. Nikol, un año mayor que yo, tenía la misma complexión robusta de sus padres y una sonrisa fácil que escondía su timidez. Me empujó suavemente con el hombro cuando vio a una de nuestras compañeras de escuela llegar con su familia.

—Dicen que el otro día la vieron detrás de la tienda del viejo McCormick besuqueándose con un chico de Alpine —susurró, tapándose la boca con la mano como si nos pudieran oír—. No sé si realmente sería de Alpine, pero seguro que no era de por aquí.

Añadió el último comentario con un gesto exagerado, casi teatral, como si estuviera interpretando un papel en el drama semanal del pueblo.

Miré a Sophie. Tenía la vista clavada en el suelo, escondida tras el hombro de su madre, cuyo rostro reflejaba una mezcla de decepción y vergüenza apenas disimulada. Me dio pena. Sabía que, durante semanas, eso sería el único tema de conversación en el pueblo, y que cada mirada, cada susurro, la haría sentirse más pequeña.

No era justo. Pero era Valentine.

—Bueno, tampoco es que haya matado a nadie —dije, intentando restarle importancia.

—Jolene, era un chico mayor —repuso Nikol con un tono que me recordó al de su madre, algo que, a pesar de todo, me resultó hasta gracioso.

Entonces fui yo quien le dio un pequeño empujón juguetón, como cuando éramos niñas. Ella me devolvió el gesto con una sonrisa cómplice justo cuando cruzábamos las puertas de la iglesia. La tía Ann nos lanzó una mirada severa y nos hizo un gesto enérgico para que guardáramos compostura. El pastor ya estaba en el púlpito, listo para comenzar.

El pastor Moore era un hombre de casi ochenta años, de barba blanca y modales pausados, que había visto crecer a varias generaciones. Nadie recordaba un tiempo en el que él no estuviera en el púlpito. Conocía a cada miembro de la congregación, sus pecados y sus virtudes, y a pesar de su tono sereno, tenía una manera de predicar que hacía que la gente se removiera en los bancos con culpa o fervor.

Nos sentamos en las primeras filas, como siempre. La tía Ann se acomodó con la Biblia en el regazo, lista para seguir cada palabra del sermón. El tío Will se recostó en el banco como si estuviera en el sofá de su casa y Nikol jugueteaba con el borde de su vestido, mientras el pequeño Fergus de tan solo diez años se balanceaba en el asiento, incapaz de quedarse quieto.

El murmullo en la iglesia se apagaba poco a poco mientras los feligreses ocupaban sus sitios en los bancos de madera desgastada. El pastor aún no había dado comienzo al servicio, pero una expectación silenciosa llenaba el ambiente. Yo mantenía la vista fija al frente, las manos quietas sobre el regazo, esperando sus primeras palabras mientras contenía un bostezo. *Otro domingo rutinario*, pensé, aunque me consolaba saber que, después de todo, llegaría la barbacoa en casa de mis tíos: ese pequeño encuentro entre familiares y amigos, con música, risas y el humo aromático de la carne asándose. Eso era, sin duda, lo mejor de los domingos.

De pronto, el crujido áspero de la puerta abriéndose quebró el silencio, y varias cabezas giraron al unísono. Al principio no le di importancia, pero el rumor de los cuchicheos comenzó a expandirse como un reguero por la iglesia. Fruncí el ceño sin apartar los ojos del altar. Alguien había llegado tarde, y en aquel pueblo eso era casi un acto de ofensa.

Me giré, preparada para fulminar con la mirada, y me quedé sin aliento. Allí estaba él, con la mano apoyada en mi hombro con una naturalidad desconcertante.

No era guapo al uso, sino de un modo distinto, intenso. Su rostro alargado y anguloso estaba marcado por pómulos definidos y una mandíbula fuerte. Llevaba el pelo rubio, casi rapado, que acentuaba aquellos ojos grises de una penetración casi física, difíciles de sostener sin sentirse al descubierto.

Su complexión era alta y delgada, claramente por encima del metro noventa, resultaba imponente. La camiseta de tirantes blanca dejaba ver sus brazos y hombros ligeramente enrojecidos por el sol, sobre los que se dibujaban tatuajes oscuros, superpuestos sin un orden aparente, como si cada uno respondiera a un momento distinto, a una historia improvisada.

Mantenía una postura relajada pero cargada de seguridad, como si le fuera indiferente estar en una iglesia, rodeado de miradas que lo juzgaban.

No era un desconocido. Habíamos crecido en el mismo pueblo, asistido a la misma escuela. Él era un Baker, y los Baker no eran como los demás. Aunque era el menor de los hermanos, su reputación no era mejor: peleas, problemas en el instituto, miradas desafiantes en los pasillos. Yo siempre había preferido mantener la distancia.

Pero ahora, con él tan cerca, su presencia me perturbaba de un modo nuevo y confuso. Seguía intimidándome, sí, pero había algo más.

—¿Te importa? —dijo, haciendo un gesto con la mano para que me corriera en el banco y le dejara sitio. Sin pensarlo dos veces, me deslicé hacia un lado, cediéndole el espacio.

—¿No te da vergüenza? —lo reprendió mi tía Ann con aquella voz aguda que solía reservar para quienes desafiaban sus expectativas.

—La verdad es que no —respondió con un gesto burlón, mientras se acomodaba en el banco. Abrió las piernas con un exceso de confianza, y nuestras rodillas se rozaron. La tela áspera de sus vaqueros presionó contra mi piel al descubierto bajo el vestido de los domingos, y aunque un impulso me gritó que me apartara, no lo hice.

—¿Qué pensaría tu madre si levantara la cabeza de su tumba? —dijo la señora Smith, una vieja entrometida y amiga de mi tía, desde el banco de atrás.

—Probablemente se alegraría de verme en la iglesia —respondió él con una sonrisa pícara que, sin saber por qué, hizo que mi corazón diera un vuelco—, aunque, si levantara la cabeza, creo que tendríamos problemas más grandes que mi puntualidad.

Aquel comentario me arrancó una risa que tuve que morderme para contener, mientras veía cómo dejaba a la señora Smith sin réplica.

Durante todo el servicio, no pude evitar observarlo. Cada movimiento suyo, cada respiración, cada vez que se ajustaba en el

banco, era como una corriente eléctrica que recorría mi cuerpo. Traté de concentrarme en las palabras del pastor, pero me resultaba imposible.

Cuando el sermón estaba a punto de terminar, él se inclinó ligeramente hacia mí, lo suficiente para que su aliento rozara mi oreja al susurrar:

—Después de esto, ¿te animas a salir de este agujero por un rato? —continuó, acercándose un poco más—. Tengo las llaves de la camioneta de mi hermano. Podemos ir a Marfa. Hay un bar donde sirven cerveza barata... ¿la has probado?

Su expresión era un desafío, como si ya supiera que no lo había hecho y se divirtiera con mi inocencia.

El calor me recorrió el cuello hasta enrojecer mis mejillas, mientras buscaba desesperadamente alguna palabra que decir. Pero antes de que lograra articular nada, la voz del pastor cortó el aire con sus palabras finales:

—Que el Señor os bendiga y os guarde.

La tía Ann, adelantándose a la situación, se giró hacia él con un gesto que podía cortar el acero.

—¿Por qué no recoges ese culo huesudo y te largas de aquí, chico? —espetó con un tono que no dejaba lugar a réplicas—. Esta es una familia decente.

—¡Uuh, vaya! —exclamó él, esbozando una mueca de divertida insolencia. Sin titubear, deslizó el brazo sobre mis hombros, como buscando provocar aún más a mi tía—. Señora, solo intento ser un buen cristiano. No sea tan zorra.

Soltó una risa burlona al ver el rostro de mi tía enrojecerse por la ira. Pero ella no era la única afectada por la tensión. Su cercanía me había dejado paralizada, atrapada entre el conflicto y una extraña fascinación.

—No me hagas blasfemar en la casa de Dios —le advirtió la tía Ann, señalándolo con un dedo tembloroso de indignación.

Él, ignorándola con descaro, giró el rostro hacia mí hasta quedar tan cerca que sentí el aire de su aliento en la mejilla.

—Creo que tu tía debería tomarse las cosas con más calma —murmuró, con una expresión burlona—. O esa vena que se le hincha en la frente va a terminar reventándole la cabeza.

Pero esta vez fue demasiado lejos.

El tío Will —hombre de pocas palabras y menos intervenciones— se levantó despacio del banco. No alzó la voz, no hizo gestos bruscos. Solo lo miró, fijo, con una quietud que valía más que cualquier amenaza.

—Chico, lárgate —dijo, y esas dos palabras bastaron.

—Otro día, entonces —murmuró, lanzándome una última mirada que me atravesó antes de alejarse por el pasillo entre bancos vacíos.

Cuando vi a mi tía preparándose para arremeter contra mí, una mujer se le acercó, igual de indignada por la aparición del pequeño de los Baker. En cuestión de segundos, otras se unieron al corrillo, cuchicheando con gestos airados y ceños fruncidos.

En medio de aquel revuelo, no pude evitar fijarme en Sophie, que pasaba casi desapercibida, y sentir un leve alivio por ella. Ya no era el centro de los murmullos, el chico Baker le había robado el protagonismo sin siquiera proponérselo.

Mientras salía de la iglesia, con mi tía parloteando sin cesar sobre la importancia de mantener las apariencias, no pude evitar volver la mirada hacia atrás, hacia donde él estaba. Nuestros ojos se encontraron por un instante, y lo vi subirse a su Quad con esa mezcla de descaro y agilidad. El motor rugió y se alejó, levantando una nube de polvo que se dispersó lentamente en el aire cálido de la mañana.

—Jolene, tienes que tener mucho cuidado —me advirtió mi tía, rompiendo el hechizo que aquella imagen había creado en mí—. No quiero que termines como tu madre. Cuando una mujer se gana esa reputación, ya no hay vuelta atrás. Y esa clase de chicos solo buscan

una cosa. Si lo sabré yo bien. Son la misma calaña de sinvergüenzas con los que se junta tu madre, y mira en lo que ha terminado. —Sus palabras cayeron como un mazazo, frías y cortantes, clavándose en el lugar que más me dolía.

—Yo no soy como ella —le respondí, con la garganta tan cerrada que las palabras no salían.

—Eso espero —continuó, sin piedad—. Por eso no te juntes con R.J. Tienes que esperar al indicado, uno que te pida la mano y te dé una vida como Dios manda. Si no, terminarás como ella: sola, sin nadie que te quiera como esposa, como una mujer usada y desechable. —La repulsión en su voz era palpable, como si el solo hecho de mencionar a mi madre la contaminara.

Sin darme tiempo a responder, se alejó hacia el grupo de vecinas que comenzaban a congregarse en la entrada de la iglesia. Era ese momento peculiar del domingo en el que las mujeres que salían del primer sermón se mezclaban con las que entraban al segundo, formando un corrillo de murmullos y miradas curiosas.

Me quedé allí plantada, mirando el camino vacío por donde él se había marchado, pero con una sensación de culpa apretándome el pecho. Lo que había sentido me parecía ahora un error, algo que debía esconder. Sacudí la cabeza con fuerza, como si pudiera despejar aquellos pensamientos igual que el polvo que había levantado al irse. La tía Ann tenía razón, y yo no quería bajo ningún concepto terminar pareciéndome a mi madre.

11

El verano en Valentine no tenía piedad. El aire caliente entraba por las ventanas abiertas, y el polvo se adhería a la piel. Las mañanas las dedicaba a ayudar a tía Ann con las tareas de la casa, y las tardes transcurrían en una lucha constante contra el calor sofocante y el aburrimiento.

Me senté en el porche junto a mi prima Nikol, quien, con esmero, desenredaba mi cabello.

—No lo entiendo, ¿cómo es posible que a ti te crezca tanto y a mí casi nada? —se quejó, frunciendo el ceño.

—No creas que es algo tan bueno; tenerlo tan largo solo significa más nudos. —Hice una mueca cuando un tirón confirmó mis palabras.

Nikol soltó una risita, pero pronto cambió de tema, como si llevara toda la tarde esperando el momento adecuado para sacarlo.

—¿Esperabas que apareciera esta mañana en la iglesia? —preguntó, refiriéndose sin rodeos a R.J.

Mi pulso se aceleró al instante. No lo había visto en toda la semana, y había estado pendiente de cada ruido de motor que pasaba por delante de la casa, esperando que fuera él. Pero no había aparecido.

—Claro que no —dije, forzando un tono indiferente—. Pero tampoco me importa. Que vaya o no a la iglesia no es asunto mío.

Nikol me miró con esa expresión suya de saberlo todo.

—Claro, claro —repitió, riéndose entre dientes.

—Te digo que no me importa —insistí, intentando dejar clara mi postura—. No me interesa esa clase de chicos.

Pero Nikol no me tomó en serio. Me conocía demasiado bien.

—¿Entonces te da igual saber dónde ha estado esta semana? —preguntó, como si quisiera picarme.

—Sí, me da igual —dije, pero no pude evitar darme la vuelta para mirarla de frente—. ¿Tú lo sabes?

—Puede… —respondió, mientras sus labios se curvaban con picardía—. Pero como a ti te da igual…

—Venga, dímelo —insistí, perdiendo la paciencia.

—Te lo diré si admites que te importa —dijo Nikol, jugando conmigo como si fuera un gato con un ratón.

—Bueno, pues si no quieres, no me lo digas —me crucé de brazos enfurruñada.

Nikol soltó un último bufido divertido y, finalmente, cedió.

—Ha ido junto con su hermano Dic a ver a su padre —dijo, bajando la voz como si estuviera contando un secreto—. O por lo menos eso es lo que he escuchado en la tienda.

No era ningún secreto que el patriarca de los Baker cumplía condena en prisión. Sin embargo, circulaban múltiples versiones sobre los motivos, habladurías que pasaban de boca en boca, distorsionándose con cada repetición. Nadie parecía saber con certeza qué lo había llevado a cumplir cadena perpetua, pero eso no impedía que algunos se aventuraran a predecir el mismo destino para sus hijos.

—Bueno, ya te lo he dicho —dijo Nikol, rompiendo el silencio—. Ahora admite que te importa.

—No me importa —mentí, mirando hacia el horizonte, donde el sol comenzaba a ponerse—. Pero gracias por contármelo.

Nikol se rió, sabiendo que no me creía ni yo misma.

La noche en Valentine traía consigo un leve respiro del calor del día, pero no lo suficiente como para disipar el bochorno que se pegaba a la piel. Las voces y las risas resonaban en el porche de la casa de mis tíos, iluminado por las luces amarillentas que colgaban de los postes. Las reuniones de los domingos se habían convertido en una tradición: una excusa para beber, comer y cotillear sin prisas.

Mi tía Ann estaba rodeada de sus amigas de la iglesia, todas con vestidos estampados y peinados cuidadosamente armados con horquillas y laca. Hablaban en voz baja, pero con la intensidad de quienes manejaban la información más valiosa del pueblo. A veces, alguna lanzaba una risa aguda, seguida de un murmullo.

Mientras tanto, los hombres se habían acomodado en un círculo más relajado. Mi tío sostenía una cerveza en una mano y con la otra gesticulaba mientras contaba un chiste que hizo estallar de risa a los demás. La barbacoa chisporroteaba con el sonido de la carne al fuego, y el aroma a leña y grasa asada impregnaba el aire.

Nikol estaba con un par de chicas de nuestra edad, compañeras del instituto. Al verme, levantó las cejas y me hizo una seña para que me uniera a ellas.

—¿Sabéis que el nieto del pastor Moore viene a la barbacoa? —comentó Brandy, la más cotilla del grupo—. Dicen que es alto, guapo, deportista y universitario. ¿Os imagináis que se enamora de una de nosotras? —Sus palabras, nerviosas y rápidas, fueron seguidas por un coro de chillidos emocionados.

—Claro, claro, Brandy —dije, poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, es normal que a ti no te emocione, Jolene —intervino Devin, dando un codazo de complicidad a Brandy—. Después de todo, la semana pasada en la iglesia dejaste claro que prefieres otro tipo de chicos.

—No te pases, Devin —dijo Nikol, aunque no pudo contener sus risitas.

—No sé a qué te refieres —respondí, clavando sin darme cuenta la punta de mi zapato en la tierra, como si intentara hacer un agujero—. Yo voy a la iglesia para hablar con Dios. Quizás eres tú la que se fija en esas cosas. No creo que al nieto de un pastor le parezca atractivo ese comportamiento. —Intenté darle un tono maduro a mis palabras, pero no logré borrar las sonrisas burlonas de aquellas dos.

Sin darles opción a responder, apoyé la mano en el brazo de mi prima. Con ese gesto, ella supo que necesitaba un momento a solas.

—¡No te vayas, era solo una broma! —oí que decían a mis espaldas mientras me alejaba.

Aprovechando que todos estaban distraídos, especialmente mi tía y su círculo de cotillas, agarré mi bicicleta y me subí en silencio, deslizándome hacia la salida sin hacer ruido.

Pedaleé con cautela, saliendo del porche sin llamar la atención. Al dejar atrás la casa, aceleré el ritmo, sintiendo el aire tibio de la noche golpeando mi rostro. El pueblo estaba tranquilo, solo iluminado por algunas farolas parpadeantes y los escaparates de las pocas tiendas que aún no habían cerrado. Crucé la calle principal, pasando el pequeño almacén, antes de tomar el camino de tierra que llevaba a las afueras.

El taller de los Baker estaba en la última curva antes de llegar al campo abierto. Era un edificio de metal corrugado, con un gran portón de garaje y un par de ventanitas llenas de polvo. Desde la distancia, vi una tenue luz encendida en el interior.

Reduje la velocidad, entrecerrando los ojos para ver mejor. No estaba la camioneta de Dic, lo que significaba que aún no habían vuelto. Me quedé un momento ahí, indecisa, con los dedos apretando con fuerza el manillar. ¿Qué estaba haciendo? ¿Para qué había ido hasta ahí?

Justo cuando pensaba darme la vuelta, vi un par de faros aparecer en la carretera, iluminando la tierra levantada por el polvo.

La camioneta de los Baker pasó frente a mí, y en un instante fugaz, vi a R.J. en el asiento del copiloto.

Me quedé pasmada mientras la camioneta se detenía frente al taller. R.J. bajó de un salto, con su andar despreocupado y una expresión que delataba su cansancio. Pero entonces, su mirada se fijó directamente en mí.

Me puse muy nerviosa. Intenté girar la bici para largarme de ahí, pero al hacerlo, la rueda patinó en la tierra suelta y el manillar se me fue de las manos. Di un traspié y casi me caí, haciendo un torpe intento por mantener el equilibrio.

R.J. soltó una risa. No disimulada, ni discreta, sino una carcajada abierta.

—Joder, Jolene —dijo, apoyando un brazo sobre la puerta de la camioneta—. ¿Siempre haces una entrada tan dramática o solo cuando me ves?

Me ardieron las mejillas. Quería contestarle, pero las palabras se me atoraron en la garganta.

Él se acercó hacia mí, balanceándose levemente al caminar mientras se subía los pantalones militares, holgados en su cintura. Cada paso que daba levantaba una leve nube de polvo, y a su espalda, la luz del porche del taller recortaba su figura delgada contra la penumbra de la noche.

—Te espero dentro. No tardes —dijo Dic desde la puerta del taller, antes de desaparecer en el interior.

Cuando R.J. llegó a mi lado, tan alto y desgarbado, sentí que mi cerebro se apagaba. No sabía qué hacer, qué decir, y todo a mi alrededor se volvió un poco borroso.

—La bici... no me funciona bien —solté de golpe, sintiendo cómo la vergüenza se apoderaba de mí—. Creo que son los frenos.

Apenas lo dije, quise que la tierra me tragara. *¿En serio? ¿Los frenos? ¿Eso era lo mejor que se me había ocurrido?* R.J. arqueó una ceja, sorprendido, antes de soltar una risa baja.

—¿Ah, sí? —respondió, cruzándose de brazos y mirándome con diversión.

Pero yo ya estaba demasiado metida en mi propia humillación como para detenerme.

—Y como esto es un taller... pensé que igual también podríais mirarla —continué, hablando rápido, sin poder frenarme—. Pero claro, ahora que lo pienso, no tiene mucho que ver con un taller de coches...

Su sonrisa se ensanchó, dejando ver la hilera de dientes blancos, y sacudió la cabeza con una expresión de alguien que se está divirtiendo más de lo que debería a mi costa.

—Jolene, Jolene… ¿De verdad has venido para que te arregle esa chatarra? —soltó, mientras sus labios se curvaban con ironía al señalar la bicicleta—. ¿O solo era una excusa para verme?

—¿Qué? —protesté indignada—. ¡Claro que es por la bici!

Intenté desmontarme con soltura, pero mi pie se enganchó torpemente en el pedal, haciéndome perder el equilibrio. Logré recomponerme antes de caer de bruces, pero el espectáculo ya estaba dado. R.J. soltó una risa nasal, esa que intentas contener pero igual se escapa.

—Vale, vale… —cedió, alzando las manos como si no quisiera discutir—. Ya que has venido hasta aquí, déjame echarle un ojo.

Se agachó junto a la bici y empezó a revisarla con total calma, mientras yo permanecía de pie, sintiéndome ridícula. Desde arriba, observé la forma en que la luz del taller resaltaba el tatuaje desdibujado en su brazo.

—Pues… —murmuró, probando los pedales y apretando los frenos —. Está perfecta.

Se incorporó sin prisa, limpiándose la grasa de los dedos en su camiseta sin ningún miramiento. Me miró con una ceja arqueada y una sonrisa de lado.

—Mmm… ya veo el problema —soltó con fingida seriedad, dándole un par de toquecitos al manillar—. Sí, definitivamente algo anda mal aquí.

—¿Sí? —pregunté, aferrándome a la idea absurda de que realmente había algo que arreglar.

—Ajá. —Se enderezó, cruzándose de brazos—. Ya lo tengo. No es que los frenos fallen, es que esta bici está loca por mí. No ha podido resistirse y ha venido directa hasta aquí.

Mi boca se entreabrió, pero no encontré qué responder.

—Debe ser duro cuando hasta los vehículos tienen más iniciativa que tú —añadió con descaro.

—Muchas gracias por revisarla —dije, dejando escapar un toque de ironía y un leve resentimiento.

—Vamos, no te hagas la ofendida —añadió, agarrándome del brazo justo cuando iba a subir a la bicicleta—. Si esta chatarra ya tiene más curvas que tú, al menos deberías aprender de ella.

—Muy gracioso —respondí, sintiéndome completamente ofendida. Había cruzado la línea de lo que podía soportar sin perder mi dignidad, y ahora quería aferrarme a lo que quedaba de ella.

Se acercó más de lo debido y con un gesto íntimo apartó un mechón de mi cabello, dejando mi rostro al descubierto.

—Vamos, ¿por qué no nos damos una vuelta? Creo que lo pasaríamos bastante bien.

Sus palabras confirmaban, a pesar de todo, que mi tía tenía razón. Pero yo no era mi madre, y no actuaría como ella.

—Me voy —dije con firmeza, aferrándome al manillar y apoyando el pie en el pedal, lista para salir de allí.

—En serio, no me jodas —espetó, visiblemente molesto. Dio un paso al frente y se plantó delante de la bicicleta, bloqueándome el paso. Su expresión había cambiado: la burla se había esfumado,

reemplazada por una intensidad casi agresiva. El ceño fruncido, la mandíbula apretada… el juego había terminado.

—¿No piensas apartarte? —repliqué, esforzándome por mantener la voz firme a pesar del temor que me apretaba en el pecho.

Por un instante, creí que se mantendría ahí, insistiendo en seguir bajo sus condiciones. Pero, para mi alivio, alzó las manos con gesto de fastidio, como si yo ya no valiera su tiempo.

—Como quieras —murmuró, apartándose con desdén.

No esperé a que cambiara de opinión. Pedaleé con fuerza, alejándome de allí mientras el viento me golpeaba el rostro, como si intentara limpiar cualquier rastro de duda que pudiera haber quedado en mí.

El camino de regreso a casa parecía más largo de lo habitual, pero cada metro que recorría me hacía sentir más ligera, más dueña de mí misma.

Al llegar a casa, me detuve frente al porche y dejé que el aire de la noche me calmara. Las piernas aún me temblaban ligeramente. No lograba entender qué locura me había empujado a ir hasta el taller de los Baker, pero estaba segura de una cosa: no volvería a repetirlo. Había sido una imprudencia total.

Apenas crucé la puerta, intentando sacudirme el camino de encima, cuando la voz de mi tía cortó el aire como un disparo.

—Jolene, ¿dónde has estado? —preguntó con esa mezcla de reproche y preocupación que tan bien dominaba. Pero antes de que pudiera responder, agitó una mano en el aire, restándole importancia —. Da igual. Quiero presentarte a alguien.

Me giré y entonces lo vi.

—Este es Ethan, el nieto del pastor. ¿No es encantador?

12

Cuando mi tía me presentó a Ethan, supe al instante que no era como los chicos que había conocido.

Tenía un rostro marcado por una mandíbula firme y pómulos definidos, con una piel clara que llevaba un ligero dorado del sol. Sus ojos —entre avellana y verde— eran tranquilos, observadores, como si prefirieran entender antes que hablar.

El cabello castaño, impecablemente peinado, mostraba volumen en la coronilla y los lados cortos, sin un solo mechón fuera de lugar. Vestía una camisa blanca de tela fina, ligeramente desabrochada en el cuello, con mangas ajustadas que delataban una complexión atlética sin ser ostentosa. Los jeans oscuros y el cinturón de cuero con hebilla dorada completaban un aspecto pulcro, clásico, casi atemporal.

Había en su postura —espalda recta, manos relajadas en los bolsillos— una serenidad natural, la de alguien educado, contenido, que no necesitaba alardear para imponer presencia. No era de los que llenaban el silencio con palabras innecesarias. Tampoco de los que buscaban impresionar.

Y eso, más que cualquier otra cosa, lo hacía distinto.

Me miró con una leve inclinación de cabeza, como si estuviera analizándome en silencio.

—Ha venido a pasar el verano con su abuelo y a ayudarle a arreglar la iglesia —dijo tía Ann, radiante, mirando al muchacho de arriba abajo como si estuviera evaluando una joya rara—. Además, tu abuelo nos ha dicho que has entrado en la Universidad Estatal de

Texas en San Marcos con una beca de deporte, ¿no es así? —preguntó, haciendo su habitual tercer grado.

El chico permanecía con sus ojos fijos en mí, como si las preguntas de mi tía fueran solo un ruido de fondo.

—Sí, señora, así es —respondió de manera educada y concisa, con una voz tranquila que parecía haber sido entrenada para sonar siempre amable.

—Entonces no eres tan solo un alumno modélico, sino también todo un atleta —añadió mi tía, con un brillo en los ojos como si hubiera encontrado un diamante en medio del desierto.

—Yo no diría que tanto —dijo, modesto pero seguro—. Pero intento esforzarme para conseguir un buen futuro.

Pude ver cómo las mujeres que estaban junto a mi tía se frotaban las manos, como si estuvieran planeando algo. Era como ver a una gacela rodeada de hienas. ¿Quién no querría un chico así para alguna de sus hijas? Estarían como halcones, ojo avizor, pero mi tía se las había adelantado. Lo que no entendía era por qué me lo presentaba a mí y no a mi prima Nikol. Aunque, pensándolo bien, quizás ya lo había hecho en mi ausencia.

—De todos modos, es un placer, Jolene, ¿cierto? —dijo Ethan, extendiendo su mano para darme un apretón formal.

—Sí, es un placer para mí también —respondí, estrechándole la mano y notando el calor que irradiaba su piel.

—Bueno, os dejo para que os conozcáis —dijo mi tía de manera sorpresiva, alejándose hacia el grupo de sus amigas y dejándome sola con aquel chico desconocido.

—Tu nombre —dijo Ethan, con un brillo divertido en los ojos— es como el de la canción de Dolly Parton.

—Sí… bueno, es la canción favorita de mi madre —dije, sintiendo cómo el rubor subía a mis mejillas.

—Si no fuera porque tu pelo es rubio y no castaño, habría pensado que iba dedicada a ti —añadió sonriendo. Esta vez pude ver cómo le salía un hoyuelo en la mejilla cuando lo hacía—. Los ojos como esmeraldas los tienes, y bueno… —titubeó un momento, como si estuviera midiendo sus palabras— la belleza también.

No supe qué decir. Era la primera vez que alguien me decía algo así, y me sentí halagada y avergonzada a partes iguales.

—Se ve que a ti también te gusta esa canción —dije, intentando bromear después de que él hubiera soltado tantos detalles sobre ella.

—A mi madre también le gusta mucho Dolly Parton —admitió, y reímos por lo bajo de manera cómplice.

La conversación fluyó con naturalidad, y hablamos durante toda la fiesta. Ethan me contó sobre su vida en Odessa, la ciudad donde vivía con sus padres. Habló de sus estudios, de su pasión por el atletismo y de cómo había conseguido la beca. Era fácil hablar con él; tenía una forma de expresarse que hacía que todo sonara interesante, incluso las cosas más mundanas.

Mientras hablábamos, no pude evitar notar a mi prima Nikol en un rincón. Tenía los ojos y la nariz rojos, como si hubiera estado llorando, y mi tía parecía estar regañándola en voz baja. La escena me incomodó, pero no quise interrumpir la conversación con Ethan.

—Si te parece bien y no te incomoda, y, por supuesto, con el permiso de tu tía, mañana podríamos ir a la ciudad de Alpine y ver una película en el cine —propuso tímidamente, con una sonrisa que parecía tan sincera como esperanzadora.

No podía creer lo que estaba escuchando. En mis dieciséis años de vida, nunca había salido de Valentine. La simple idea de cruzar sus límites, de descubrir qué existía más allá de este pueblo, hizo que una sonrisa espontánea iluminara mi rostro.

Y además, ¡iba a conocer un cine de verdad! Me lo imaginaba tal como en las películas: con esas máquinas enormes de palomitas,

acomodadores con gorritos rojos y linternas, y una pantalla gigante frente a butacas profundas y acogedoras.

—Eso sería estupendo —exclamé, esforzándome por no sonar demasiado emocionada—. Pero claro, mi tía tiene que darme permiso —añadí, tratando de ser prudente.

—Eso déjamelo a mí —dijo con una confianza que me sorprendió.

Avanzó hacia mi tía con determinación, como si ya supiera que obtendría lo que buscaba. Mientras, Brandy y Devin lo seguían con la mirada, expectantes, esperando que se fijara en ellas. Pero ni siquiera las miró, y su decepción fue evidente. Me resultó irónico: después de haber sido tan crueles, ahora eran ellas las ignoradas.

—Todo solucionado —dijo con seguridad—. Si tú también quieres, mañana estaré encantado de llevarte a ver la película que elijas.

No podía creer que la tía Ann me hubiera dado permiso. Estaba realmente contenta, casi ilusionada, aunque intentaba no demostrarlo demasiado.

—Si me das tu móvil, te mandaré un mensaje cuando termine de ayudar a mi abuelo para pasarte a buscar —añadió Ethan, sacando su teléfono como si fuera lo más normal del mundo.

—Bueno… —dudé un momento—. Yo no tengo móvil.

Ethan arqueó las cejas, sorprendido, pero no dijo nada.

—Lo cierto es que tampoco lo necesito —continué, intentando explicarme—. Sin coche, no se puede salir de este pueblo, y aquí la cobertura es prácticamente inexistente.

Él asintió, como si ya se hubiera dado cuenta de eso.

—Pero cuando termines, no tienes más que pasarte por aquí —dije, intentando sonar práctica—. Yo estaré en casa, y si no… bueno, el pueblo es pequeño. Estoy segura de que nos veremos.

—Muy bien —dijo, satisfecho—. Entonces tenemos una cita.

Esta vez, en lugar de darme la mano como un saludo formal, la extendió como si estuviéramos sellando un trato.

Cuando la fiesta terminó y, después de haberme despedido de Ethan y del resto de los invitados, me dispuse a recoger junto con Nikol y mi tía. El salón estaba desordenado, con platos de plástico, vasos vacíos y migajas esparcidas por todas partes. Mi tío y el pequeño Fergus ya habían caído rendidos en el sofá hacía rato, ambos roncando apoyados uno sobre el otro. Mi tío aún sujetaba una cerveza en la mano, aunque la botella daba la sensación de estar completamente vacía.

Mientras recogía los vasos de plástico, me acerqué a Nikol, entusiasmada por contarle la noticia.

—No te lo vas a creer —dije, intentando mantener la voz baja para no despertar a los durmientes—. Tu madre me ha dejado ir mañana con el nieto del reverendo al cine de Alpine. ¿No es increíble?

Esperaba una reacción más efusiva de su parte, pero Nikol solo me devolvió una sonrisa forzada, como si estuviera fingiendo interés.

—¿Qué te ocurre? —pregunté, sosteniéndola del brazo para que me mirara a la cara y no me diera la espalda—. Antes te he visto con la cara roja, como si hubieras llorado.

—No… estoy bien —dijo, evitando mi mirada.

—Si quieres, podrías venir tú también al cine —sugerí, pensando que quizás ese era el problema—. No creo que realmente le importe a Ethan. Creo que es un buen chico.

Nikol soltó una carcajada, pero no era una risa de alegría. Sonaba amarga, como si yo no me estuviera enterando de nada.

—¿Pero qué te pasa? —pregunté, comenzando a preocuparme de verdad.

—Nada, Jolene —respondió, secándose una lágrima que se le había escapado—. No me pasa nada, nada que tú puedas entender.

—Inténtalo —dije, sosteniendo sus manos—. Quizás sí lo entienda.

Era mi mejor amiga en el mundo entero, mi única amiga. Quería que supiera que estaba ahí, que podía confiar en mí.

—Es por mi madre —dijo finalmente, aunque no me sorprendió—. Cuando llegó el nieto del pastor, ella fue a buscarte. Otras madres presentaron a sus hijas, pero ella quiso presentarte a ti, avergonzándose de mí.

—No se avergüenza de ti —insistí, para que se le fuera esa idea de la cabeza—. ¿Cómo podría?

—Claro que lo hace —respondió Nikol, limpiándose la nariz con el dorso de la mano—. Ella misma me lo dijo. Cuando le pregunté por qué no me lo presentaba, me dijo claramente que era porque estaba gorda y no sería del agrado del chico. Que tenía que saber cuál era mi sitio y a qué clase de hombres podía aspirar. O eso, o cerrar la boca y no comer tanto. Esas fueron sus palabras.

A veces, la tía Ann podía ser una idiota integral. ¿Cómo podía haber dicho algo así?

—Tú nunca lo entenderás —continuó Nikol, con una voz teñida de tristeza y rencor—. Eres delgada, guapa, y le gustas a todos... como tu madre. —Hizo una pausa y miró uno de los marcos de fotos donde aparecía la tía Ann de joven, con la misma complexión robusta que ella—. Sé que mi madre, en el fondo, le tenía envidia. Porque fueran donde fuesen, tu madre lo eclipsaba todo. Y ahora... bueno, ahora tú seguirás sus pasos.

—No —me acerqué a ella, cerrando la distancia que intentaba poner entre nosotras—. Yo no soy igual a ella, y tú no eres igual a tu madre. Nosotras no somos ellas.

Nikol me miró, como si necesitara desesperadamente creer en esas palabras.

—Gordas, delgadas, viejas o como sea, siempre estaremos juntas —continué—. Y no pelearemos por un hombre.

Ella sonrió, aunque aún se le escapaban las lágrimas.

—¿Entonces quieres venir al cine con nosotros? —pregunté, con ojos de súplica.

—¡No! —exclamó, pero esta vez su risa sonó más genuina—. Pero sí quiero que me cuentes con todo detalle lo que ocurra en esa cita.

Ambas nos reímos, y por un momento, todo pareció volver a la normalidad.

Pero entonces, entre toda esa emoción, escuché de fondo el derrape de un Quad.

—¿Y R.J.? —preguntó mi prima al escuchar el sonido de la moto, como si no hubiera olvidado la conversación que habíamos tenido aquella tarde.

—Ya te dije que no me gustaba —respondí tajante.

Nikol me miró con los ojos llenos de curiosidad y un poco de escepticismo.

—¿Entonces, dónde has estado antes? —preguntó, sin soltarme del todo—. Te vi salir con la bici.

Mi rostro se volvió rojo al instante. No pensaba contarle lo que había ocurrido. Era tan patético que prefería que se quedara en el olvido, enterrado bajo vergüenza y negación.

—No fui a ningún sitio —dije, evitando su mirada mientras terminaba de recoger los últimos platos de plástico—. Solo salí a dar una vuelta.

Nikol no parecía convencida, pero antes de que pudiera preguntarme algo más, me apresuré a cortar la conversación.

—Me voy ya a la cama. —No quería mentirle, pero tampoco deseaba recordar de nuevo aquella escena con R.J. Prefería centrarme en la cita que me esperaba al día siguiente con el nieto del pastor, el perfecto Ethan Moore.

Aunque, en el fondo, sabía que el sonido de ese maldito quad y el nombre de R.J. no iban a desaparecer tan fácilmente de mi mente.

13

Llevaba el único vestido de mi madre que la tía Ann me permitía usar —quizás por la misma razón por la que mi madre nunca se lo había llevado: era lo bastante elegante para impresionar, pero lo suficientemente discreto para no causar escándalo.

Negro, con flores rojas esparcidas que parecían moverse con cada paso, se ceñía al pecho resaltando mis curvas de un modo que me hacía sentir expuesta. La falda, suave y vaporosa, caía hasta la rodilla y suavizaba la silueta… pero aun así me sentía como si llevara un disfraz.

—Siempre es mejor insinuar que mostrar —comentó la tía Ann mientras me ajustaba los tirantes—. Los hombres valoran más lo que intuyen que lo que tienen frente a los ojos.

Nikol observaba desde el marco de la puerta de mi habitación, con los brazos cruzados y una expresión en los ojos que mezclaba admiración y tristeza.

—Estás genial —dijo, aunque su voz llevaba una sombra de melancolía que no intentó disimular.

—¿Segura que no quieres acompañarme? —insistí, esperando que hubiera cambiado de opinión.

—¿Cómo va a ir ella? —intervino la tía Ann, como si mis palabras fueran un desatino—. Ve al porche y espera allí hasta que llegue.

Así que eso hicimos. Corrimos a la cocina, tomamos uno de los helados caseros que mi tía preparaba para aliviar el calor del verano, y nos sentamos en el porche, emocionadas.

—Tendrías que haber visto la cara de Devin cuando mi madre le contó a la suya que tenías una cita con el nieto del pastor —comentó Nikol entre mordiscos a su helado—. Creí que la envidia la iba a fulminar.

—No entiendo por qué Devin es así. Estoy segura de que también empezó esos rumores sobre Sophie y el chico de Alpine —dije, intentando acomodarme para que el vestido no se me subiera.

—Eso lleva la firma de Brandy. Es una cotilla empedernida, igual que su madre —afirmó Nikol.

—Sea como sea, las dos son unas arpías —concluí, y ambas nos reímos.

—¿Estás nerviosa? —preguntó, mirándome con ojos brillantes—. Yo en tu lugar lo estaría. Con un chico tan guapo… creo que no habría pegado ojo en toda la noche.

—Sí, claro… un poco —admití, aunque en realidad lo que más me emocionaba era salir del pueblo, conocer Alpine y vivir mi primera cita en un cine.

—¿Crees que os besaréis? —preguntó entre risitas, encendiéndosele el rostro solo de pensarlo.

—¡No! —exclamé, dándole un codazo que hizo temblar su helado —. Ya sabes que soy toda una señorita —dije, imitando burlonamente a su madre.

Fue entonces cuando el rugido de un quad cortó el aire.

Al principio fue un zumbido lejano, pero creció rápidamente, acelerando los latidos en mi pecho.

R.J. pasó como una tormenta de arena frente a la casa, pero redujo la marcha al llegar a nuestra altura. Se protegió los ojos del sol con la mano y me miró fijamente.

Era imposible no fijarse en él: iba sin camiseta, mostrando tatuajes dispersos en su torso, con pantalones cortos, botas negras y una gorra azul puesta hacia atrás.

De pronto, giró el quad con un movimiento brusco, levantando una nube de polvo a su alrededor. Nikol y yo nos miramos, confundidas, intentando apartar la nube que se nos venía encima.

Y como si nada, se bajó del quad de un salto ágil y caminó directo hacia nosotras. En aquel momento sentí como el corazón me subía a la garganta, golpeando con tanta fuerza que casi no podía oír mis propios pensamientos.

Se paró justamente enfrente tapando el sol con su cuerpo, proyectando una sombra alargada en el suelo.

—¡Joder! ¡Vaya vestidazo! —soltó con un gesto burlón mientras escupía al suelo la colilla que llevaba en la boca—. ¿Hay alguna boda por aquí que se me haya pasado?

Mi pulso no se había calmado desde que lo vi. Pensaba que, después de nuestro último encontronazo, no tendría que volver a enfrentarme a él.

—Mi madre está en casa —intervino Nikol con voz firme—, y si te ve en el porche, se va a poner hecha una fiera.

R.J. soltó una carcajada, sin que le importara lo más mínimo.

—Uy, qué miedo me da —respondió con sarcasmo, acercándose a nosotras con paso tranquilo—. Pero bueno, me la juego. Además, coño, no he venido a armar jaleo. Solo quería saludar a mis vecinas favoritas.

Sin pedir permiso, se dejó caer entre nosotras. Con una naturalidad pasmosa, agarró el helado que yo sostenía y le dio un mordisco grande.

—Joder, qué bueno —dijo con la boca llena, mirándome de arriba abajo.

—¡Oye! —protesté, pero él solo se encogió de hombros, divertido.

Dejó caer el brazo sobre mi hombro y sentí que la piel se me erizaba al instante.

—Vamos, R.J., deja de hacer el tonto —dije, apartando su brazo y levantándome para poner algo de distancia entre nosotros—. Será mejor que te vayas.

—¿Otra vez me rechazas, joder? —exclamó, clavándose dramáticamente un puñal invisible en el pecho—. Al final me vas a dejar el corazón hecho trizas, mujer.

Mi prima se quedó paralizada un instante.

—¿Otro rechazo? —preguntó, ruborizándose bajo la intensidad de su mirada.

—¡Claro que sí! —respondió R.J., señalándome con la barbilla—. Tu primita aquí es una maestra del juego sucio. Viene a buscarme, me pone los ojos dulces… y luego me deja colgado como si fuera basura. ¿Tú crees que eso es de una buena cristiana? —Negó con la cabeza, sin soltar su actitud teatral.

—Eres insufrible, R.J. —suspiré, exasperada.

—Lo sé —contestó, sin una pizca de vergüenza—. Y justamente por eso te encanto.

—No, para nada. No me gustas, ¿queda claro? —repliqué, cruzándome de brazos, esperando ver al fin algún gesto de incomodidad o enfado en su rostro. Pero ahí seguía, con esa maldita sonrisa pegada a la cara.

Justo entonces, el rugido de un motor cortó el calor de la tarde, seguido del crujido de gravilla bajo las ruedas. Un sedán oscuro, que no podía ser de nadie del pueblo, se detuvo bruscamente a centímetros del quad que R.J. había dejado tirado en mitad del camino.

La puerta se abrió y apareció Ethan, impecable con su camisa azul y jeans, irradiando ese aire de chico perfecto que tanto contrastaba con todo lo que había en Valentine.

—¿Todo bien, Jolene? —preguntó, mirando directamente a R.J., cuya presencia en el porche parecía haberlo dejado desconcertado.

El ambiente se volvió pesado. La sonrisa burlona de R.J. se esfumó al instante, y su expresión se cerró como un puño.

—Claro, colega, aquí todo en orden —respondió con un tono cargado de hielo—. ¿Y tú quién coño eres?

Ethan parpadeó, sorprendido por la hostilidad en su voz.

—No estaba hablando contigo —aclaró, manteniendo la calma.

Fue como si alguien hubiera encendido una mecha. En un instante, R.J. se puso de pie de un salto, bajando los escalones del porche de un solo movimiento fluido, como un depredador que acababa de fijar a su presa. Su cuerpo irradiaba tensión, y su mandíbula se marcó con furia.

—¿Ah, no? —espetó con una sonrisa falsa—. Pues ahora te jodes, porque vas a tener que hablar conmigo, capullo.

Cerró los puños con fuerza, y por un momento creí que se abalanzaría sobre Ethan.

—¡R.J., para ya! —grité, agarrándole del brazo. Noté el músculo tenso bajo mi mano, listo para estallar.

Nikol, que hasta entonces había estado observando la escena en silencio, se levantó también, con una expresión de preocupación en su rostro.

—No hagas tonterías —le dije, mirándolo directamente. Pero él ni siquiera me veía. Su mirada estaba clavada en Ethan, como si ya estuviera planeando cómo dejarlo en el suelo.

—Jolene, ¿nos vamos? —preguntó Ethan, ignorando deliberadamente a R.J., lo que no hizo más que avivar su furia.

Lo miré unos segundos más, con la ilusión ridícula de que mi mano en su brazo pudiera contenerlo. Sentí el calor de su piel y, al soltarlo, noté un pinchazo en el estómago. Pero no podía alargar más ese momento sin armar un escándalo.

—Sí, vamos —dije, soltándolo de golpe y caminando hacia el coche. Antes de subir, volví la vista hacia R.J., pero él apartó la

mirada y escupió al suelo con desprecio.

Desde el coche, miré por el retrovisor. Vi cómo R.J. montaba en el quad con movimientos bruscos y aceleraba de forma violenta, como si quisiera destrozar el motor. Desapareció en una nube de polvo, dejando atrás una estela de rabia pura. Y entonces, una culpa absurda se instaló en mi pecho.

No entendía por qué me sentía así, como si le hubiera fallado. Pero era ridículo: R.J. solo estaba jugando conmigo.

—¿Es uno de los Baker, no? —preguntó Ethan, sacándome de mis pensamientos. Su voz era suave, pero había una curiosidad genuina en sus palabras.

Asentí con la cabeza, sin añadir más.

—Mi abuelo me ha hablado de ellos. Menudos sinvergüenzas —añadió, como si el comportamiento de R.J. no le hubiera sorprendido en absoluto.

—He supuesto que te estaba molestando, por eso he bajado del coche —explicó, lanzándome una mirada rápida antes de volver a concentrarse en la carretera—. Pero no sabía si quizás sois amigos. Aunque no me lo ha parecido.

—No, no somos amigos —respondí rápidamente, intentando explicar algo que ni siquiera yo entendía del todo—. Hemos ido a la escuela juntos, pero eso es todo. No sé por qué ahora le ha dado por molestarme.

Ethan guardó silencio un momento, como si supiera algo que yo no.

—¿No lo sabes? Está claro que le gustas —dijo, como si fuera la cosa más evidente del mundo.

—¿Qué dices? Para nada —protesté, sintiendo cómo el calor subía a mis mejillas—. Solo le gusta molestar. Ahora le ha dado por mí, como le podría haber dado por cualquier otra persona. No es nada importante. Así son esa clase de chicos.

Ethan me miró de reojo, con una sonrisa persistente.

—No, Jolene. Le gustas, te lo aseguro. Y no le culpo —dijo sin rodeos—. Mírate, eres preciosa.

Sus palabras, tan directas, hicieron que se me subieran los colores y bajara la mirada.

—Sea como sea, no es mi tipo —zanjé. Ethan no insistió, aunque su expresión se mantuvo.

Durante el trayecto a Alpine, la conversación fluyó con una naturalidad que no esperaba. Hablamos de películas, de los últimos estrenos y de cuáles nos gustaría ver. Ethan tenía un humor sencillo, cálido, y sus risas, fáciles y contagiosas, llenaban el coche de una manera que me hizo sentir, poco a poco, más cómoda a su lado.

Cuando llegamos, me quedé sin aliento. Alpine era mucho más grande de lo que había imaginado: calles animadas, escaparates iluminados, farolas que comenzaban a encenderse mientras el sol se despedía en el horizonte. Y el cine… era inmenso. Una marquesina brillante, con luces de neón que anunciaban las películas, y una cola de gente esperando para entrar.

Ethan aparcó, me tomó de la mano y me llevó directo al puesto de palomitas. El aroma a mantequilla recién derretida flotaba en el aire. Pidió una bolsa grande —"para compartir", dijo— y dos refrescos.

El interior del cine superó mis expectativas. Paredes cubiertas de carteles vintage, luces tenues que creaban una atmósfera íntima, y butacas rojas, mullidas, que parecían hechas para perderse en una historia. Íbamos a ver Piratas del Caribe. No sabía mucho de ella, pero en ese momento, no importaba. Solo importaba estar allí.

Una vez sentados, con la bolsa de palomitas entre nosotros y la pantalla a punto de encenderse, noté lo cerca que estábamos. Ethan apoyó el brazo en el reposabrazos que nos separaba. En un gesto casual, nuestras manos se rozaron al alargar los dedos al mismo

tiempo por un puñado de palomitas. Él sonrió. Yo me ruboricé… pero no retiré la mano.

—Es Piratas del Caribe: El cofre del hombre muerto —me explicó, mientras en la pantalla Jack Sparrow huía de indígenas en una isla tropical—. Es la segunda parte, pero no te preocupes si no has visto la primera. La historia se entiende igual.

—¿Otra película de piratas? —pregunté, viendo cómo un barco fantasma emergía entre la niebla.

—Sí, todas forman una saga —aclaró, notando mi desconcierto—. Es como seguir los capítulos de una misma aventura. Jack Sparrow siempre está metido en líos, hay maldiciones y tesoros...

—Ah, comprendo —asentí, aunque todavía me costaba seguir el hilo de tantos personajes y situaciones nuevas.

—No te preocupes —susurró, acercándose más—. Es divertida, con mucho humor y acción. Si en algún momento no entiendes algo, me preguntas.

En la pantalla, la acción no daba tregua: batallas navales con cañonazos que estremecían la sala, escenas cómicas donde Sparrow se salvaba por pura suerte, y un romance entre Will Turner y Elizabeth Swann que añadía emoción. A mi lado, Ethan seguía la trama con una sonrisa, y de vez en cuando me lanzaba una mirada cómplice cuando ocurría algo especialmente divertido o espectacular. Aunque algunas referencias se me escapaban, la energía de la película, la oscuridad acogedora de la sala y la calidez de su mano entre la mía hacían que me sintiera realmente especial.

Al salir del cine, el sol ya se había ocultado por completo, y la ciudad de Alpine se iluminaba con las luces cálidas de las farolas y los letreros de los comercios. Las calles, que durante el día habían estado llenas de bullicio, ahora tenían un aire más tranquilo y romántico, como si la noche hubiera cubierto todo con un manto de serenidad.

—Me gustaría que pudiéramos quedarnos más tiempo en la ciudad —dijo Ethan mientras me abría la puerta del coche con un gesto caballeroso—. Hay unos cuantos sitios que seguro te encantarían. Pero le prometí a tu tía que te llevaría de vuelta a una hora decente, y tengo la costumbre de cumplir mis promesas —añadió con una sonrisa que denotaba tanto sinceridad como un poco de resignación.

—No te preocupes. Para mí, hoy ha sido un sueño. No creo que pudiera con más emociones —dije bromeando, lo que le arrancó una carcajada suave y sincera.

—Entonces lo dejamos para otra ocasión —dijo, mirándome con una expresión entre la esperanza y la cautela—. ¿Te gustaría que la hubiera?

—Me encantaría —respondí sin vacilar.

Subimos al coche y emprendimos el regreso a casa. Mientras miraba por la ventanilla, con las luces de la carretera deslizándose como estrellas fugaces, sentí una punzada de nostalgia. Todavía quería quedarme en ese sueño.

—Me fascinó cuando el barco salió del remolino. Fue como ver magia de verdad.

—Sí, aunque en realidad se basa en un mito escandinavo —explicó con un tono didáctico—. Ese remolino viene de una leyenda sobre un mar que devoraba barcos. Y Davy Jones no es solo un monstruo: representa el castigo por los pecados del alma.

Parpadeé, un poco perdida.

—Ah… no lo sabía. Creí que lo habían inventado para la película.

—Disney adapta muchas cosas, claro. Pero si lees sobre la piratería del siglo XVIII, verías que todo eso tiene raíces históricas. Los piratas eran como los primeros rebeldes contra el sistema colonial, no simples ladrones —compartió, como si esperara que yo siguiera el hilo.

Sonreí y asentí, sintiéndome algo fuera de lugar.

—Bueno, supongo que también estudian eso en vuestro instituto —dijo, haciendo una pausa un poco incómoda—. Aunque no sé cómo será vuestro plan de estudios. Imagino que, al ser más… reducido, es también menos exigente.

—Puede ser —murmuré, sin mirarlo. Mis ojos seguían fijos en la carretera, en las luces que pasaban demasiado rápido.

Nunca me había planteado esas cosas. Pero allí, sentada a su lado, con su voz tranquila y su mundo lleno de libros, mitos y preguntas que ni siquiera sabía que existían, me sentí pequeña. No menos, exactamente… pero distinta. Y por primera vez, esas diferencias entre nosotros no me parecieron invisibles.

Me parecieron abismales.

Cuando Ethan estacionó frente a mi casa, el motor se apagó y de pronto todo quedó en silencio —ese tipo de quietud que parece contener más de lo que dice.

—Bueno… aquí estamos —murmuró, y noté cómo se inclinaba hacia mí con suavidad. Asentí, sintiendo el latido acelerado del corazón.

Él se acercó poco a poco, sin prisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo. El olor a cuero del asiento, el leve aroma a colonia que llevaba, la luz tenue de la farola del jardín que bañaba su perfil… todo se fundió en un instante suspendido.

Nuestros labios se encontraron con una ternura que me sorprendió. Fue un beso suave, breve, pero tan cargado de significado que al separarnos, las sonrisas brotaron solas.

—Hasta pronto, Jolene —susurró, con esa voz que ya empezaba a ser familiar.

—Hasta pronto —respondí, mientras salía del coche y caminaba hacia la puerta, sintiendo aún el calor de sus palabras en el aire.

Pero la alegría se desvaneció en el momento en que abrí la puerta. La tía Ann estaba allí, en la entrada, con los brazos cruzados

y una expresión que mezclaba enfado y preocupación. Su mirada era tan intensa que por un momento me quedé paralizada.

—Mira quién ha venido —dijo, con un tono que no auguraba nada bueno.

Y entonces, detrás de ella, apareció una figura que no esperaba ver. Mi corazón se detuvo por un instante.

—¿Mamá?

14

Cuando entré en la casa, el olor a tabaco mentolado me trajo recuerdos que no supe si sería capaz de enfrentar.

Y allí estaba ella.

Sentada en el sillón del salón, con un cigarrillo entre los dedos y la mirada perdida en el humo, conservaba aquel aire indomable que siempre la había definido, aunque ahora con un dejo de fragilidad. Estaba más delgada de lo que recordaba; su figura, marcada bajo el vestido rojo y holgado, dejaba ver clavículas prominentes y hombros que parecían más pequeños. Aun así, mantenía esa belleza natural que la distinguía sin que lo intentara.

Su piel, tostada por el sol y salpicada de pecas alrededor de la nariz, seguía siendo luminosa, aunque el tiempo había dejado su huella sutil alrededor de sus ojos verdes, los mismos que ahora me observaban con asombro. Su cabello rubio, ligeramente desordenado, caía en ondas sueltas sobre sus hombros, como si el viento lo hubiera revuelto hace apenas un instante.

—No me lo puedo creer, Jolene —exclamó al verme, apagando el cigarrillo en el cenicero con un gesto que me resultaba tan familiar como doloroso—. Estás preciosa. Mi pequeña, mi dulce niña, se ha transformado en toda una mujer. —Su voz era ronca, cargada de años de tabaco y noches largas, pero había algo en su tono que intentaba sonar tierno, casi maternal.

—¿Ahora? ¿Ahora es tu pequeña? —estalló la tía Ann, indignada, interponiéndose entre nosotras como un muro infranqueable—. Olivia, ¿cuál es tu maldito problema?

—Aparta tu culo de ahí, Ann —replicó mi madre, desafiante—. Quiero dar un abrazo a mi princesa. —Sus palabras resonaron en la habitación, pero yo seguía inmóvil, sin poder reaccionar, mirándola, incapaz de creer que fuera real.

—Seis años, Olivia. Seis años que llevo cuidando a tu hija como si fuera mía —gritó la tía Ann, mientras su voz temblaba de rabia—. Pero no pienses ni por un solo segundo que lo he hecho por ti. Lo he hecho por nuestros padres, por la familia, porque es lo que haría una buena cristiana. Pero tú, tú no tienes cabida en esta familia. —Sus palabras eran como cuchillos, afilados y precisos, y todos en la habitación nos sentimos incómodos.

—Tengo más que claro por qué lo has hecho —respondió mi madre, con una sonrisa amarga—. En el fondo, nunca te hemos importado, ni mi hija ni yo. Siempre has sido una puta egoísta.

—¿Egoísta yo? —replicó la tía Ann, sin dar crédito a lo que estaba escuchando—. Tendrás valor.

—Sí, una egoísta y una cobarde —continuó mi madre, subiendo de tono—. Yo me fui de esta mierda de pueblo para buscar una vida mejor, para que mi hija no creciera en esta cárcel, como lo hice yo. —Sus palabras resonaron en la habitación, pero yo seguía sin poder reaccionar. Era como si me hubiera convertido en espectadora de mi propia vida, incapaz de intervenir.

—No te creas tus propias mentiras —gritó la tía Ann, con la voz llena de desprecio—. Tú te fuiste para poder seguir emborrachándote y Dios sabe qué más. Porque eres una puta, eso es lo que eres, y todo el mundo en Valentine lo sabe. Eres la vergüenza de esta familia, y me das verdadero asco. Quiero que te largues de aquí.

—Claro que me iré —dijo mi madre, con una calma que resultaba inquietante—. Pero me iré con mi hija. He venido a por ella, y junto con mi chico, crearemos un hogar aquí. —Sus palabras hicieron que mis ojos se abrieran de par en par.

—¿Un hogar? —preguntó la tía Ann, con una risa ácida—. Tú no sabes lo que es eso. Vete con tu chulo fuera de este pueblo. Aquí no eres bienvenida. Y olvídate de llevarte a tu hija.

El tío Will, que hasta entonces había permanecido hundido en el sofá, se levantó de un salto y se plantó frente a la tía Ann.

—Que se lleve a la niña —dijo sin rodeos, y por un segundo me faltó el aire—. Ya hemos cumplido como cristianos estos seis años. Mi sueldo no da para tantas bocas, y no es la primera vez que te lo digo.

Sus palabras dejaron a mi tía sin argumentos. El miedo empezó a apoderarse de mí mientras la veía paralizada, sin saber cómo reaccionar.

—Por Dios, Will, es solo una niña —replicó la tía Ann, mientras yo la miraba suplicante, incapaz de aceptar lo que ocurría.

—No lo es —refutó él con desdén, lanzándome una mirada dura —. Habla con el chico de los Baker, sale con el nieto del pastor… Dentro de poco volverá preñada, igual que su madre.

Sus ojos barrieron a mi madre de arriba abajo, luego a mí, como si fuéramos la misma maldición repetida en el tiempo.

—Por Dios, Ann, que se la lleve —concluyó, dejándose caer de nuevo en el sofá y llevándose la cerveza a los labios como si acabara de dictar sentencia.

—El gordo asqueroso de tu marido tiene razón en algo —intervino entonces mi madre, con una determinación que me heló la sangre—. Es mi hija, y se viene conmigo.

Sentí cómo mi mundo se desmoronaba bajo sus botas vaqueras.

—Yo no pienso ir a ningún sitio —dije, irrumpiendo con una voz que apenas reconocí como mía.

—Cariño, mi vida —dijo mi madre, pasando frente a la tía Ann y acercándose a mí. Su olor, ese olor tan característico a colonia barata, tabaco y alcohol, inundó mis sentidos, despertando

recuerdos que había enterrado profundamente. Me tomó las manos y las besó, y sentí cómo algo dentro de mí se quebraba—. Sé que ha pasado mucho tiempo. —De pronto, apartó con delicadeza los mechones de pelo que caían sobre mi rostro—. Dios mío, cuánto te pareces a mí. Qué guapa eres, qué joven… mi princesa. Sé que tu tía ha dicho cosas horribles de mí, pero no le creas. Nunca dejé de pensar en ti. Eres mi niña, y ahora volveremos a ser una familia. Tú, yo y Terry. Te va a encantar, ya verás.

No podía dar crédito a sus palabras. Se había marchado sin una explicación, sin siquiera despedirse, y ahora esperaba que cayera en sus brazos como si aquellos seis años de silencio no hubieran existido. No quería ceder. No iba a hacerlo. Pero en ese instante, con su olor envolviéndome y sus manos cálidas sobre las mías, una parte de mí —aquella que aún guardaba el eco de la madre que alguna vez fue— vacilaba entre el cariño enterrado y el rencor que había crecido a su sombra.

—Nena, venga mueve el culo, coge a la niña y vamos a casa, tengo el trasero dormido de esperarte en la camioneta —dijo entonces una voz grave y rasposa desde la puerta. Levanté la vista y lo vi por primera vez.

Era alto, con una complexión robusta que imponía respeto. Llevaba una chaqueta de cuero marrón desgastada, abierta sobre una camiseta blanca manchada de tierra. Su barba oscura y tupida cubría gran parte de su rostro, pero no ocultaba del todo sus ojos oscuros. Tenía tatuajes visibles en su cuello y brazos, algunos de ellos borrosos por el paso del tiempo, otros más recientes y nítidos. Un par de pendientes brillaban en sus orejas, y su cabello, peinado hacia atrás con algún mechón rebelde cayendo sobre su frente, completaba su aspecto tosco y desaliñado.

—Vaya, vaya. Pero si resulta que no es ninguna niña —dijo, con una media sonrisa que no logró disimular el tono burlón en su voz. Su comentario me puso los pelos de punta, y sentí cómo mi cuerpo se tensaba instintivamente.

Mi madre se giró hacia él, con una expresión que intentaba parecer dulce pero que no lograba ocultar cierto nerviosismo.

—Terry, cariño, ya vamos. Solo dame un momento más con mi hija.

Pero Terry no parecía interesado en esperar. Cruzó los brazos sobre su pecho y se apoyó contra el marco de la puerta, evaluándome con una mirada que me hizo sentir incómoda. No dijo nada más, pero su sola presencia llenaba la habitación de una energía que no sabía cómo manejar.

—Vamos, cariño —dijo mi madre con una dulzura forzada que no lograba ocultar su impaciencia. Sus ojos, un espejo exacto de los míos, parecían mostrar todo lo que había heredado de ella: lo bueno, lo difícil, lo que dolía. Pero negué con la cabeza, sintiendo un temblor en los labios mientras buscaba cómo decirle que no, que no podía seguirla, que no quería.

Entonces su expresión cambió. La aparente ternura se desvaneció, reemplazada por una frialdad que me traspasó. Su rostro, tan familiar, se tensó en un gesto de impaciencia y autoridad. Era la misma mirada que recordaba de mi infancia, aquella que solía anunciar que la calma se acababa.

—Se me está acabando la paciencia, Jolene —siseó, y sus palabras cayeron sobre mí como un látigo, cargadas de amenaza. Antes de que pudiera reaccionar, su mano aferró mi brazo con una fuerza sorprendente, tirando de mí hacia la puerta. Me revolví instintivamente, desesperada, girando la cabeza hacia el interior de la casa, donde aún estaba mi tía Ann.

Ella estaba allí, inmóvil en el umbral, con una mano sobre la boca, intentando contener un grito ahogado. En sus ojos había resignación. No hizo nada. Ni un movimiento para detenerla. Ni una palabra para defenderme. Y en ese momento entendí: no haría nada por mí. Ya no tenía lugar en esa casa. El tío Will lo había dejado claro. Un vacío profundo, aterrador, se extendió dentro de mí.

La presión en mi brazo aumentó, y mi madre prácticamente me arrastró fuera de la casa, con Terry pisándonos los talones. El aire fresco de la noche golpeó mi rostro mientras ellos me empujaban hacia la camioneta, y por un momento pensé en escapar, en correr hacia cualquier parte, pero sabía que sería inútil.

Las manos ásperas de Terry me ayudaron a subir a la parte trasera del vehículo, y antes de que pudiera articular protesta alguna, la puerta se cerró detrás de mí con un golpe seco que resonó como una sentencia.

El motor rugió al cobrar vida, y mi madre, ajena a mi angustia, encendió un cigarrillo mientras bajaba la ventanilla. El viento nocturno agitó su cabello y su rostro, iluminado por el resplandor anaranjado de la brasa, adoptó una expresión de satisfacción casi cruel. Con un gesto casual, le indicó a Terry que subiera la música, y el sonido estridente invadió el espacio, sofocando cualquier posibilidad de protesta o diálogo.

Sentada en el asiento trasero, con las rodillas pegadas al pecho, no pude contenerlo más. Las lágrimas comenzaron a brotar, calientes y descontroladas, deslizándose por mis mejillas como pequeños ríos de desesperación. Mi respiración se entrecortaba mientras intentaba asimilar lo que estaba ocurriendo.

El coche avanzó apenas unas calles más antes de desviarse hacia un terreno pedregoso, uno que conocía demasiado bien. Sabía exactamente a dónde nos dirigíamos: al mismo lugar donde mi tía Ann me había recogido cuando mi madre me dejó allí con solo diez años. La caravana.

Ahí estaba, en ese rincón olvidado del desierto que rodeaba el pueblo de Valentine. No era una casa, ni siquiera algo que pudiera considerarse remotamente habitable para la mayoría de las personas. Era una caravana oxidada, maltrecha, que evocaba en mí más amargura que cariño. Y seguía exactamente igual… o quizás peor. Las paredes metálicas estaban ahora más abolladas, la pintura se había descascarillado aún más con los años, y las ventanas

polvorientas parecían mirar con ojos cansados hacia el mundo exterior.

A pesar de estar técnicamente dentro del pueblo, la caravana estaba en una zona apartada, más cerca del taller de los Baker que del centro de Valentine.

Mi cuerpo se iba tensando más y más a medida que nos acercábamos. La imagen de esa caravana despertaba recuerdos que creía haber dejado atrás para siempre: las largas noches en vela, escuchando discusiones ahogadas entre mi madre y sus "amigos"; el olor persistente a alcohol barato y tabaco que impregnaba cada rincón; el sonido de portazos y botas pesadas sobre el suelo metálico. Recordaba cómo solía acurrucarme en una esquina de mi diminuta cama, envuelta en una manta demasiado fina para el frío del desierto, deseando que todo desapareciera.

No supe cómo había vuelto la vida a empujarme a aquel agujero. La desesperación me inundó cuando la camioneta se detuvo frente a la caravana y el motor se apagó con un último rugido que se perdió en el silencio del paisaje desolado.

Terry bajó primero, desperezándose como si hubiera concluido un viaje interminable. Mi madre lo siguió, con una mueca en los labios que pretendía ser un regreso triunfal. Pero yo seguía inmóvil. Las manos me temblaban, y la respiración se me quebraba en el pecho.

—Bienvenida a casa, princesa —dijo, exhalando una bocanada de humo que se deshizo en el aire seco del desierto. Su voz sonaba forzada, como si intentara convencerse a sí misma de que todo estaba bien.

Pero aquello no era un hogar. Nunca lo había sido.

15

Pasé toda la noche encerrada en lo que una vez fue mi habitación, ese pequeño espacio que me había servido de refugio y prisión al mismo tiempo. La mayoría de mis cosas seguían allí, exactamente como las había dejado años atrás: olvidadas, desgastadas por el tiempo, cargadas de recuerdos que no quería volver a tocar. No eran muchas ni tampoco bonitas; algunas ni siquiera lograba recordarlas con claridad. Pero lo que sí recordaba, con una nitidez que me quemaba por dentro, era la sensación opresiva de estar atrapada en aquel cuarto mientras afuera, en la caravana, el mundo de mi madre giraba sin control. Las noches interminables, con la música retumbando a todo volumen, ella tambaleándose entre risas y botellas, y sus amigos, siempre rondando como sombras indeseadas.

No había pegado ojo. Cada crujido del metal de la caravana, cada bocanada de aire caliente que entraba por la ventana mal ajustada, me devolvía a un pasado que creía que no regresaría. No podía creer que estuviera de vuelta aquí, que mi madre hubiera aparecido de la nada para arrastrarme otra vez a ese lugar, a esa vida.

Me levanté de la cama con pesadez y me acerqué a la pequeña ventana. El sol de la mañana empezaba a filtrarse tímidamente, tiñendo el paisaje árido de tonos dorados. Desde allí podía ver la casa de los Baker, con las luces encendidas. El taller aún no estaba abierto, pero ya había movimiento en su hogar. Me quedé mirando fijamente, esperando distinguir figuras tras las cortinas.

Mi mente inevitablemente se dirigió hacia R.J. *¿Sabría que estaba de nuevo en esa caravana miserable?* Sacudí la cabeza, intentando

alejar esos pensamientos, pero no pude evitar sentir un nudo en el estómago al recordar lo que había ocurrido. La tensión entre él y Ethan, esa casi pelea que había logrado detener justo a tiempo… *¿R.J. seguiría enfadado?* Solo pensar en eso hizo que un escalofrío recorriera mi espalda, como un bache en el estómago.

Pero entonces, como si el destino insistiera en castigarme, caí en la cuenta de algo que no había querido ver: ¿qué pensaría Ethan si supiera dónde vivía ahora? Me moriría de vergüenza si llegara a ver esta caravana destartalada, rodeada por los fantasmas de los desastres de mi madre.

El miedo y la humillación se enredaron en mi pecho, formando un nudo tan pesado que costaba respirar. Ya tenía suficiente con enfrentar a mi madre y este regreso forzado al infierno de mi infancia. No necesitaba testigos, ni miradas que juzgaran lo bajo que había caído.

De pronto, la puerta se abrió de golpe, estrellándose contra la pared metálica de la caravana. Me sobresalté, todo mi cuerpo se tensó de inmediato al girar hacia la entrada. Allí estaba ella, mi madre, irrumpiendo como una tormenta impredecible. Llevaba un cigarrillo en los labios, medio consumido, y el humo gris se enredaba en su pelo suelto. Su bata, apenas atada, se abría con cada movimiento, revelando más de lo que pretendía cubrir. En las manos sostenía un plato con crepes dorados, ligeramente quemados por los bordes.

Aquella imagen me transportó instantáneamente al pasado, a esas ocasiones que tanto odiaba pero que conocía demasiado bien. Siempre hacía lo mismo cuando sabía que había cometido un error imperdonable: cuando olvidaba recogerme del colegio y yo pasaba horas sentada sola en la fría acera, cuando me dejaba en el bar durante toda una tarde mientras ella desaparecía quién sabe dónde con quién sabe quién, o cuando simplemente no estaba presente cuando más la necesitaba. Entonces volvía, con esa comida que alguna vez intentó hacer especial, convencida de que todo podía arreglarse con un gesto tan superficial. Como si esos crepes

pudieran borrar todas sus ausencias, todas sus promesas rotas y todas las veces que me había sentido invisible frente a su caos.

—Hola, princesa —dijo con esa voz dulzona que sabía falsa—. Mira lo que te he preparado.

Permanecí en silencio. Mis ojos se fijaron en el plato, pero no sentía apetito, solo una opresiva mezcla de rabia y tristeza que me cerraba el estómago.

—No tengo hambre, gracias —respondí al fin, dándole la espalda para no tener que mirarla. Quería escapar de su manipulación disfrazada de afecto, pero intuía que no sería tan sencillo.

—Vamos, no te pongas así conmigo —insistió, dejando el plato sobre una mesita coja en el rincón. Se acercó a la cama y se sentó a mi lado, demasiado cerca. El colchón cedió bajo su peso, y cuando intentó tocarme el brazo, me aparté de inmediato—. No soy tonta, sé que no he sido la madre perfecta… pero lo intento, ¿vale? He vuelto, ¿o no?

Su voz tenía un deje de tristeza, como si realmente creyera que su simple regreso era suficiente para redimirse. Por un momento, quise gritarle todo lo que llevaba años guardando dentro: los días en los que lloraba esperando que viniera a buscarme, las noches en las que me preguntaba si algún día volvería, y la soledad que me había acompañado desde que me dejó en casa de la tía Ann. Pero las palabras murieron en mi garganta antes de salir.

—Hubiera preferido que no lo hicieras —murmuré. Era un susurro cargado de dolor, un pensamiento que no quería que alcanzara sus oídos. Y quizás no lo hizo, porque siguió hablando como si no hubiera notado nada.

—Vamos, dame una oportunidad, solo te pido eso. Eres mi princesa, mi Jolene preciosa.

Me volví lentamente hacia ella, obligándome a sostener su mirada. Era una sensación confusa, casi insoportable. Porque, a pesar de todo, era mi madre. La mujer que me había dado la vida, la

que alguna vez me abrazó con ternura y me hizo reír hasta que me dolía el rostro. Recordé esos instantes fugaces de felicidad que habíamos compartido, aunque ahora parecieran pertenecer a otra vida. Momentos que, por mucho que intentara negarlos, aún guardaba en lo más hondo del corazón.

Recordé cómo me ponía vestidos que encontraba en mercadillos, aunque estuvieran gastados, y decía que era su pequeña princesa. Me peinaba frente al espejo con esmero, como si estuviera creando una obra de arte, trenzando mi cabello mientras cantábamos canciones inventadas que solo nosotras entendíamos. Me enseñó a bailar, sosteniendo mis manos mientras girábamos por la diminuta sala de la caravana, riendo hasta quedarnos sin aire. A veces, cuando llegaba ebria pero contenta, encendía la radio y nos movíamos al ritmo de viejas canciones country, olvidándonos de todo por unos minutos.

Esos recuerdos, aunque lejanos y desdibujados, aún tenían el poder de encender algo en mi pecho. Una sensación extraña, como un eco de un amor que una vez fue real, aunque ahora estuviera sepultado bajo años de decepción y rencor. Aquel calor momentáneo me hizo dudar, como si una parte de mí aún anhelara creer en ella, en nosotras, en la posibilidad de que esta vez fuera diferente.

Pero entonces, al ver su sonrisa forzada y el brillo calculador en sus ojos, supe que no podía bajar la guardia. Porque por mucho que me aferrara a esos recuerdos dulces, también sabía que no eran suficientes para compensar todo lo que había perdido por su culpa.

Antes de que pudiera negarme de nuevo, la puerta crujió con un sonido metálico y Terry apareció en el marco, como una sombra indeseada. Llevaba una camiseta blanca descolorida que dejaba ver sus hombros morenos y tatuados, y unos vaqueros gastados que se ceñían a su figura como una segunda piel. Mi madre se volvió hacia él con esa expresión que conocía demasiado bien: era la misma que ponía cuando creía haber encontrado una solución fácil a sus problemas.

—Nena, venga, mueve ese bonito culo —dijo Terry, dirigiéndose a mi madre con una familiaridad que me revolvió el estómago—. Hay que ir a hablar con los Baker.

Al oír ese apellido, algo se tensó dentro de mí. Me levanté de la cama de un salto, sintiendo la adrenalina recorrer mis venas.

—¿Con los Baker? —pregunté, incapaz de disimular la alarma en mi voz—. ¿Qué tenéis que hablar con ellos?

Mi madre soltó una risita ligera, como si todo fuera un juego, y se acercó a Terry, pasando una mano por su brazo tatuado.

—Oh, Terry tiene un negocio estupendo que proponerles, princesa —respondió con ese tono que siempre usaba para disfrazar sus malas decisiones—. Va a dejarnos bien de dinero.

Puse los ojos en blanco, invadida por una mezcla de frustración y cansancio. Cuántas veces había escuchado esa misma frase con otros hombres, otros "negocios", otras promesas vacías que siempre terminaban igual. En el fondo, no había cambiado nada: seguía siendo la misma mujer que creía en las palabras bonitas de cualquiera que le ofreciera una salida fácil.

—¿En serio, mamá? —protesté, sin poder ocultar la desesperación en mi voz.

Terry me lanzó una mirada despectiva, como si mis palabras no valieran nada.

—Vamos, no te pongas dramática, princesa —dijo ella, enroscándose en la cintura de Terry—. Joder, nos compraremos vestidos bonitos y joyas caras. Iremos como dos putas reinas.

—Venga, nena —la miró de arriba abajo—, ponte algo decente y nos vamos.

—Sí, joder, ahora voy —le respondió, guiñándome un ojo con complicidad antes de salir de la habitación.

Tras escuchar risas y algunos ruidos que preferí ignorar procedentes de la habitación contigua, por fin los vi salir: a él con su

actitud arrogante y a ella con su falsa confianza. El motor de la camioneta rugió al ponerse en marcha, levantando una nube de polvo que se elevó en el aire seco.

Pero yo no tenía intención de quedarme esperando.

Me vestí a toda prisa y salí de la caravana. El calor del desierto me golpeó en el rostro, pero no me detuve. Sabía adónde se dirigían: al taller de los Baker.

Avancé por el tramo de desierto que separaba nuestra caravana de su propiedad, pero antes de llegar al taller me encontré con la casa principal, donde vivían y tenían el desguace. El taller, situado detrás de la gasolinera, quedaba un poco más adelante.

Había sido más directo ir por la carretera, pero temía que alguien del pueblo me viera. Y si tomaba el atajo, el único que me permitía pasar desapercibida, era inevitable rozar la propiedad de los Baker: su casa estaba demasiado cerca de la caravana.

Apenas doblé por el sendero que llevaba a la verja del fondo, dispuesta a seguir por el camino de tierra, cuando lo vi.

Allí estaba R.J., al otro lado de las vallas, hablando con uno de sus hermanos con gestos animados y esa risa que se oía incluso a distancia.

Durante unos segundos lo observé fijamente, preguntándome qué estaría diciendo. La última vez que lo había visto estaba tan furioso que verlo ahora tan animado me resultaba chocante. Estaba claro que en realidad no le importaba con quién saliera; solo había intentado imponerse ante Ethan porque así era él, pero nada de aquello tenía que ver realmente conmigo.

Entonces, como si hubiera intuido mi presencia, R.J. volvió la cabeza hacia mí. Nuestras miradas se cruzaron por un instante, y algo en sus ojos me hizo contener la respiración.

Me alejé rápidamente, esperando que en realidad no me hubiera visto, que todo hubiera sido producto de mi imaginación. Pero no logré avanzar mucho antes de que me alcanzara. Sentí su brazo

extenderse con rapidez, deteniéndome en seco. El contacto fue breve pero firme, lo suficiente para que mi cuerpo reaccionara antes que mi mente.

Me giré lentamente, casi con temor de lo que encontraría. Y allí estaba, tan imponente como siempre, con esa mirada gris que parecía traspasarme sin esfuerzo. Mi corazón comenzó a latir con fuerza, un ritmo acelerado e incontrolable que resonaba en mi pecho. Aunque su complexión era delgada, su altura seguía intimidándome, y había algo más en él, algo profundo e inexplicable, que despertaba en mí una mezcla de emociones que no lograba entender y mucho menos controlar.

—¿Ahora te has vuelto una acosadora? —dijo disfrutando de ver cómo mis mejillas se encendían de vergüenza—. Parece que estás cogiendo costumbre de aparecer sin ser invitada, enana —añadió, remarcando cada palabra con una especie de ironía perezosa que me hizo recordar la última vez que había ido al taller y la humillación de aquel día regresó de golpe.

—No… —tartamudeé—. Es mi madre. Ha vuelto y ha ido a vuestro taller con un tal Terry a hablar con tu hermano.

—¿Con Davis? —frunció el ceño, rascándose la cabeza—. Joder, pues les pateará el culo si se les ocurre soltar alguna mierda.

Davis era el hermano mayor, y en ausencia de su padre, sin duda quien llevaba las riendas de la familia. O al menos eso se decía en el pueblo, donde también corría el rumor de que era incluso más peligroso que su padre. Así que no me tomé a la ligera el comentario de R.J.

—Es culpa del tipo con el que está mi madre —solté, incapaz de contener la rabia—. Ha vuelto solo para arruinarme la vida.

—¿Has vuelto a la vieja caravana? —preguntó, inclinando ligeramente la cabeza hacia un lado.

Asentí, sintiendo cómo un nudo se formaba en mi garganta al recordar aquel lugar miserable.

—Menuda mierda —murmuró, arrugando la nariz con una mueca de desprecio que, por alguna razón, me sacó una risa ahogada. Fue extraño, pero en ese momento, nuestros ojos se encontraron y, casi al mismo tiempo, esbozamos una sonrisa cómplice.

—Sí, es una auténtica mierda —admití con resignación.

—¿Y tus tíos? ¿Qué hacen? ¿Dejan que tu madre aparezca con un tipo de mierda cualquiera y no mueven un puto dedo? —Encendió un cigarro y soltó el humo con sarcasmo—. Vaya cristianos.

—Mi tía lo intentó, ¿sabes? —la defendí, aunque las palabras me supieran a ceniza—. Pero es mi madre… y el tío Will... ya no tiene tanto trabajo como antes.

En cuanto lo dije, supe que sonaba débil. Y peor aún: me hizo sentir muy sola.

—Si te dejan con una yonqui de mierda como tu madre, es que son unos cabrones —soltó, con una rabia que no era solo por ellos, sino por mí, por mi intento de justificar lo injustificable.

—Da igual, no es asunto mío —concluyó, negando con la cabeza.

—Tienes razón, no es asunto tuyo —respondí, cruzando los brazos.

R.J. guardó silencio un momento, como sopesando mis palabras. Pero entonces su expresión cambió.

—Claro que no. Eso debe ser cosa del príncipe de la iglesia —añadió con una media sonrisa torcida—. ¡Joder! Estará encantado de conocer a tu madre. Seguro que hasta se van de compras juntos, qué cuadro tan bonito. —Escupió al suelo y añadió, con una risa seca—. Mierda, ya tengo ganas de verlo.

—¡Cállate! —le espeté, sin siquiera querer imaginarlo. La sola idea de que Ethan viera a mi madre, a Terry, la caravana… me producía la asfixiante sensación de que el mundo se me venía encima.

—Joder, eres más tonta de lo que pareces —se llevó las manos a la cara—. ¿De verdad crees que ese tipo no saldrá corriendo en

cuanto vea toda esa mierda?

—No lo conoces, no sabes nada, así que cierra la boca —intenté enfrentarme a él, pero esas eran, literalmente, mis mismas dudas.

—Ah, no… espera, quizás tenga otro plan —prosiguió, clavándome la mirada—. A lo mejor solo quiere pasar el rato contigo, follarse a la paleta del pueblo y luego contárselo a sus amigos entre cervezas. Pero bueno, quién soy yo para juzgar, ¿no? —Se encogió de hombros, como si fuera una broma… pero en sus ojos había un brillo demasiado serio para ser solo sarcasmo.

—No… no es así —balbuceé, tratando de sonar segura, aunque mi voz no pasó de un susurro.

R.J. soltó una risa corta, casi un ladrido.

—Claro que no —respondió con ironía, alzando las manos en falsa rendición—. Seguro que está loco por ti. O quizás solo quiere echar un polvo antes de volver a su vida.

—Cállate —murmuré al final, con la voz temblando.

Él me observó un instante más, como decidiendo si seguir o no. Al final, bufó y dio un paso atrás.

—Haz lo que quieras, Jolene —dijo, girándose para irse—. Pero no digas que no te avisé cuando todo se vaya a la mierda.

Y con eso, se alejó, dejándome allí sola, llena de dudas y preguntas que no sabía cómo responder.

16

Corrí hacia Nikol con todas mis fuerzas. Cuando nos encontramos, nos abrazamos y el mundo se detuvo en ese instante. Habían pasado apenas dos días desde la última vez que nos habíamos visto, pero se sentía como una eternidad.

—Te he echado tanto de menos —dije, sin poder contener las lágrimas.

—Y yo a ti, te lo juro. La casa está vacía sin ti —respondió ella, con los ojos igual de humedecidos que los míos.

—Odio esto, la odio a ella —apreté los puños con rabia—. Ojalá nunca hubiera vuelto.

Caminamos hasta la caseta del servicio postal. Justo detrás había un pequeño parque con un par de bancos de madera agrietada. En los días de verano, cuando el calor no era insoportable, solíamos refugiarnos allí a hablar de todo y de nada.

—Supongo que ahora soy la comidilla del pueblo —comenté, con el estómago encogido—. Ya me imagino a todos cuchicheando sobre mí, sobre mi madre, sobre… todo esto.

—Bueno… ya sabes cómo es este lugar. Cualquier cosa se convierte en noticia —intentó suavizar Nikol.

—Sí —respondí con una sonrisa amarga—. Y mi madre es un huracán andante. Es normal que todos estén hablando de que la gran Olivia haya regresado.

—Mi madre no ha salido de casa desde que llegó. Creo que le da miedo el qué dirán —confesó Nikol, recostándose en el banco en un

gesto de resignación.

Sabía que para mi tía también era difícil. Había luchado tanto para salir de la sombra de vergüenza que dejó mi madre y ganarse el respeto de la comunidad… y ahora todo se desmoronaba.

Permanecimos en silencio unos instantes, solo acompañadas por el sonido del viento del desierto.

—¡Por cierto! —exclamó Nikol de pronto, como si se le hubiera encendido una bombilla—. Ayer vino Ethan a buscarte.

—¿Qué? —pregunté, sorprendida.

—¡Sí! Le dije que estabas con tu madre, que ahora vivías con ella… —Mis ojos se abrieron, temiendo lo peor—. Pero tranquila —se apresuró a añadir—, no le dije nada de la caravana. Aunque… ya sabes cómo es esto. Tarde o temprano se enterará.

Suspiré, sabiendo que era verdad, pero me negaba a pensarlo. Al menos por ahora.

—Bueno, ¿y qué pasó? ¿Qué te dijo? —pregunté, con ilusión.

—Me pidió que fueras a verlo a casa de su abuelo cuando quisieras, para vuestra segunda cita —compartió, y ambas sonreímos—. Supongo que la primera fue maravillosa.

—¡Sí! —asentí con una sonrisa amplia—. Fue genial: el cine, la película, él… Todo era perfecto, Nikol. Creo que si mi madre no hubiera llegado justo ese día a arruinarlo todo, habría sido el mejor día de mi vida.

Hablar con mi prima, sentir esa familiaridad que me reconfortaba, hacía que mi situación fuera más llevadera. Era como un oasis en medio del desierto.

—Deberíamos ir a verlo ahora. Seguro que está en la iglesia, y está aquí al lado —señaló en dirección al edificio, cuya silueta se distinguía a lo lejos.

—No sé… —dudé, mirándome la ropa: unos shorts prestados de mi madre y una camiseta vieja, de cuando tenía diez años, con

dibujos infantiles desteñidos—. Tengo que pasar por tu casa a coger mi ropa.

—¡Pero qué dices! Estás genial —insistió, agarrándome del brazo —. Además, no creo que le importe lo que lleves puesto. Se notaba que le gustas. Estaba desesperado por verte.

—¿Sí? —murmuré, mordiéndome el labio. No estaba segura de si era el momento… pero la verdad era que yo también tenía ganas de verlo.

—Está bien —cedí al fin, y mi prima soltó un gritito de emoción.

Caminamos hacia la iglesia con el estómago revuelto de nervios y la sensación de estar vestida como una niña perdida en el cuerpo de una adolescente. No tardamos ni dos minutos en llegar, pero justo antes de que nos vieran, me detuve en seco.

—No estoy segura —dije, agarrando el brazo de Nikol, cuya emoción contrastaba con mi pánico.

Pero antes de que pudiera echarme atrás, ella saludó con la mano a alguien.

—Demasiado tarde.

Él apareció tras la esquina, con vaqueros gastados y una camiseta granate de la Universidad de San Marcos. Empuñaba un martillo y, aunque llevaba el pelo impecable como de costumbre, gotas de sudor le recorrían la frente.

—¡Eh! —dijo con una sonrisa que pareció iluminarlo todo—. Pensé que te había tragado la tierra. Ya empezaba a preocuparme.

—Ya ves, aquí sigo —respondí, encogiéndome de hombros.

—Genial…

Nos quedamos callados un instante, mirándonos. Una sonrisa tonta, inevitable, se dibujó en los labios de ambos.

Fue entonces cuando la voz del reverendo Moore resonó desde el interior del templo:

—¡Ethan! ¡Vuelve al trabajo!

—Ah, joder… —murmuró, pero enseguida se volvió hacia mí—. Estoy hasta arriba, pero… ¿te parece si nos vemos mañana?

Asentí, incapaz de contener el entusiasmo.

—¡Genial! —dijo—. ¿Qué te parece si vamos a pasar el día a Balmorhea State Park?

—Sí, claro —respondí al instante. Había oído a chicas del instituto hablar del lugar: aguas cristalinas, palmeras, sombra bajo el sol del desierto. Sonaba como un sueño. Pero, la verdad, no importaba tanto el destino. Si era con él, sabía que no me defraudaría.

—Perfecto. ¿Dónde te recojo mañana? —preguntó, secándose el sudor de la frente con el brazo.

—No, tranquilo. Yo paso por aquí —dije, haciendo lo posible por evitar que se acercara a la caravana.

—Estupendo. Te espero aquí —sonrió, y luego se despidió de Nikol con un gesto.

Caminamos emocionadas hacia la casa de mi tía, pero al acercarnos al centro del pueblo, no pude ignorar las miradas furtivas ni los cuchicheos que se encendían a nuestro paso. Supuse que así se habría sentido Sophie el domingo anterior en la iglesia.

Irónicamente, ahora era ella una de las que me observaba con descaro, murmurando a mis espaldas como si pensara que no me daba cuenta.

—No les hagas caso —dijo Nikol al llegar al porche de su casa—. Se les pasará en cuanto ocurra algo nuevo. Aquí siempre es igual.

Pero yo no estaba tan segura. Hasta entonces había logrado pasar lo más desapercibida posible en el pueblo, pero ahora sentía que todos me examinaban con lupa.

Abrió la puerta y entramos de un empujón, buscando refugio no solo del calor, sino de las miradas que nos habían seguido calle arriba.

Me resultó extraño no ver a mi tía cocinando o limpiando, como solía hacer. En cambio, la casa estaba sumida en un silencio inquietante. Con el tío Will trabajando y Fergus fuera con sus amigos, el lugar parecía vacío. Aunque seguía sintiéndose como mi hogar, algo había cambiado para siempre, algo que no lograba nombrar pero que sabía irreversible.

Subimos a la habitación que habíamos compartido durante años. Nikol me tendió una mochila vacía para que recogiera mis cosas. Miré a mi alrededor: fotos de funciones escolares, diplomas torcidos, dibujos infantiles, cartas dobladas mil veces… toda nuestra historia colgaba de las paredes, guardada en detalles que solo nosotras entendíamos. Cuatro paredes que nos habían visto crecer, reír, llorar, soñar. Un hogar que ahora me veía forzada a abandonar.

Nikol estaba callada, con la vista baja, apretando los labios para contener las lágrimas.

—No es como si no fuéramos a vernos más —dije, abriendo los cajones de la cómoda para meter mi ropa, sin lograr que las lágrimas dejaran de resbalar.

—Lo sé… —respondió, antes de abrazarme por detrás con fuerza —. Pero no será lo mismo.

—No —dije, girándome para abrazarla—. No lo será.

Nos desplomamos de rodillas, aferradas la una a la otra, mientras el llanto que habíamos estado conteniendo por días por fin se desbordaba.

—¿Es necesario todo este drama? —La voz de mi tía nos sobresaltó desde la puerta—. Levantaos del suelo antes de que os vea alguien —. Cruzó la habitación para cerrar las cortinas.

Tomó la mochila y, sin decir nada más, empezó a meter mis cosas. Dobló cada prenda con cuidado, como si también le doliera dejarlas ir.

—Que vivas con ella no significa que tengas que ser como ella — me dijo al entregarme la mochila—. Eres mucho mejor de lo que ella

jamás fue. —Su voz se quebró un instante—. Estoy segura de que te convertirás en una mujer decente.

—¡Tía! —grité, arrojando la mochila al suelo y abrazándola con todas mis fuerzas—. No quiero irme. Quiero quedarme.

—Lo sé, lo sé —me rodeó con sus brazos un momento, solo para apartarme después—. Pero no puede ser, Jolene. El tío Will tiene razón: apenas le dan trabajo en los ranchos grandes y los gastos aumentan. No podemos con todo. Es mejor que te vayas con tu madre.

Y con esas palabras, salió de la habitación. Fue como ver la última puerta cerrarse, y yo sin poder hacer nada para retenerla.

Salí de la casa con aquella mochila que pesaba como una vida entera. Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano y mantuve la vista baja, esperando que el enrojecimiento de mi rostro no delatara todo lo que había llorado. Pero cada paso que me acercaba a la caravana me daban ganas de salir corriendo sin rumbo.

Caminé despacio, absorta en mis pensamientos, con la mirada fija en el polvo del camino. La mochila tiraba de mis hombros, el agobio me apretaba el pecho y, poco a poco, comencé a sentirme mareada.

Cerca del bar del pueblo, me refugié bajo su techado y me senté unos segundos para recuperar el aliento.

—Joder, menuda pinta de mierda —oí decir.

La puerta del bar se cerró con un chasquido, y al levantar la vista, vi el quad de R.J. estacionado a pocos metros.

Claro. Justo lo que necesitaba.

—R.J., no estoy de humor, ¿vale? Déjame en paz —dije tajante, porque no podía soportar nada más en ese momento.

—Venga, no me jodas, enana —respondió, sentándose a mi lado como si mi petición no hubiera existido—. Molestarte es uno de mis hobbies favoritos.

Como si aquello no fuera suficiente, un par de mujeres de la iglesia amigas de mi tía, pasaron justo en ese momento y soltaron un comentario sobre lo "pegada" que estaba al pequeño de los Baker.

Perfecto, ya no solo cargaba con el regreso de mi madre, ahora también con la mala fama de R.J.

—Es increíble —dije, levantándome del suelo, incapaz de aguantar más chismes.

—¡Eh! —R.J. se plantó frente a mí, tapándome completamente el sol—. Venga, te subo a casa —propuso de forma inesperada.

—Ni hablar —lo rechacé, esquivándolo para seguir mi camino.

—Joder, no seas tonta —dijo, quitándome la mochila con un tirón suave. Me habría quejado, pero liberarme de su peso fue un gran alivio.

—En serio, R.J., paso de ir contigo en eso —señalé el quad.

—¿Pero qué coño dices? Esta es la mejor mierda en la que vas a montarte en tu puta vida —añadió, orgulloso, subiendo de un salto y colocándose la mochila en el pecho para que yo pudiera sentarme detrás.

Miré a ambos lados de la calle. El camino era largo, el sol implacable, y mi reputación ya estaba hecha trizas. Al menos así no tendría que arrastrarme bajo ese calor.

Me acerqué poco a poco, incapaz de evitar que los pensamientos sobre mi tía y Ethan pasaran por mi mente, haciéndome sentir culpable por aceptar su ayuda.

—¡Venga, que es para hoy, joder! —dijo, ajustándose la gorra hacia atrás y subiéndose los vaqueros, que siempre parecían a punto de caérsele.

—Ya voy —respondí con un hilo de voz antes de subir.

Era más cómodo de lo que imaginaba. Me acomodé un poco, justo antes de que arrancara y todo mi cuerpo temblara.

—Oye, si no te agarras bien, vas a salir volando, enana —me advirtió.

Mis manos, vacilantes, se aferraron a su camiseta, ligeramente húmeda. Cuando aceleró por completo, mi cuerpo se fue hacia atrás y me aferré con fuerza a su cintura para no caer.

—No vayas rápido —le pedí, con el miedo temblando en mi voz.

Y, sorprendentemente, condujo más suave de lo habitual.

Cada curva, cada salto sobre los montículos del camino, me llenaba el pecho de una mezcla extraña: miedo, adrenalina… y algo parecido a la libertad. El viento en la cara, el rugido del motor, el polvo volando a nuestro paso… por un instante, dejé de pensar.

Al tomar el primer desvío de tierra, ya se veía la caravana, mientras el sol empezaba a ceder.

Al acercarnos, distinguí a mi madre apoyada en la puerta, con aquella bata que apenas la cubría. Sentí una punzada de vergüenza que me subió por la espalda.

El quad se detuvo a unos metros de ella, que nos observaba con una expresión pícara.

—Mira, Terry, cariño —gritó, golpeando la pared metálica—. ¡Mira con quién ha venido la niña!

R.J. bajó primero y me tendió la mano para ayudarme. Caminó conmigo hasta la puerta, ignorando por completo las miradas de mi madre.

—El pequeño de los Baker —dijo Terry, saliendo a la puerta y rodeando con el brazo a mi madre—. ¿A qué debemos el placer? ¿Tu hermano ya ha tomado una decisión?

—Qué va, tío, no me vengas con esas mierdas —dejó la mochila en el suelo—. Cuando Davis tenga algo que decir, lo hará directamente. ¿Entendido? —respondió con descaro, como si Terry no pudiera intimidarlo.

—Bien, bien, tranquilo, solo preguntaba —repuso él con una sonrisa tensa.

—¿Quieres una cervecita? —intervino mi madre, acercándose—. Están bien frescas. Como agradecimiento por traer a mi preciosa Jolene del pueblo.

—No, mamá, ya se va —dije, empujándolo suavemente.

—¡Eh, niña! —gritó Terry, sentándose en una silla de camping—. ¿Por qué no eres más agradecida y cierras la maldita boca?

R.J. lo miró, luego a mí. Tenía el ceño fruncido, como si evaluara si debía quedarse o no. Pero yo solo quería meterme en mi habitación y que todo aquello terminara.

—Paso… —dijo, sin apartar los ojos de mí, haciéndome caso por una vez.

—Como quieras —dijo Terry, dándole un trago largo a su cerveza —. Si cambias de idea, ya sabes dónde estamos.

R.J. asintió, caminó despacio hacia el quad, mirando atrás un par de veces, como si algo en aquella escena no le cuadrara. Luego montó, arrancó, y el rugido del motor llenó el aire por un instante… antes de desvanecerse en la distancia.

17

Arrastré la pesada mochila hasta lo que sería mi celda personal y cerré la puerta, deseando que me dejaran sola, que aquel día terminara de una vez. Me aferré a las palabras de mi tía: "Tú no eres como ella".

Pero la puerta se abrió de golpe y apareció mi madre, con el cigarrillo eterno colgando de sus labios.

—¿Princesa, no vas a cenar nada? —preguntó sin que en realidad pareciera importarle.

—No tengo hambre —respondí, guardando la ropa en la cómoda antigua y sacando prendas que no veía desde hacía años.

—Te vas a quedar en los huesos, a nadie le gustan las chicas tan flacas, joder —dijo, cuando ella misma parecía hecha de sombras y cartílago.

—Muy bien, mamá. Ahora quiero estar sola —dije, con un tono que esperaba que la disuadiera.

—Oye… —dijo, entrando sin permiso y dejando caer ceniza sobre el suelo—. El chico de los Baker, R.J., ¿no? ¿Es amigo tuyo? Ya sabes… de los especiales.

—No, no es amigo mío de ningún tipo. Solo un vecino con el que fui al colegio —respondí, cerrando el cajón con un golpe seco.

—Vale, vale, tranquila —dijo, alzando las manos con fingida inocencia—. No me meto en esas cosas. Lo que hagas con tu cuerpo es asunto tuyo.

—¿Te puedes ir? Quiero dormir —me planté frente a ella, con los brazos cruzados.

—Claro, princesa. Pero si vuelves a verlo… pregúntale, no sé, por cómo va lo nuestro. Si hay posibilidades. Cualquier cosa.

Sus palabras sonaban como una sugerencia, pero se clavaban como una orden.

—No quiero tener nada que ver con vuestros chanchullos, ni con los Baker, ni… con todo esto —señalé a mi alrededor—. Solo quiero largarme de aquí.

De un salto, me agarró del brazo con una fuerza brutal y me empujó contra la pared. Su rostro quedó a centímetros del mío; el aliento, cargado de alcohol y humo, me revolvió el estómago.

—Eres una niñata desagradecida. Podría no haber vuelto nunca —soltó mi brazo y me dio un empujón que me hizo caer al suelo—. ¿Qué crees que habría pasado entonces, estúpida? El gordo de tu tío ya quería echarte, y la débil de tu tía nunca se habría opuesto. —Se acercó de nuevo, agresiva, pero sin tocarme—. Habrías terminado sola, en la calle, muerta de miedo… o simplemente muerta. Así que háblame con más respeto.

Y con eso, cerró la puerta de un portazo que hizo temblar las paredes.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente: temblaba, como si acabara de escapar de algo que aún no había terminado.

Me quedé allí sentada, sin permitir que cayera ni una lágrima más. No iba a darle el gusto de hacerme más daño. En el fondo, sabía que tenía razón: no tenía a nadie. Estaba completamente sola. Lo único que me quedaba era yo misma, y eso no era mucho, pero me aferraba a una promesa: no convertirme en alguien como ella.

Me levanté y me miré en el trozo de espejo colgado junto a la cómoda. Sonreí, dibujé una sonrisa amplia, tan falsa como dolorosa, pero necesaria para no desmoronarme. Tenía que concentrarme en lo poco bueno que aún quedaba en mi vida, aunque fuera escaso. Como Ethan. Como nuestra cita. No permitiría que me arrebatara también eso.

Me vestí con calma, eligiendo la blusa menos arrugada como si el simple acto de alisarla pudiera devolverme cierto control. Afuera, el sol comenzaba a descender sobre el polvo, tiñendo el porche de tonos anaranjados.

Caminé por los senderos de tierra hasta llegar a la iglesia, donde Ethan me esperaba apoyado contra el coche, con un refresco en la mano. Lo observé unos instantes sin que se diera cuenta. Parecía nervioso: se miraba una y otra vez en el espejo para arreglarse el pelo y movía el pie inquieto, algo que me resultó profundamente entrañable.

—Hola —dije, y él se volvió para regalarme una sonrisa tan amplia y cálida que logró calmar mi ánimo.

—No sabía que estabas ahí —respondió, un poco avergonzado.

—Acabo de llegar —mentí suavemente, acercándome. Sus ojos brillaron al posarse en mí.

Subí al coche y él cerró mi puerta con un gesto caballeroso. Partimos hacia Balmorhea State Park, un oasis en medio del desierto que parecía arrancado de un sueño. El agua cristalina del manantial

reflejaba el cielo azul, y los cactus que bordeaban la zona añadían un toque de magia al paisaje.

Nos sentamos bajo la sombra de un enorme árbol junto al lago, uno de esos gigantes antiguos cuyas ramas se extendían sobre el suelo. Ethan había traído una pequeña mochila con algunas cosas: una botella de agua fría, unas toallas y un libro de poesía que había encontrado en la biblioteca de su abuelo. Nos quedamos allí por un rato, compartiendo pequeñas historias, risas y silencios cómodos.

—¿Sabías que este lugar tiene más de mil años? —preguntó Ethan, señalando el manantial con un gesto suave—. Era un sitio sagrado para los indígenas que vivían aquí antes de que llegaran los colonos. Decían que el agua tenía poderes curativos.

—Nunca pensé que fueras tan aficionado a la historia —le dije, devolviéndole la sonrisa.

—No lo soy, pero cuando algo me interesa, me gusta aprenderlo todo —respondió, mirándome de una manera que me aceleró el pulso.

Después de un rato, Ethan sacó el libro de poesía y comenzó a recitar. Su voz era suave, casi hipnótica, y aunque nunca me había apasionado la lectura, escucharlo a él era distinto. Cada palabra cobraba vida en sus labios. Me dejé llevar por su tono, por la luz que encendía sus ojos al hablar, aunque en el fondo no comprendía ni una palabra de lo que decía. Me esforzaba por fingir que sí, por no quedar como una ignorante.

Cuando terminó, me miró unos segundos, como esperando una reacción. Pero entonces negó levemente con la cabeza y cerró el libro, dejándolo a un lado.

—Deberíamos meternos —dijo de pronto, levantándose con una naturalidad que me hizo sentir aún más nerviosa. Se quitó las

sandalias y, antes de que pudiera procesarlo, comenzó a despojarse de su camiseta mojada por el sudor. El gesto fue rápido pero deliberado, y cuando la tela dejó al descubierto su torso bien definido, sentí cómo mi rostro se encendía de golpe. No pude evitar bajar la mirada, avergonzada, mientras él parecía completamente ajeno a mi reacción.

—¿Ahora? —pregunté, riendo nerviosamente, tratando de disimular lo mucho que su cercanía me alteraba—. ¿Y si alguien nos ve?

—¿Quién va a vernos? —respondió con una sonrisa traviesa—. Somos los únicos que han venido hasta aquí un jueves por la tarde.

No pude evitar reírme ante su insistencia, aunque mi risa sonaba algo forzada. Finalmente, me levanté y me quité los zapatos, sintiendo la frescura de la hierba bajo mis pies. Pero cuando llegó el momento de quitarme la blusa y los vaqueros, revelando mi bikini, sentí que el aire se volvía más pesado. Me crucé de brazos instintivamente, intentando cubrirme un poco, aunque sabía que era ridículo. Ethan ya estaba en el agua, chapoteando suavemente mientras me hacía señas para que lo siguiera.

—Vamos, Jolene, no seas gallina —bromeó, salpicándome un poco.

Con una mezcla de vergüenza y emoción, entré lentamente en el agua. Estaba fresca, pero no fría, y envolvía mi cuerpo como un abrazo reconfortante. Ethan se acercó nadando con facilidad, moviéndose con gracia.

—Esto es increíble —dije, dejando que el agua me cubriera hasta los hombros, intentando recuperar algo de compostura.

—Te lo dije —respondió él, con una sonrisa triunfal.

Comenzamos a jugar, salpicándonos mutuamente como niños. En algún momento, Ethan me tomó de la mano y me ayudó a mantenerme a flote mientras yo fingía no saber nadar. Nuestros dedos se entrelazaron de manera natural, y aunque ninguno de los dos dijo nada, ese contacto breve pero significativo hizo que mi corazón latiera aún más rápido.

Esto es felicidad , pensé, sintiendo cómo todo lo demás desaparecía. Pero entonces, como un recordatorio cruel, una imagen fugaz de la caravana y mi madre cruzó mi mente. La desolación que me esperaba allí, el caos y el ruido constante, contrastaban dolorosamente con este momento de paz.

Cuando nos cansamos de jugar, nos quedamos flotando juntos, mirando hacia el cielo. El sol comenzaba a descender, pintando el horizonte de tonos dorados y rosados. La tranquilidad del lugar nos envolvía, como si el tiempo se hubiera detenido solo para nosotros. *¿Cómo será volver allí después de esto?* me pregunté, sintiendo una punzada de ansiedad.

Ethan se giró hacia mí, con el cabello mojado cayendo sobre su frente y una expresión que no había visto antes en él: algo entre ternura y admiración.

—Jolene… —murmuró.

—¿Sí? —respondí, sintiendo cómo mi respiración se volvía más profunda.

Sin decir nada más, acortó la distancia entre nosotros y me besó. Fue un beso suave, como si quisiera transmitirme todas las palabras que no podía decir. Cuando nos separamos, nuestros ojos se encontraron, y él sonrió.

—Creo que este ha sido el mejor día de mi vida —dijo, con una sinceridad que me hizo sentir que flotaba incluso más alto que el

agua.

Mis mejillas se ruborizaron, pero no pude evitar sonreír también. *¿Cómo puede hacerme sentir tan especial alguien que apenas conozco?* , pensé, luchando contra la sombra de inseguridad que siempre parecía acecharme.

—¿Solo el mejor día? —bromeé, tratando de ocultar cuánto me habían tocado sus palabras.

—El primero de muchos —respondió, tomando mi mano y entrelazando sus dedos con los míos.

Nos quedamos allí hasta que el sol casi se había puesto completamente, disfrutando del momento como si fuera eterno. Cuando finalmente salimos del agua, Ethan extendió una de las toallas sobre la hierba y nos sentamos juntos, viendo cómo las primeras estrellas comenzaban a aparecer en el cielo.

—Gracias por esto —dije en voz baja, apoyando mi cabeza en su hombro. *Si tan solo pudiera detener el tiempo* , pensé, sabiendo que en unas horas tendría que regresar a la realidad que tanto temía.

—No, gracias a ti —respondió él, besando la frente con delicadeza —. Por hacer que este lugar sea aún más especial.

Fue una cita perfecta, uno de esos días que sabes que recordarás para siempre, no por lo que hicimos, sino por cómo me hizo sentir: querida, valiosa. Aunque, en el fondo, sabía que esa felicidad era temporal. Al igual que el atardecer que acabábamos de presenciar, se desvanecería, dejándome de nuevo en la oscuridad de la caravana y las promesas rotas de mi madre.

De camino a Valentine, el silencio del coche se mezclaba con el ruido suave del motor y el crujido de la gravilla bajo las ruedas. No pude evitar que mi mente regresara una y otra vez a las palabras

crueles que R.J. me había dicho. Sus frases afiladas, cargadas de sarcasmo y veneno, resonaban en mi cabeza como un eco incómodo. Pero lo que más me dolía no era tanto lo que había dicho, sino cómo sus palabras habían logrado sembrar una pequeña semilla de duda en mí. Sin embargo, ese día Ethan me había demostrado justo lo contrario. Con cada gesto, con cada mirada, me hizo sentir importante, valiosa, como si realmente le importara. Aquello no era un juego para él, al menos no lo parecía.

Mi mirada se desvió hacia Ethan, que conducía con la vista fija en la carretera oscura. El tenue resplandor de los faros iluminaba el camino polvoriento frente a nosotros, pero su rostro permanecía sereno, concentrado.

—Te llevaré hasta casa —dijo de pronto, girando brevemente la cabeza hacia mí. Su voz profunda rompió el silencio, pero también hizo que mi corazón diera un brinco nervioso.

—No, no, déjame en la iglesia —respondí rápidamente, demasiado rápido tal vez, sintiendo cómo la ansiedad se apoderaba de mí.

—¿Cómo voy a dejar que vayas sola? Es de noche, no quiero que andes por ahí a estas horas —insistió, con esa determinación que ya empezaba a conocer.

—Gracias, de verdad, pero prefiero ir dando un paseo —intenté convencerlo, buscando una excusa que sonara convincente—. Además, ¿qué me va a pasar? Aquí en el pueblo nos conocemos todos.

Ethan me miró de reojo, arqueando una ceja como si supiera que estaba evitando algo, pero no dijo nada durante unos segundos.

—Sí, y el pequeño de los Baker puede que ande por ahí —replicó finalmente, con un tono que mezclaba preocupación y firmeza—. No

quiero que te haga pasar por otro momento incómodo. Prefiero acompañarte, me quedaría más tranquilo.

Sus palabras me dejaron sin argumentos. No sabía qué más decirle. Intentaba buscar y buscar alguna excusa mientras avanzábamos, pero mi mente estaba en blanco. Cuando el cartel que anunciaba la entrada a Valentine apareció en el horizonte, señalando el inicio del pueblo, sentí que el tiempo se agotaba. Por más que intentaba convencerlo, Ethan no aceptaba un "no" por respuesta.

Le indiqué con la mano temblorosa por dónde estaba el camino empedrado que conducía a la vieja caravana. La tensión en mi pecho crecía con cada segundo que pasaba. Finalmente, cuando llegamos a la escena que tantas veces había deseado mantener oculta, vi su rostro cambiar. Sus ojos se abrieron de par en par, llenos de sorpresa y quizás algo de incomodidad. No era para menos.

Frente a nosotros, el patio de la caravana parecía sacado de una película decadente. Mi madre estaba sentada en una silla de camping oxidada, balanceándose ligeramente hacia adelante y hacia atrás. Llevaba un vestido ajustado: un escote provocativo y una falda tan corta que apenas cubría lo necesario. Tenía un cigarrillo colgando de sus labios pintados de rojo, y en su mano derecha sostenía una cerveza medio vacía.

A su lado, Terry estaba ocupado cocinando algo en una improvisada barbacoa hecha con un cubo de hierro oxidado, clavado en el suelo. Sin camiseta, su torso desnudo mostraba múltiples tatuajes desvaídos y algunas cicatrices. Detrás del pantalón, entre el cinturón y su espalda, asomaba el mango de un revólver, un recordatorio constante de quién era y a qué mundo pertenecía.

De fondo, una canción country sonaba desde una vieja radio portátil, con guitarras desafinadas y voces rasposas que competían con el crujido de la carne sobre las brasas. El aire olía a humo, alcohol y comida quemada. Todo en esa escena me avergonzaba.

Sentí cómo mi garganta se cerraba, como si el peso de esa realidad me aplastara de golpe. Miré a Ethan de reojo, temiendo lo que pudiera estar pensando, pero su expresión permanecía neutra, aunque sus nudillos estaban un poco más blancos sobre el volante. Sabía que esta imagen era lo último que quería que él viera, pero ya no había vuelta atrás.

—Es aquí —murmuré finalmente, con la voz apenas audible, como si decirlo en voz alta hiciera que todo fuera aún más real.

Ethan no dijo nada, pero su mirada se suavizó cuando se giró hacia mí. En ese instante, supe que, aunque no lo dijera, entendía más de lo que yo creía.

Nos despedimos con un beso, uno de esos que te llenan de esperanza y te hacen creer que todo va a salir bien. Por un momento, pensé que Ethan simplemente se iría sin más, pero había sido una ingenua. En cuanto mi madre vio el coche detenerse frente a la caravana, como si fuera parte de alguna alucinación alcohólica, se levantó tambaleándose de la silla de camping. Con su cigarrillo colgando de su boca, hizo un gesto con la cabeza para que la esperáramos mientras intentaba acercarse a nosotros.

—Pero... —murmuró Ethan cuando ella metió medio cuerpo dentro del coche sin siquiera pedir permiso. Su voz era una mezcla de incredulidad y desconcierto, pero lo peor fue ver cómo la ceniza del cigarro caía directamente sobre el asiento impecable del vehículo.

Mi madre ni siquiera parecía darse cuenta o, si lo hacía, no le importaba en absoluto. No tenía claro si estaba inspeccionando a Ethan o admirando el coche, aunque algo me decía que era una mezcla de ambas cosas.

En ese momento, vi cómo el cuerpo de Ethan se tensaba visiblemente. Mi madre, ajena por completo al efecto que causaba,

soltó una carcajada ronca, casi estridente, mientras Terry, desde la distancia, también comenzaba a reírse.

—Mira, Terry, joder, mira lo que ha traído la princesita: ¡un jodido príncipe! —exclamó, señalando a Ethan con el cigarrillo como si fuera un trofeo—. Y trae carroza y todo.

Intenté disculparme rápidamente, sintiendo cómo la vergüenza me subía a la cara. Bajé del coche de un salto y traté de apartarla de la ventanilla, pero Olivia Miller nunca era fácil de manejar.

—Perdona —le dije a Ethan, mientras tiraba ligeramente del brazo de mi madre para alejarla del coche. Sin embargo, ella no iba a rendirse tan fácilmente. Con una sonrisa torcida, se soltó de mi agarre y volvió a inclinarse hacia la ventanilla, esta vez con más confianza.

—Sí, sí, perdona mis modales —dijo, extendiendo una mano hacia Ethan con un gesto que pretendía ser formal—. Yo soy Olivia, su madre. Como verás por este cuerpazo y esta preciosa cara, somos igualitas, ¿no? —Mi madre guiñó un ojo, y pude notar cómo Ethan tragaba saliva, incómodo ante la escena.

—Mucho gusto, yo soy Ethan Moore —respondió él, intentando mantener la compostura, aunque su incomodidad era evidente.

—¿Moore? ¿Como el puto viejo del cura? —preguntó mi madre sin filtro alguno, mientras el cigarrillo se desprendía de sus labios y caía al suelo. Ethan parpadeó varias veces, incrédulo.

—Mamá, es su abuelo —intervine en voz baja, tratando de interrumpir su letanía antes de que empeorara.

—Qué guapo eres —continuó, ignorándome por completo mientras se liberaba de nuevo de mí y volvía a inclinarse hacia Ethan. Esta vez la sujeté con más firmeza, pero ella me dio un

codazo y se soltó—. No sé qué intenciones tienes con mi princesa, pero te advierto que ella no es una puta. Si quieres quedar con ella, tendrás que conocer a su madre. Es lo justo, ¿no? ¿O es que tus intenciones no son buenas? Ademas, mi niña tiene más pretendientes.

Ethan la miró fijamente, tratando de mantener una expresión neutral, aunque pude ver cómo su mandíbula se apretaba.

—Por supuesto que mis intenciones son buenas —respondió, ahora visiblemente nervioso—. Antes de salir con ella, pedí permiso a su tía Ann.

—Mamá, ya es suficiente —insistí de nuevo.

—Bueno, ella no es su madre, ¿o acaso crees que esa vaca podría ser su madre? —entonces me señaló—. ¿Has visto ese culo y esas tetas? Cariño, esto es cien por cien mío. —dijo con orgullo, como si estuviera posando para un concurso de belleza imaginario—. Si quieres volver a quedar con ella, haz las cosas bien, chico.

—Por supuesto —respondió Ethan, mirando al frente, contando los segundos para escapar de allí.

—Mañana te invitamos a cenar —añadió mi madre, encendiendo otro cigarrillo con aire triunfal—. Ah, y trae un buen vino. Sé que tu abuelo guarda los buenos en el almacén.

Ethan asintió mecánicamente, probablemente deseando que la tierra se lo tragara. Cuando finalmente mi madre se alejó, tambaleándose de vuelta a su silla, corrí hacia la ventanilla del coche, sintiéndome completamente mortificada.

—Lo siento mucho, de verdad —le dije, repitiendo mis disculpas una y otra vez, como si eso pudiera borrar lo que acababa de suceder.

—No te preocupes, está bien —respondió Ethan, aunque sus palabras sonaban demasiado forzadas para ser sinceras. Pude verlo en sus ojos: algo de la magia que habíamos compartido esa noche se había roto. Rezaba internamente para que no fuera así, pero sabía que las acciones de mi madre habían dejado una marca imborrable.—Mañana nos vemos.

El miedo me inundó mientras veía su coche alejarse por aquel camino empedrado. La imagen de Ethan mirando al frente, con los nudillos blancos aferrados al volante, me dijo más de lo que cualquier palabra podría haber expresado. Aquel día, que había empezado como un sueño, terminó sintiéndose como una pesadilla.

18

Esperé desde primera hora de la mañana frente a la iglesia del reverendo Moore. Sabía que, tarde o temprano, Ethan aparecería, y necesitaba disculparme por lo ocurrido la noche anterior.

Con el sol ya alto, la impaciencia comenzó a apoderarse de mí. Mis manos sudaban mientras los pensamientos más catastróficos cruzaban mi mente: quizás se había asustado tanto que había huido del pueblo, o tal vez me evitaba deliberadamente.

Hasta que, a lo lejos, apareció el reverendo Moore. Caminaba despacio, ajustándose el sombrero tejano para proteger su calva del sol.

—¿Jolene? —preguntó confundido—. ¿Qué haces aquí, niña?

—Esperaba ver a… —vacilé, sintiendo de pronto una punzada de vergüenza, como si fuera evidente lo inalcanzable que Ethan era para mí, y aquellos ojos claros de su abuelo me lo recordaran.

—Supongo que a mi nieto —terminó por mí.

—Sí, señor —respondí, apretando los puños e intentando forzar una sonrisa.

—No creo que tarde. Lo mandé a Marfa a buscar material para arreglar el tejado —dijo, señalando unos daños que llevaban ahí mucho tiempo.

Justo entonces, el coche de Ethan apareció en la carretera y tomó el camino hacia nosotros.

—Mira, ahí lo tienes —señaló el pastor con una sonrisa de autosatisfacción.

—¿Jolene? —El rostro de Ethan reflejaba desconcierto al verme allí.

—Hola… ¿podemos hablar? —dije, acercándome un par de pasos mientras su abuelo nos observaba en silencio.

—Esto… no es un buen momento —respondió.

Mi estómago se encogió. Era evidente: la aparición de mi madre lo había espantado. Todo había sido un espejismo, y ahora se desvanecía.

—Solo será un minuto —intenté que mi voz no sonara patética, aunque así me sentía.

—Tengo que ayudar a mi abuelo —señaló unas cajas en la parte trasera de su coche—. ¿Puede esperar a esta noche?

Al oír eso, un soplo de esperanza me inundó. Quizás no todo estaba perdido.

—¿Vas a venir a cenar? —pregunté, intentando discernir si había sido real o solo un engaño de mi imaginación.

—Sí, claro —se volvió hacia las cajas—. Dije que iría, e iré.

Una sonrisa enorme se dibujó en mi rostro. Entonces, él se acercó y me besó suavemente en la frente, con una ternura que me hizo olvidar, por un instante, todo el miedo.

Se alejó con su abuelo, que lo miró con el ceño ligeramente fruncido… pero no dijo nada.

Ethan vendría a cenar, y necesitaba que todo estuviera perfecto. La caravana no era mucho, pero al menos podía intentar hacerla lucir presentable.

Con un trapo húmedo en una mano y un cubo de agua jabonosa en la otra, me puse a limpiar cada rincón de la caravana. De rodillas, restregué el suelo con determinación, luego limpié las superficies metálicas y, subida en una silla, alcé el brazo para limpiar incluso las partes altas de los muebles, aunque no se vieran. Quería que todo estuviera impecable.

Estirada de puntillas, intentando llegar a una esquina lejana, la silla comenzó a tambalearse. Perdí el equilibrio, intenté agarrarme a algo, pero fue inútil. En un instante, la silla se vino abajo, y yo con ella. Sin embargo, unos brazos me atraparon antes de que llegara al suelo.

—Suerte que entré a por una cerveza —dijo Terry con esa sonrisa que me erizaba la piel.

—Sí… —musité, mientras aún me sostenía en sus brazos, sujetándome con una fuerza excesiva que me impedía moverme.

—¿Qué pasa, princesa? ¿No me vas a dar las gracias? —preguntó, acercando su rostro al mío.

Antes de que pudiera responder, mi madre abrió la puerta de un golpe.

—¡Joder, vamos, Terry! Quiero pillar un whisky bueno, estoy harta de la mierda que venden aquí —nos miró un segundo—. ¿Y esta mierda qué es?

—Acabo de salvar a tu Jolene de terminar con la cabeza abierta —dijo, posándome por fin en el suelo.

—Eres un puto héroe —respondió ella, acercándose y dándole un beso largo y profundo.

Mientras los veía alejarse, me invadió una sensación extraña, como si Terry hubiera cruzado una línea invisible que ni siquiera había percibido hasta entonces. Me sentí manchada, sucia por dentro.

Intenté sacudirme esa impresión y concentrarme en lo único que de verdad importaba: Ethan y la cena que le prepararía.

No tenía mucho en la despensa, pero hice lo que pude. Crepes rellenos de queso y espinacas —sencillos, pero cuidados al detalle, como a él le gustaba— y una ensalada fresca, con tomates recién comprados en la tienda del pueblo. Mientras cocinaba, recordé sus palabras: “Me encantan los platos caseros, sin complicaciones.”

—Espero que esto sea suficiente —murmuré, probando el relleno y mordiéndome el labio.

Todo tenía que estar perfecto.

El tiempo pasó lentamente. Miraba por la ventana, esperaba ver el coche de Ethan aparecer por el camino empedrado. Pero el sol seguía bajando, pintando el cielo de tonos anaranjados y rosados, y él no llegaba. Empecé a notar cómo el nerviosismo se transformaba en ansiedad. Miraba el reloj constantemente, como si al observarlo pudiera acelerar el paso del tiempo o forzar a Ethan a aparecer. Las manecillas avanzaban con una lentitud tortuosa, y cada tic-tac resonaba en mi mente como un recordatorio cruel de que algo podría haber salido mal.

Entonces, justo cuando el sol comenzaba a ocultarse detrás de las colinas, escuché risas y música provenientes del exterior. Mi madre y Terry habían vuelto. Desde la ventana, pude verlos tambaleándose hacia la caravana. Comenzaron a moverse al ritmo de la música country, riendo y gritando como si no hubiera nadie más alrededor. Su comportamiento era exactamente lo que yo temía: un espectáculo caótico.

Me senté en el borde de la cama, mirando fijamente hacia la ventana, esperando ver las luces de su coche aparecer en la distancia. Pero solo había oscuridad. La decepción empezó a filtrarse en mi pecho, lenta pero constante, como arena cayendo en un reloj de arena. Cada vez que intentaba convencerme de que todo estaba bien, de que Ethan llegaría en cualquier momento, una nueva oleada de inseguridad me golpeaba.

Finalmente, cuando el reloj marcó las nueve, supe que no vendría. Me levanté lentamente, sintiendo cómo el peso de la realidad me aplastaba. Todo el esfuerzo, toda la ilusión, se había desmoronado frente a mis ojos. Apagué las velas que había encendido para darle un toque especial a la mesa y comencé a recoger los platos. Las lágrimas amenazaban con brotar, pero las contuve, aferrándome a la pequeña esperanza de que tal vez hubiera una explicación.

Pero entonces, la voz de mi madre irrumpió desde el exterior.

—¡Jolene! ¡Ven aquí, princesa! —gritó, con ese tono burlón que siempre usaba cuando quería ridiculizarme—. ¿Qué pasa? ¿Estás esperando a tu príncipe azul?

Me giré hacia ella, sintiendo cómo la frustración y el dolor se acumulaban en mi pecho. Estaba apoyada contra la puerta de la caravana, con Terry a su lado, riendo como si todo fuera una gran broma.

—No va a venir, ¿verdad? —dijo, fingiendo preocupación mientras daba una calada larga a su cigarrillo—. Vamos, cariño, no te pongas así. Ese tipo no valía nada de todos modos. Un chico de ciudad, con su abuelito pastor y sus aires de grandeza... ¿Realmente pensabas que iba a quedarse aquí contigo?

Sus palabras me golpearon como un puñetazo. Sentí cómo la ira comenzaba a burbujear dentro de mí.

—¿Y qué esperabas? —le respondí, alzando la voz—. ¿Que viniera y viera esto? —Señalé hacia el desorden que ellos mismos habían creado, hacia la música estridente y las risas ebrias—. ¿Crees que alguien como él querría entrar en esta casa después de ver lo que hay aquí?

Terry soltó una carcajada ronca, como si todo fuera parte de un espectáculo diseñado para divertirlo.

—Vaya, vaya, parece que alguien tiene demasiadas expectativas —dijo Terry, cruzándose de brazos—. Tal vez deberías haber elegido a alguien más... adecuado para este lugar.

Mi madre asintió, con una sonrisa torcida que me hizo hervir de rabia.

—Exacto. No puedes pretender que un tipo así entre en tu vida y cambie las cosas. Este es tu sitio, Jolene. Siempre lo ha sido. Y no importa cuánto limpies o cocines, nunca serás más que esto. Así que no te creas mejor que nosotros.

Sus palabras fueron como un cuchillo clavándose en mi pecho. Las lágrimas comenzaban a brotar, calientes y descontroladas, pero no quería darles la satisfacción de verme llorar.

—¿Por qué siempre tienes que arruinarlo todo? —grité, con la voz temblorosa—. ¿Por qué no puedes, por una vez, apoyarme en lugar de hacerme sentir como basura?

Mi madre me miró, sorprendida por un momento, pero luego su expresión se endureció.

—No me culpes a mí por tus fracasos, niñata —respondió, señalándome con el dedo.

La discusión continuó escalando, con palabras cargadas de resentimiento y dolor. Cada frase era como un golpe que me hacía retroceder un poco más. Finalmente, incapaz de soportarlo más, corrí hacia la habitación, cerrando la puerta de golpe tras de mí. Me dejé caer sobre la cama, abrazando mis rodillas mientras las lágrimas fluían libremente. Pero lo peor era que, en el fondo, sabía que mi madre tenía razón: este era mi sitio, y tal vez nunca sería capaz de escapar de él.

Esa noche, después de todo lo que había pasado, no pude tragar ni un bocado. Mi estómago estaba cerrado, como si una mano invisible me apretara las entrañas cada vez que pensaba en comer, pero el hambre y el dolor emocional se mezclaban, dejándome agotada y despierta al mismo tiempo.

En algún momento, cuando el reloj marcaba casi las tres de la mañana, sentí cómo mi cuerpo me pedía a gritos algo de alivio. El vacío en mi estómago me despertó del sopor en el que había caído. Con cuidado, para no hacer ruido, salí de la habitación hacia la cocina.

La caravana estaba en silencio, o al menos eso pensé hasta que vi la escena frente a mí: mi madre estaba tumbada en el sofá, inconsciente, con una botella de cerveza medio derramada sobre su vestido ajustado. Su cabello rubio, revuelto y sudoroso, caía sobre su rostro relajado por el alcohol. Terry, por su parte, dormía en el sillón,

con la boca entreabierta y un brazo colgando hacia el suelo. Todo a mi alrededor olía a tabaco rancio, alcohol barato y ese aire pesado que siempre parecía envolver nuestras vidas.

Abrí el frigorífico lentamente, tratando de no hacer ruido. Aún quedaban algunos crepes que había preparado para la cena, intactos y fríos dentro de un plato cubierto con papel film. Saqué uno y lo puse en un plato pequeño, luego encendí la pequeña estufa para calentarlo.

Me agaché un instante para recoger el tenedor que se había caído de la mesa y, al incorporarme, escuché el sonido sordo de unas botas acercándose. Entonces lo sentí: una mano áspera, callosa y pesada como una piedra se cerró alrededor de mi cintura, hundiéndose en mi piel con una brusquedad que me hizo saltar.

Antes de que pudiera reaccionar, esa misma mano me giró bruscamente, lanzándome hacia atrás como si fuera un muñeco. Quedé cara a cara con Terry, su rostro demasiado cerca del mío. Sus ojos estaban vidriosos y desenfocados por el alcohol, y su aliento, una mezcla repugnante de tabaco rancio y cerveza barata, me golpeó como un puñetazo, revolviéndome las entrañas.

—Ahora podrás agradecérmelo como se debe —dijo con voz ronca, mientras yo lo miraba sin llegar a comprender lo que estaba sucediendo.

Intenté retroceder, buscar distancia, pero ya me tenía atrapada. Sus dedos funcionaban como garras de hierro alrededor de mi cuerpo, inmovilizándome.

Sin decir una palabra, su otra mano se movió rápidamente hacia mi cuello, apretando apenas lo suficiente para recordarme quién tenía el control. Luego, con una brutalidad que me heló la sangre, bajó mis pantalones cortos de pijama de un solo tirón, dejándome expuesta y vulnerable. Mis piernas temblaron bajo su agarre, como si mis músculos hubieran perdido toda su fuerza. El pánico comenzó a inundarme lentamente, extendiéndose por mi cuerpo como una marea negra que arrastraba todo a su paso.

—No… ¡suéltame! —intenté gritar, pero mi voz apenas salió como un susurro ahogado, un sonido patético que se perdió en el aire. Sentí cómo sus manos recorrían mi cuerpo de una forma que me revolvió el estómago. Era asqueroso, humillante.

Su respiración pesada resonaba en mis oídos, rápida y entrecortada, mientras luchaba por liberarme, retorciéndome con todas mis fuerzas. Pero era inútil. Terry era enorme, mucho más grande y fuerte que yo.

Me tapó la boca con una mano, aplastando mis labios contra mis dientes, ahogando cualquier sonido que intentara escapar. Su tacto era húmedo y frío, y podía sentir el sudor de su palma contra mi piel, mezclado con el olor acre de su piel.

El terror absoluto se apoderó de mí, un terror tan profundo que sentí que mi corazón se detenía por un segundo. *No podía creer lo que estaba pasando. Mi mente gritaba, imploraba que esto fuera solo una pesadilla de la que pronto despertaría*, pero mi cuerpo estaba paralizado, incapaz de moverse, incapaz de pensar con claridad. Mi visión se nubló, y las lágrimas comenzaron a brotar incontrolables, cayendo por mis mejillas como ríos desbordados.

Cuando noté cómo se bajaba la cremallera de su pantalón, algo dentro de mí se rompió. Fue como si un interruptor se activara en mi cabeza, sacándome de ese estado de shock. No podía permitir que esto continuara. No iba a dejar que me hiciera esto. Con todas mis fuerzas, logré liberar una de mis manos, agarré el tenedor y sin pensarlo dos veces, se lo clavé en el brazo con toda la rabia y el miedo que sentía acumulados dentro de mí. El metal se hundió en su piel con un sonido sordo, y Terry soltó un gruñido de dolor, aflojando momentáneamente su agarre.

Aproveché ese instante para subirme los pantalones y correr hacia la puerta, mis pies descalzos golpeando con fuerza el suelo metálico de la caravana. Pero él fue más rápido. Justo cuando mis dedos rozaban el pomo de la puerta, su mano me agarró del tobillo, tirando de mí hacia atrás sin contemplaciones. Caí al suelo con un golpe seco, mi piel raspándose contra el metal frío y rugoso. Grité, aunque

el sonido quedó ahogado por el impacto. Sentí cómo me arrastraba de vuelta hacia el interior de la caravana.

El miedo me consumía, pero también una furia salvaje. Con desesperación, vi un palo de hierro cerca de la puerta, el mismo que usábamos para asegurarla por las noches. Lo agarré con ambas manos y, con todas mis fuerzas, golpeé a Terry en la cabeza. Escuché un ruido sordo, y él cayó al suelo, aturdido. No esperé a ver si se levantaba. Salí corriendo tan rápido como pude, con el corazón latiendo a mil por hora y el cuerpo temblando de adrenalina.

El desierto era oscuro, pero no me importó. Solo podía pensar en alejarme de esa caravana, de esa pesadilla. Corrí descalza por el camino empedrado, con los pies lastimados por las piedras afiladas, pero ni siquiera sentía el dolor. Sabía que no podía ir muy lejos; estaba sola, en mitad de la nada, y la única casa cercana era la de los Baker. No sabía si sería seguro ir allí, pero no tenía otra opción. Necesitaba ayuda, necesitaba escapar.

Podía escucharlo detrás de mí, sus pasos pesados resonando como un tambor macabro que me perseguía sin piedad.

—¡Jolene, maldita zorra, te cogeré! —gritaba Terry con una voz cargada de furia, pero yo no miré atrás. Sabía que si lo hacía, si vacilaba aunque fuera por un segundo, todo habría terminado para mí.

El miedo me impulsaba hacia adelante, pero también algo más profundo: una chispa de resistencia que ardía dentro de mí, incluso cuando sentía que mis piernas podrían fallar en cualquier momento. Cada músculo de mi cuerpo gritaba de dolor, pero seguí corriendo, concentrándome en llegar a la casa de los Baker.

Cuando finalmente llegué, golpeé la puerta con todas mis fuerzas, gritando de desesperación.

—¡Por favor, ayúdenme! ¡Por favor!—. La adrenalina me mantenía en pie, aunque sentía que mi cuerpo estaba a punto de colapsar. Por un momento, todo quedó en silencio, el mundo pareció detenerse.

Pero entonces, la luz de la casa se encendió, iluminando el porche y el pequeño trozo de tierra donde yo me encontraba, temblando y llorando sin poder parar. Sabía que había llegado al límite, pero también sabía que, de alguna manera, había sobrevivido.

19

Cuando la puerta se abrió de golpe, R.J. apareció en el umbral, apenas cubierto por unos pantalones cortos que llevaba arrugados y mal puestos, los mismos con los que habría estado durmiendo. Sus ojos, aún nublados por el sueño, me miraron desconcertados durante una fracción de segundo. Antes de que pudiera decir algo, actué sin pensar: mis manos se aferraron a su brazo con una fuerza desesperada, mi único ancla contra el abismo que se abría a mi espalda.

—¿Pero qué coño te ha pasado? —preguntó R.J., con la voz cargada de confusión. Sin embargo, yo no podía hablar, no podía articular palabra alguna. Mi cuerpo actuaba por instinto, movido por el pánico que me había perseguido hasta allí. Me coloqué rápidamente detrás de él, sin soltar su brazo ni por un segundo, apretándome contra su espalda como si fuera un escudo humano. Mi mente era un torbellino de imágenes y sonidos, pero solo una frase lograba escapar de mis labios, repetida una y otra vez como una oración frenética:

—Viene, él viene, no dejes que me lleve, no dejes que me lleve… —susurraba con la voz quebrada por el llanto y el terror.

Desde algún lugar dentro de la casa, escuché pasos. Pesados, lentos, decididos. La voz de Davis, el hermano mayor de R.J., rompió el silencio.

—¿Qué está pasando aquí, R.J.? —preguntó con tono autoritario mientras bajaba las escaleras, con su figura alta y musculosa destacando en la penumbra del recibidor. Sus ojos recorrieron la escena con rapidez, deteniéndose en mí, hecha un ovillo tras su

hermano—. ¿Esta no es la hija de Olivia? —añadió, visiblemente desconcertado.

Antes de que alguien pudiera responder, la voz de Terry resonó desde el exterior, calmada y controlada, como si estuviera hablando del clima.

—Perdonar las molestias —dijo, con un tono demasiado relajado para la situación—. Hemos tenido un pequeño desacuerdo, y la cría ha salido corriendo. Ya sabéis cómo son las mujeres… —Su risa contenida fue como un cuchillo que me atravesó de lado a lado. Hundí aún más mi cabeza en la espalda de R.J., cerrando los ojos con tanta fuerza que sentí que podría explotar.

Terry dio un paso hacia nosotros y cada fibra de mi ser tembló, mi respiración se convirtió en jadeos entrecortados.

—Venga, Jolene, deja que esta gente descanse y no molestes —dijo Terry, con su voz ahora teñida de una falsa dulzura.

No pude ver lo que ocurrió después porque mis ojos seguían cerrados con fuerza, pero el grito de R.J. fue suficiente para sacudir toda la casa.

—¡Te voy a matar, hijo de puta! —rugió antes de lanzarse hacia Terry como un animal salvaje. Sentí cómo su brazo se desprendía de mi agarre, y caí al suelo con un golpe seco.

Terry retrocedió unos pasos, levantando las manos en un gesto defensivo, pero antes de que R.J. pudiera alcanzarlo, Davis intervino. Con una fuerza impresionante, agarró a su hermano menor por el torso, deteniéndolo justo a tiempo.

—¿Has visto cómo tiene la pierna? ¡Ese cabrón! ¡Lo voy a matar! —gritaba R.J., luchando con todas sus fuerzas contra el agarre de Davis. Su voz era un rugido gutural, lleno de furia y odio—. ¡Date por muerto, date por muerto!

El ambiente estaba cargado de tensión, cada palabra vibraba en el aire como un eco interminable. Davis, finalmente logró calmar a R.J. lo suficiente para dirigirse a Terry.

—Es suficiente, R.J. —ordenó con una voz que incluso a mí me hizo estremecer. Luego, girándose hacia Terry, lo señaló con un dedo acusador—. Lárgate de aquí. Ahora.

Por un momento, Terry pareció considerar replicar, pero algo en la mirada de Davis debió intimidarlo. Dio un paso atrás, todavía intentando mantener su fachada de tranquilidad.

—Bien, solo cogeré a la chica y me iré —. Su voz sonó menos segura, pero igual de amenazante. Cada músculo de mi cuerpo comenzó a temblar, como si hubieran encendido una descarga eléctrica bajo mi piel. Estaba encogida en el suelo, paralizada, incapaz de moverme, incapaz de respirar.

—No —la voz de Davis fue como un trueno, cortante y definitiva —. Ahora te vas, solo, y no lo voy a repetir.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Pude escuchar los pasos de Terry alejándose, uno tras otro, hasta que finalmente desaparecieron en la distancia. Pero incluso entonces, mi cuerpo seguía temblando, incapaz de asimilar lo que acababa de ocurrir.

Podía escuchar de fondo cómo Davis hablaba con R.J., intentando apaciguar la tormenta que bullía dentro de su hermano menor. R.J. seguía nervioso, alterado, como si todo su cuerpo vibrara con una energía incontrolable. Me lo imaginaba caminando de un lado a otro, desplazándose como un animal enjaulado, incapaz de quedarse quieto mientras explicaba entre dientes su versión de lo ocurrido.

Estaba convencido de que ese hombre, Terry, había intentado hacerme algo, algo que no podía ni quería dejar pasar. Su respiración y los gestos bruscos de sus manos eran evidentes incluso en su tono de voz, cargados de rabia y frustración. Davis, por su parte, parecía lidiar con él como si fuera una bomba a punto de explotar, conteniéndolo con palabras firmes pero calmadas, tratando de evitar que su hermano pequeño cometiera alguna locura.

Entonces, noté unas manos suaves que se posaban sobre mis hombros con delicadeza, como si temieran romperme. Eran cálidas,

reconfortantes, y me hicieron regresar al presente aunque solo fuera por un instante.

—Hola, cariño, ¿puedes mirarme? —dijo una voz femenina, cálida y suave. Pero yo no podía moverme. Permanecí allí, quieta, con la vista fija en el suelo, incapaz de enfrentar lo que estaba pasando.

—Puedes estar tranquila —continuó ella, con un tono lleno de paciencia y comprensión, sabiendo exactamente lo que estaba sintiendo—. Ahora te voy a meter dentro de la casa y vamos a lavar esas heridas antes de que se infecten, ¿de acuerdo?

Me ayudó a levantarme con cuidado, sosteniéndome como si fuera una hoja frágil a punto de romperse. Apenas podía sentir mis piernas bajo mi peso, pero ella me guió lentamente hacia el interior de la casa.

Al cruzar la puerta, me encontré con un espacio amplio y acogedor. Era una casa de dos plantas, bastante grande para los estándares del pueblo. Las paredes estaban pintadas de un tono beige claro, desgastadas en algunos puntos por el paso del tiempo y las huellas de quienes vivían allí. Había muebles prácticos y robustos, nada demasiado refinado, pero tampoco descuidado. En las esquinas se acumulaban herramientas, piezas de automóviles y manchas de grasa que delataban la vida de mecánicos que llevaban décadas trabajando en el taller familiar.

La cocina era abierta al salón, separada solo por una barra de madera oscura que parecía haber sido pulida innumerables veces con el uso diario. Encima de esta había algunos utensilios de cocina colocados con cuidado, y un juego de tazas colgaba de ganchos en la pared. El fregadero relucía, limpio y ordenado, y en la encimera se veía una cafetera medio llena, como si alguien hubiera estado preparando café antes de que todo ocurriera. El olor a jabón y a aceite de motor se mezclaba en el aire, creando una atmósfera extrañamente hogareña, aunque no del todo común.

En el salón, junto al sofá de cuero desgastado, había juguetes esparcidos por el suelo: coches de plástico, bloques de construcción

y muñecos de acción que pertenecían a los niños más pequeños de la familia. Un par de botas pesadas descansaban junto a la entrada, y una chaqueta de trabajo colgaba del respaldo de una silla. Todo tenía un aire funcional, como si cada cosa tuviera su lugar y propósito.

Ella me condujo con suavidad hasta una silla junto a la mesa de la cocina, donde me sentó con cuidado. Sacó un botiquín de uno de los armarios y comenzó a preparar agua tibia y gasas limpias. Mientras lo hacía, pude observarla mejor. Era una mujer joven, cuya belleza era tan natural y deslumbrante que parecía sacada de una revista. Tenía el cabello largo y ondulado, de un tono castaño oscuro con mechas doradas que brillaban bajo la luz tenue de la lámpara de la cocina.

Sus ojos, de un tono cálido y almendrado, reflejaban preocupación, pero también una calma que parecía capaz de aplacar cualquier tormenta. Su piel era de un tono claro, con un ligero brillo saludable que sugería que pasaba mucho tiempo al aire libre. Su figura era esbelta pero curvilínea, con una gracia innata que se notaba incluso en sus movimientos más simples. Llevaba una camiseta de tirantes verde oliva que se ajustaba perfectamente a su cuerpo, resaltando su busto y marcando su cintura estrecha.

No era la primera vez que la veía, pero sí desde tan cerca. Era Maggie, la mujer de Davis. Había algo en ella que siempre había captado mi atención: esa mezcla única de fuerza y delicadeza que parecía emanar de cada poro de su piel.

—Vamos a curarte esas heridas, cariño —dijo de nuevo, aplicando la solución tibia sobre mis raspones, limpiándolos con delicadeza.

Entonces, otra mujer entró en la cocina, interrumpiendo el silencio que había reinado hasta entonces. Llevaba un pijama a cuadros que dejaba ver que estaba claramente embarazada. Su cabello era de un tono rojo oscuro, cortado en capas que le llegaban hasta los hombros, dando a su apariencia un toque vivaz y vibrante. Sus ojos, de un castaño claro y profundo, parecían acabar de despertar, todavía cargados de sueño pero llenos de curiosidad.

Su figura era curvilínea y visiblemente más baja que Maggie. Tenía un rostro redondeado, con facciones suaves y amables que invitaban a la confianza. También la conocía, como a todos en ese pueblo, pero tampoco había interactuado nunca con ella. Se llamaba Lyndsey y, con tan solo tres años más que yo, ya estaba casada con uno de los hermanos de R.J. y tenía una niña.

—¿Qué es todo este jaleo? —preguntó mientras se frotaba los ojos para después mirarme con sorpresa. Su voz era suave, pero había una nota de preocupación que no podía ocultar.

Maggie se dirigió a ella mientras continuaba curando las heridas de mi pierna.

—Ese idiota de Terry, la venía persiguiendo. A saber lo que el muy cabrón ha intentado hacerle a la pobre.

—Pero si es Jolene —dijo Lyndsey con incredulidad—. ¿Estás bien? —añadió, tomando mi mano con ternura. Yo solo negué con la cabeza, incapaz de encontrar las palabras adecuadas para describir lo que había pasado.

—Pues ahora tranquila, no pasa nada —dijo acercándose al grifo —. Te traeré un vaso de agua —añadió, llenando un vaso con agua fresca y ofreciéndomelo con una sonrisa amable.

R.J. entró en la casa como un torbellino. Sus ojos llenos de furia, se clavaron en mí de inmediato. Se acercó rápidamente, ignorando a las demás personas en la habitación, y se agachó frente a mí, con las manos crispadas aferrándose a los reposabrazos de mi silla.

—Jolene… —Su mirada estaba cargada de una mezcla de rabia y preocupación que me hizo sentir aún más vulnerable—. Dime la verdad… ¿que te ha hecho ese hijo de puta?

No pude responder. Las palabras simplemente no salían. Mi garganta estaba cerrada, como si el peso de todo lo que había pasado me impidiera hablar. En lugar de eso, solo pude llorar, mis lágrimas cayendo sin control sobre mis mejillas mientras intentaba apartar la mirada de él. Pero entonces noté cómo sus ojos

descendían lentamente, observando mis piernas, donde mis pantalones cortos estaban rasgados y sucios. Luego, su mirada se detuvo en mi cuello, donde probablemente las marcas de los dedos de Terry ya comenzaban a dibujarse como sombras oscuras sobre mi piel. No tuve que decir nada; él lo entendió todo en ese instante.

De repente, R.J. se levantó como un resorte. Se movió hacia el armario donde sabía que guardaban las armas, con paso firme y decidido.

—¡R.J., por Dios, tranquilízate! —exclamó Maggie desde la cocina, dejando el botiquín a un lado para acercarse a él—. ¡Vas a despertar a los niños!

Lyndsey, que hasta entonces había estado junto a mí ofreciéndome agua y palabras de consuelo, también intentó intervenir. Se colocó entre R.J. y el armario, aunque su pequeña figura poco podía hacer para detenerlo.

—Por favor, R.J., no hagas esto —dijo Lyndsey, con una voz desesperada—. Necesitamos mantener la calma.

Pero R.J. no escuchaba, estaba completamente fuera de control, como un animal herido que solo buscaba venganza.

Fue entonces cuando Davis entró en la habitación. Su presencia cambió todo de inmediato. Se plantó frente a su hermano menor con los brazos cruzados y una expresión severa.

—Basta, R.J. —dijo Davis—. Ya te lo he explicado afuera. ¿Necesitas que te lo repita? —La pregunta sonó más a advertencia que a simple duda.

—¡Ese tipo es una escoria! ¿Y lo vas a dejar ir así? —gritó R.J., con la voz cargada de indignación.

—Tranquilízate. Así no ayudas a nadie, ¿no lo entiendes? —Davis señaló al resto de los presentes, que observaban expectantes—. Tienes que ser más inteligente —concluyó, cerrando el armario con un gesto seco.

R.J. lo miró desafiante, pero Davis no retrocedió ni un centímetro. Ambos hermanos se enfrentaron en silencio durante unos segundos que parecieron eternos, hasta que finalmente bajó la cabeza. Aunque seguía temblando de ira, algo en su postura cambió.

Contemplé la escena como si estuviera viéndolo desde fuera. Era incapaz de hacer algo más que llorar. Mis lágrimas caían en silencio, pero mi mente estaba hecha un caos. El sonido de las voces alteradas, los pasos rápidos, el eco de la palabra "violado" resonando en mis oídos… Todo me golpeaba como olas gigantes que amenazaban con ahogarme. Quería decir algo, explicar que no había llegado a pasar lo peor, pero las palabras no salían. Solo podía quedarme allí, sintiendo cómo mi cuerpo temblaba y cómo mi corazón latía con una fuerza casi dolorosa.

Maggie regresó a mi lado y me tomó de la mano, acariciándola suavemente mientras murmuraba palabras tranquilizadoras que apenas logré escuchar. Pero incluso su tacto, su calidez, no lograba calmar el vacío que sentía dentro.

Debido a la escena, el revuelo en la casa se extendió rápidamente. Los otros tres hermanos de R.J., despertados por el alboroto, bajaron uno tras otro por las escaleras que crujían bajo sus pasos pesados. Uno de ellos llevaba en brazos a una niña pequeña, que lloraba desconsoladamente, aferrándose a su cuello como si temiera caer. Su pijama estaba arrugado y sus ojos aún adormilados, pero su expresión mostraba preocupación mientras intentaba calmarla con palabras suaves y balanceos lentos.

La cocina y el salón estaban tan llenos de gente que empecé a sentirme abrumada. Las voces, los movimientos, incluso el crujir de las botas en la madera o el zumbido lejano de la nevera, todo resonaba con fuerza en mi cabeza. Mi respiración se aceleró, y aunque intentaba mantenerme serena, sentía que las paredes se cerraban a mi alrededor.

Maggie fue la primera en notarlo. Se acercó a su marido con una elegancia silenciosa que contrastaba con la tensión del ambiente. Le tocó el brazo con suavidad y le susurró algo al oído. Vi cómo Davis

asentía, con la mirada fija en mí un instante antes de volver a concentrarse en lo que ocurría.

Maggie regresó a mi lado. Su presencia era como un bálsamo en medio del caos. Puso una mano en mi hombro, transmitiéndome una calma que yo no lograba encontrar.

—Vale, cariño, ven conmigo —dijo con voz suave, como si hablara con un animal asustado—. Te daré ropa limpia y te llevaré a un sitio tranquilo, ¿de acuerdo?

Aunque sus intenciones eran claras y buenas, la idea de separarme de R.J. me llenó de una ansiedad repentina e inesperada. No entendía por qué, pero estar cerca de él, sentir su presencia protectora, me daba una seguridad que no quería perder. Era como si él fuera un arma cargada, lo único que me mantenía a salvo de Terry y de todo lo ocurrido esa noche.

—¡R.J.! ¡R.J.! —grité sin medir el volumen, alzando la voz por encima del murmullo de la sala. Él se volvió al instante, abandonando la conversación y acercándose con pasos rápidos y decididos. Cuando llegó a mi lado, agarré su brazo con fuerza. Sentí el calor que desprendía su piel y, por primera vez desde que empezó todo, algo en mi interior se serenó, aunque fuera un poco.

—Bien. Llévala a tu habitación y busca algo de mi ropa para que se cambie. Que descanse un rato —intervino Maggie, rompiendo el momento.

No sabía si lo que estaba viviendo era real o solo un sueño perturbador, pero deseaba con todas mis fuerzas que terminara.

Subí las escaleras detrás de R.J., cada paso resonando en el silencio cargado de la casa. La planta superior era amplia y llena de señales de vida: las paredes, de un beige claro, estaban flanqueadas por puertas de madera oscura. Algunas permanecían entreabiertas, dejando ver habitaciones desordenadas, camas sin hacer, juguetes dispersos y pósteres de coches y motos pegados en las paredes.

La habitación de R.J., que compartía con su hermano, estaba al final del pasillo. Era un espacio sencillo pero acogedor, dominado por dos camas individuales colocadas una frente a la otra. La cama de R.J. estaba hecha a medias, con una colcha azul oscuro arrugada al pie, mientras que la de su hermano estaba completamente deshecha. En una esquina, había una cómoda vieja con varios compartimentos desordenados, llena de herramientas, piezas de coches y algunas prendas de ropa dobladas apresuradamente. Sobre una de las mesitas de noche, junto a la cama de R.J., había una lámpara de metal oxidado y una revista abierta boca abajo, como si alguien lo hubiera dejado allí justo antes de ser interrumpido.

Me quedé sentada en el borde de la cama de R.J., observando cómo el cielo comenzaba a iluminarse lentamente a través de la ventana. El amanecer en el desierto era algo que nunca dejaba de impresionarme: el horizonte se teñía de tonos naranjas y rosados, y el aire fresco de la mañana empezaba a filtrarse por las rendijas de las ventanas. Sin embargo, a pesar de la belleza del paisaje, mi mente seguía atrapada en la noche anterior, incapaz de liberarse del miedo y la angustia que me habían acompañado hasta ese momento.

Esperé en silencio, con las manos entrelazadas sobre mi regazo, mientras R.J. buscaba algo de ropa para mí. Cada segundo que pasaba era eterno, el tiempo parecía haberse detenido para torturarme.

Cuando regresó, traía una pila de ropa doblada en sus brazos. Era ropa sencilla pero limpia: un suéter grande que olía a suavizante y unos pantalones de chándal que probablemente le quedaban enormes a Maggie. Me los entregó y señaló hacia el baño al final del pasillo.

—Aquí tienes. Cámbiate rápido, ¿vale? —dijo, con una voz que intentaba sonar casual pero que delataba cierta incomodidad.

Entré en el baño rápidamente, cerrando la puerta tras de mí. El espejo me devolvió una imagen que apenas reconocí: mi rostro estaba pálido, mis ojos hinchados de tanto llorar y mis mejillas

manchadas de lágrimas secas. Tenía marcas en el cuello, oscuras y definidas, como recordatorios físicos de lo que había ocurrido. Me cambié lo más rápido que pude, sintiendo cómo el suéter limpio y cálido comenzaba a envolverme en una especie de abrazo reconfortante. Los pantalones eran demasiado largos, así que tuve que doblarlos varias veces para poder caminar sin tropezar.

Cuando salí del baño, R.J. estaba esperándome en la habitación, sentado en la cama de su hermano, dejándome la suya para que yo pudiera descansar. Su postura era algo incómoda, como si no estuviera seguro de qué hacer con sus manos. Estaba inclinado hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas, mirando fijamente al suelo.

—Ven —le pedí con el ceño fruncido al darme cuenta de que pretendía dormir allí.

Él alzó la vista, sorprendido por mi tono.

—¿Qué pasa? —preguntó, incorporándose.

Me acerqué con pasos lentos pero firmes. Tomé su mano entre las mías, sintiendo su calor a pesar de mis nervios. La voz me tembló ligeramente, pero no bajé la mirada.

No quería estar sola. No después de lo ocurrido. Pero cuando intenté pedírselo, las palabras se me atascaron en la garganta.

—No quiero dormir sola.

R.J. me miró con el ceño fruncido, como si no entendiera.

—¿Quieres que me quede contigo?

Mi cuerpo decía que sí. Mi cabeza no sabía qué pensar.

Me observó un largo instante, como buscando una razón para decir que no. Pero no lo hizo. En lugar de eso, cedió a mi gesto sin resistencia, aunque una sombra de vergüenza le cruzó el rostro. Lo noté en el rojo de sus orejas y en cómo evitaba mirarme fijamente.

Los dos nos metimos en la cama, guardando una distancia prudente. Yo me cubrí con las mantas; él se quedó fuera, sentado al

borde un momento antes de tumbarse del todo. No dijo nada, pero tampoco se apartó cuando apoyé la cabeza con timidez sobre su pecho. Su respiración era pausada y constante, y su cuerpo desprendía un aroma fresco, como a jabón y a algo natural que solo él tenía.

El cansancio acumulado durante la noche empezó a apoderarse de mí. Sentí cómo se relajaban mis músculos y la tensión que me oprimía el pecho se disipaba poco a poco. A pesar de las imágenes que aún rondaban mi mente, me sentí segura por primera vez en horas. La calma que emanaba R.J., su presencia firme y protectora, era justo lo que necesitaba para rendirme al sueño.

Sin darme cuenta, caí en un profundo sueño, con el latido de su corazón sonando bajo mi oído como una melodía tranquilizadora.

20

Mis ojos se abrieron lentamente, como si las pestañas fueran pesadas y lucharan contra la luz que intentaba colarse en ellos. La habitación estaba bañada por los rayos dorados del sol, filtrándose a través de las cortinas entreabiertas. Parpadeé varias veces, tratando de enfocar el lugar extraño donde me encontraba, dejando que mis pupilas se adaptaran poco a poco a la claridad. Por un momento, todo parecía irreal. Pero entonces sentí un dolor agudo en el pie al moverlo involuntariamente, seguido por otro pinchazo en mi rodilla y en la parte baja de la pierna. Era un recordatorio cruel de que nada de lo que había ocurrido la noche anterior había sido un sueño.

Me incorporé con dificultad, sintiendo cómo cada músculo de mi cuerpo protestaba mientras volvía a la realidad. Mi mente aún estaba desorientada, pero no tardaron en llegar las imágenes crudas y fragmentadas de la noche anterior. El miedo, el terror, las manos de Terry sobre mí… Todo regresó de golpe.

Sentí mi estómago, completamente vacío después de tantas horas sin comer. No quería pensar en ello, no podía hacerlo sin sentir cómo la oscuridad amenazaba con tragarme entera. Sabía que debía mantenerme alerta porque, aunque ahora estaba bajo el techo de los Baker, no estaba fuera de peligro.

Por un segundo, mi mirada se posó sobre la cama donde había dormido. Me ruboricé inmediatamente al recordar que había compartido ese espacio con R.J. Las sábanas aún guardaban su olor, esa mezcla dulce y fresca que me había ayudado a conciliar el sueño la noche anterior. Sin embargo, ahora me sentía terriblemente

avergonzada. ¿Cómo podría mirarle a la cara de nuevo? ¿Qué pensaría de mí después de lo que había pasado?

Me acerqué a la ventana con pasos lentos y cautelosos, intentando no hacer ruido. Desde allí pude ver el patio trasero, un espacio que parecía más un desguace que un jardín. Tres de los hermanos estaban allí, ocupados en sus tareas matutinas. Luke, el segundo menor pero uno de los más altos, destacaba entre ellos. Aunque no tan alto como R.J., su figura seguía siendo intimidante: rollizo, con brazos fuertes y el cabello algo más largo y rubio. Llevaba una camiseta negra sin mangas que dejaba al descubierto un tatuaje en su pecho izquierdo, probablemente algún símbolo o frase que no alcanzaba a leer desde la ventana. Hablaba animadamente con Dic, quien, visiblemente más bajo y delgado, contrastaba con la presencia física de su hermano. Dic tenía el cabello largo, ondulado y de un tono castaño rojizo, junto a una barba algo desaliñada que le daba un aire dejado. Llevaba una camisa marrón abierta, revelando su torso marcado por años de trabajo físico. Estaba concentrado en algo dentro del capó de un coche viejo, con herramientas esparcidas alrededor.

A su otro lado, Erick disfrutaba de una cerveza mientras observaba el trabajo de sus hermanos. Era robusto. Su camiseta blanca estaba manchada de grasa, prueba de que había estado trabajando duro antes de tomar ese respiro. Tenía el cabello rapado casi al cero y unas gafas negras de pasta que le daban un aire serio. En su brazo izquierdo lucía un tatuaje detallado de un búho, un diseño que parecía lleno de simbolismo. Justo debajo del ave, el nombre "Mayra" estaba escrito con letras grandes, homenaje a su hija pequeña, fruto de su matrimonio con Lyndsey.

Al ver aquello, sentí que el corazón se me encogía. Una sensación de intrusión me invadió. Volví a la cama y me senté, indecisa entre bajar a enfrentar la realidad o quedarme escondida el mayor tiempo posible. Pero sabía que no podía eludirlo eternamente: tarde o temprano tendría que asumir lo ocurrido.

En ese momento, un golpe suave en la puerta interrumpió mis pensamientos. Esta se abrió lentamente y apareció Maggie en el marco. Su figura esbelta y elegante pareció llenar la habitación, e inmediatamente sentí que mis mejillas ardían de vergüenza. Ella había visto la parte más frágil de mí, esa que incluso a mí me costaba reconocer.

—¿Qué tal, cariño? ¿Has podido dormir? —preguntó con voz suave, acercándose poco a poco hasta quedar frente a mí, donde aún permanecía sentada en la cama.

Yo simplemente asentí, intentando contener las lágrimas que amenazaban con brotar de nuevo. No quería mostrarme débil, no quería que nadie sintiera lástima por mí, pero era difícil cuando cada fibra de mi ser gritaba de dolor.

—Bien, me alegro mucho —continuó Maggie, colocando una mano sobre mi hombro en un gesto reconfortante—. Ahora tienes que comer algo, ¿de acuerdo?

Negué con la cabeza instintivamente, bajando la mirada hacia mis manos, que aún temblaban ligeramente.

—No sé si podré comer… —murmuré con un hilo de voz, apenas audible.

Maggie sonrió con paciencia, esa clase de sonrisa que solo alguien con experiencia en cuidar a otros puede ofrecer.

—Vale, no pasa nada, pero por lo menos tienes que intentarlo, ¿de acuerdo? —insistió.

En ese momento, no pude evitar compararla con las historias que había escuchado sobre ella en el pueblo. La tía Ann siempre la describía como una mujer vulgar, de moral cuestionable, que se había "pegado" a los Baker porque, según ella, nadie más la habría querido. Había rumores de que Maggie había trabajado en un club nocturno, bailando con poca ropa o ninguna, y que fue allí donde conoció a Davis. Pero, fuera cual fuera su pasado, en ese momento, para mí, Maggie era una buena persona. Su calidez, su paciencia y

su capacidad para entender sin juzgar eran cualidades que pocas personas poseían, por lo menos en ese pueblo.

—Vale… —respondí finalmente, tomando su mano para que me ayudara a levantarme. Mis pies apenas podían sostenerme debido a las heridas recientes, pero ella me guió con cuidado, asegurándose de que no perdiera el equilibrio.

Al bajar las escaleras, mis piernas aún temblaban. Me senté en una silla de madera que chirrió bajo mi peso cuando me acomodé. Maggie no tardó en aparecer frente a mí con un plato humeante que colocó sobre la mesa con delicadeza. Dos huevos perfectamente fritos descansaban al lado de varias lonchas de bacon crujiente, bañadas en un brillo dorado que hizo que mi boca comenzara a salivar de inmediato. Mis ojos se posaron en ella como si estuviera pidiendo permiso para atacar la comida.

—Adelante, cariño, come —dijo con esa voz cálida.

No esperé más. Tomé el tenedor y comencé a comer. Aquella comida sencilla pero nutritiva era exactamente lo que necesitaba, y aunque no podía explicarlo con palabras, sentía cómo poco a poco algo dentro de mí empezaba a relajarse.

—Ya estás despierta, ¿eh? Cuánto me alegro —dijo Lyndsey mientras se acercaba lentamente. Su figura, visiblemente más baja que Maggie, se deslizó hacia la silla frente a mí. Se sentó con cuidado, haciendo una mueca de dolor cuando su espalda pareció protestar debido al embarazo avanzado. Sus ojos castaños claros me miraron con preocupación—. Dime, ¿cómo te encuentras?

Yo simplemente me encogí de hombros, incapaz de encontrar las palabras adecuadas. ¿Cómo podía explicar lo que sentía? Decir que estaba mal sería quedarme corta. No era solo tristeza o miedo; era como si algo dentro de mí se hubiera roto, fragmentándose en pedazos tan pequeños que no sabía si algún día podría volver a recomponerlo.

—Bueno, no te preocupes, es normal que estés así —intervino Maggie, interrumpiendo mis pensamientos—. Has pasado por algo

muy duro, traumático. Tu cuerpo, tu mente y tu corazón necesitan tiempo para sanar. No puedes esperar que todo vuelva a estar bien de un día para otro.

Asentí lentamente, aunque sus palabras apenas lograban penetrar el muro de confusión que me rodeaba. En ese momento, Lyndsey cambió de tema, intentando quizás distraerme.

—Entonces, Jolene… antes vivías con tu tía, ¿no es cierto? —preguntó, inclinándose ligeramente hacia adelante. Yo asentí de nuevo, sin apartar la vista del plato mientras continuaba comiendo —. ¿Crees que, hablando con ella, podrías volver a su casa?

Quería creer que sí. Deseaba con todas mis fuerzas que fuera posible. Pero la última vez que la vi, el tío Will había dejado claro que ese ya no era mi hogar, y mi tía lo había aceptado sin oponer resistencia. Aun así, me aferraba a la esperanza de que, si supieran lo que me había ocurrido, si vieran lo sola y perdida que estaba, no me abandonarían en medio de aquella miseria. Porque, en el fondo, me querían. Y me aferré a esa idea como si de ella dependiera mi vida.

—Puede ser —respondí finalmente, con menos fe de la que quise mostrar.

—Bien, es un principio —contestó Lyndsey con una sonrisa bonita pero forzada.

Pero entonces algo se quebró dentro de mí. Las palabras salieron antes de que pudiera contenerme.

—Pero… él puede encontrarme allí. Volverá a buscarme y me llevará de vuelta a la caravana —dije, notando cómo las manos me temblaban sobre el tenedor. La imagen de Terry surgió en mi mente como una sombra espesa, y el miedo se apoderó de nuevo de mí.

—Oh, no, no lo hará, cariño. Eso te lo aseguro —respondió Maggie con una convicción absoluta, cruzando los brazos. Su seguridad era admirable, pero yo seguía atrapada en el pánico.

Entonces Davis apareció en el umbral que unía la cocina con el patio. Sus ojos, de un azul cielo que contrastaba con la dureza de sus facciones, se clavaron en mí, y todo mi cuerpo se tensó al instante.

—Esta mañana estuve con… Terry —dijo, escupiendo el nombre con desprecio— y con tu madre, que no estuvo precisamente receptiva. Pero sé cómo tratar con esa clase de gente. Y créeme si te digo que no volverán a molestarte. Sin embargo, aquí no puedes quedarte. Esto no es un orfanato, y tú no eres una Baker. Así que te llevaremos con tu tía.

Miró fugazmente a Maggie, como buscando su aprobación o dejando claro que su parte ya estaba hecha.

—Yo he cumplido —añadió, volviendo su atención a mí con una frialdad que cortaba el aliento—. A partir de ahora, tu vida es asunto tuyo.

Sin más, se inclinó hacia Maggie y le dio un beso breve en los labios, seguido de una caricia suave en la mejilla. Luego entró a la cocina, sacó una cerveza de la nevera y salió por donde había venido, dejando tras de sí solo el eco firme de sus pasos sobre la madera.

¿Que mi vida era mía? Mi vida nunca me había pertenecido. Todo lo que tenía eran personas que querían deshacerse de mí. Todo volvía a ser como cuando tenía diez años: esperando sola en aquella caravana, deseando que ella regresara por mí, que me salvara del frío de la noche. Pero nunca lo hizo. Tampoco ahora. Había elegido a Terry por encima de mí, y sabía que, aunque fuera a la caravana a contarle lo sucedido, ella le daría la vuelta a la historia. Quizás me culparía de intentar quitarle a su hombre, o de algo aún peor.

Como cuando era niña y salí de esa misma caravana, me tocaba arrastrarme de nuevo hasta el pueblo y llorar en la puerta de mi tía, suplicando, rogando que tuviera piedad y no me dejara en la calle. Noté cómo las uñas se me clavaban en las palmas al apretar los puños con fuerza. Al final, no era más que un perro callejero.

Entonces vino a mí su imagen: corriendo para ayudarme, enfrentándose a Terry sin dudar. Recordé su olor, el latido de su corazón que me hizo sentir más segura de lo que jamás había estado.

—¿Dónde está R.J.? —pregunté, justo antes de que nos dispusiéramos a salir hacia la casa de mi tía.

Maggie suspiró profundamente mientras cogía las llaves de su coche de la mesa junto a la puerta. Su expresión cambió ligeramente, como si supiera lo mucho que aquella pregunta significaba para mí.

—Davis lo ha castigado por su comportamiento de ayer y lo ha mandado a trabajar a la gasolinera —explicó, ajustándose el bolso al hombro—. Ese chico tiene que aprender a contenerse. No puede ser tan impulsivo, aunque... —hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—, aunque en este caso lo entiendo.

Maggie me ayudó a calzarme algo más cómodo, pues apenas podía caminar con normalidad debido a las heridas en los pies. Antes de salir por la puerta principal, Lyndsey me abrazó con fuerza.

—Espero que todo salga bien —dijo antes de cerrar la puerta, como si en el fondo también supiera que nada de esto iba a ser fácil.

Sentada en el asiento del copiloto, no pude evitar sentir una oleada de tristeza al pensar que no había tenido la oportunidad de hablar con R.J. Sin embargo, también sentí un alivio extraño. *¿Qué habría podido decirle? Habría sido incómodo, probablemente torpe, y tal vez era mejor así.* Me repetí eso una y otra vez, tratando de convencerme de que era lo correcto.

Ataviada con ropa prestada de las mujeres Baker, observé el paisaje a través de la ventana mientras nos adentrábamos en el camino que pasaba cerca del sendero que llevaba a la caravana. El corazón me latía con fuerza en el pecho, recordando cómo había corrido desesperadamente por allí la noche anterior, perseguida por Terry. Era como una escena sacada de una película de terror, pero

esta vez no había pantalla ni refugio: había sido real, demasiado real.

—No lo pienses más, o te quedarás atrapada en el horror del recuerdo —dijo Maggie, interrumpiendo mis pensamientos.

Cuando llegamos a la casa de mi tía Ann, esta estaba rodeada de varias mujeres de la iglesia, reunidas en el porche como si fueran cuervos posados sobre una rama. En cuanto nos vieron detenernos, todas clavaron sus ojos en nosotras, examinándonos de arriba abajo con una mezcla de curiosidad y desaprobación. Mi tía Ann quedó boquiabierta al vernos, y aunque intentó disimularlo, no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Podemos hablar? —preguntó Maggie de forma educada pero directa, saludando brevemente al resto de las señoras con un gesto de cabeza. Las otras mujeres la miraron con rostros llenos de reproche, como si no pudieran creer que una Baker tuviera el descaro de presentarse allí.

—¿Se puede saber qué es lo que haces con mi sobrina? —preguntó mi tía, claramente molesta. Luego me miró a mí con una mezcla de desconcierto y vergüenza—. ¿Y qué haces vestida así? ¿Eres consciente de que alguien podría verte?

Pude notar la humillación en sus ojos, pero Maggie me rodeó con su brazo, formando un escudo invisible entre yo y el mundo exterior.

—Será mejor que entremos dentro —insistió Maggie, y mi tía la miró con duda. Que una Baker cruzara el umbral de su casa era algo impensable, especialmente bajo la atenta mirada de las feligresas, que negaban con la cabeza, murmurando entre ellas.

—Es sobre su sobrina —continuó Maggie, bajando la voz pero sin perder su firmeza—. No me gustaría tener esta conversación fuera, así que insisto.

—Bien —respondió mi tía a regañadientes, lanzando una mirada rápida a sus amigas—. Si es por la familia, a veces una tiene que sacrificarse. Ya lo dice la Biblia. —Las mujeres parecieron conformes

con esa excusa y se marcharon del porche, dejándonos entrar en la casa.

Al entrar en la casa, lo primero que vi fue al tío Will girando la cabeza hacia nosotras con el ceño fruncido, apartando la vista del televisor, molesto por la interrupción.

—¿Pero qué coño es esto? —luego se dirigió a mi tía—: ¿Ves? Te dije que el pequeño de los Baker la dejaría preñada. Con sus líos a su madre… nosotros no tenemos nada que ver. —Concluyó, cruzando los brazos y volviendo a mirar la pantalla.

—No, señor, esto no tiene que ver con eso —dijo Maggie, respirando hondo, sin soltarme del todo—. Tiene que ver con el hombre que vive con su madre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi tía con los ojos muy abiertos, llevándose las manos a la boca. Aquello me llenó de esperanza; era imposible que no le importara. En su expresión vi que aún guardaba un lugar para mí en su corazón.

—Él… —a Maggie le costaba encontrar las palabras— intentó abusar de ella. La golpeó, la persiguió por el desierto y terminó refugiándose en nuestra casa.

El tío Will se levantó del sofá y se acercó.

—No caigas en sus mentiras como una estúpida —le dijo a mi tía, tomándola del brazo y haciéndola retroceder—. Mírala, ¿no has tenido bastante con los rumores de que anda con unos y con otros? Es una puta, igual que su madre. —Me miró con unos ojos tan ajenos que me dolió profundamente.

—¡Eso es mentira! —repliqué, luchando por contener las lágrimas que ardían en mis ojos.

—¿No subiste con el pequeño de los Baker el otro día, con la maleta? ¿Y poco después te fuiste con el nieto del pastor Moore? —Me quedé en silencio, incapaz de negarlo—. ¿Ves? —me señaló con el dedo—. Te lo dije. Y ahora nos la quieren endosar otra vez, seguramente preñada.

—Son su familia, ¿es que no les importa que no tenga a dónde ir? —dijo Maggie, empezando a perder la calma.

—Will… es Jolene —susurró mi tía, llevándose las manos al pecho.

Por el pasillo apareció corriendo Nikol, que hasta entonces se había mantenido escondida. Se acercó a mí y me abrazó con fuerza. La calidez y familiaridad de su gesto me sacudió por dentro; solo quería aferrarme a ella y no soltarme, imaginando un futuro en el que mi madre nunca hubiera vuelto a arruinarme la vida.

—Papá, te lo suplico, déjala quedarse —su rostro estaba enrojecido por el llanto.

—¡Ya es suficiente! —La agarró del brazo y la empujó hacia su habitación. Cuando ella intentó resistirse, le golpeó la cara con el dorso de la mano—. ¡No me desafíes, niña!

Para mí, todo había terminado. Sabía que no volvería a vivir en esa casa, que nada sería como antes. Así que me di la vuelta. No suplicaría más. No me humillaría ante nadie más.

Con los pies despellejados pero con determinación, salí corriendo por la carretera principal, esprintando con todas mis fuerzas a pesar del dolor. Prefería que el desierto me tragara antes que volver a aquella caravana.

21

Corría por la carretera principal con todas mis fuerzas, sin pensar en nada, sin sentir ni el dolor ni el calor abrasador de agosto. Era insensible a todo, solo quería avanzar, escapar de allí sin importar el destino.

Pero no había logrado pasar el cartel de Valentine cuando la camioneta negra de Maggie me adelantó. Frenó frente a mí con un chirrido de ruedas sobre la tierra seca. Yo no me detuve. No pensaba hacerlo. Cada paso era una declaración de intenciones, una promesa silenciosa de que nadie volvería a controlarme. Mis pies seguían moviéndose, destrozados pero decididos, como si retroceder significara perder la poca dignidad que me quedaba.

—¡Jolene, espera! —gritó Maggie mientras bajaba rápidamente de la camioneta y corría hacia mí. Me alcanzó antes de que pudiera alejarme más, sujetándome por los hombros con fuerza para detenerme.

—No volveré a la caravana, Maggie. Prefiero morir. Te lo juro… prefiero morir aquí mismo en este puto desierto. —Mi voz temblaba de rabia, de miedo, de una mezcla de emociones tan intensa que apenas podía contenerlas.

Maggie me miró unos segundos y luego me abrazó con fuerza. Yo me mantuve rígida, incapaz de corresponder, repitiendo entre sollozos que no volvería, que no lo haría bajo ninguna circunstancia.

—Tú no puedes evitarlo —le recordé, con desesperanza y frustración en la voz. Sabía que las cosas no eran tan simples.

—Puedes confiar en mí —insistió con una convicción firme—. Te quedarás con nosotros, ¿de acuerdo?

Negué con la cabeza, luchando contra el nudo en mi garganta.

—Davis dejó claro que esa casa no es un orfanato. No me queréis allí. Nadie me quiere en ningún lado. —Las palabras salieron con amargura, reflejando todo el dolor que llevaba dentro.

Ella me miró fijamente, con los ojos vidriosos.

—Él no es mi jefe, no decide por mí. Te lo aseguro. —Parecía segura, pero yo seguía sin creer. Todos me habían abandonado antes, ¿por qué esto sería diferente?

—No. Iré a Marfa. Trabajaré de lo que sea, pero no me quedaré ni un minuto más en este infierno —dije, liberándome de su agarre con un movimiento brusco.

—¡Jolene, espera! ¡Escúchame! —Corrió tras de mí y me detuvo con más firmeza—. No sabes lo que dices, cariño. Si yo hubiera tenido esta oportunidad a tu edad, te juro que la habría tomado. Sin dudar.

Me quedé quieta, sorprendida por la intensidad de sus palabras. Había algo en su voz, en su mirada, que me hizo dudar.

—Vamos, acompáñame al coche. Bebe algo de agua y escucha lo que tengo que decirte. Si después de eso no te convenzo, te prometo que yo misma te llevaré a Marfa y te daré dinero para ayudarte. Te doy mi palabra.

Dudé unos instantes, pero al final accedí. Subimos a la camioneta y nos sentamos en silencio. Ella me alcanzó una botella de agua fría, que acepté con las manos temblorosas.

Maggie respiró hondo antes de comenzar, como reuniendo valor para contar algo. Mis piernas no dejaban de moverse, nerviosa, deseando que terminara pronto y cumpliera su promesa de llevarme a Marfa. *No había nada que pudiera decirme que me hiciera cambiar de idea*.

—Cuando yo tenía tu edad —comenzó, con palabras que parecían doler al ser pronunciadas—, vivía en El Paso. Bueno... —hizo una pausa breve, con una sonrisa amarga—, si es que a eso se le podía llamar vivir. Mis padres… —negó ligeramente con la cabeza, como si no merecieran ese nombre—. Mi madre era drogadicta, siempre buscando la siguiente dosis. Y mi padre... bueno, él estaba más tiempo en prisión que en casa. Yo no tenía a nadie. Nadie que me cuidara. Nadie que me protegiera.

Aquello me sorprendió. Sabía bien a lo que se refería: yo ni siquiera conocía a mi padre, y había visto a mi madre más veces drogada o borracha que sobria.

—Los hombres que entraban y salían de nuestra casa, los "amigos" de mi madre… —su voz se quebró, y tragó saliva antes de continuar—. Eran todos iguales: sucios, crueles. Solo les importaba lo que podían sacar. Abusaron de mi madre, y de mí. —Alzó la vista hacia mí, con los ojos vidriosos—. Hicieron cosas horribles.

Tragué saliva, incapaz de apartar la mirada. Sentí el corazón acelerarse, arrastrada por la fuerza de cada uno de esos momentos.

—Era un poco más joven que tú ahora —dijo por fin, volviéndose hacia mí con una sonrisa triste—. Pensé, como tú, que cualquier cosa sería mejor. Pero me equivoqué. La calle no era mejor. Los mismos hombres asquerosos seguían ahí, esperando aprovecharse. Fue entonces cuando unas mujeres me acogieron. Me ayudaron a conseguir trabajo en un club nocturno, como stripper.

No pude evitar recordar los rumores del pueblo sobre Maggie y ese club.

—No era perfecto. Bailar y exhibirse para esa clase de hombres seguía siendo denigrante. Pero al menos estaba más segura. Odiaba a todos los hombres, Jolene. —Su mirada se endureció por un momento, como si estuviera reviviendo cada uno de esos sentimientos—. A cada uno de ellos. No había conocido a uno solo que no me hiciera sentir sucia, usada, indigna.

Se detuvo de nuevo, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

En ese momento sentí miedo, no de lo que ya conocía, sino de lo que podía esperarme.

—Y entonces, un día... —dijo, con un destello de ternura—, Davis entró en el club. Venía con su padre y otros hombres. Estaba incómodo, fuera de lugar, pero aun así... —su voz se suavizó, y pude ver cómo sus ojos se iluminaban al recordar—, cuando un hombre intentó sobrepasarse conmigo, fue él quien me defendió.

En ese instante, me vino a la mente R.J. Él también me había defendido sin dudar, me había protegido, y de algún modo sabía que lo seguiría haciendo. Algo en mí se calmó, y mis piernas dejaron de moverse, descansando por fin en el asiento.

—Al principio le dije que no lo necesitaba, que podía cuidarme sola. Pero siguió viniendo, una y otra vez, solo para asegurarse de que estaba bien. Con el tiempo, empecé a confiar en él. Sabía que su vida tampoco era segura, que estar con él no garantizaba nada, pero… me enamoré. Por primera vez, alguien me hizo sentir algo más que miedo o vergüenza.

Sus palabras crearon una conexión profunda entre nosotras, como si supiera exactamente lo que yo sentía en ese momento. Maggie extendió la mano y la posó sobre la mía, apretándola con firmeza.

—Jolene, no tienes que enfrentar esto sola. Tienes opciones. Nosotros podemos ayudarte. Por favor, confía en mí.

—Pero Davis… —comencé, pero ella no me dejó terminar.

—Davis lo aceptará —afirmó con firmeza, como si no admitiera réplica—. Porque él, mejor que nadie, sabe lo que es ver a una mujer maltratada. No permitirá que una niña pase por eso, Jolene. Te lo aseguro. Y si se negara… —hizo una breve pausa, apretando los labios—, entonces ya no sería el hombre del que me enamoré.

Sus palabras flotaron en la noche, que había caído sobre nosotras casi sin darnos cuenta.

—Dime entonces… ¿qué quieres hacer? —preguntó, inclinándose ligeramente.

No era una decisión fácil. Sabía lo que significaba quedarme en casa de los Baker, cómo me vería el pueblo… y eso en el mejor de los casos, si me aceptaban. Pero si había un lugar donde pudiera estar segura, sin duda era allí. Con R.J.

Bajé la mirada, sintiendo cómo las emociones se agitaban dentro de mí: miedo, esperanza, incertidumbre, gratitud. Mis manos temblaban levemente, pero al final reuní el valor para responder.

—Está bien —susurré, casi sin alzar la vista.

Ella sonrió, una sonrisa pequeña pero sincera, consciente de lo que me había costado pronunciar esas dos palabras.

—Perfecto, cariño —dijo con suavidad, posando una mano sobre la mía en un gesto sereno—. Ahora no te preocupes. Todos, en algún momento, necesitamos que nos rescaten. No hay vergüenza en aceptar ayuda cuando la necesitas.

Con un movimiento fluido, arrancó el motor y emprendimos el regreso a la casa de los Baker. Mientras recorríamos la carretera desierta, bañada por la luz plateada de la luna, sentí una mezcla extraña de alivio y ansiedad. No sabía qué me esperaba al llegar, pero por primera vez en la vida sentí que alguien me comprendía de verdad.

22

Tras cerrar la verja oxidada que rodeaba la propiedad, Maggie se volvió hacia mí con expresión serena, aunque sus ojos delataban cierta tensión.

—Espera aquí en el porche mientras hablo con Davis —me dijo, apoyando una mano en mi hombro—. No te preocupes. Conozco bien a mi hombre, y sé cómo manejar esto.

Asentí en silencio, aunque sus palabras no lograban calmar del todo el torbellino de nervios que sentía por dentro. Me quedé sentada en el escalón, apenas podía mantenerme en pie sin que una punzada de dolor me recordara el estado de mis pies. Miré hacia mis piernas; aunque los pantalones ocultaban los moretones, aún sentía el eco de sus manos sobre mi piel, y ese recuerdo me hizo encogerme.

Entonces, desde dentro de la casa, llegó el sonido seco de una puerta al cerrarse de golpe. Junté las manos en una súplica silenciosa, rogando que Maggie tuviera éxito.

Solo el silencio del desierto me rodeaba, una brisa cálida y el zumbido lejano de los insectos. Pero nada lograba calmarme. Mis piernas no dejaban de moverse, inquietas, esperando el veredicto. Si existía algún dios allá arriba, estaba claro que yo le importaba una mierda.

Poco a poco, el silencio se quebró con el sonido de un motor que se acercaba. No era uno cualquiera: al instante reconocí el quad de R.J., y mi corazón empezó a latir más fuerte a medida que el ruido se hacía más cercano.

—¡Joder, ¿quién coño ha cerrado esta puta verja?! —lo oí quejarse a lo lejos mientras se bajaba de un salto y la abría de una patada, haciéndola rebotar con estruendo.

Volvió a montar y entró al patio dejando una estela de polvo… y cuando me vio, sus ojos se abrieron de golpe. Luego frunció el ceño, apretó la mandíbula y avanzó hacia mí con zancadas largas y furiosas.

—¿Eres tonta o qué? ¿Dónde coño te has metido? —me gritó, arrancándose la gorra y tirándola al suelo—. Vengo de la puta casa de tus tíos. Casi mato a ese hijo de puta.

—Ellos… no quisieron que me quedara —respondí con un hilo de voz. Decirlo en voz alta dolía más de lo que imaginaba.

—¡Se lo dije! —explotó, caminando de un lado a otro mientras se ajustaba los pantalones con gestos nerviosos—. Se lo dije a Davis, ¿pero crees que me hizo caso? ¡No! Ese perro viejo sabe más que todos los demás juntos, ¿no? —Se detuvo frente a mí y señaló con rabia hacia afuera—. Le dejé bien claro que ese bastardo no te dejaría volver.

—Maggie está hablando con él ahora —intenté explicarle, buscando calmarlo—. Está intentando convencerlo de que me quede con vosotros.

—¡Pero qué coño! Claro que te quedas, joder… —pero antes de que pudiera seguir, hice algo que ni yo misma esperaba. Me levanté y lo abracé por la cintura, apoyando la cabeza en su pecho, donde su corazón latía desbocado.

Él se quedó rígido, con los brazos caídos a los lados, hasta que, tras unos segundos, con una lentitud casi tímida, posó la mano sobre mi cabeza.

No sabía por qué lo había hecho. Simplemente me salió de dentro, como si lo necesitara.

—Joder, no entiendo por qué coño no viniste a buscarme —dijo, con un tono más suave, menos áspero.

—Todo fue muy rápido, solo quería salir de ahí —respondí, recordando el momento con dolor y separándome de él para sentarme de nuevo en el porche—. Además, ya te habías metido en problemas con Davis por mi culpa.

—Eso me suda la polla, ¿sabes? —dijo, dejándose caer a mi lado y sacando un cigarrillo del bolsillo—. Siempre anda con sus mierdas de castigos y lecciones.

Nos quedamos en silencio, pero esta vez era distinto: más cálido, más cómodo. Estiré las piernas, dejándolas descansar al fin, y respiré hondo, como si hubiera estado conteniendo el aliento todo el día.

—Vaya —dijo al rato, con una sonrisa burlona—. Así que te ibas a ir tú sola, ¿eh? ¿A dónde pensabas ir? ¿A vivir con los coyotes en el desierto? Seguro que te adoptaban como su mascota.

—Cállate —dije, dándole un codazo suave sin poder ocultar una sonrisa tímida.

—Tienes razón —replicó, fingiendo ofensa—. Los coyotes son bastante selectivos con sus amigos.

—¿Qué pasó en casa de mis tíos? —pregunté, cambiando de tema pero intentando mantener un tono casual, aunque temía la respuesta.

Sacudió la ceniza del cigarrillo con gesto despreocupado antes de ofrecérmelo. Negué con la cabeza casi de inmediato, frunciendo ligeramente el ceño. Él se encogió de hombros y dio otra calada larga antes de exhalar el humo.

—Sí, bueno… —dijo por fin, con una voz entre hastiada y fría—, fui a buscarte, y cuando ese cabrón abrió la boca para soltar mierdas sobre ti, sobre mi familia… bueno, se la tuve que cerrar. —Apoyó los brazos sobre las rodillas, inclinándose hacia adelante. Su postura era relajada, pero sus ojos… sus ojos quemaban con una intensidad que no necesitaba palabras.

Sabía cómo era R.J., y también cómo era el tío Will. Aun así, no pude evitar sentir pena por él, por la tía Ann, por Nikol… por todo lo que había sucedido por mi culpa.

—Oye, R.J., gracias… —dije sin atreverme a mirarlo a los ojos, mientras retorcía el borde de mi camiseta entre los dedos.

—¡Eh! Vamos, no me vengas con esas mierdas —dijo, rodeándome los hombros con el brazo y atrayéndome hacia él—. Ahora que vivirás aquí serás mi esclava personal, ¿sabes? Lavar mis calzoncillos, hacerme la comida, todas esas cosas. Y créeme, enana, soy un cerdo de los buenos.

Los dos nos reímos ante lo absurdo de la situación. Él era el único capaz de bromear en momentos así, y de hacer que esas bromas me sacaran una sonrisa.

La puerta tras nosotros se abrió y ambos giramos la cabeza hacia Maggie, quien desde el umbral me hizo una seña para que la siguiera al interior.

Me levanté del escalón y R.J. se puso en pie junto a mí, acompañándome hasta la entrada, donde Maggie lo detuvo con una mano en el pecho.

—Espera fuera —dijo con seguridad.

—¿Qué coño dices, Maggie? Yo entro con ella, joder —replicó R.J.

—No me compliques las cosas. Si de verdad te importa, no lo pongas más difícil, ¿vale? —Su tono era firme, pero esta vez sonó más a petición que a orden.

Lo miré a los ojos. Quería pedirle que viniera conmigo, que no quería enfrentarme a su hermano sola, pero sabía que no podía. Estaba claro que a Maggie no le había sido fácil convencerlo, y R.J. por mucho que me protegiera, era un volcán bajo presión.

Negó con la cabeza, sacó un cigarrillo y se apoyó contra una de las columnas del porche, como resignándose a quedar al margen. La llama del mechero iluminó por un instante su rostro: ceño fruncido,

la vena de la frente marcada. Entonces la puerta se cerró, y en ese mismo instante, el vacío en mi estómago volvió a abrirse.

Maggie me guió por el pasillo hasta abrir una puerta que daba a lo que parecía un despacho. El aire olía a madera vieja, cuero desgastado y un leve rastro de aceite de motor. Las paredes estaban forradas de estanterías repletas de libros polvorientos y carpetas desordenadas. En el centro, un escritorio macizo, marcado por el uso y manchas de café, sostenía hojas dispersas y un par de lápices mordisqueados.

Detrás del escritorio estaba Davis, con los brazos cruzados y una expresión que dejaba claro su enfado. Su rostro anguloso, siempre con esa sombra de barba incipiente, parecía esculpido en piedra. Sus ojos azules, afilados como cuchillas, me escudriñaban con una intensidad que aceleró mi pulso. Era el tipo de hombre que imponía respeto con solo estar presente.

—Ven, cariño, siéntate aquí —dijo Maggie, dirigiéndome a una de las dos sillas frente al escritorio. Me senté con cuidado, con las manos temblorosas sobre el regazo. Ella ocupó el asiento junto al mío y posó una mano en mi rodilla.

Davis se inclinó hacia delante, apoyando los codos en el escritorio y entrelazando las manos. Su mirada no se apartaba de mí, y cuando habló, su voz fue firme, sin vacilación.

—Voy a ser claro —comenzó, con un tono tan grave que hasta la madera pareció vibrar—. No me gusta la idea de que te quedes en mi casa. —Hizo una pausa, mirando brevemente a Maggie, que mantenía una expresión neutra pero con una chispa de advertencia en la mirada—. Pero está claro que solo eres una cría —añadió, repitiendo sus palabras con un deje sarcástico mientras ponía los ojos en blanco—. Así que te explicaré las reglas para quedarte. Incumples una sola, y te vas. No hay segundas oportunidades. No aquí.

Asentí con energía. *No tenía intención de ser una carga; ya era un milagro que me acogieran.*

—Primera regla —levantó un dedo grueso, marcado por años de trabajo físico—: No te acerques al taller ni a la gasolinera bajo ningún concepto. ¿Entendido?

Tragué saliva, asintiendo con rapidez mientras intentaba grabar cada palabra en la mente.

—Segunda regla —alzó otro dedo—: Mantente lejos del desguace.

Hizo una pausa breve, como eligiendo con cuidado sus siguientes palabras. Su mirada se endureció aún más.

—Tercera regla —bajó la voz, pero aumentó la intensidad—: No hables con nadie sobre lo que veas o escuches aquí. Si alguien te pregunta algo, no improvises, no inventes excusas. Silencio absoluto.

Sentí que mis manos sudaban, pero mantuve la vista fija en él, intentando aparentar una fortaleza que no sentía.

Por último, Davis se inclinó aún más, apoyando las manos en el borde del escritorio y clavándome los ojos.

—Y la última regla, probablemente la más importante —dijo con un tono cargado de advertencia—: No te metas en los asuntos de esta familia. Lo que hacemos, cómo lo hacemos y con quién, no es asunto tuyo. Si ves algo, lo ignoras. Si escuchas algo, lo olvidas.

Se quedó en silencio durante unos segundos, evaluándome para cerciorarse de que lo había entendido.

Estaba tan nerviosa que ni siquiera estaba segura de haber retenido todo, pero capté lo esencial: debía estar presente sin ser notada. *Algo que, al fin y al cabo, podía manejar. No tenía muchas más opciones.*

—Esas son las normas —concluyó, relajándose en la silla—. Rompes una, y te vas. Sin discusiones, sin excepciones. ¿Claro?

Asentí con la cabeza, con la garganta demasiado seca para articular palabra.

—Ah, y una última cosa —añadió Davis justo cuando me disponía a levantarme—. Estar aquí no es gratis. Mientras te quedes, harás

las tareas que Maggie te asigne. Yo ahí no me meto.

—Sí, mejor no te metas ahí, cielo —añadió Maggie, intentando aliviar la tensión que flotaba en el aire. Luego me miró a mí.

—No te preocupes, este gruñón es menos fiero de lo que parece. —Su sonrisa me trajo un poco de alivio. Era una suerte tenerla de mi lado.

—Lo entiendo —dije rápido, casi atropellando las palabras—. Y os agradezco de verdad que me dejéis quedarme. No tenéis de qué preocuparos, os lo prometo.

—Bien —concluyó Davis—. Ahora, dile al idiota de mi hermano que entre.

Vi cómo sus puños se cerraban al decirlo. Maggie no hizo comentario alguno. Solo me tomó del brazo.

—Venga, cariño, vámonos —dijo, y ambas salimos del despacho.

En el pasillo, no pude evitar sentir pena por R.J. Conocía bien el miedo que Davis podía inspirar… pero cuando Maggie lo llamó, él ni siquiera pestañeó, pareció tomárselo con indiferencia, como si estuviera acostumbrado.

Antes de ir a ver a su hermano, R.J. se acercó a mí y, con ese gesto que ya empezaba a resultarme familiar, me puso la mano sobre la cabeza como si fuera un cachorro nervioso.

—Vaya cara de terror tienes, enana —dijo, recorriéndome el rostro con una sonrisa burlona—. Parece que te hayan condenado a muerte y no a vivir con los Baker. Relájate, que no te van a comer… bueno, a menos que Davis se levante con el pie izquierdo, es un poco perro, ¿sabes?

—Cállate —respondí, intentando no reír.

—Bah, no te rayes. Ese cabrón siempre está igual —dijo encogiéndose de hombros—. Si le hiciera caso cada vez que pone esa cara de culo apretado, ya me habría muerto del aburrimiento. Pero ni pestañeo, ¿sabes? Me suda la polla su teatro.

Antes de que pudiera responder, se volvió y caminó hacia el pasillo silbando, como si fuera a una fiesta y no al interrogatorio de su hermano.

23

En solo unas semanas, mi mundo había cambiado por completo. Me asustaba lo rápido que había sucedido y lo fácil que me estaba resultando acostumbrarme.

Maggie me había preparado una pequeña habitación en la planta de arriba, un espacio que antes servía de trastero para cosas inservibles. Juntas lo habíamos convertido en algo habitable.

—¿No crees que estas cortinas le dan un toque más elegante? —dijo Maggie mientras las colgaba. Eran de una tela que ella misma había confeccionado, de un tono turquesa que combinaba a la perfección con la colcha de la cama.

—Sí, son muy bonitas —respondí, guardando mi ropa en el armario de la esquina, un mueble que habían subido del taller y que aún conservaba un leve olor a aceite de motor. La verdad es que no me desagradaba; era el mismo aroma que traía R.J. cuando volvía de trabajar.

Habían traído mi mochila un par de días después de mudarme. Supuse que fueron a la caravana a buscarla, pero no quise preguntar. Solo deseaba borrar ese lugar de mi memoria como si nunca hubiera existido.

—Me alegra que te guste, cariño. Estuve mirando varias telas y dudé mucho con los colores. Esta habitación es un poco oscura, así que pensé que un tono alegre quedaría mejor —me explicó mientras se acercaba a ayudarme a ordenar.

—¿Qué hacéis? —preguntó desde la puerta la tierna voz de Vickie, la hija mediana de Maggie y Davis, idéntica a su madre pero con el

cabello dorado—. Si queréis, os puedo ayudar —dijo, corriendo hacia nosotras.

—Claro, cariño —la tomó en brazos y le besó la mejilla.

—¡Mamá, que ya soy mayor, tengo nueve años! —se quejó al ser alzada.

—Usted perdone, señorita —respondió su madre con tono divertido, haciéndonos reír a ambas.

La niña tomó de la mochila el vestido negro de flores rojas, el mismo que mi madre había dejado en la caravana y que yo usé en mi primera cita con Ethan.

—¡Es precioso! —exclamó, con los ojos muy abiertos—. Jolene, ¿me lo dejarás cuando me quede bien? —dijo, probándoselo por encima.

La verdad era que odiaba ese vestido: lo que representaba, de quién venía, los sueños que una vez guardé en él y la desesperanza que al final me trajo.

—Sabes, Vickie, te lo regalo —dije, y su rostro se iluminó como si fuera el mejor regalo que le hubieran hecho.

—Pero, cariño, es un vestido precioso… —comenzó Maggie, pero al ver mi expresión no terminó la frase. Comprendió que para mí era mucho más que un vestido—. Vickie, lo guardaremos en el armario, ¿de acuerdo? Para cuando te valga.

—¡Sí, sí, lo estoy deseando! —gritó la niña, lanzándose a mis brazos y abrazándome con una fuerza que me conmovió—. ¡Muchas gracias!

Me alegraba que aquella prenda pudiera hacer feliz a alguien, que volviera a ser un objeto de ilusión y no de rabia.

—¡Mamá, mamá! —gritó Ryder, asomando por la puerta. Con apenas cuatro años, era pura dulzura—. Adrien me ha quitado los dibujos. Me tocaba a mí y él me los ha quitado —dijo, con los ojos llenos de lágrimas y los mocos a punto de llegarle a la boca.

—¡Eso es mentira! —exclamó Adrien, subiendo las escaleras a toda prisa, rojo de indignación—. ¡Se le acabó su serie y ahora me toca a mí! ¡No es justo que lo vea todo el rato, joder!

—Adrien, esa boca —le reprendió Maggie, aunque sin demasiada severidad.

A mí, la escena me pareció entrañable. Llena de vida, de caos cotidiano. Me recordó a las peleas absurdas que solía tener con Nikol: por el mando, por la ropa, por quién había visto primero a algún chico del instituto. Cosas que ahora me parecían tan lejanas como si hubieran pertenecido a otra vida.

—¿Pero, mamá? —protestó Adrien.

—Eres el mayor, tienes que dar ejemplo. Por Dios, ya tienes once años. Compórtate como tal, ¿de acuerdo? —Maggie me miró y puso los ojos en blanco—. Qué ganas de que termine el verano y vuelvan al colegio.

Aquello me hizo encogerme por dentro. El colegio, el instituto… ¿qué iba a hacer con todo eso? No había salido de esa casa desde que me dejaron entrar, y no tenía intención de hacerlo. *Solo pensarlo apretaba un nudo en mi estómago que casi no me dejaba respirar*. Todo el pueblo sabía lo que había pasado. Sabían dónde vivía ahora. Sería el centro de los chismes, la nueva comidilla del verano… y no podía soportarlo. Era mucho más fácil quedarme entre esas cuatro paredes, lejos de ese maldito pueblo lleno de cotillas.

Las horas se deslizaron entre cajas por vaciar y risas infantiles, hasta que la luz del mediodía cedió ante los tonos ámbar del atardecer. Maggie dejó caer un montón de sábanas recién dobladas sobre la cama y se masajeó la nuca.

—Bien, soldado —dijo con satisfacción genuina—, creo que después de toda la semana, por fin hemos logrado dejar una habitación decente. ¿No te parece?

—Sí, sin duda —respondí, chocando la mano con Vickie en señal de triunfo.

Pero lo cierto es que por dentro rebosaba de gratitud. Maggie había transformado un trastero abarrotado en un espacio acogedor, solo para mí. Resultaba extraño, sí, pero ver el esfuerzo que había dedicado, la ilusión puesta en cada detalle… Nadie se había tomado antes tantas molestias por mí.

—Ahora toca la cena. Los hombres volverán del taller con más hambre que un coyote en invierno.

Al bajar, el crepúsculo bañaba la cocina en tonos violáceos, y el aroma de la carne dorándose en la sartén era la bienvenida más reconfortante que podía imaginar.

—Pensé que ya no bajabais —dijo Lyndsey desde una silla de la cocina, con una mano apoyada en la espalda y un gesto de molestia —. Este cabroncete no ha parado de darme patadas en todo el día.

Mientras los niños jugaban en el suelo —Ryder persiguiendo a Vickie entre risas, Adrien absorto en un cómic bajo la luz tenue de la lámpara—, nosotras nos pusimos manos a la obra como cada tarde. Maggie removía una cazuela humeante de chili con carne, Lyndsey pelaba patatas para el puré y yo picaba verduras para una ensalada fresca.

Esos momentos previos a la llegada de los hombres solía ponerme nerviosa. No podía ver a R.J. por el día; Davis aún lo tenía castigado, así que la cena era mi único momento para verlo, breve pero anhelado.

No dejaba de mirar hacia el patio, con el corazón en un puño, esperando el sonido del motor que anunciara su llegada.

Miré el reloj y, justo a la hora de siempre, allí estaba. Puntual, como si también él tuviera prisa por llegar.

El quad entró al patio a toda velocidad, con su hermano Luke en la parte de atrás. Dio un par de vueltas levantando una nube de polvo que lo cubría todo.

—¿Es que no puedes dejar de hacer el capullo, R.J.? —gritó Dic desde el coche donde viajaba con Davis, intentando limpiar el polvo

del capó.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Claro que no puede, es tonto —respondió Davis por él.

R.J. se detuvo frente a la puerta de cristal que daba al patio, bloqueando el paso a sus hermanos, disfrutando claramente de provocarlos.

—Vosotros dos, perras viejas, podéis chuparme los huevos —respondió riendo, justo antes de que Davis lo empujara con desgana, como si pesara menos que una pluma, y lo apartara de la entrada.

Los chicos entraron en la casa. Erick y Davis besaron a sus esposas antes de reunirse con los demás en el sofá, visiblemente agotados tras el día de trabajo, esperando a que la cena estuviera lista.

Entonces, después de todos, apareció él. Gorra hacia atrás, subiéndose esos vaqueros gastados que le quedaban demasiado holgados.

—Pero qué bien huele aquí, joder —soltó, acercándose a mí y rodeándome los hombros con el brazo—. Oye, enana, ¿siempre te toca la ensalada? Eso es que no tienes ni puta idea de cocinar, no jodas.

—Pues siempre te la terminas —respondí, alzando la vista sin poder contener la sonrisa que se me escapaba.

—Qué va, lo verde es para las vacas, ¿sabes? —me contestó, apoyando la mano en mi cara para chinchar.

—Quita, R.J. —intenté apartar su mano, pero él, como el payaso que era, empezó a fingir que era un alien que quería devorarme la cara—. Eres lo peor.

—¿Qué dices? Si no fuera por mí, te morirías de aburrimiento aquí —afirmó, cogiendo una patata frita de una de las fuentes bajo la mirada inquisitiva de Lyndsey, antes de dirigirse al salón y dejarse caer en el sofá con los demás.

Esos pequeños instantes que me regalaba al llegar a casa se habían convertido, sin duda, en mi parte favorita del día. Desde que me levantaba por la mañana, ya estaba deseando que llegara ese momento.

Cuando terminamos de poner la mesa con toda la comida, los hombres se acercaron como lobos hambrientos, seguidos por los niños, más reacios a dejar sus juguetes.

R.J., como de costumbre, ocupó su sitio y apoyó el brazo en el respaldo de la silla de al lado, lanzándome después una mirada y un gesto casual. Solíamos sentarnos juntos, a menos que Lyndsey me pidiera ayuda con Mayra, su niña pequeña, que aún no cumplía los dos años. A la pequeña le costaba comer, y a menudo su madre no podía terminar la cena, así que Maggie y yo nos turnábamos para ocuparnos de ella cuando se ponía más testaruda, y así Lyndsey podía cenar tranquila.

Pero esa noche, Mayra se había quedado dormida, y su madre podía disfrutar por fin de la calma que la niña rara vez le permitía.

Cenamos entre el bullicio habitual de la casa, con conversaciones que saltaban de piezas de motor a repartos, de revistas a tareas domésticas, y en las que, sin darme cuenta, ya me había integrado por completo.

Después de cenar, como algunas noches, salimos al patio. El aire fresco envolvía el ambiente, mezclado con el olor a tierra seca y hierbas silvestres. Nos sentamos en círculo, en sillas desgastadas o donde podíamos, formando un corro bajo el cielo estrellado.

Dic, el chico con más talento que había conocido, era el alma de esas veladas. Sacaba su banjo, armónica o guitarra —dependiendo del día— y empezaba a tocar. Era increíble cómo dominaba cualquier instrumento, como si la música fluyera de forma natural a través de él. Algunas noches, las canciones eran alegres y llenas de ritmo, y no tardaban en levantarse los primeros para bailar. Los niños, siempre los más rápidos, corrían en círculos riendo, mientras Lyndsey y Luke se unían con pasos torpes pero entusiastas.

Pero quien realmente se soltaba era R.J. Apenas sonaban los primeros compases de una canción animada, ya estaba en pie, moviéndose con energía. Se acercaba a los niños, los alzaba en brazos y los hacía girar hasta que sus risas llenaban el aire.

Hasta Maggie y Davis se dejaban llevar. Ella balanceaba los hombros con suavidad, iluminando su rostro con una sonrisa serena, mientras él marcaba el compás golpeando levemente el suelo con la punta de la bota.

Sin embargo, otras noches Dic optaba por canciones más lentas, más íntimas. Melodías que hablaban de amores que se esfumaban, caminos en solitario o sueños que nunca llegaban a cumplirse.

Esas noches, incluso R.J. guardaba silencio.

Pero aquella vez, la canción que eligió Dic fue más dolorosa de lo habitual. Su voz, áspera y cargada de sentimiento, entonó una balada que brotaba de lo más hondo. La letra narraba la historia de dos amantes destrozados por el dolor y la traición, ahogando sus penas en whisky hasta que la vida se volvía insoportable. Era una de esas canciones que te atraviesan el alma, que convierten el desgarro ajeno en propio.

Yo estaba sentada en el porche, abrazándome las rodillas, intentando no hundirme en la tristeza de la melodía. Las estrellas brillaban con una intensidad que parecía acentuar cada nota. De pronto, noté que alguien se sentaba a mi lado. Era R.J. No dijo nada, solo se acomodó en el escalón de madera, tan cerca que nuestros hombros se rozaban.

Al principio no ocurrió nada. Él miraba al frente, absorto en la música, pero luego, con un gesto casi imperceptible, deslizó su mano sobre la mía. Fue tan discreto que casi pasó desapercibido, como si no quisiera que nadie más lo notara. Sus dedos se entrelazaron con los míos, cálidos y firmes, y de repente todo en mí se detuvo. El corazón me latía con tal fuerza que parecía querer salirse del pecho, y sentí cómo la piel del brazo se me erizaba, como recorrida por una corriente eléctrica.

La música seguía fluyendo, llenando la noche de melancolía, pero en ese instante todo lo demás se desdibujó. Solo existíamos nosotros dos, sentados en el porche, con las manos unidas en la penumbra. R.J. no me miró, pero su pulgar acarició suavemente el dorso de mi mano, un movimiento tan sutil que casi podía pasar por casual. Sin embargo, para mí fue una declaración: una forma de decirme que estaba ahí, que aquel momento era real.

Entonces, de la nada, en medio de la oscuridad del desierto, apareció un coche tras la verja de la casa. Los faros brillaban con una intensidad que cortaba la noche, revelando que no se trataba de un vehículo cualquiera. Era una de esas camionetas grandes y caras, del tipo que solo había visto en las revistas que solían estar tiradas por ahí. El motor ronroneaba con un sonido bajo pero potente, como si fuera una bestia.

Davis se levantó de un salto, su rostro se tensó de inmediato. Con un gesto brusco y autoritario que no dejaba lugar a réplicas, señaló hacia la casa y ordenó:

—Adentro. Todas. Ahora.

La mano de R.J. se soltó de la mía de golpe, y cuando lo miré, vi que tenía el ceño fruncido, con una expresión seria. Me hizo un gesto rápido con la cabeza, indicándome que entrara en la casa sin perder tiempo.

Me levanté, sintiendo la adrenalina correr por mis venas. Ryder, el pequeño, había empezado a llorar, asustado por la tensión que impregnaba el aire. Lo tomé en brazos, notando cómo su cuerpo temblaba contra el mío, y corrí hacia la puerta.

Sabía que no podía preguntar, que no podía hacer nada. Recordaba bien las normas que Davis había establecido. Pero era difícil aceptarlo cuando, al otro lado de esa puerta, él seguía ahí, expuesto a un peligro que yo ni siquiera alcanzaba a comprender.

24

La casa había quedado sumida en un silencio tan tenso que podía cortarse con un cuchillo. Maggie y Lyndsey intercambiaban miradas que delataban la misma confusión que yo sentía: lo que ocurría fuera no era habitual ni para ellas.

Todos permanecíamos inmóviles, como tras el relámpago de una tormenta, aguardando el trueno que sabíamos llegaría.

—¿Mamá? —preguntó Adrien, dando un paso adelante—. ¿Qué pasa?

—Nada, cariño, no pasa nada —Maggie se acercó a él, rompiendo el hechizo de quietud, y lo abrazó—. Son solo cosas del trabajo de papá, ¿de acuerdo?

Él asintió. Pero no se relajó. La duda aún brillaba en sus ojos.

—Jolene, cielo, ¿por qué no subes con los niños a la habitación? —me pidió Lyndsey mientras miraba de reojo por la cortina que cubría la puerta de cristal del patio.

—Sí, buena idea. Aquí abajo no hay nada que ver, pero seguro que podéis jugar a algo arriba.

Maggie me lanzó una mirada cómplice, y supe de inmediato lo que me estaba pidiendo.

—Claro, será divertido —dije, forzando un tono animado.

Mientras subía las escaleras con los niños, volví la cabeza un instante y entreví a Maggie acercándose al armario de las armas. En ese momento el corazón me dio un vuelco.

Ya en la habitación, intenté mantener la calma para no asustarlos. Ellos se sentaron en el suelo, entretenidos con sus juguetes.

Adrien se había sentado a mi lado y se esforzaba por explicarme quiénes eran aquellos héroes del cómic que tanto admiraba, pero mi mente estaba lejos, y me costaba seguirle.

—Jolene, no te estás enterando. ¿Ves? Spider-Man ha lanzado esa tela de araña. Es especial, para atrapar, no para volar —me dio un codazo suave—. Pero míralo —concluyó, ya molesto.

—Sí, perdona, es genial —dije, intentando concentrarme en los dibujos mientras seguía sus explicaciones.

—Yo también quiero ver —intervino Vickie, acercándose con interés mientras cargaba una Barbie despeinada y medio vestida.

—Vale, pero no lo toques, ¿eh? Me lo trajo el tío Dic desde El Paso —le advirtió Adrien con firmeza, aunque la dejó sentarse a su lado.

Me quedé un rato más allí, pero cuando estuvieron lo bastante entretenidos, me levanté con la excusa de ir a por el agua que había en la mesilla.

Con el vaso en las manos y aún sabiendo que no era buena idea, me acerqué con cuidado a la ventana, asegurándome de que no me vieran.

Aparté la cortina con cuidado, con el vaso temblando en la otra mano. Temía lo que pudiera encontrar, pero necesitaba saber.

La oscuridad solo se rompía con las luces del patio, aún encendidas, a diferencia de los faros del vehículo que seguía tras las verjas de la casa. Eso me alivió un poco.

Mis ojos buscaron y encontraron rápidamente a R.J. Estaba al otro lado de la valla, en lo que parecía el lado seguro. Solo podía verle de espaldas, pero tenía los brazos cruzados y una postura que distaba mucho de ser relajada.

Al instante, seguí su mirada.

Tres hombres habían bajado de la camioneta. Dos de ellos estaban apoyados contra el vehículo: uno grande, corpulento, y otro más delgado, con una camiseta de tirantes blanca que dejaba ver los tatuajes que le cubrían los brazos.

Davis estaba con ellos, conversaba con un hombre de camisa a cuadros y sombrero de vaquero, la típica estampa de ranchero, pero incluso a distancia había algo en él que inspiraba temor.

Se movía con aparente calma, sus gestos eran claros y precisos. Mientras explicaba algo con las manos, Davis lo escuchaba con atención, aunque su postura rígida delataba incomodidad. De vez en cuando, el hombre señalaba el vehículo.

Desde mi posición en la ventana, la oscuridad y la distancia distorsionaban la escena. Apenas distinguía detalles, pero cuando abrieron el maletero de la lujosa camioneta, vi a Davis retroceder unos pasos. Negaba con vehemencia mientras gesticulaba con firmeza.

La conversación se prolongó durante unos minutos que se me hicieron eternos. Davis se movía incómodo, alternando entre cruzar los brazos y pasarse una mano por el cabello con gesto nervioso. Finalmente, tras lo que pareció una eternidad, cedió con un breve asentimiento.

El hombre del sombrero le dio unas palmadas en la espalda. Me pregunté qué clase de hombre sería ese, que se permitía tal gesto con alguien como Davis; sin duda, alguien aún más peligroso.

Desvié la mirada de nuevo hacia R.J. y sus hermanos, que permanecían inmóviles tras la verja, dentro del patio. No habían hecho ni un solo movimiento en todo el tiempo que llevaba observando.

Cuando Davis regresó y abrió la verja, señaló con decisión a Dic y Erick, los hermanos mayores, e hizo un gesto para que lo siguieran. En el momento en que se disponían a salir, vi a R.J. dar un paso al frente con los puños apretados, pero Davis se volvió hacia él con

mirada autoritaria y señaló la casa en una orden que no admitía réplica.

R.J. no se movió. Permaneció allí, observando cómo subían al coche, seguidos de cerca por la lujosa camioneta negra, en dirección al taller.

Cuando el vehículo por fin desapareció de mi vista, pude respirar con algo más de alivio.

Quizá todo había sido una exageración, quizá solo eran amigos. Intenté convencerme a mí misma, pero lo único que deseaba era que R.J. volviera a entrar en casa.

Sin embargo, en lugar de entrar, él había empezado a discutir acaloradamente con Luke, el segundo más joven de los hermanos, a quien tampoco habían permitido unirse. Ambos estaban cara a cara, mientras sus voces resonaban en el patio.

Con un suspiro ahogado, aparté mi mirada de la ventana y volví mi atención a la habitación, donde los niños seguían jugando. Sus risas agudas y sus voces animadas chocaban grotescamente con la tensión que me atenazaba el pecho.

Prometí no inmiscuirme, me recordé a mí misma, sintiendo el peso de las palabras que Davis me había dicho al llegar a su casa.

Pero entonces, como un trueno en medio de la calma, la voz de R.J. estalló desde el piso inferior.

Las voces se mezclaban hasta hacerse indistinguibles. Maggie intentaba explicarle algo, pero él, demasiado alterado, no la dejaba terminar ninguna frase. Su tono se elevaba por encima de los demás, ahogando cualquier otro sonido.

Contuve la respiración cuando sus pasos resonaron en el rellano. La madera crujió bajo sus botas y entonces llegó el estruendo: un portazo que hizo temblar las paredes, tan violento que hasta los niños interrumpieron su juego por un instante, con los ojos como platos.

—¿Qué le pasa al tío R.J.? —preguntó Adrien, con el ceño fruncido en una expresión demasiado adulta para su edad.

—Nada, cariño —mentí, acariciándole el pelo—. Solo está... enfadado por un juego.

Mientras los niños volvían a sus juguetes, yo seguía mirando la puerta cerrada, imaginando la tormenta que debía de estar gestándose al otro lado.

Cada músculo me instaba a levantarme, a cruzar el pasillo y... ¿qué? ¿Consolarlo? ¿Preguntarle qué ocurría? No podía. ¿O sí?

Miré de nuevo por la ventana para asegurarme de que el peligro había pasado y no quedaba nadie fuera, luego me acerqué a Adrien.

—¿Puedes vigilar a tus hermanos un momento? Vuelvo enseguida —le pedí. No era complicado; los niños estaban tranquilos y solían portarse bien.

—¿Vas a ver al tío R.J.? —su pregunta me tomó por sorpresa—. Porque cuando se enfada, no suele ser buena idea —me advirtió, pasando la página de su cómic.

—No, solo voy al baño —mentí, pero él puso los ojos en blanco ante una excusa demasiado obvia.

—Luego no digas que no te avise —dijo cuando abrí la puerta hacia el pasillo.

Durante unos segundos, dudé. Si un niño de once años me desaconsejaba ir, quizás era momento de recapacitar. Pero no lo hice. Abrí la puerta del todo y salí.

La puerta de su habitación estaba entreabierta. Lo encontré sentado al borde de la cama, con los codos apoyados en las rodillas y las manos aún cerradas con fuerza. El aire olía a polvo, sudor y rabia contenida.

—¿Estás bien? —pregunté desde el marco, sin invadir su espacio.

Él no se volvió, pero su espalda se tensó un poco menos.

—Vete, Jolene. No es buen momento.

Avancé un paso, pisando suave sobre las tablas del suelo.

—Ya sé que no. Por eso estoy aquí.

—¿Para qué? ¿Para decirme que soy un cabrón impulsivo? —Soltó una risa corta y amarga—. Luke ya se encargó.

—No —dije, acercándome hasta quedar a su lado—. Para recordarte que no estás solo en esto.

Finalmente alzó la vista. Sus ojos, grises como el acero, tenían ese brillo salvaje que tanto me intimidaba al principio, pero ahora reconocía la herida detrás de la furia.

—No me mires así —murmuró.

—¿Cómo?

—Como si pudieras arreglarlo. —Bajó la voz—. Como si no fuera el desastre que todos creen.

Me senté a su lado, sin tocarlo, pero cerca. Lo suficiente para que nuestros hombros casi se rozaran.

—No intento arreglarte, R.J. Solo estoy aquí.

Permaneció en silencio un largo minuto, respirando hondo. Luego, de pronto, dejó caer la cabeza sobre mi hombro con un suspiro ronco, vaciándose de todo el aire de golpe.

—Joder, enana —murmuró contra mi camisa—. ¿Por qué coño tienes que aparecer justo cuando más ganas tengo de ser un hijo de puta?

Sonreí, apoyando la mejilla en su pelo corto.

—Mala suerte, Baker. Te tocó una amiga que no se asusta con tus pataletas.

Su brazo rodeó mi cintura, un gesto torpe pero sincero.

—No soy buen tipo, Jolene. —Su voz sonaba ronca, casi un susurro—. Ellos… tienen razón en algunas cosas.

—Y en otras no —respondí, pasando los dedos por su nuca tensa —. Como cuando intentan hacerte creer que mereces menos de lo que vales.

Se quedó quieto, como si esas palabras le pesaran más de lo que esperaba. Luego, apretó el brazo alrededor de mí.

—Qué jodido, ¿sabes? Tener a alguien que vea… esto.

—Sí —susurré—. Qué jodido.

En ese momento, el mundo exterior dejó de existir. Solo estábamos él y yo, juntos en esa pequeña burbuja de intimidad que habíamos creado sin siquiera darnos cuenta.

25

Los rayos del sol se colaron con insistencia entre las cortinas de la habitación, deslizándose traviesos hasta posarse directamente sobre mi cara. Parpadeé varias veces, intentando acostumbrarme a la luz cálida que poco a poco iba inundando el espacio. Al abrir los ojos, el mundo se redujo a un solo punto: su rostro a escasos centímetros del mío.

R.J. dormía profundamente, ajeno al mundo, con una expresión tan serena que casi parecía irreconocible. La luz matutina reveló detalles que nunca había visto: pestañas rubias que proyectaban sombras en sus mejillas, un rastro de pecas doradas sobre el puente de su nariz. Tan cerca, eran infinitamente encantadoras.

Su boca entreabierta emitía una suave respiración rítmica, acompañada de un leve sonido que no era exactamente un ronquido, sino más bien el susurro de alguien profundamente dormido. Era tan inesperadamente tierno que sentí una sonrisa brotar en mis labios antes de que pudiera detenerla.

Su brazo descansaba con naturalidad sobre mi cintura, pesado pero reconfortante, como si incluso en sueños quisiera asegurarse de que no me alejara. Nuestras piernas se habían enredado durante la noche en un abrazo casual pero íntimo.

No recordaba haberme movido durante toda la noche. Por primera vez desde... desde lo ocurrido, había dormido con una profundidad olvidada.

Mientras lo observaba, sin previo aviso, su voz ronca por el sueño rompió el silencio:

—¿Me estás mirando mientras duermo? Pervertida.

El corazón me dio un vuelco tan violento que juré que él debió haberlo escuchado. Cerré los ojos al instante, fingiendo estar dormida, pero el calor que me subía por las mejillas me delataba. Entonces sentí el leve golpe de su dedo índice contra la punta de mi nariz, un toque juguetón que me hizo arrugarla involuntariamente.

—Venga, no hagas como si nada —murmuró, y aunque no lo veía, sabía que esa sonrisa suya, la que le brillaba en los ojos antes que en los labios, estaba allí—. Si te he visto más atenta que un halcón vigilando a su presa. O, espera… —hizo una pausa dramática— ¿será que te gusta lo que ves? Porque, vamos, no te culpo. Es difícil resistirse a esta obra de arte.

Abrí un ojo, solo uno, y allí estaba: esa mirada burlona, pero también, en algún rincón oculto de su expresión, algo más. Algo que me hacía creer que, tal vez, no le molestaba tanto ser el centro de mi atención.

—No es mi culpa que estés ahí en frente, ¿sabes? —contesté, tratando de igualar su tono, aunque mi voz sonó más temblorosa de lo que hubiera querido.

Él soltó una carcajada, esa risa ronca que parecía salirle desde el pecho, y me tiró del mechón de pelo que se me había escapado de la coleta.

—Ah, así que ahora es culpa mía. Claro, claro. Pues ya sabes, enana —sus dedos me rozaron la barbilla, exagerando un gesto de galán de película mala—, la próxima vez avisa, y te cobro entrada.

Y aunque seguía bromeando, aunque sus palabras eran puro teatro, su brazo no se movió de mi cintura. Como si, en el fondo, ninguno de los dos quisiera romper ese momento.

Entonces, desde la planta de abajo, resonó con total claridad la voz grave y autoritaria de Davis. Fue como un trueno que rompió el silencio de la mañana, tan potente que incluso parecía vibrar en las paredes. En ese instante, pude ver cómo el rostro de R.J. cambiaba

por completo. Era como si todo lo ocurrido la noche anterior hubiera regresado de golpe a su mente. Su expresión se endureció al instante, y sin decir una sola palabra, se incorporó de un salto.

—Espera —dije, asustada, agarrándolo del brazo para impedir que se levantara.

Pero ni siquiera se volvió. Se zafó de mi mano con un movimiento brusco y salió de la habitación con determinación, dejando la puerta abierta de par en par.

Me levanté tan rápido como pude para seguirlo, pero sus largas piernas lo hacían mucho más veloz. Al acercarme a las escaleras, reduje el paso al oír la discusión que ya había estallado en el piso de abajo.

Bajé un par de escalones para entender mejor la conversación, manteniendo una distancia prudente.

—Cállate, mocoso. No era un trabajo para ti —oí la voz de Erick, más distante, como si estuviera sentado a la mesa.

R.J. continuó, ignorando por completo el comentario:

—¿Por qué, Davis? Dime la verdad. ¿Crees que no puedo con ello? ¿Que me voy a acobardar? O... —Hizo una pausa, y el silencio se volvió tan denso que hasta yo, escondida en la escalera, podía sentirlo— ¿es que te da miedo que sí pueda? ¿Que le caiga bien al Señor Hightower y me reclute para algo más que ser su puta del taller?

¿Reclutar? No entendía a qué se refería, pero sabía que nada de eso podía ser bueno.

Mis pensamientos se interrumpieron con el estruendo de una taza estrellándose contra la pared. Instintivamente, retrocedí un escalón, con las manos apretadas contra el pecho.

—¡Escúchame, y escúchame bien! —gritó Davis con una claridad que me heló la sangre—. No se trata de si puedes o no. Se trata de que no voy a permitir que te conviertas en su soldado. ¿Entiendes? A papá se lo llevaron y lo metieron en esa máquina. Yo ya no tengo

opción. Pero a ti, a ti te voy a mantener fuera de esa jaula, aunque sea lo único que logre en esta puta vida.

—¡No es una puta jaula, es poder! ¡Es respeto! Y tú me tratas como a un puto crio, joder —la voz de R.J. ardía de frustración—. Anoche podía haber demostrado de lo que soy capaz. Para nosotros... y para ellos.

—¿Demostrar? ¿Qué ibas a demostrar? ¿Que eres bueno siguiendo órdenes sucias? Cualquiera puede hacer eso, R.J. Lo difícil, lo que de verdad importa, es tener la cabeza fría. Y anoche, con la que estaba cayendo, lo último que necesitaba era un fanfarrón que quería impresionar al jefe. Necesitaba un profesional. Y tú eras una carga.

Tras esas duras palabras, sentí una punzada de lástima por R.J. Sabía que le habían dolido más que cualquier golpe, y la prueba fue el silencio que siguió, roto solo por el portazo que anunció su salida por la puerta principal.

De pronto, una mano me agarró por detrás y me atrajo hacia ella. El susto fue tal que sentí temblar mis piernas.

—Si Davis te hubiera visto... —me advirtió Maggie en voz baja, saliendo justo de la habitación de sus hijos—. ¿En qué estabas pensando, Jolene? ¿Quieres terminar en la calle?

—Lo siento, lo siento mucho —balbuceé.

Ella hizo un gesto para que bajara la voz y, sin soltar mi brazo, me llevó a la habitación de los niños y cerró la puerta.

—Solo quería saber si R.J. estaba bien —intenté explicarme.

—Siento que hayas tenido que pasar por esto —dijo mientras ayudaba a Vickie con su vestido—. Sé que fue una noche dura, pero no sabes cuánto te agradezco que cuidaras de los niños. —Hizo una pausa para abrochar los botones de Ryder—. Y Davis también te lo agradece, créeme.

Asentí, agradecida por sus palabras, pero sabía que había algo más detrás.

—Si Davis empieza a confiar y te pilla escondida en la escalera, te aseguro que no lo dudará, Jolene. Le dará igual el motivo —me dijo, poniendo una mano en mi hombro y bajando aún más la voz—. Piensa en ti antes de preocuparte por R.J. Ese chico tiene una maldita diana en el culo.

Apenas terminó de hablar, oí desde el patio el rugido del motor de su quad, que salía a toda velocidad hacia quien sabía dónde. Un nudo de preocupación se cerró en mi estómago, tan fuerte que casi me dejó sin aire.

Maggie, siempre consciente de la atmósfera pesada que flotaba en el aire, intentó aligerar el momento.

—¿Quién quiere tortitas de chocolate? —preguntó con una energía fingida pero convincente, dirigiéndose a los niños. Estos respondieron al instante, gritando emocionados mientras saltaban de sus camas.

Luego, girándose hacia mí, añadió con tono amable:

—Venga, vamos, la oferta también es para ti.

Su sonrisa era cálida y reconfortante, así que asentí de nuevo, devolviéndole una pequeña sonrisa tímida.

—Voy a darme una ducha rápida y bajo —dije, avergonzada de mi aspecto: la misma ropa del día anterior, arrugada por el sueño, y el pelo enmarañado. No era precisamente mi mejor versión.

—Claro, no tardes —respondió Maggie mientras salía con los niños—. Ah, y hay toallas limpias en el cesto —añadió con una expresión amable.

Bajo el chorro de agua, no pude evitar pensar en lo que Maggie me había dicho. Estar allí, en esa casa, había sido un milagro. Si metía la pata y terminaba en la calle, estaría perdida. ¿Qué sería de mí? Pero entonces, casi sin darme cuenta, negué con la cabeza.

Él no lo permitiría, murmuré para mis adentros. *Él cuidaría de mí.*

Ya lo había hecho antes. De un modo u otro, sabía que R.J. se quedaría a mi lado. Y yo quería que lo hiciera, aunque llevara esa maldita diana en el culo.

Al bajar, encontré a las chicas y los niños ya reunidos alrededor de la mesa del desayuno. Maggie revolvía una sartén con huevos mientras Lyndsey daba de comer a Mayra.

—Hoy iremos a la iglesia —anunció Lyndsey mientras daba pequeñas cucharadas de papilla a Mayra, quien reía encantada al ver cómo su madre hacía muecas graciosas para distraerla—. ¿Quieres venir? —me ofreció con amabilidad, asegurándose de que no me sentía excluida.

—Solías ir al primer servicio con tu tía, ¿verdad, Jolene? —preguntó Maggie sin apartar la vista del fuego.

—Sí. A la tía Ann le gusta llegar temprano para conseguir los asientos de adelante —respondí, con una añoranza que creía superada, pero que aún me envolvía en un vacío indescriptible cada vez que regresaban esos recuerdos.

—Bueno, en el primer oficio se sientan todas las cotillas oficiales. Por lo general, lo evitamos —intervino Lyndsey mientras limpiaba el babero de su hija.

—Entonces, ¿te animas? —insistió Maggie.

—¡Sí, ven, Jolene! —Vickie se acercó a tirarme del brazo, suplicante.

—En casa aún hay mucho que hacer. Debo limpiar la cocina y queda colada por tender. Creo que es mejor que me quede —respondí, haciendo que la niña pusiera cara de decepción.

Maggie se acercó y me entregó un plato con sus famosas tortitas de chocolate.

—No te vamos a obligar —me sonrió mientras yo tomaba el plato, aún caliente y con un aroma delicioso—. Pero no les des el gusto de verte recluida por sus mierdas. Tú no tienes que esconderte de nada, ¿entiendes?

No pude responder. Sabía que si lo intentaba, las lágrimas brotarían, y en ese momento no quería llorar. Solo deseaba quedarme allí, lejos del pueblo, de sus miradas, de las antiguas vecinas y amigas; lejos de un mundo que me juzgaría y condenaría sin siquiera saber todo lo que había vivido.

—Además, mamá después nos deja ir a la tienda del viejo McCormick a comprar helado —añadió Vickie, mirándome de nuevo con ojos suplicantes.

—Te hará bien salir —continuó Lyndsey—. Y nosotras estaremos contigo.

Con todos presionándome con la mirada, al final cedí y acepté, aunque en el fondo aquello me daba incluso más miedo que lo ocurrido la noche anterior.

El viaje fue breve, pero cada minuto que nos acercaba a la iglesia parecía alargarse eternamente.

Los niños cantaban y jugueteaban como de costumbre, felices no tanto por la misa como por el helado que seguiría después. Pero yo sentía que el aire dentro del coche se volvía irrespirable.

No había salido de la casa Baker desde que llegué, y aunque aquellas calles me eran familiares, ahora las veía con otros ojos.

Cuando finalmente llegamos y vi el edificio blanco con su campanario imponente, sentí cómo mi corazón comenzaba a latir con fuerza. La imagen de toda esa gente congregada fuera, charlando animadamente entre sí, hizo que mis piernas temblaran.

Aquel lugar, que en otro tiempo fue refugio de paz y seguridad, ahora se sentía como un escenario de juicio y rechazo.

—Tranquila, cariño —dijo Maggie, girándose hacia mí justo antes de abrir la puerta del coche—. Es solo la primera vez. La primera mirada duele, pero todo pasa. Y cuanto antes te enfrentes a ello, antes dejará de importarte. Recuerda que eres fuerte. Mucho más fuerte que ellos.

Inspiré hondo y bajé del coche con paso vacilante, esperando, contra toda lógica, que todo fuera mejor de lo que imaginaba.

Caminé con la vista fija en mis zapatos, intentando esquivar las miradas y controlar la respiración, pero sentía que avanzaba al borde de un abismo, a punto de caer en cualquier momento.

Hasta que alguien tocó mi hombro.

Me giré bruscamente, sobresaltada, y allí estaba él: Ethan.

26

Lo miré durante unos segundos, intentando asimilar si era real. Su aspecto era impecable, como siempre: el mismo pelo perfecto, la misma ropa impoluta. Me resultaba ajeno. Lo conocía, pero al mismo tiempo, no.

—Cuando te he visto, no me lo podía creer —dio un paso hacia mí con una sonrisa radiante. Yo retrocedí, y su sonrisa se desdibujó.

—Pues aquí estoy —soné fría, pero me daba igual. Aquella conversación solo servía para atraer miradas, justo lo que intentaba evitar.

—Pregunté a tu tía y no quiso decirme nada —continuó, frunciendo ligeramente el ceño—. Pero oí por ahí que estabas con los Baker… No me lo podía creer. —Sus ojos se desviaron hacia Maggie, que sostenía a Ryder contra su cadera, esperándome junto al resto de la familia. Al volver a mirarme, su expresión se intensificó —. Y ahora que lo veo, sigo sin poder creerlo. ¿Qué haces en esa casa?

—Lo que haga en ahí no es de tu incumbencia, ¿no crees? —Mis palabras rezumaban un rencor que creía olvidado, pero que resurgió al verle frente a mí.

Se notaba su nerviosismo: se secaba las palmas sudorosas en el pantalón una y otra vez, y apenas sostenía la mirada.

—Yo… Siento con toda mi alma no haber acudido aquella noche. —Su confesión me golpeó con la fuerza de un puño—. Sé que no es excusa, pero ver todo aquello me asustó… y no tuve valor para

enfrentarlo. —Sus ojos brillaban con una sinceridad que habría ablandado a la antigua yo. Pero esa Jolene ya no existía.

—Da igual. Ya no me importa. No quiero tus explicaciones ni tus excusas, Ethan —crucé los brazos, plantándome. No continuaría con aquella conversación.

Él me miró sorprendido, pero no se rindió. Dio un paso al frente, acortando la distancia, desafiando la barrera invisible que acababa de levantar.

—¿Han cambiado tanto las cosas en estas semanas como para que ni siquiera me dejes invitarte a un helado y que me cuentes qué ha pasado? —Su voz tenía un matiz de desesperación—. Durante este tiempo no he podido dejar de pensar en ti. Y si hubiera tenido las agallas, habría ido directamente a buscarte.

No lo odiaba por no haber venido aquella noche. Pero no podía evitar preguntarme: ¿habría sido diferente si él hubiera estado allí? ¿Habría tenido que enfrentar solo una fracción del infierno que Terry me hizo vivir?

—Ya, bueno. Podrías haber hecho muchas cosas que no hiciste, pero ahora es tarde —antes de darle la espalda, lo miré por última vez—. Déjame en paz, Ethan.

Al alejarme, su expresión se descompuso como un cristal golpeado. Pero no me volví para ver los pedazos. Porque mientras caminaba hacia Maggie y los niños, una parte de mí entendió la cruel ironía: Ethan seguía siendo el chico de camisa blanca y futuro brillante. Pero también un cobarde.

—¿Estás bien? —Maggie apoyó una mano en mi espalda, acercándome al grupo.

—Creo que sí.

Mentía. *No era por Ethan, sino por las miradas que se clavaban en nosotras, sin el menor disimulo.*

No eran desconocidos quienes cuchicheaban y señalaban. Eran personas que conocía: amigas que me habían felicitado en

cumpleaños, asistido a obras escolares, invitado a pijamadas. Todo eso, de pronto, se había borrado.

Apreté los puños con fuerza. La impotencia me recorría, era injusto. Yo seguía siendo la misma.

Entre las caras conocidas que pululaban entre el primer y el segundo sermón, alguien tiró con fuerza de mi brazo. Al girarme, unos brazos me rodearon de inmediato.

—Te he echado tanto de menos —escuché la voz de mi prima Nikol. Luego me miró con su rostro redondo y mejillas sonrosadas como las de un ángel—. ¿Dónde te habías metido?

La miré y no pude contener las lágrimas antes de volver a abrazarla.

—Yo también te he echado de menos —susurré, suplicando que aquel abrazo no terminara nunca.

—Pensé que me odiabas —dijo, con la voz cargada de dolor.

—¿Odiarte? —era imposible.

—Sí, por no hacer nada para que te quedaras en casa...

Ambas sabíamos que no habría podido evitarlo. Aun así, saber que ella también me había extrañado me reconfortó.

Entonces, entre la gente, apareció la tía Ann. Su mirada era un puñal envuelto en seda, y rápidamente apartó la vista.

—No es momento ni lugar —le dijo a Nikol en voz baja, tomándola del brazo para alejarla de mí.

—Me da igual lo que diga la gente, mamá. Es Jolene—. Nikol se soltó y se puso a mi lado.

—¿Quieres que tu padre te vuelva a abofetear? —Nikol se tensó al instante—. Entonces cierra la boca y vamos al coche. Por Dios, no montemos un espectáculo.

Nikol se acercó a su madre y me miró con los ojos llenos de lágrimas antes de despedirse con la mano.

—Estás más flaca —fueron las únicas palabras que me dedicó mi tía antes de irse, desapareciendo entre los coches.

Una avalancha de emociones contradictorias me golpeó con fuerza brutal: la pena me cerraba la garganta; la rabia y la desesperanza pesaban como plomo en el estómago.

Justo cuando sentía que el suelo cedía bajo mis pies, una manita cálida se deslizó en la mía: Vickie. Al mirarla, vi reflejados los ojos bondadosos de su madre y ese instinto protector que parecía heredar. Sin decir palabra, me recordaba que no estaba sola.

Apreté su mano con fuerza. Seguí caminando, paso a paso, hacia la iglesia. Sabía que no podía rendirme, sin importar cuánto doliera o cuánto intentara la vida derribarme. Debía aceptar las cosas como eran, aunque eso significara enfrentar verdades difíciles y realidades que no quería ver.

Nos instalamos en los bancos de la parte trasera de la iglesia, un lugar donde nunca antes había puesto el pie. Desde allí, el pastor Moore parecía más alto de lo que recordaba. Quizá fuera la distancia, o la luz del mediodía filtrándose por los ventanales.

—Hermanos y hermanas… —comenzó a hablar, y un silencio absoluto se apoderó de la sala.

Prosiguió con su sermón de siempre: Dios siempre con nosotros, la comunidad como pilar. Pero en ese momento, todo me sonaba a hipocresía. Observaba a aquellos feligreses asentir, convencidos de su bondad, mientras no dudaban en dar la espalda, criticar o menospreciar a los demás. R.J. siempre había tenido razón: eran unos cristianos de mierda.

—Y si uno de nosotros cae… los demás lo levantamos. Porque esta iglesia no es un edificio, ni un domingo, ni un pastor. Somos nosotros. Y mientras tengamos fe… mientras tengamos la voluntad de ayudarnos… ningún camino será imposible.

Casi me río. Ninguno de aquellos presentes levantaría a nadie; como mucho, lo hundirían más.

Pero entonces giré la cabeza y vi a Maggie. También ella asentía, revelando una fe absoluta en esas palabras. Lyndsey, que intentaba calmar a su bebé en brazos, miraba al pastor de vez en cuando y asentía. Algo cambió en mi interior: quizás el pastor no estaba tan equivocado. Quizás era yo quien había mirado en el lugar incorrecto.

—Que Dios los bendiga esta semana. Y que el Señor ilumine sus caminos, los rectos, los polvorientos, los que se sienten solos, y les dé fuerza para seguir andando. Amén.

—Pensé que no se iba a callar nunca —susurró Adrien a Vickie.

—Sí, yo quiero mi helado —respondió ella con una naturalidad tan directa que me arrancó una risa.

Salimos por la puerta entre los mismos cuchicheos y miradas que al entrar, pero para mí ya nada era igual.

Frente a la tienda del viejo McCormick, bajo un sol que comenzaba a ser abrasador, el helado era un refugio perfecto.

Ryder había pedido uno de chocolate. A pesar de las dudas iniciales de Maggie, finalmente cedió, y sus peores temores se cumplieron: la cara y la ropa de domingo del niño quedaron embadurnadas. Pero a él no parecía importarle; sonreía mientras el chocolate se derretía entre sus dedos.

—¿Me das un poco del tuyo? —me pidió Vickie—. Yo te doy del mío, tranquila.

—Claro, podemos intercambiar —respondí, entregándole mi polo de limón a cambio del suyo de fresa.

—¡Bien! Ahora tendré la lengua de dos colores —sacó la lengua, completamente roja, orgullosa de su logro.

—Que poca vergüenza tiene —oí claramente la voz de Brandy, una de mis antiguas amigas del instituto.

Me di la vuelta. Estaba junto a Devin, una víbora que incluso en la confianza solía ser cruel.

—¿Tenéis algo que decir? Decídmelo a la cara, si sois tan valientes —mi voz sonaba segura, pero por dentro todo me temblaba.

—No, Jolene, nada. Solo que no entendemos cómo cambiaste al perfecto Ethan por, bueno… un Baker… —sus palabras me llenaron de rabia. Apreté los puños con tanta fuerza que temí que mis uñas al clavarse me hicieran sangrar.

—Antes de hablar de cualquiera de esa familia, lavaos vuestra maldita boca —dije, conteniéndome para no abalanzarme sobre ellas.

Mi indignación solo parecía alimentar sus sonrisas burlonas, y sentía que empezaba a perder el control.

—¿No tenéis nada mejor que hacer? —una voz familiar resonó a mis espaldas. Era Ethan.

Al instante, la expresión de las dos arpías cambió por completo. Sus rostros se sonrojaron y aquellas sonrisas estúpidas se desvanecieron.

—No, no lo entiendes, te estábamos defendiendo, Ethan…

—No necesito defensa. Lo que sí me gustaría es que os metierais en vuestros asuntos, si es que tenéis alguno —la firmeza en su voz las hizo disculparse y retirarse, avergonzadas.

—Yo tampoco necesito que me defiendan —le recordé.

—Jolene, solo te pido una oportunidad —Ethan hundió las manos en los bolsillos—. El verano se acaba y no quiero irme del pueblo sabiendo que lo hice todo mal. Déjame compensarte, por favor.

—No hay nada que compensar, ya te lo he dicho —hablar con él me resultaba incómodo, como si estuviera traicionando a R.J. Ya tenía suficientes problemas como para darle más dolores de cabeza.

—Quiero invitarte a las fiestas de Fort Stockton —continuó, con un tono más animado—. La semana que viene es el gran Rodeo. Concurso de barbacoa, feria… sin duda el mejor día del Pecos

County Fair —. Sus dedos se agitaban nerviosos contra los muslos antes de bajar la mirada.

—No, no es buena idea —corté en seco. Mi tono se suavizó; valoraba su intento, pero era poco y llegaba tarde.

Ethan no se rindió. Respiró hondo, como reuniendo valor.

—Sí que lo es —insistió, con firmeza—. Podría invitar a tu prima para que estuvierais juntas. Esa puede ser mi manera de compensarte.

El mundo pareció detenerse. Nikol. Mi prima, mi hermana del alma, mi compañera de travesuras desde que éramos niñas. La posibilidad de verla, de abrazarla, de explicarle todo… era un anzuelo demasiado tentador.

—Mis tíos no la dejarán venir si voy yo —dije, sintiendo cómo la esperanza se escurría entre mis dedos.

—No tienen por qué enterarse —respondió en voz baja, pero optimista—. Estoy seguro de que si la deja ir conmigo… después puedo pasar a buscarte. Podríamos pasar los tres un día estupendo.

Las imágenes se sucedieron en mi mente: las luces de la feria, la música, la barbacoa humeante… y sobre todo, la sonrisa de Nikol. Era una oportunidad para recuperar, aunque fuera un pedazo de lo que había perdido. Quizás, si se lo explicaba a R.J. con cuidado, podría entenderlo.

—Bien —accedí al final, con una sonrisa que iluminó mi rostro—. Entonces, nos vemos la semana que viene.

Algo en mi interior me advertía que aquello no era buena idea, que complicaría aún más las cosas. Pero la posibilidad, por remota que fuera, de tener un día de mi antigua vida, de volver a ver a mi prima lejos de las miradas acusatorias, me llenaba de felicidad. *Solo esperaba que la reacción de R.J. no fuera… demasiado R.J.*

27

Sentados alrededor de la mesa del comedor, los tenedores chocaban contra los platos con un tintineo anormalmente discreto. Hasta los niños, normalmente bulliciosos, comían en silencio, intercambiando miradas furtivas.

—Esta semana sigues tú en la gasolinera —dijo Davis, dirigiéndose a Luke, cuya expresión se endureció al instante—. Quiero a R.J. lejos de ahí.

—No hay problema… Pero, ¿crees que el sábado podría ir al rodeo del Pecos County Fair? —preguntó, intentando mantener un tono casual.

Davis alzó la vista con una mirada gélida. Su rostro se tensó visiblemente, con los músculos de su mandíbula marcándose bajo la piel. Luke, consciente de lo que se avecinaba, trató de adelantarse:

—No sería por mucho tiempo, vamos… Sabes que compito todos los años. No me jodas, Davis.

Pero fue demasiado tarde. Con un movimiento brusco, Davis golpeó la mesa con el puño. Los platos vibraron y todos nos quedamos inmóviles. El sonido retumbó en la habitación como un trueno.

—¡Me importa una mierda el rodeo, Luke! Si digo algo, hazlo. Eso es lo único que espero de ti.

El impacto de sus palabras cayó como un peso muerto. Davis siempre había sido serio, pero nunca lo habíamos visto hablar con esa frialdad cortante.

A mi lado, R.J. soltó una risilla mientras se acomodaba en la silla, abriendo las piernas y apoyando el brazo en el respaldo de la mía.

—¿Y qué trabajo tiene para mí esta semana el gran jodido Perrazo? —cada palabra goteaba ironía.

—No me toques los huevos, o te cerraré esa bocaza —lo amenazó Davis, no solo con palabras, sino con la mirada.

Llevaban una semana en ese juego de provocaciones, y era extraño que no hubiera escalado a algo mayor.

—Que te jodan, Davis. No te tengo miedo —R.J. se incorporó desafiante, apoyando los codos en la mesa.

La tensión se elevó hasta el punto de que vi a Maggie posar su mano sobre el brazo de Davis, intentando apaciguarlo.

—Ya es suficiente. Si queréis mataros, me parece estupendo, pero no sobre la comida que he preparado ni bajo el techo donde están los niños —su voz trajo un momento de cordura.

El resto de la comida transcurrió en un silencio incómodo, solo roto por el sonido de los cubiertos. Observé a Luke juguetear con los guisantes, su decepción tan palpable que casi podía saborearse.

Mientras, yo no podía dejar de pensar en cómo decirle a R.J. lo de mi cita con Ethan y Nikol para el rodeo. Lo había intentado durante toda la semana, pero entre las discusiones constantes y sus ausencias, no había encontrado el momento. *Cuanto más lo posponía, peor sería el resultado.*

Mantuve la mirada fija en mi plato, moviendo la comida sin apetito, mientras mi mente buscaba desesperadamente la manera de abordar el tema sin desatar otra tormenta en una casa que ya parecía al borde del colapso.

Cuando los hombres terminaron de comer y abandonaron el comedor, me preparé para recoger la mesa junto a Maggie y Lyndsey, como de costumbre. El silencio en la casa era reconfortante, aunque sabía que sería breve: tarde o temprano, el caos infantil volvería a adueñarse de todo.

—¿Os importa terminar vosotras? —preguntó Maggie de repente, con la voz apagada por un cansancio poco habitual. Se llevó una mano a la sien—. Llevo con dolor de cabeza desde esta mañana. Necesito tumbarme un rato antes de que esto se convierta en un caos otra vez.

—Claro, no hay problema —respondió Lyndsey con una sonrisa comprensiva mientras colocaba tazas en la bandeja. Su mano se deslizó instintivamente hacia su vientre—. Voy poco a poco, ya sabes cómo es esto —añadió con una risa ligera, aunque noté el esfuerzo que le costaba mantenerse erguida. No era para menos, con lo avanzado de su embarazo.

—No te preocupes —dije con firmeza—, ya casi hemos terminado.

Maggie nos dedicó una mirada agradecida antes de desaparecer escaleras arriba.

Lyndsey, exhausta, se dejó caer en una silla con un suspiro.

—No la culpo —murmuró, más para sí que para mí—. Cuando Davis está de mal humor, chupa toda la energía de la casa... y ella siempre lleva la peor parte.

Asentí en silencio. Davis tenía esa capacidad de llenar cualquier espacio con su tensión, como una tormenta invisible que todos sentían pero nadie podía evitar.

—Para eso estamos nosotras, para ayudarla —le dije, acercándole un vaso de agua.

Entonces, Lyndsey me miró con una sonrisa pícara que iluminó su rostro por un instante.

—Y dime, cambiando de tema... ¿Qué os traéis tú y R.J.? —preguntó, clavándome una mirada curiosa que hizo que mi corazón diera un vuelco.

—¿A qué te refieres? —fingí inocencia, aunque sentí el calor subiéndome a las mejillas.

—Vamos, no me vengas con esas —replicó, inclinándose hacia adelante con aire conspirador—. Pensé que solo era cosa de él, pero veo que a ti también te gusta.

—No lo sé... —suspiré, dejando caer los hombros—. Ni siquiera entiendo lo que hay entre nosotros. Es... complicado.

Lyndsey asintió lentamente, revelando en su mirada que mis palabras no hacían más que confirmar sus sospechas.

—Bueno, un consejo —dijo con seriedad repentina—: no lo provoques. Llevo mucho tiempo aquí, y te aseguro que tiene el peor temperamento de todos. Puede ser terco, frío y, cuando quiere, un auténtico cabrón.

No era ninguna revelación. Ya había visto cómo sus palabras podían convertirse en dagas, cómo su mirada se oscurecía y su voz se volvía cortante.

—Te lo digo por lo del chico del pastor —continuó, bajando la voz —. Lo vi acercarse al coche de Maggie cuando fuimos a la iglesia. Si te relacionas con él, vas a desatar un volcán.

Respiré hondo antes de responder.

—Entre Ethan y yo ya no hay nada —comencé a explicarme—. Bueno, hubo algo al principio del verano... Nos besamos un par de veces, pero después de todo lo que he pasado, no quiero continuar con eso.

Lyndsey me miraba fijamente, entre confundida e intrigada.

—Entonces, ¿qué quería?

—Disculparse. No manejó bien las cosas y se siente culpable. Me invitó a la feria del miércoles en Fort Stockton.

—Y le dijiste que no, ¿verdad?

—Sí, claro... pero... —titubeé, sintiendo un nudo en la garganta.

—¿Pero...? —sus ojos se abrieron como platos.

—Dijo que no sería una cita, que llevaría a mi prima Nikol y que podría pasar el día con ella —confesé, con la voz quebrada—. La echo tanto de menos... Ha sido mi mejor amiga desde siempre. Así que al final accedí.

Lyndsey me miró con fijeza, en un intento de asimilar mis palabras.

—Creo que si se lo explico así, R.J. lo entenderá —añadí, aunque me sonaba poco convincente.

Ella soltó una carcajada breve e irónica.

—No, no lo entenderá. Se enfadará y montará una escena. Y cómo están las cosas ahora, no me parece buena idea, Jolene.

—¿Entonces qué hago? —pregunté, con la frustración ardiéndome por dentro—. ¿Pierdo la única oportunidad de ver a la única familia que me quiere? Lyndsey. Jamás faltaría al respeto a esta familia, se lo debo todo... pero necesito verla.

Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas. Intenté secarlas con el dorso de la mano, pero eran demasiadas. Entonces, Lyndsey se levantó y me abrazó con fuerza.

—Sé cómo te sientes —susurró, acariciándome el pelo—. Es duro no saber dónde pisas. No tengo todas las respuestas, pero... díselo. Tantea el terreno. Y si es tan importante para ti... hazlo.

Su sonrisa fue pequeña pero sincera y por un momento, pude respirar un poco mejor.

Después de ayudar a Lyndsey, y antes de que el sol terminara de ocultarse, me acerqué a R.J. en el patio trasero. Inclinado sobre el motor de su quad, con un cigarrillo colgando de sus labios y las manos manchadas de grasa, ajustaba algo con la llave inglesa. Sus vaqueros, algo holgados, dejaban ver la cinta de sus calzoncillos de cuadros.

Respiré hondo, reuniendo el valor para abordarlo.

—Hola —dije, intentando que sonara casual.

Él me miró de reojo, clavándome sus ojos grises. Por un instante, vi en ellos sorpresa y curiosidad.

—¿Qué te trae por aquí, enana? ¿Ya me echabas de menos? —Su tono era burlón. Apoyó la mano en mi cabeza y me despeinó con suavidad.

—¿Dónde están los demás? —pregunté, mirando alrededor.

Su expresión se endureció. Dio una calada al cigarrillo y exhaló el humo con fastidio.

—Con Davis. Está en plan gilipollas —masculló, apretando la llave con fuerza—. Si por una vez me hiciera caso... pero el muy cabrón se cree el rey del mundo. —La rabia en su voz era palpable. Dudé si era el momento de hablar, pero entonces esbozó una sonrisa pícara —. Da igual. Tarde o temprano se dará cuenta de que, si quiere que esto funcione, tendrá que contar con R.J.—Su tono ahora era arrogante, seguro, como si supiera algo que los demás ignoraban. Esa chispa en sus ojos me devolvió el ánimo para continuar la conversación.

—¿Y qué le pasa al quad? —señalé el motor abierto.

—Nada. Solo le meto unas piezas nuevas. Ahora irá como una bala. ¿Quieres probarlo? —Sus ojos brillaban.

—No sé… —vacilé.

—Venga, no seas gallina —insistió—. Te prometo que me portaré bien. —Hizo el gesto de un scout, tan exagerado que no pude evitar sonreír.

—Está bien, pero despacio. Y por la carretera, nada de tierra ni saltos…

Antes de que terminara, comenzó a imitar mi voz con tono quejumbroso.

—¡En serio, R.J.!

—Que síííí —gruñó.

Me monté detrás, rodeando su cintura con timidez. Era la segunda vez, pero ahora todo era distinto.

En cuanto arrancó, salimos disparados. El viento me azotaba el pelo y el paisaje se desdibujaba a nuestro alrededor.

—¡Te dije que no fueras tan rápido! —grité, enterrando la cara en su espalda. Sentía el calor de su cuerpo a través de la camisa y, aunque no quería admitirlo, disfrutaba de aquel contacto.

—Vale, vale, no te pongas a lloriquear —dijo, reduciendo un poco la velocidad.

A pesar del miedo, la sensación era embriagadora. Bajo aquel cielo estrellado, con la carretera extendiéndose ante nosotros, me sentía viva. Sonreí, sintiendo cómo cada fibra vibraba con la adrenalina.

Hasta que, por supuesto, ignoró todas mis advertencias.

Giró bruscamente hacia un terreno irregular, lleno de baches y piedras. Los saltos me sacudían, obligándome a aferrarme a él entre risas y protestas. Finalmente, se detuvo en medio de la nada, iluminados solo por la luz plateada de la luna. A lo lejos, las luces del pueblo parpadeaban como luciérnagas.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté, sin aliento, mientras él se bajaba y se estiraba con satisfacción.

—No sé, me mola este sitio por la noche —encendió otro cigarrillo —. Me gusta lo silencioso que es.

Levanté la vista hacia el cielo, contemplando la inmensidad de las estrellas, más de las que jamás había visto.

Se acercó y se apoyó en el quad, a mi lado. Su mirada era intensa, decidida a leer cada uno de mis pensamientos. Agradecí que la oscuridad ocultara mi rubor. Sentía el corazón latir con fuerza, bombeando sangre a un ritmo frenético.

Sin decir palabra, apartó un mechón de mi pelo rebelde y lo colocó detrás de mi oreja. Su tacto era suave, pero cargado de

intención. Pasó el dorso de la mano por mi mejilla, acariciándola con una ternura que no le conocía. Todo mi cuerpo se estremeció. Cuando sus dedos se detuvieron en mi barbilla, el tiempo pareció ralentizarse.

Mientras mi mente intentaba asimilarlo, R.J. se acercó lentamente. Su aliento era cálido en mi piel, con un leve aroma a tabaco y gasolina. Atrajo mi rostro hacia el suyo hasta que nuestros labios se encontraron.

El beso fue una descarga. Al principio, lento y exploratorio. Luego, se volvió más profundo, más urgente. Sus labios, cálidos y exigentes, se movían contra los míos con una intensidad que me hizo perder el control. Mis manos se aferraron a su cuello, atrayéndolo hacia mí, mientras él enterraba los dedos en mi cabello.

Cada roce, cada suspiro compartido, enviaba oleadas de calor por mi cuerpo. No existía nada más que él y el latir sincronizado de nuestros corazones.

Al separarnos, el aire vibraba con una electricidad nueva. Sus ojos, brillantes como una tormenta, me estudiaron.

—Joder —murmuró, con su rostro aún cerca del mío—. Esto va a complicarse.

Y supe, con certeza absoluta, que tenía razón.

28

No podía dormir. Tumbada en la oscuridad, me llevé los dedos a los labios y creí sentir todavía los suyos, ese contacto que persistía como un latido sordo.

Una sonrisa se me escapó, pero se tornó amarga al recordar la feria. Y a Ethan.

Me levanté de un salto y abrí la ventana de par en par. El aire del desierto, caliente y seco, me golpeó el rostro. Apoyada en el marco, pesé mis opciones. Deseaba con locura ver a Nikol, y comprendía que Ethan solo buscaba redención. Pero R.J. se enfurecería, y lo que fuera que estuviéramos construyendo saltaría en añicos. La sola idea de perderlo ahora, cuando por fin lo sentía tan cerca, me oprimió el pecho con un dolor agudo.

Miré las estrellas, las mismas que nos habían cubierto poco antes de nuestro beso, y tomé una decisión: por la mañana cancelaría todo con Ethan. Aunque anhelaba ver a mi prima, la feria no era más que un espejismo. No sacrificaría lo que tenía con R.J. por un solo día.

De pronto, un fogonazo iluminó la lejanía, seguido de un estallido seco.

Mi cuerpo reaccionó antes que yo. Di un respingo cuando un segundo disparo desgarró la noche, esta vez con un destello anaranjado que reveló el terreno cerca del taller. ¿Qué diablos pasaba ahí fuera?

No era la única que lo había notado. La luz del porche se encendió de golpe. Erick apareció primero, ajustándose a toda prisa

las gafas. Detrás, R.J. salió como un rayo, moviéndose con una urgencia que delataba la gravedad de la situación. Luke los siguió, frotándose los ojos con una calma que contrastaba grotescamente con el momento.

Mi mirada saltó entre ellos, buscando en vano a Davis y a Dic. Esa ausencia hizo saltar todas las alarmas. *¿Serían ellos los responsables de los disparos?*

Los hermanos permanecieron inmóviles unos segundos, escudriñando la oscuridad. Pero R.J. captó toda mi atención: pivotaba sobre sus botas como un animal enjaulado, y en su cinturón brillaba el metal de una pistola. Por la forma en que Erick mantenía una mano tras la espalda, estaba segura de que no era el único armado.

Dos nuevos disparos, gemelos en su violencia. Esta vez, no hubo vacilación.

Erick corrió hacia uno de los coches y lo arrancó con un rugido. Luke se subió con rapidez sorprendente. Pero R.J. no esperó: antes de que la camioneta terminara de arrancar, ya montaba su quad. El vehículo escupió gravilla al acelerar hacia la puerta, desapareciendo en la noche como un espectro.

Verlo irse así, directo hacia el peligro, me encogió el corazón. Su temeridad, esa maldita tendencia a enfrentar cada amenaza como si la muerte fuera un juego, me dejó sin aire. La mente me traicionó con imágenes: R.J. desplomado, sangrando, sin vida...

No.

Apreté los puños contra el marco de la ventana. *La sola posibilidad era insoportable. Por primera vez, entendí con cruel claridad lo que significaba querer a alguien que siempre elige la tormenta*.

Me dirigí a la puerta y me detuve, con la mano en el picaporte. Sabía que no debía bajar, que me habían pedido que me mantuviera alejada. Pero... era R.J.

Así que abrí y salí. Prefería enfrentar las consecuencias que volverme loca entre cuatro paredes.

Al bajar, descubrí que no era la única inquieta. Maggie preparaba café en la cocina con movimientos tensos. Lyndsey, sentada en el sofá, tenía la mirada clavada en la oscuridad tras la puerta de cristal del patio, como esperando que algo emergiera de aquel vacío.

—No deberías estar aquí —murmuró Maggie sin levantar la vista —. Será mejor que subas.

Negué antes de que terminara, con los pulmones oprimidos por la angustia.

—Sé que no debo preguntar —dije con urgencia—, pero no aguanto encerrada en esa habitación sabiendo que R.J. está en peligro. Mis nervios me devorarán viva.

—Pues si piensas quedarte en esta familia —añadió tras una pausa, con voz grave—, más te vale acostumbrarte a esta condenada sensación.

Dejó la taza con tal fuerza que el café saltó sobre el mármol.

—Hace rato que no se oye nada —observó Lyndsey, sin apartar los ojos de la puerta—. Quizá lo hayan resuelto.

Justo cuando empezaba a aferrarme a ese hilo de esperanza, un nuevo disparo desgarró la noche. Distinto esta vez: un eco prolongado, rematado por un grito.

Nos quedamos paralizadas. Nuestras miradas se cruzaron en un instante eterno de terror. Nadie habló, pero no hacía falta. Implorábamos en silencio que aquel sonido no perteneciera a ninguno de los Baker.

Después, nada. Solo silencio. Permanecimos inmóviles, esperando una señal de que estaban bien, un indicio cualquiera de que seguían con vida.

Hasta que, de pronto, escuché el rugido del quad de R.J., seguido por el sonido familiar de la furgoneta deteniéndose frente a la casa.

Llegaron tan rápido que una nube de polvo los envolvía.

Bajaron del coche a toda prisa… y entonces lo vi. No venían solos. Davis y Dic arrastraban a un hombre entre los dos, y por un segundo me quedé clavada en el sitio, sin poder dar crédito a lo que estaba viendo. Todo era un caos. Había sangre por todas partes, tanta que el estómago se me revolvió y no supe ni de quién demonios era. Pero no hacía falta pensarlo mucho: el hombre que traían —moreno, de rasgos mexicanos marcados— colgaba como un muñeco roto, inconsciente… o algo peor.

—Joder… ¿pero qué coño ha pasado? —alcancé a oír que soltaba Maggie mientras corría a abrirles la puerta del patio.

Entraron a trompicones, sin aire, sin pausa, sin perder un segundo.

—¡Despejad la mesa del comedor! —bramó Davis, sujetando al hombre que casi se le resbalaba entre los brazos.

Maggie no dudó ni un instante. Con un manotazo lo apartó todo: platos, cubiertos, lo que hubiera; todo salió volando mientras yo apenas podía moverme del impacto.

Davis y Dic depositaron al herido sobre la madera como buenamente pudieron. Fue entonces cuando me fijé en sus camisetas: empapadas, salpicadas de la misma sangre que empezaba a gotear sobre el suelo y a extenderse sobre la mesa.

El mundo pareció encogerse en cuanto lo vi cruzar la puerta. Con el corazón encogido corrí hacia R.J., aferrándome a él con una fuerza casi desesperada, como si temiera que fuera a desvanecerse otra vez ante mis ojos.

—¿Estás bien? —pregunté ahogada, buscándole la mirada, tratando de encontrar en su rostro cualquier rastro de dolor o herida.

Pero él estaba ido, atrapado en una oleada de adrenalina tan brutal que apenas parecía verme. Solo asintió, rápido, mecánico, y se soltó de mi agarre para dirigirse directamente hacia sus

hermanos, dejándome con el pulso desbocado y la piel todavía temblando.

—¡Arriba! —me ordenó Davis, lanzándome una mirada feroz.

—Yo también me voy —murmuró Lyndsey, suplicante, llevándose instintivamente las manos al vientre—. La sangre me pone… enferma, no puedo… de verdad que no puedo. —Su voz temblaba; por mucho que intentara mantenerse firme, estaba claro que aquella escena la sobrepasaba.

—¡Que alguien me traiga el costurero y toallas! —escuché a Maggie por encima del caos. Estaba presionando la herida del desconocido con lo que parecía ser la camisa de Dic, ahora completamente roja, empapada hasta el cuello.

Todos la miraron, paralizados, sin moverse ni un centímetro.

—¡Joder, vamos! —gritó, al borde del pánico. Luego me señaló con la mirada—. Jolene, mi costurero. Ahora.

Miré a Davis, incapaz de mover un solo músculo sin que él lo permitiera.

—Joder, venga, ¿no la has oído? —bufó, impaciente.

Con eso bastó.

Corrí tan rápido como pude. Entré en el baño, abrí el armario y agarré el costurero que Maggie había pedido. Lo tomé junto con varias toallas limpias y volví sin perder un segundo.

Pero al cruzar el umbral del salón, el golpe visual me detuvo en seco.

La escena era un remolino de voces, sangre y movimiento desordenado. Maggie estaba encorvada sobre el hombre, sus manos presionaban la herida con tanta fuerza que sus nudillos habían perdido el color.

Davis sostenía al herido por los hombros para mantenerlo inmóvil, pero incluso inconsciente su cuerpo se agitaba con espasmos involuntarios.

Dic daba vueltas alrededor sin saber dónde ponerse, respirando rápido, como si estuviera a punto de desmayarse o de golpear algo. Erick pedía luz, más luz, señalando con brusquedad mientras Luke trataba de enchufar otra lámpara.

Y en medio de ese caos, Maggie levantó la vista hacia mí, con el rostro bañado en sudor y manchado de rojo, y extendió una mano ensangrentada.

—Jolene —dijo con calma—, dámelo ya.

Mis piernas se movieron antes de que yo lo decidiera. Todo en mí gritaba que no estaba hecha para ver algo así… pero allí estaba.

—Tranquila, ven —me guió las manos hasta las toallas—. Aguanta fuerte. No sueltes.

Apreté. La sangre caliente se filtraba entre mis dedos. Quería mantenerme firme, pero mis manos no dejaban de temblar.

Maggie deslizó unas tijeras de punta fina junto a mí. Tomó un cinturón y lo enrolló con precisión alrededor del muslo de aquel hombre.

—Jolene, mírame. —Mis ojos iban de la sangre a su rostro, hasta que me sujetó la barbilla con firmeza—. Voy a hacer un torniquete. En cuanto lo cierre, tú cortas el vaquero. ¿Entiendes?

—Yo… no sé si podré —balbuceé.

—Sí que podrás. Estoy segura, cariño. Pero hazlo rápido, ¿de acuerdo?

No hubo tiempo para más. Maggie tensó el cinturón de un tirón seco. Davis inmovilizó al hombre, que soltó un alarido. Y entonces yo clavé las tijeras en la tela mojada. Resbalaba, cedía, hasta que por fin noté el desgarro. Lo había conseguido.

—El whisky —ordenó ella.

Luke le pasó la botella y Maggie la descargó sobre la herida sin miramientos. El hombre gimió entre dientes.

Examinó la carne abierta y una sonrisa leve le cruzó el rostro. Luego me miró a mí, todavía paralizada, como si todo fuera un sueño lejano.

—Es de salida y entrada. Eso es bueno —explicó—. Ahora necesito que presiones aquí arriba mientras yo trabajo del otro lado. ¿Lista?

Asentí. Y esta vez, mis manos no vacilaron.

La tensión en la sala iba más allá del herido que agonizaba. Las voces de los hermanos Baker estallaron en un conflicto que llevaba semanas gestándose.

Davis se plantó frente a Dic, con el dedo índice clavado en el aire como un arma.

—¡Maldita sea, Dic! —rugió en un susurro forzado—. Si no hubieras sido tan descuidado, ese cabrón no habría salido del taller. Sabías lo que estaba en juego.

Dic alzó las manos en un gesto defensivo, pero sus ojos destellaban resentimiento.

—¿Mi culpa? —replicó, alzando la voz—. Llevo toda la maldita semana ahí, ¡como un puto carcelero! Maldita sea, Davis, yo no acepté esta mierda.

—¡Ya lo ves, joder! —R.J. se metió de golpe en la conversación, con la voz cargada de desprecio—. Te lo dije, Dic no tiene los huevos para hacer el trabajo sucio. Es un mierda.

—¿Ah, sí? ¿Y tú qué coño habrías hecho, supermán? —le espetó Dic con sorna.

—Pues primero, no ser tan subnormal como para que un tipo atado me partiera la puta cabeza —R.J. le soltó en la cara, cada palabra como un latigazo—. Eras tú el que llevaba la pistola, capullo, ¡y fue a ti a quien se la quitó de las manos! ¿Tan inútil eres?

—R.J., ¡que te calles la puta boca! —Davis le cortó con una mirada que podría haber perforado acero—. Precisamente por esto

no te quiero cerca. Porque no sabes cuándo parar.

R.J. soltó una risa corta, seca, cargada de toda la frustración que llevaba acumulando. Dio un paso al frente, desafiante, invadiendo el espacio de Davis.

—¿Que no sé parar? —replicó, con los puños tan apretados que le temblaban los brazos—. Tú eres tan gilipollas que no ves ni la mierda que tienes delante.

Antes de que Davis pudiera devolverle el golpe, R.J. ya se había girado y salido de la habitación. Lo vi ir al patio trasero, encender un cigarrillo con manos que apenas podían sostener el mechero. Bajo la luz de la luna, su perfil estaba tallado en pura rabia, con aquellos ojos grises convertidos en hielo.

Quise correr tras él, envolverlo entre mis brazos, decirle sin palabras que no estaba solo. Conocía esa furia: era el disfraz que usaba cuando el dolor le ganaba. Pero mis manos no se movieron, clavadas sobre las toallas empapadas de rojo. Debía quedarme con Maggie. No podía fallarle.

Cambié compresas, sostuve las gasas que ella hundía en la carne desgarrada, vertí el whisky sobre la herida cuando me lo indicaba. Me sumergí tanto en cada movimiento que el resto del mundo dejó de existir.

Finalmente, Maggie se enderezó. Se limpió las manos en un trapo ya rojo y respiró hondo, como quien resurge de una batalla.

—Está estable. Por ahora —anunció, con la mirada fija en el hombre—. Pero necesitará un médico. Esto solo fue un parche.

Al oír sus palabras, sentí que mis manos empezaban a temblar. La adrenalina se retiraba, dejando un ardor en mis palmas y la sangre seca bajo mis uñas como un recuerdo que ya no se borraría.

Contemplé a Maggie con una admiración distinta. No solo por lo que había hecho, sino por la ferocidad con la que había sostenido la vida de un desconocido con sus propias manos, sin vacilar un segundo.

Ella levantó la mirada, y por un instante vi todo el peso del miedo, del cansancio y de la responsabilidad que llevaba encima… antes de que lo ocultara de nuevo.

—Lávate las manos, cariño —fue lo único que dijo.

Pero ya era tarde. Nada podía lavarme lo que acababa de vivir.

Me aparté unos pasos, sintiendo el mundo regresar en golpes sordos: el zumbido de la nevera, el tic-tac del reloj, el murmullo del desierto. Todo seguía girando, como si nada hubiese pasado, mientras dentro de mí algo se reacomodaba para siempre.

Aquella noche había cruzado una línea invisible.

29

Frotaba mis manos bajo el agua, enjabonándolas con furia hasta que la piel enrojeció. Al alzar la vista al espejo, el corazón me dio un vuelco: gotas de sangre salpicaban mi rostro. Empapé un trapo y restregué mi piel con la misma desesperación.

Desde la cocina, la voz de Davis se filtraba a través de la puerta entreabierta.

—Warren. Davis Baker. Necesito que vengas. Tenemos una... pérdida grave de líquido de motor. Del tipo que no puede esperar.

No hablaba de aceite, sino del hombre que agonizaba en la mesa.

—Del que imaginas. Trae el maletín completo —concluyó antes de colgar de un golpe.

Respiré hondo frente al espejo, reuniendo valor para volver al caos.

Al abrir la puerta del baño, el murmullo urgente de voces me alcanzó como una oleada fría.

Davis clavó los ojos en Dic y Luke, con la mandíbula apretada de puro cansancio.

—Vosotros dos —señaló con un gesto brusco de cabeza—, a vaciar el cobertizo. Que no quede ni una mierda. Cuando Warren pise esta casa, quiero ese agujero listo.

Ni se les pasó por la cabeza discutir. Con un gruñido de asentimiento, Dic y Luke salieron hacia el patio, pisando recio.

R.J., que seguía en la puerta con los brazos cruzados, soltó un bufido de incredulidad.

—¿En serio, Davis? ¿El cobertizo? Está a dos putos pasos de la casa. Es meter a la serpiente en el nido, joder.

Davis se volvió hacia él, con la paciencia hecha añicos. Con un gesto frío, señaló al mexicano desplomado sobre la mesa.

—Míralo, R.J. —escupió las palabras—. ¿Ves? No va a levantarse ni aunque le echen agua hirviendo. Con suerte, el Doc le saca el pasaporte para el otro barrio sin que nos toque a nosotros hacer de sepultureros. Así que deja de dar por culo y hazte útil o lárgate de mi vista.

La crudeza de las palabras de Davis surtió efecto. R.J. tragó seco, la rabia chocando contra la imagen del hombre medio muerto. No dijo nada más, pero tampoco se movió de su puesto, clavado en el umbral como un perro guardián.

Maggie alzó la voz con precisión quirúrgica, cortando la tensión del ambiente.

—¡Jolene! Ven, cariño —su gesto me urgió a acercarme.

Me acerqué evitando mirar al hombre ensangrentado sobre la mesa.

—Los chicos están vaciando el cobertizo. Necesito que me ayudes. Escúchame bien —sus palabras eran una lista rápida de instrucciones—. Coge todas las mantas viejas del armario del pasillo. Ve al garaje y trae el calentador eléctrico grande. Y la lámpara potente con cable de extensión, la que usan para el taller.

Asentí, memorizando cada palabra.

—Luego, en la cocina, llena el barreño grande con agua bien caliente y échale jabón. Trae todos los trapos limpios que haya. Y un cubo vacío. ¿Entendido?

Yo asentí de nuevo y corrí a cumplir su mandato tan rápido como pude. Los demás se movieron también, cada uno con su tarea asignada.

Mientras subía las escaleras hacia el piso de arriba, vi cómo Maggie se acercaba a Davis. Sus palabras eran bajas, casi susurradas, pero pude captar fragmentos sobre "honorarios" y "condiciones".

En el pasillo superior, la puerta entreabierta de Lyndsey me mostró una escena íntima: Erick la abrazaba por detrás, con manos protectoras sobre su vientre, mientras contemplaban a su hija dormida.

—No te preocupes, mi vida —murmuró él, enterrando la nariz en el cabello de Lyndsey—. Yo siempre cuidaré de vosotras.

—Lo sé —respondió Lyndsey, y en su voz latía el miedo a perderlo.

No pude quedarme a escuchar más. Recogí las mantas y bajé sigilosamente cuando la puerta de los niños se abrió. Ryder apareció con ojos soñolientos.

—¿Jolene? ¿Dónde está mamá? Se ha caído Tedy...

Me quedé paralizada por un instante, sin saber muy bien cómo actuar.

—Yo… —balbuceé, dudando entre consolarlo o buscar ayuda antes de que la situación empeorara.

Pero antes de que pudiera decidirme, Lyndsey surgió de inmediato, transformando su angustia en sonrisa serena.

—¿Se perdió Tedy? Vamos a buscarlo juntos —dijo, llevándolo de vuelta mientras me lanzaba una mirada elocuente: Sigue adelante.

Bajé las escaleras tan rápido como pude, con mis pies golpeando contra los viejos escalones de madera.

Al pasar por el comedor, giré la cabeza hacia otro lado, incapaz de mirar aquel escenario de nuevo. Salí directamente al patio, donde el aire fresco de la noche contrastaba con el calor sofocante que parecía haberse quedado atrapado dentro de la casa. Desde allí, me dirigí hacia el cobertizo, cuya puerta estaba entreabierta. En cuanto

llegué, lo vi: R.J., apoyado contra la pared del cobertizo con una pierna flexionada y un cigarrillo colgando de sus labios.

Pasé al cobertizo por delante de él sin que este siquiera posara sus ojos en mí, aquello hizo hervir mi sangre. *¿Acaso le había hecho algo? ¿Por qué se comportaba como si fuera invisible?* Aquello me dolía y molestaba a partes iguales.

—¿Dejo esto por aquí? —pregunté, dirigiéndome a Dic, quien seguía moviendo cosas para despejar más espacio en el interior.

—¿Eh? Sí, claro —respondió distraídamente, señalando la mesa de trabajo que habían logrado despejar después de apartar herramientas oxidadas y trastos viejos—. Deja las cosas en la repisa y pon las mantas aquí.

Me acerqué a la mesa y cogí la manta más gruesa, intentando extenderla para cubrir toda la superficie. Pero, justo cuando tiraba de ella, se enredó en mis manos, haciéndome perder el equilibrio por un momento. Dic, que hasta entonces había estado concentrado en su tarea, se dio cuenta de inmediato y se acercó rápidamente.

—Espera, que te ayudo —dijo, tomando el otro extremo de la manta con delicadeza. Su voz era baja, casi tímida, y sus ojos azules brillaban con una mezcla de incomodidad y amabilidad.

—Gracias —murmuré en voz baja, sintiéndome algo avergonzada. Era la primera vez que hablaba realmente con él, y aunque siempre había sido consciente de su presencia, nunca había cruzado más que unas pocas palabras. Dic era distinto al resto de sus hermanos. Mientras ellos eran ruidosos, impulsivos y dominantes, él parecía vivir en su propio mundo. Solo se le veía verdaderamente feliz o tranquilo cuando tocaba alguno de sus instrumentos, perdiéndose en melodías. Pero el resto del tiempo… había algo de soledad en él, algo que reflejaban esos ojos azules profundos y melancólicos.

—No, gracias a ti —respondió, intentando una sonrisa que se convirtió más en una mueca torpe—. No sé cómo no has salido corriendo ya.

—Está bien, creo que podré con ello —dije, devolviéndole una pequeña sonrisa cómplice mientras colocaba el resto de las cosas en la repisa.

Justo entonces, R.J. golpeó la puerta, aplastando la colilla con la bota.

—¡Vamos, joder! ¿Acabas? Tenemos que traer al mexicano antes de que palme.

Dic asintió brevemente y salió detrás de R.J., dejándome sola. Inspiré profundamente, tratando de calmarme, y luego regresé a la casa.

Maggie había comenzado a limpiar la mesa con las mangas arremangadas hasta los codos, frotando con determinación las manchas que se resistían a desaparecer. Me uní a ella en silencio, sumergiendo mis manos en el cubo de agua caliente y lejía.

Se notaba que cada movimiento le costaba un esfuerzo considerable; sus manos temblaban ligeramente mientras frotaba con fuerza las manchas de sangre. Recordé que había estado reposando por el dolor de cabeza, y parecía que toda esta situación solo había empeorado su migraña.

—Puedo seguir yo sola —dije, tomando el trapo.

—No te preocupes, cariño —sonrió, con la mano en mi hombro—. Hoy has sido muy valiente.

Davis irrumpió en la sala, interrumpiendo nuestra conversación. Su tono tenía un matiz de alivio, aunque seguía cargado de tensión.

—Doc ya está aquí —anunció, pasándose una mano por la cabeza mientras caminaba de un lado a otro—. Espero que ese cabrón aguante.

—¿Y si no lo hace? —preguntó Maggie, mirándolo directamente a los ojos.

Davis se pasó una mano por el rostro, y en ese gesto vi algo que nunca antes había notado en él: vulnerabilidad.

—Pues si no lo hace… tendré que llamar a Hightower —respondió finalmente.

"Hightower". No era la primera vez que escuchaba ese nombre. Estaba claro que era la persona que les había metido en aquel lío, alguien por encima del propio Davis.

—No creo que se lo tome muy bien —añadió, casi para sí mismo.

Maggie se acercó a él entonces, y vi cómo su mano, aún húmeda y arrugada por el agua con lejía, se posó sobre la de Davis con una ternura.

—Bueno, en un primer momento no te lo tendrían que haber pedido —dijo, y pude ver el fuego en su mirada—. Ellos saben bien cuáles son las reglas. Nosotros no nos dedicamos a estas mierdas. —Señaló hacia el cobertizo con un gesto brusco, como si quisiera dejar claro que aquello no era parte de su estilo ni de su código.

—Lo sé —respondió Davis, mirándolo a los ojos con ternura—. Pero no me gusta cómo pinta la cosa.

Maggie asintió lentamente, compartiendo su preocupación en silencio. Por un momento, pareció que ambos se olvidaron de mí, perdidos en sus propios pensamientos y en el peso de lo que estaba por venir.

El reloj de la cocina marcaba las 3:47 AM cuando lo miré por primera vez.

Yo había pasado todo ese tiempo en la cocina, limpiando con una energía compulsiva, intentando distraerme del torbellino de pensamientos que giraban en mi mente.

Cada pocos minutos, mis ojos se escapaban hacia la ventana, escudriñando la oscuridad en busca de una silueta familiar: alta y delgada, avanzando con paso chulo, balanceándose como si todo le perteneciera. Pero R.J. no aparecía. La tierra se lo había tragado.

Era absurdo, ridículo incluso, que en medio de toda aquella locura desbordante, de las decisiones urgentes, de la vida de un hombre

colgando de un hilo, yo no pudiera dejar de preguntarme *¿por qué me estaba evitando?*

—Vamos, la cocina ya está recogida —la voz de Maggie me sacó del bucle de mis pensamientos—. Y tú necesitas descansar.

Se acercó y me ayudó a levantarme. Mis rodillas crujieron en protesta después de horas arrodillada. Maggie miró hacia el cobertizo, donde las luces seguían encendidas, iluminando las siluetas moviéndose tras las cortinas sucias.

Pero R.J. no estaba con ellos.

—Aquí ya no hay nada más que podamos hacer —susurró Maggie, aunque su mirada seguía clavada en la ventana del cobertizo.

¿Dónde diablos estaba?

Maggie me puso una mano en el hombro, obligándome a apartar la mirada del cobertizo y centrarme en ella.

—Ven —me cogió del brazo con suavidad—. Necesitas dormir. Mañana... —hizo una pausa, como si no supiera cómo terminar esa frase—. Bueno, mañana Dios dirá.

30

El sudor me resbalaba por la frente mientras mis puños se aferraban a la colcha. Desperté de golpe, convencida de estar en la caravana, con esa sensación aguda de que algo venía a por mí.

Tardé unos segundos en reconocer la habitación, pero el corazón seguía galopándome en el pecho. Lo vivido aquella noche había desenterrado algo en mí, algo tan profundo que me aterraba.

Sin pensarlo, salí de la cama y me dirigí directamente al cuarto de R.J. Necesitaba verlo, comprobar que estaba bien. Porque después de aquel beso, todo se había torcido, y yo sabía, con una certeza que me quemaba por dentro, que él me necesitaba. Y que yo, en el fondo, lo necesitaba a él tanto o más.

Al abrir la puerta, solo encontré silencio y vacío. Su cama, intacta; la de Luke, también. Nadie.

En aquel momento sentí una punzada aguda en el pecho, como si el corazón se desgarrara.

Bajé corriendo a la cocina, buscándolo con desesperación. Vacía. Un silencio extraño y opresivo reinaba en la casa: ni risas de niños, ni ruidos del taller. La quietud resultaba inquietante.

Estaba a punto de sucumbir al pánico, imaginando que todos se habían esfumado, cuando la puerta del patio se abrió y apareció Davis. Lucía la misma ropa de la noche anterior, con las manchas de sangre ya secas y el rostro demacrado por el cansancio. Al verme, me indicó con un gesto que me sentara, y obedecí.

—Siéntate —arrastró la silla como si pesara una tonelada y cayó en ella frente a mí.

Mis dedos no dejaban de retorcer el borde de la camiseta. Esperaba que hablara, pero solo clavaba en mí sus ojos azules, con una intensidad que no podía sostener.

—No confío en ti. No eres de los míos. Pero ahora estás metida hasta el cuello, y las reglas han cambiado. ¿Lo entiendes? —Su voz sonó áspera, cortante.

Asentí, sin atreverme a hablar.

—Bien —se levantó sin preámbulos—. Desayuna y ve al cobertizo. Maggie te necesita.

Señaló la puerta del patio y se dirigió hacia las escaleras, arrastrando los pies con visible esfuerzo.

No tenía hambre. El estómago se me había cerrado por completo, y las palabras de Davis, *estás metida hasta el cuello,* resonaban en mi cabeza. *Ni siquiera sabía a qué peligro me enfrentaba, pero tenía una certeza: necesitaba encontrar a R.J.*

Bebí un poco de agua del grifo, tragué con dificultad y salí al patio. El calor de agosto me golpeó al instante. Miré alrededor y noté su ausencia de inmediato: el quad no estaba. *Si el quad no estaba, él tampoco.*

Mis ojos se dirigieron al cobertizo y el estómago se me encogió. No sabía qué me esperaba dentro, ni si estaba preparada, pero no me quedaba otra opción.

Me quedé paralizada frente a la puerta, dudando entre llamar o entrar, hasta que oí la voz de Maggie. Algo en mí se relajó.

Al abrir, el olor a desinfectante me envolvió. Frente a mí, sobre la mesa que habíamos convertido en camilla, yacía el mexicano. Incluso desde la entrada pude ver que había recuperado el color. Llevaba una vía conectada al brazo, que subía hasta una bolsa de suero.

Maggie le colocaba un trapo húmedo en la frente. Junto a la puerta, apoyado contra una mesa, estaba Erick. Su rostro estaba mucho más serio de lo habitual. Brazos cruzados, ceño fruncido —

con las gafas ligeramente torcidas por la tensión—, y en su cinturón, un arma que relucía como una advertencia.

—Ah, bien. Davis te encontró —dijo Maggie, haciéndome señas para que me acercara—. No temas, sigue inconsciente.

Sus palabras, sin embargo, no me tranquilizaron. Si la noche anterior no me había derrumbado fue por la adrenalina del momento, pero a plena luz del día, todo se veía demasiado real.

—¿Está bien? —pregunté en voz baja, observando aquel cuerpo inmóvil.

—Eso intentamos, cariño. Estas veinticuatro horas serán cruciales. —Su rostro no solo mostraba cansancio, sino también angustia.

—No hay nadie en casa —añadí, confundida, mientras me acercaba lentamente.

—Lyndsey se llevó a los niños a casa de su hermana. Dadas las circunstancias, era lo mejor.

—¿Y R.J.? No lo he visto —pregunté, temiendo la respuesta.

—R.J. está fuera de esto —la voz de Erick sonó tajante, dejando claro que ese tema no se tocaba.

Pasé el resto del día ayudando a Maggie: cambiando vendas, limpiando su cuerpo, vigilando la posible infección de la vía. Hicimos solo un par de pausas para comer y recuperar fuerzas antes de volver a nuestra vigilia. Cuidar de aquel hombre se convirtió en nuestra única misión.

Poco antes del atardecer, Davis apareció en el cobertizo. Llegaba renovado, como recién salido de la ducha. Tras un gesto silencioso a su hermano, Erick cedió su puesto.

—¿Cómo va? —preguntó Davis, mirando fijamente a Maggie.

—Sin fiebre y sin señales de infección. Va bien —respondió ella mientras se secaba la frente con un trapo limpio y se acercaba al herido—. El médico tenía razón: parecía peor de lo que era. Solo daño muscular, se recupera rápido.

—Bien —fue su única respuesta, impasible.

De pronto, se volvió hacia mí:

—Oye, Jolene. Llévale esto a Luke. El imbécil lo olvidó esta mañana.

El encargo me sorprendió. Normalmente no me permitían acercarme a la gasolinera, pero como él mismo había dicho: las reglas habían cambiado.

—Claro —acepté, tomando el paquete.

Mientras caminaba por el arcén polvoriento, una cierta calma me invadió. Quizás pronto todo volvería a la normalidad.

Cuando llegué a la gasolinera, me detuve un instante para observarla. Era un lugar peculiar, típico del desierto: una estructura baja y destartalada pintada de un blanco desgastado por el sol y el viento. Los surtidores de gasolina brillaban bajo la luz del atardecer, rodeados de grava que crujía bajo cada paso. Un pequeño letrero oxidado colgaba sobre la entrada, anunciando productos básicos y refrescos.

Al entrar, el aire acondicionado me recibió como una bendición. La tienda era austera pero completa: estanterías repletas de conservas, botellas de agua y snacks. Un ventilador viejo movía el aire pesado. Al fondo, a través de una puerta entreabierta, se escuchaba el zumbido del taller y olía a aceite y metal caliente.

Luke estaba tras el mostrador, absorto en una revista con una sonrisa pícara. Al oír la puerta, la cerró de golpe, tan avergonzado que no pude evitar reírme en voz baja. Sus mejillas enrojecieron al instante.

—Me manda Davis a traerte este paquete —dije rápidamente, justificando mi aparición allí antes de que él pudiera preguntar algo más.

Luke parpadeó un par de veces, visiblemente nervioso, y se llevó una mano al pelo, desordenándolo aún más mientras intentaba disimular su incomodidad.

—Ah, sí, claro… Soy idiota, mira que me dijo que lo trajera. ¿Estaba muy enfadado? —preguntó, aunque su tono era ligero, casi como si temiera recibir una respuesta demasiado seria.

Negué con la cabeza mientras una pequeña sonrisa se dibujaba en mis labios.

—No, qué va. Solo dijo que eras idiota —respondí, dejando que el sarcasmo flotara en el aire.

Ambos nos reímos, y sentí cómo toda la tensión inicial se desvanecía en un instante.

—Oye… ¿sabes algo del tipo? —preguntó Luke, con el ceño fruncido—. Llevo todo el día aquí enterrado. Cuando Lyndsey se fue, supuse que Maggie te querría con ella.

—Sí, he estado ayudando. Parece que está bien. No sé si fuera de peligro, pero no tiene fiebre —me encogí de hombros. Era extraño saber más que uno de ellos; me hacía sentir parte de algo.

—Joder, me alegro. Menuda mierda ha sido todo —resopló, aliviado.

Tras un silencio incómodo, mis ojos se posaron en una revista sobre el mostrador. En la portada, un jinete domaba un toro en pleno rodeo. Recordé su decepción al tener que perderse el evento.

—Siento lo del rodeo —dije, hojeando las páginas—. Parecía importante para ti.

Luke suspiró, con un deje de tristeza.

—Lo es… pero después de lo de ayer… —se apoyó en el mostrador, derrotado.

—¿No podría R.J. cubrirte? —pregunté, esperando información sobre él—. ¿O alguno de tus hermanos?

—Qué va. Davis lo quiere lejos de aquí. Anoche fue a casa del tío Naseer, probablemente a tatuarse con Spencer mientras fuman hierba. No hará nada por nadie —respondió con amargura que yo compartía. Su terquedad nos separaba, y lo odiaba por eso.

—Cuando ella vea que no he ido… —murmuró, bajando la voz.

Se detuvo de golpe, consciente de haber dicho más de lo que pretendía. Su rostro se tiñó de nuevo de rojo, y me lanzó una mirada avergonzada.

—¿Ella? —pregunté, incapaz de contener mi curiosidad.

—Nadie, una chica… —balbuceó, retrocediendo.

—¿Una chica que te gusta? —insistí, disfrutando del cotilleo y apoyando los brazos en el mostrador.

—Puede —se encogió de hombros con timidez.

—¿Tu novia?

Soltó una risita.

—¿Marian? Ojalá. La conocí en el rodeo el año pasado. Se acercó y me dio un pañuelo para darme suerte. Y funcionó —recordó con nostalgia—. Quedamos un par de veces, pero… ya sabes cómo es mi familia.

Asentí, dejando que continuara. Parecía necesitar desahogarse.

—No sé si le gusto. R.J. dice que la vio con otro en Fort Stockton —añadió, con rabia—. Por eso tenía que ir. Para ver si era verdad. Si no aparezco, pensará que paso. Y si está con otro, la perderé.

Me sorprendió lo diferente que era de R.J., a pesar de los escasos dos años que los separaban.

De pronto sonó el teléfono. Luke lo cogió, respondió con un par de "sí" secos y colgó.

—Bueno, pues pa' casa —dijo Luke, desperezándose como un gato—. Ya era hora, joder.

Antes de cerrar, me pidió que lo esperara mientras llevaba un paquete a Dic en el taller. Me quedé sola, contemplando el cielo estrellado tras la ventana. Las luces de la gasolinera no lograban opacar su brillo, y aquella inmensidad me transportó de inmediato a nuestra primera noche, a nuestro primer beso bajo un firmamento

igualmente despejado, cuando el mundo pareció detenerse para cedernos el espacio. El recuerdo fue tan vívido que sentí el corazón acelerarse, mientras mi sangre luchaba por revivir cada latido compartido.

Sacudí la cabeza, intentando regresar al presente, pero sonreí sin quererlo. Aquellos momentos persistían como brasas dormidas, esperando solo una chispa.

Cuando Luke regresó, emprendimos el camino a casa, manteniendo la conversación animada de antes. Pero al abrir la verja del patio, lo vi. R.J. estaba junto al quad, absorto en alguna reparación. El corazón me dio un vuelco tan violento que me quedé petrificada. Luke me lanzó una mirada comprensiva antes de retirarse discretamente, dejándonos solos.

R.J., sin embargo, ni siquiera pareció notar mi presencia. O si lo hizo, prefirió ignorarla.

¿Qué demonios le pasaba conmigo?

31

Mis pies parecían clavados al suelo. Las palmas me sudaban, y aunque cada fibra de mi ser me impulsaba hacia él, una voz interior me advertía que me mantuviera alejada. Permanecí inmóvil, esperando que alzara la mirada.

Estaba inclinado sobre el motor del quad, concentrado. Sus manos, manchadas de grasa, trabajaban con precisión, ajenas por completo a mi presencia. Me convencí de que no me había visto.

Después de todo, ¿qué tenía que temer? Yo no le había hecho nada. Era imposible que estuviera enfadado conmigo. Apenas veinticuatro horas antes, sus labios habían ardido contra los míos, sus manos me habían sujetado con una mezcla de urgencia y ternura que todavía hacía que me temblaran las rodillas al recordarlo.

Apreté los puños, sintiendo cómo las uñas se clavaban en mis palmas.

—R.J. —lo llamé, con una voz más frágil de lo que hubiera deseado.

—¿Qué? —gruñó sin molestarse siquiera en volverse, las palabras saliendo entre dientes apretados alrededor del cigarrillo que colgaba de sus labios.

El corazón me latía con tanta fuerza que casi podía oírlo.

—Oye... ¿te pasa algo conmigo? —pregunté, con las palabras quemándome la garganta—. No sé, quizás sea cosa mía, pero siento que...

El chirrido de la llave inglesa al estrellarse contra el quad cortó mi frase. Cuando alzó la vista, el hielo de sus ojos grises me traspasó.

—¿Por qué me iba a pasar algo contigo? —preguntó, llevándose el cigarrillo a los labios con lentitud deliberada. Exhaló el humo despacio, marcando cada segundo de tensión.

—No lo sé, por eso te lo pregunto —dije, tratando de mantenerme firme pese al temblor de mi voz.

Guardó silencio, mirándome como si fuera insignificante.

—Mira, no seas pesada —soltó con una media sonrisa arrogante.

—¿Pesada? —repetí, incrédula.

—Sí, pesada. —Las palabras salieron frías, como un cristalazo—. Insistente y patética. Elige la que más te guste. La cuestión es que no me dejas un puto respiro. Y no, no te debo ninguna explicación. De nada. ¿O es que no te entra en la cabeza?

Cruzó los brazos, esbozando una sonrisa torcida, casi un gesto de asco.

—Si te crees que por un par de besos esto es algo... joder, estás más perdida de lo que pensaba. Deberías mirarte, Jolene. En serio. Verte ahí, suplicando... da hasta vergüenza ajena.

Cada palabra fue como un golpe directo al pecho, dejándome sin aliento.

—No hagas esto, R.J. No me alejes —me acerqué, con los ojos suplicantes, sin poder contener las lágrimas.

Su risa, cortante, me detuvo a centímetros de él.

—Venga, no me jodas —dio media vuelta, arrancando un cable con brusquedad—. Lárgate.

—Quiero hablar contigo —insistí, limpiándome las lágrimas—. No puedo irme así.

—¡Que no quiero hablar contigo! —alzó la voz—. ¡Que te largues!

—¿Por qué? Dime qué he hecho —mis sollozos apenas me dejaban respirar, pero él seguía ignorándome. Le agarré del brazo, y se zafó con un empujón que me hizo tambalear.

—¡Joder! ¡Qué coñazo de tía! ¡Que te vayas! ¡Me la suda! ¡Deja de tocarme los huevos! —arrojó la herramienta que tenía en la mano y se marchó.

Me derrumbé de rodillas, con el orgullo hecho añicos. La verdad era amarga y clara: para él, nunca había significado nada.

Quería dejar de llorar, pero las lágrimas fluían incontenibles. El dolor ya no era solo emocional; me latía en las sienes, me oprimía el pecho. Sus palabras habían quebrado algo dentro de mí.

¿Cómo había sido tan ingenua como para creer que era especial para él? Imprescindible, como lo era él para mí.

Entonces, una mano se posó en mi hombro.

—Jolene, cariño, ¿qué te pasa? —preguntó Maggie, alarmada.

—Nada, no es nada —me sequé rápidamente las mejillas y me incorporé—. ¿Qué necesitabas?

—Te llamé varias veces y no respondías. Me asustaste —su voz estaba cargada de preocupación—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, tranquila —respondí, agradeciendo que la oscuridad ocultara mi rostro congestionado. Aunque ella no parecía convencida.

—Está bien —cedió, notando mi reticencia—. Pero sabes que puedes hablar conmigo de lo que sea, ¿verdad?

Asentí con una sonrisa forzada.

—¿Para qué me buscabas? —pregunté, cambiando de tema.

—Necesito que pases unas horas en el cobertizo. Davis se quedará toda la noche, pero yo debo descansar —explicó, intentando sonar tranquilizadora—. Solo tienes que controlar su temperatura, el gotero y la venda. Nada que no hayamos hecho ya.

No eran precisamente buenas noticias. Lo único que quería era encerrarme en mi habitación y llorar sin límites, pero no podía negarme. Maggie me necesitaba. Así que respiré hondo y asentí.

—Puedes estar tranquila —añadió—. Si se despierta, Davis se encargará.

Sus palabras pretendían ser un consuelo, pero la compañía de Davis era, en sí misma, otra razón para inquietarme.

Entré al cobertizo evitando la mirada de Davis. Temía que, al ver mi rostro aún hinchado por el llanto, pudiera adivinar demasiado. Me cubrí el rostro con el cabello y me acerqué al herido.

—Acércate lo justo. El hijo de perra no tardará en despertar —advirtió desde el mismo rincón donde antes había estado Erick.

—No me acercaré mucho —respondí, manteniendo la cabeza baja.

—Bien.

Intenté concentrarme en las curas, pero las lágrimas seguían brotando. No podía borrar de mi mente la mirada de R.J. al marcharse, ni sus palabras. El vacío dentro de mí crecía con cada recuerdo.

Cuando terminé de comprobar que todo estaba en orden, ya sin fuerzas para contener el llanto, me coloqué de espaldas a Davis, fingiendo leer algo en la estantería. Solo necesitaba llorar en silencio.

—No le busques sentido a lo que hace o dice R.J. —la voz de Davis me sobresaltó—. Solo escupe veneno para que todos estemos tan jodidos como él.

Lo oí incorporarse con un gruñido y ajustarse el arma en la cintura. Me volví sin querer y lo vi acercarse a la puerta. Se detuvo un momento, aún de espaldas a mí.

—No es por ti —su voz era más baja—. Es por esta familia. Y esta familia... —hizo un gesto vago que abarcaba el cobertizo, al

mexicano, todo—... ya estaba jodida antes de que llegaras. Voy a fumar. Si abre un ojo, avísame. Estoy aquí mismo.

Era lo más cerca que Davis había estado de mostrarse amable. Aunque no calmó el dolor que me consumía —nada podría hacerlo —, le agradecí que me dejara sola.

Sentada en la silla del rincón, con las rodillas recogidas y los brazos alrededor, hundí la cabeza y por fin me desahogué. Sentí el peso del mundo aplastándome, una soledad que jamás había conocido, mientras el silencio se llenaba de lágrimas.

No dejaba de preguntarme, una y otra vez, qué había en mí que hacía que todos terminaran yéndose. ¿Qué defecto, qué grieta invisible me condenaba a ser abandonada?

Pero antes de que el autodesprecio me tragara por completo, un movimiento repentino del mexicano me puso en alerta. Salté de la silla, me sequé las lágrimas con el dorso de las manos y di un par de pasos hacia él para asegurarme de que todo seguía en orden. Justo entonces, abrió los ojos de par en par.

—Ayúdeme, por favor —suplicó con el rostro contraído por el dolor.

Intentó incorporarse, pero el movimiento era torpe. Antes de que arrancara la vía, la sujeté, acercándome más de lo prudente.

—Niña, necesito ayuda, joder —noté el peso de su mano aprisionando mi muñeca.

Dudé unos segundos. No parecía peligroso, pero yo tampoco era libre para decidir. Estaba tan atrapada como él.

Al encontrarme con sus ojos suplicantes, lo llamé a gritos.

—¡Davis!

El hombre me soltó al instante y la puerta se abrió de inmediato.

—Sal —ordenó, señalando con la cabeza hacia fuera.

Obedeció sin vacilar. Salí corriendo, intentando no analizar lo ocurrido, pero a medio camino, cuando ya alcanzaba la cocina, alguien me detuvo agarrándome del brazo.

—Eh, ¿qué coño ha pasado? —la voz de R.J. me cortó la respiración, pero también encendió una rabia tan intensa que me zafé con violencia—. ¿Ese mierda te ha tocado? —se acercó de nuevo.

—¿Y a ti qué te importa? —escupí con toda la ira contenida.

Cerré la puerta de un portazo. Apenas había dado dos pasos dentro de la cocina cuando oí el impacto sordo de su puño contra un poste, seguido del rugido del quad al arrancar.

Después de aquello, el mexicano fue trasladado al taller, lejos de la casa. Según Maggie, ya estaba fuera de peligro, y todos parecían respirar con más alivio, aunque la tranquilidad era relativa: Lyndsey y los niños habían decidido quedarse en Alpine hasta que la situación se normalizara.

Yo, por mi parte, pasé esa semana como un alma en pena. Las escasas veces que veía a R.J., este pasaba a mi lado como si fuera un mueble más, un fantasma. Y así me sentía: invisible. Sus palabras me habían herido, pero su silencio —su absoluta indiferencia— era mil veces peor.

Cada vez que lo veía cruzar el comedor o escuchaba su voz a lo lejos, sentía que algo se quebraba dentro de mí. No entendía qué había pasado, qué había hecho mal, y esa incertidumbre solo alimentaba mi confusión y mi dolor.

—Mañana es sábado —dijo Maggie, apoyada en el marco de mi puerta.

—Sí, lo sé —respondí, doblando la colada y guardándola en el armario.

—No es que sea asunto mío… —dudó un instante—. Pero Lyndsey me comentó que el nieto del pastor y tu prima te invitaron a la feria del sábado.

Su tono intentaba ser animado, pero solo logró arrancarme una mirada escéptica y un leve gesto de fastidio.

—Sí, ya sé. Lyndsey es una chismosa. Pero, ¿qué le vas a hacer?

La verdad era que ni siquiera lo había considerado. Entre todo lo ocurrido, se me había pasado por alto. En su momento, había decidido no ir… por R.J. Pero en esa semana, todo había cambiado radicalmente. Ahora estaba segura de que, hiciera lo que hiciera, a él ya no le importaría en absoluto.

—No creo que vaya —dije, sin apenas levantar la vista—. Prefiero quedarme aquí, por si me necesitas.

—Vamos, cariño, no digas eso. Ya te dije que no hace falta. Además… —hizo una pausa, con dulzura— te lo mereces. De hecho, creo que lo necesitas.

—La verdad es que no tengo ganas —respondí, cerrando el último cajón—. Cuando vengan a buscarme, se lo explicaré y ya está.

—Como quieras —se acercó y dejó una bolsa en la cama—. Por si cambias de opinión. Espero que te guste. Quién sabe… tal vez hasta te animes a lucirlo.

Me dedicó una sonrisa tierna, cerró la puerta y me dejó sola.

Con curiosidad, me acerqué a la cama y abrí la bolsa. Dentro había un vestido de tirantes, rosa claro, sencillo pero hermoso. Lo saqué con cuidado y lo observé: sin duda, la prenda más bonita que había tenido. Sin saber por qué, el gesto me encogió el corazón y una lágrima rodó por mi mejilla.

Lo abracé contra mi pecho. Quizá Maggie tuviera razón. Quizá salir de aquella casa y hacer algo que no girara alrededor de él, podría ayudarme. *Al menos, debía intentarlo.* Me miré en el espejo con el vestido superpuesto al pijama, y por primera vez en días, algo dentro de mí se aferró a la posibilidad.

32

Me desperté con un nudo en el estómago, dudando si estaba tomando la decisión correcta. Pero al ver el vestido colgado en la silla junto al armario, una oleada de determinación me recorrió.

Era uno de esos días abrasadores del desierto donde el sol no concede tregua. El calor se adhería a la piel como una capa pegajosa, y hasta el aire parecía arder al respirar. Me puse el vestido, que me ceñía al cuerpo como una segunda piel.

—¡Estás preciosa! —exclamó Maggie al verme bajar a la cocina, con un alivio palpable en la voz.

—Gracias —respondí, bajando la vista, un poco avergonzada—. Y gracias también por el vestido. Es precioso… de verdad me encanta.

Se acercó con suavidad y, con gesto cuidadoso, recolocó algunos mechones rebeldes que se habían escapado de mi peinado.

—Ya verás, lo pasarás genial en la feria. Te ayudará a despejarte —afirmó con convicción—. Esta casa a veces puede ser agobiante. ¿A qué hora vendrán a buscarte? ¿Comeréis allí?

Sus preguntas, tan entrometidas, me recordaron a mi tía Ann. No pude evitar sonreír. Era reconfortante saber que alguien se tomaba el tiempo de cuidarme, aunque fuera solo para asegurarse de que disfrutara el día.

—Sí —le confirmé—. Ethan dijo que habrá buenas parrilladas y que estaremos allí todo el día.

—Genial —respondió, con una sonrisa cálida, casi orgullosa—. Recuerda que estoy aquí, ¿vale? Y que puedes contarme lo que

necesites.

Asentí, comprendiendo su indirecta. Pero en ese momento no tenía intención de hablar de R.J. Mi mente necesitaba un descanso, aunque fuera temporal.

Pasé por el desguace del patio antes de salir por la entrada principal, donde sabía que Ethan me estaría esperando con el coche. Mientras caminaba, me despedí de los chicos de forma casual, intercambiando saludos rápidos y comentarios banales.

Fue entonces cuando oí la voz de R.J., brusca y sorprendida:

—¡Oye! ¿Adónde coño va vestida así?

—Cálmate, solo va a la feria —intervino Maggie.

—¿A la feria? —La voz le sonó genuinamente desconcertada.

—Sí, con su prima —respondió ella, exasperada.

—¿Sí? ¿Y en qué coño van a ir montadas, en sus bicis o en vacas? —su sarcasmo me alcanzó justo cuando abría la pesada puerta de metal. La cerré de un golpe, intentando dejar fuera su voz y cualquier posibilidad de que me siguiera.

El corazón me latía a mil por hora. *Había estado tan segura de que ni siquiera me miraría, que su reacción me pilló por sorpresa. Ya no distinguía si sudaba por el calor o por los nervios.*

Al alzar la vista, allí estaban: Ethan, puntual como siempre, junto a su coche reluciente. Su camisa vaquera impecable contrastaba con el polvo del camino, y a su lado, mi prima Nikol, radiante con un vestido morado de flores que armonizaba con la cinta de su cabello.

Al verla, una oleada de alegría me recorrió, como si su presencia bastara para iluminar el día.

Pero justo cuando iba a acercarme, el estruendo metálico de la puerta del patio al abrirse de golpe retumbó en el aire.

—¿Pero esto qué puta mierda es? —rugió R.J., apareciendo detrás de mí con furia desatada. Se plantó delante, bloqueándome el paso

—. ¿Qué coño haces tú aquí, capullo? —le espetó a Ethan, señalándolo con un dedo acusador.

La rabia comenzó a hervir dentro de mí.

—¿A ti qué te importa? No es asunto tuyo —le enfrenté, sin importarme su tamaño ni su actitud intimidante.

—¿Quedas a escondidas con este mierda? ¿Así es como te las gastas ahora, siendo una pequeña zorra? —sus palabras cortaban como cuchillos.

—Eres un gilipollas, y ten claro que yo me voy con quien me da la gana —me volví hacia el coche, pero me agarró del brazo y me arrimó a su cuerpo con un tirón brusco.

—¡Suéltame! —grité, forcejeando con todas mis fuerzas hasta que logré liberarme—. ¿Qué puto problema tienes?

—¿Pero tú a dónde coño crees que vas? —me amenazó, acercando su cara a la mía—. Que no se te ocurra subirte a ese coche.

—Eres tú quien dijo que soy una patética, que no significo nada para ti —le espeté, girándome de nuevo—. Entonces, ¿qué más te da?

—¡Que dejes de tocarme los huevos, hostia! —me gritó en la cara.

Mientras me mantenía agarrada, nuestro contacto era inevitable. Sentí su cuerpo pegado al mío, su aliento, su olor… y por un instante, estúpidamente, algo en mí retrocedió. Pero no. No iba a caer otra vez. Me había hecho demasiado daño. Y seguía haciéndomelo.

Fue entonces cuando Davis apareció en escena.

—Déjala ir, R.J. —su voz cortó el aire—. Yo le he dado permiso. Está decidido.

Pero R.J. no soltó mi brazo. Su mirada saltaba entre Davis y yo.

—¿Tú? —soltó con una risa seca—. ¿Tú le das permiso? —apretó mi brazo hasta hacerme daño—. ¿Y desde cuándo te importa lo que haga?

—Suéltala —repitió Davis—. Ahora.

R.J. me soltó de un empujón. Avanzó hasta quedar cara a cara con Davis, desafiante, con los puños temblando a los lados.

—¿Qué mierda te pasa, eh? —masculló entre dientes—. ¿Ahora haces de niñera?

Davis ni siquiera parpadeó.

—Eres un crío —respondió con desprecio—. Das pena.

Sin ver su rostro, supe que esas palabras habían transformado su rabia en algo más venenoso. Retrocedió, me lanzó una mirada que me heló la sangre, y luego clavó los ojos en Davis.

—Vale —levantó las manos—. Haced lo que queráis. Iros a la mierda.

Pateó el quad, dejando una abolladura. Al montar, el motor rugió como un grito. Una nube de polvo se elevó, ocultándolo todo, incluso su última mirada de rabia.

Me quedé allí, inmóvil, sin saber qué hacer ni qué decir. La intervención de Davis era lo último que habría esperado, y aunque me había sacado de una confrontación dolorosa, *intuía que, si antes las cosas estaban mal, ahora se habían vuelto mucho peor. Ni siquiera sabía cómo sentirme al respecto.*

—Al coche —me ordenó Davis sin inmutarse, con los brazos cruzados.

Luego se volvió hacia Ethan.

—No la traigas tarde.

—Sí, señor —respondió Ethan con un respeto aún más marcado de lo habitual. La tensión de la escena había dejado su huella en todos.

Corrí hacia el coche y me subí. Al cerrar la puerta, sentí un punzante remordimiento en el pecho… y, al bajar la vista, las marcas rojas en mi brazo, como huellas del caos que acababa de dejar atrás.

33

Los primeros quince minutos de viaje transcurrieron en un silencio denso. Ethan y Nikol parecían temer que cualquier palabra pudiera quebrar lo que quedaba de mí después de la confrontación. Solo el zumbido del aire acondicionado y el crujido ocasional de la gravilla bajo las ruedas llenaban el espacio entre nosotros.

Hasta que Nikol se volvió hacia mí, iluminando el asiento trasero con su sonrisa.

—No puedo creer que mi madre pensara que tenía una cita con Ethan —dijo, con las mejillas ligeramente sonrojadas—. Deberías haber visto su cara cuando vino a pedirle permiso. Casi se desmaya.

La imagen nos arrancó una sonrisa a ambas.

—¿Te acuerdas del año pasado, cuando le rogamos que nos trajera? —preguntó, jugueteando con la cinta de su pelo.

Asentí, pero el recuerdo me llegó distorsionado, como si perteneciera a otra vida.

Ethan, intrigado, lanzó una mirada rápida al retrovisor. Sus ojos buscaron los míos un instante antes de volver a la carretera.

—¿Por qué no os llevaron?

—Éramos unas niñas —respondió Nikol, alisándose el vestido con gesto de falsa madurez.

—Y porque el tío Will odia mover el trasero del sofá —añadí, provocando otra carcajada.

—Bueno, espero que no os decepcione —dijo Ethan—. Vine hace un par de años y me encantó.

Su mirada fugaz hacia mí trajo un recuerdo imprevisto: no hacía tanto, era yo quien ocupaba el asiento del copiloto. Los paseos bajo las estrellas, las manos entrelazadas, los besos robados en la oscuridad… Todo estaba allí, intacto en la memoria, pero ya no me pertenecía. Me sentía observando una película ajena, protagonizada por alguien que alguna vez fui, pero cuyas emociones ya no lograba sentir como propias.

Poco a poco, el ambiente se animó. La música inundó el coche y comenzamos a cantar. Antes de darme cuenta, la hora y media había volado.

Al tomar la salida IH-10 W, el recinto ferial apareció ante nosotros. Eran las cuatro, hora de apertura del Buck Jackson Arena, y el panorama era impresionante.

El sol bañaba el paisaje con luz dorada, resaltando los colores vivos de los carteles. El estacionamiento se llenaba de coches, familias reunidas bajo toldos, niños señalando los pósteres del rodeo. Se respiraba anticipación y alegría.

La estructura del Buck Jackson Arena se alzaba imponente, custodiada por trabajadores que organizaban las filas. Los puestos de comida despedían aromas embriagadores de algodón de azúcar y carne a la parrilla. Globos de colores y banderas de Texas completaban el escenario.

—Dios mío —susurró Nikol, con la nariz pegada al cristal—. Es incluso mejor de lo que imaginaba.

Apenas aparcamos entre el mar de vehículos, el estómago me rugió con urgencia. El aroma de las barbacoas nos guió como un imán.

Los stands eran un espectáculo: enormes tambores convertidos en parrillas donde costillas y salchichas chisporroteaban. Cocineros con delantales manchados volteaban la carne con tenedores gigantes. El jugo goteaba sobre las brasas, creando nubes de humo aromático.

Compramos bandejas rebosantes: costillas tiernas bañadas en salsa picante, pan de maíz caliente y mazorcas untadas en mantequilla que chorreaba entre los dedos. Apoyados en un barril convertido en mesa, comíamos mientras la feria bullía a nuestro alrededor.

Fue entonces cuando noté la mirada de Ethan clavada en mí.

—Oye… —dudó—. No tienes que soportar eso, ¿lo sabes?

—Ethan, déjalo —le corté, tajante.

—Por favor, escúchale —. Nikol me tomó del brazo con su rostro sonrosado al que nunca podía negarme.

Suspiré, crucé los brazos, los miré a ambos y, tras un momento de silencio, asentí con los ojos en blanco.

—Verás —empezó Ethan, alentado—. Después de que Nikol me explicara tu… situación, hablé con mi abuelo. Está dispuesto a mediar con tus tíos.

—Mi madre seguro que hará caso al pastor Moore —añadió Nikol al instante.

—¿Mi situación? —pregunté, tensa—. Ninguno de vosotros tiene la más remota idea de cuál es mi situación.

—Jolene, si hay la más mínima posibilidad de que vuelvas a casa, tenemos que intentarlo —insistió Nikol.

—No quiero volver a tu casa. Jamás —dije, recordando el día en que llegué suplicante y el tío Will me echó como si no valiera nada.

—No puedes preferir estar con los Baker… —empezó Nikol, pero Ethan la interrumpió.

—Vale, no tienes que volver allí si no quieres —dio un paso hacia mí y me tomó la mano—. Mi abuelo conoce lugares seguros para chicas jóvenes. No tienes por qué aguantar cosas como las de hoy.

Me solté de su mano y retrocedí.

—No quiero vuestra ayuda. Lo único que quería era un día normal.

Se miraron, confundidos. No podían entender. No podían juzgar a los Baker, a R.J. *No sabían nada de nosotros.*

—¿Podemos tenerlo, o volvemos a casa? —pregunté.

Nikol me cogió la mano con firmeza.

—Claro que sí. Pero no será un día normal —dijo, señalando a su alrededor con una sonrisa—. Será un día genial. ¿Verdad, Ethan?

—Sí, claro —respondió él, menos entusiasmado, delatando el esfuerzo que le suponía seguir fingiendo.

—Tenemos que darnos prisa —añadió Nikol entre mordiscos—. El rodeo empieza en menos de una hora.

Ethan asintió, limpiándose las manos en una servilleta que quedó translúcida de grasa.

—No querréis perderos la entrada de los jinetes —dijo, con un destello de emoción en los ojos.

Mientras terminábamos de comer, la sombra de aquella conversación seguía ahí, suspendida en el aire. Sabía que no había terminado: en cualquier momento volverían a la carga. Lo veía en las miradas cómplices que lanzaban por encima de mi cabeza; me sentía un problema que arreglar, no una persona que entender.

Al entrar en el Pecos County Rodeo, el ambiente era electrizante. Cada rincón parecía cargado de adrenalina. En el redondel central, los focos cortaban el crepúsculo mientras los toros embestían, sus lomos musculosos arqueándose como olas bajo jinetes que se aferraban a las cinchas. El público estallaba en vítores cuando alguien aguantaba los ocho segundos, o gemía colectivamente cuando otro caía rodando por la arena.

Entre evento y evento, las carreras de barriles añadían ritmo frenético. Caballos ágiles giraban alrededor de los toneles con

precisión milimétrica. Más allá, los laqueros demostraban su arte, atrapando terneros al galope con nudos que parecían magia.

Fue durante un descanso, entre murmullos y risas, cuando lo vi.

Su altura le hacía sobresalir entre la multitud, y aquella gorra hacia atrás la habría reconocido en cualquier lugar. R.J. estaba allí. *¿Pero qué demonios hacía? ¿Me estaba siguiendo?*

—Tengo que hacer algo —dije a Ethan y Nikol, sin esperar su respuesta.

Bajé por las gradas, escurriéndome entre gente que aún comentaba las hazañas de los jinetes. Al acercarme, el corazón se me contrajo al confirmar que era él. Estaba con un grupo, riendo y bebiendo como si nuestra discusión nunca hubiera existido.

Justo cuando me disponía a plantarle cara, una chica de pelo negro y top minúsculo se le acercó y le rodeó la cintura con naturalidad.

El corazón se me paró.

No esperé a ver más. Me alejé con una rabia ardiente que apenas podía contener. Al regresar a las gradas, apreté los dientes, intentando dominar mis emociones antes de reunirme con Ethan y Nikol. Ambos notaron de inmediato mi cambio de humor.

Un nudo de decepción y furia se me atascó en el pecho. *Cada vez que creía que R.J. no podía caer más bajo, encontraba una forma de hundirse aún más. Parecía disfrutar rompiendo cosas, especialmente los sentimientos de quienes, como yo, habían tenido la osadía de acercarse.*

El último toro cayó con un espectacular movimiento de lazo, marcando el final del rodeo bajo un cielo ahora estrellado. Los focos iluminaron la arena por última vez mientras los vaqueros daban su vuelta de honor, sombreros en mano, entre los vítores del público. En el aire flotaba el olor a polvo, sudor y madera caliente, mezclado con el dulce aroma de las palomitas que los vendedores pregonaban entre la multitud.

Pero yo ya no sentía la fiesta. Solo el eco frío de su traición.

Al salir del Buck Jackson Arena, la marea humana nos arrastró hacia la zona del concierto. Las luces de neón de los puestos parpadeaban como luciérnagas en la oscuridad, guiándonos a través del gentío. A lo lejos, el escenario principal emergía entre columnas de humo artificial, con técnicos afanándose en los últimos preparativos.

Pero lo único en lo que yo podía pensar era en salir de allí lo más rápido posible para no encontrarme con él.

—¡Esa última monta ha sido increíble! —exclamó Nikol, saltando de emoción y agarrando el brazo de Ethan—. ¿Viste cómo ese vaquero casi sale volando pero se aferró a la cincha?

—Prefiero las carreras de barriles —respondió Ethan, sonriendo mientras le quitaba un hilo de algodón de azúcar que llevaba pegado en la manga—. La precisión que tienen esos caballos es... —Su voz se desvaneció en mi conciencia.

Caminaba entre ellos, físicamente presente pero con la mente clavada en la imagen de R.J. con aquella chica.

—¿Estás bien? —La mano cálida de Ethan sobre mi hombro me devolvió a la realidad—. Si estás cansada, podemos irnos.

Nikol me miró con ojos suplicantes, aterrada ante la idea de que mi cansancio arruinara el sueño de su vida.

—No, estoy bien —dije, sacudiendo los pensamientos como quien se libra de una telaraña—. Tengo muchas ganas del concierto. —Agarré el brazo de mi prima con más entusiasmo del que sentía—. Y de seguir disfrutando con vosotros.

La sonrisa que les di era sincera, aunque frágil. Por ellos. Por mí. Quería creer que la noche aún tenía salvación.

Estábamos a punto de cruzar la barrera de seguridad hacia el área del concierto cuando una voz cortó el aire como un cuchillo oxidado:

—Mira por dónde… si es la princesita.

Me giré lentamente, sintiendo cada vértebra tensarse. Allí, entre la multitud bajo la luz enfermiza de los neones, estaban ellos: mi madre con el vestido manchado de alcohol, y Terry a su lado con esa sonrisa que heló la sangre en mis venas.

En ese instante, el suelo desapareció bajo mis pies.

34

Los acordes del concierto, las risas de la multitud, incluso la voz de Nikol a mis espaldas, todo se ahogó en un zumbido lejano, como si me hubieran sumergido en aguas profundas. Las luces de neón se difuminaron en manchas de colores que bailaban ante mis ojos, imposibles de enfocar.

El aire se volvió espeso. Cada inhalación era un esfuerzo titánico. Y en mis oídos, solo el martilleo ensordecedor de mi corazón: pum-pum, pum-pum, tan fuerte que temí que todos pudieran oírlo.

Mis piernas temblaban bajo mi peso. Las manos, frías y sudorosas, se negaban a estarse quietas. De pronto, imágenes comenzaron a invadirme: las manos callosas de Terry arañando mi piel, su aliento rancio en mi nuca, el sonido de la tela rasgándose... Cada recuerdo me golpeaba como un puñetazo, dejándome sin aire, comprimiendo mi pecho hasta el límite.

Un gemido escapó de mis labios. Me aferré al escote del vestido, los dedos entrelazados sobre el corazón intentando contenerlo.

Giré bruscamente y eché a correr. Me abrí paso entre la multitud a empujones, sin importarme quién estuviera delante. La gente se convertía en sombras borrosas, caras anónimas que apenas registraba mientras intentaba escapar.

Tropecé, mis rodillas impactaron contra el suelo frío, pero no me detuve. Me levanté al instante, ignorando el dolor punzante, y seguí adelante. Más cuerpos se estrellaban contra mí, algunos gritaban sorprendidos, otros simplemente se apartaban. El gentío formaba una maraña impenetrable que parecía querer tragarme.

Sin saber cómo, me encontré en uno de los laterales del escenario. Los músicos afinaban sus instrumentos, las primeras notas de prueba resonaban en el aire. Mi alma latía al unísono con el pánico que me poseía. Miré alrededor, desesperada: retroceder era imposible. La multitud era un mar humano que se movía al ritmo colectivo, y yo estaba atrapada en medio.

Busqué una salida con la mirada. Entonces vi una valla que cercaba la zona. Al otro lado estaba la libertad, tangible, el único paso que me separaba de dejar atrás todo lo que me atormentaba.

Me abrí paso entre la gente, empujando y esquivando cuerpos que apenas notaban mi presencia. Finalmente llegué a la valla. Mis manos temblaban al aferrarme, lista para saltar. Pero un brazo fuerte me detuvo.

—Esta no es la salida —dijo un guardia corpulento—. Salga por el lado correspondiente.

Señaló hacia el extremo opuesto del recinto. Tenía la cabeza calva brillando bajo las luces, y su postura dejaba claro que no permitiría desafíos.

—Necesito salir ya —repetí, como un eco desesperado—. Déjeme irme.

—Se lo repito: esta no es la salida —insistió, pasándose una mano por la calva con impaciencia—. ¿De acuerdo?

Miré al otro lado de la valla y un latido seco me sacudió el pecho, deteniendo el mundo. No podía ser, pero ahí estaba: a unos metros, rodeado de gente, un chico con la altura desgarbada, la delgadez y los tatuajes visibles bajo las mangas cortas. El pelo rapado, esa forma de moverse... Era R.J., sin duda.

—¡R.J.! —grité, con toda la fuerza que me quedaba—. ¡R.J.!

Él giró la cabeza y se quedó paralizado un instante. Luego cruzó la distancia en cinco zancadas largas, apartando a un par de chicos sin siquiera mirarlos.

Cuando lo tuve frente a mí, me puse como loca, intentando hablar sin que las palabras salieran claras.

—¡Está aquí! ¡Sácame de aquí! —repetí, tirando de su brazo con desesperación.

—Aléjese de la valla —ordenó el guardia de seguridad, colocándose entre nosotros y agarrándome del brazo para separarme.

No lo solté. Me aferré a R.J. con todas mis fuerzas.

—Jefe, tengo un altercado en la valla norte —dijo el hombre por la radio.

—Quita tus putas manos de ella. —R.J. agarró la valla con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos, pero al encontrarse con mi mirada, soltó un bufido y aflojó el agarre—. Mira, tío, hoy no me apetece montar un circo. La música está decente y tengo cerveza fría.

Su tono era engañosamente relajado, pero entonces se inclinó sobre la valla, acercándose al guardia.

—Pero si me obligas a saltar esta mierda, te juro que el único concierto que vas a oír será el de mis puños contra tu cara.

—¿Eso es una amenaza, chico? —replicó el guardia, llevando la mano a la porra.

—¿Amenaza? Esto es matemática, capullo. —Una sonrisa fría le recorrió los labios—. Tú, solo. Yo, con ellos —señaló con la barbilla a sus amigos, que observaban con interés—. Haz la puta cuenta.

El guardia observó mi rostro pálido, mi respiración entrecortada, y maldijo entre dientes.

—Venga —dijo al fin, abriendo la valla con un gesto brusco—. Largo de aquí, joder.

R.J. me agarró del brazo con firmeza y me sacó de allí.

—Vámonos, enana. Ya está.

Me llevó hasta un banco cerca de sus amigos, pero lo bastante lejos para tener intimidad. Dio un trago largo a la cerveza, la tiró al suelo sin miramientos y encendió un cigarrillo, apoyándose contra el respaldo con ese aire desgarbado que tanto le caracterizaba. Me observó unos segundos, negando lentamente con la cabeza.

—¿Qué mierda te ha pasado?

—Era Terry… él y mi madre… —al pronunciar esas palabras, mi cuerpo volvió a temblar incontrolablemente.

Se incorporó de un salto.

—¿Dónde? —La voz le salió áspera, cargada de una rabia apenas contenida.

—No lo sé —tragué saliva—. Solo… solo huí.

—¡Maldito hijo de puta! —escupió, acercándose de nuevo a la valla mientras sus ojos, afilados y fríos, rastreaban la multitud. Al no ver nada, volvió de golpe hacia donde me había dejado—. Dime, ¿te tocó? ¿Te hizo algo, Jolene?

Negué con la cabeza, sin poder evitar que unas lágrimas calientes me recorrieran las mejillas.

—Esta vez no sale de aquí vivo.

Temí que fuera en serio, así que corrí hacia él y lo abracé, rodeando su cintura con fuerza y enterrando el rostro en su pecho.

—Vámonos, R.J., por favor. Déjalo y vámonos a casa —le supliqué.

Pero él seguía con la mirada clavada en la distancia, buscando entre la gente, ciego a mis súplicas, poseído por una furia silenciosa y letal.

—Ey, primo, ¿qué pasa? —Una voz interrumpió el instante.

Giré la cabeza y vi a Spencer, el primo de R.J.: un chico rudo de unos veinte años, pelo castaño corto, cuerpo cubierto de tatuajes y unos ojos azulados, pequeños y curiosos, clavados en mí. Detrás de

él, un puñado de chicos observaba la escena con interés. Y entonces la vi: la misma chica del pelo negro y el top diminuto, del rodeo.

—Spens, no te metas —advirtió R.J.

—Vamos, tío, no empieces —suplicó Spencer—. Davis me matará si te dejo liarla otra vez.

Pero R.J. ya no escuchaba. Se mantuvo inmóvil, con el brazo firme alrededor de mi cintura: el único ancla que me impedía derrumbarme.

—R.J., mírame —insistí, tirando de su mano hasta que, a regañadientes, sus ojos se encontraron con los míos—. No me hagas esto. No quiero verle, solo quiero irme. Te lo ruego, sácame de aquí.

En su rostro apareció un destello de duda, como si una parte de él luchara contra el impulso de buscar entre la multitud. Entonces, con un gruñido ahogado que le vibró en el pecho, giró bruscamente y me arrastró hacia sus amigos. Sus nudillos palidecían de tanto apretar los puños, y cuando soltó mi mano para encender un cigarrillo, noté el leve temblor de sus dedos.

—Ey, peña, yo me piro —dijo R.J., acercándose al banco donde estaban las cervezas y bebiendo un trago largo de una.

Varios protestaron, alegando que era demasiado pronto, pero entonces ella se acercó: un torbellino de perfume dulzón y falsa dulzura, balanceando sus caderas con calculada sensualidad. Su cabello negro brillaba bajo las luces tenues, y sus grandes ojos azules parecían tener un brillo especial.

Yo observaba la escena desde mi rincón, con el corazón en un puño, esperando que regresara.

—¿Pero qué dices? ¿Te vas a ir por ella? —me miró de reojo, con una sonrisa burlona.

—Cierra el pico, Marian —al oír ese nombre, entendí de inmediato quién era: la chica que tenía loco a Luke. Y no me extrañaba, pues era espectacular—. ¿Por qué no buscas a Bryan?

—¿Estás celoso, encanto? —Su mano se posó en el pecho de R.J. Solo estuvo allí un segundo antes de que él la apartara con sequedad, pero ese instante bastó para que me hirviera la sangre.

—¿Nos vamos, R.J.? —pregunté, incapaz de aguantar más. Sabía que al hablar me convertiría en el centro de todas las miradas, pero soportar aquella escena era peor.

—Claro —respondió, dejándola atrás con una expresión de desconcierto. Vino hacia mí y, sin pensarlo dos veces, me tomó de la mano como si fuera lo más natural del mundo.

—Voy a pillar la moto y me largo —anunció R.J. a su primo, y sus palabras me sorprendieron. *¿La moto?*

Spencer frunció el ceño, preocupado.

—Tío, no es seguro salir así. ¿Por qué no esperáis y os llevo en la camioneta? Solo tienes un casco, y seguro que la policía está montando controles en la salida de Fort Stockton. No te la juegues.

—Paso de tener que venir mañana a por la moto —replicó R.J., restándole importancia—. Además, no saldré por la US-90. Atravesaré los campos hasta pasar el control y luego cogeré la carretera —explicó a su primo.

Spencer suspiró, levantando las manos en señal de rendición.

—Como quieras —murmuró, sabiendo que discutir era inútil. La batalla ya estaba perdida.

Marian, molesta por haber sido ignorada, se acercó de nuevo jugueteando con un mechón de su pelo azabache. Sus ojos brillaban con una mezcla de coquetería y determinación.

—Oye, ¿no me ibas a dar una vuelta? —insistió, plantándose frente a él.

—En otro momento —dijo sin mirarla.

Ella se dio la vuelta con un bufido y se alejó hacia otro chico, aunque seguía lanzando miradas de reojo a R.J., que ni siquiera parecía notarlo.

De pronto, escuché mi nombre a lo lejos.

—¡Jolene! —gritaron desde la valla.

Entre la multitud, distinguí a Nikol y Ethan. Me había marchado tan deprisa, tan consumida por la urgencia de escapar, que ni siquiera me había acordado de ellos.

Di un paso hacia ellos, dispuesta a explicarme, pero R.J. me agarró del brazo con firmeza, deteniéndome en seco.

—Nos vamos —dijo. Tenía los labios apretados; aquello no era un recordatorio, sino una orden—. ¿No era eso lo que querías?

—Sí... —respondí en un hilo de voz. Sabía que no podía presionarlo en ese momento.

Tomé su mano y, antes de irme, levanté la vista hacia Ethan y Nikol. Hice un gesto breve con la mano —una despedida a medias—. Sus rostros estaban desconcertados, marcados por la confusión y una frustración que no alcanzaba a disimular.

No supe qué más hacer.

Así que escondí el rostro en el pecho de R.J., aspirando su olor como un ansiolítico, el único que conseguía calmarme.

Caminamos en silencio, aún de la mano, por uno de los extremos de la feria para evitar las aglomeraciones.

Llegamos a un aparcamiento abarrotado y, en una esquina, había una moto que no había visto nunca.

—Si me monto ahí, se me va a ver todo —dije, señalando mi vestido corto y ajustado.

R.J. puso los ojos en blanco, se quitó su camiseta negra de manga corta —dejando al descubierto su torso delgado y pálido, marcado por un par de tatuajes— y me la puso. Me quedaba tan grande que era más larga que el propio vestido.

—Solucionado —añadió, colocándome el casco y esbozando una sonrisa al ver mi nuevo look.

Me monté en la moto detrás de él, y el contacto de mis brazos alrededor de su torso desnudo despertó un calor vergonzante en mis mejillas.

El rugido del motor llenó el aire mientras R.J. aceleraba, y en cuestión de segundos desaparecimos de allí, tragados por la noche, justo cuando la música del concierto empezaba a sonar con fuerza y la gente gritaba y cantaba. Y yo, aferrada a él, ya sabía que no había vuelta atrás.

35

El viento me golpeaba con saña mientras la moto rugía por caminos secundarios apenas iluminados por la luz tenue de la luna. Cada bache, cada desnivel del terreno sacudía la moto con violencia, y yo rebotaba contra el asiento duro como una piedra. Cada impacto era un recordatorio agotador de lo incómodo que se había vuelto el trayecto.

—¡R.J.! —grité, tirando de su brazo.

No respondió al instante, pero al cabo de unos segundos redujo la marcha hasta detenerse en medio de aquel páramo desolado. Me quité el casco de un tirón, liberando mechones sudorosos que se habían escapado de mi coleta y ahora bailaban desordenados alrededor de mi rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó con tono molesto.

—Necesito que paremos… —mis piernas temblaban al apoyar los pies en el suelo—. Me duelen las piernas… —hice una pausa— y el trasero.

Soltó un bufido, pero antes de que pudiera bajarme del todo, extendió un brazo para detenerme.

—Entre esos matorrales hay víboras que te dejarían tiesa en dos segundos y alacranes que te harían desear estarlo. Quédate en el puto asiento —dijo, señalando con la barbilla hacia la oscuridad.

—Vale… —un escalofrío me recorrió la espalda—. Solo dame un momento.

Nos quedamos allí, rodeados por el silencio del desierto, interrumpido por el crujir de arbustos y ululares distantes.

—Mierda... Debí reventarle la puta cara a ese hijo de puta —masculló R.J.

—¿Y qué se arreglaría con eso? —apoyé la frente contra su espalda desnuda.

—Un gilipollas menos respirando mi oxígeno —respondió tras unos segundos, con tono hilarante pero decidido—. Eso me daría un billete de primera al cielo.

—No, te daría un billete directo a la cárcel —le di un golpecito en el brazo.

En lugar de apartarse, tomó mi mano entre las suyas con un agarre cálido y sorprendentemente delicado.

—Bueno, Davis siempre dice que acabaré entre rejas —murmuró. No podía ver su rostro, pero sentí la tristeza en sus palabras—. El muy cabrón probablemente tenga razón.

Quise abrazarlo. Pero antes de que pudiera moverme, soltó mi mano y se alejó ligeramente en el asiento.

—¿Otra vez? ¿Vas a hacerlo otra vez, R.J.? —estallé, sintiendo la frustración acumularse en mi pecho—. No vas a lograr alejarme, no así.

Me acerqué, ignorando su intento de separarse. Sentía su resistencia, como si librara una batalla interna entre empujarme lejos y necesitarme cerca.

—Eres un puto incordio, enana —dijo, pero su tono carecía de hostilidad. Había algo dulce, casi vulnerable, en sus palabras.

—¿Se puede saber qué te ha pasado estos días? Porque no lo entiendo —pregunté, observándolo aún de espaldas, con los labios apretados.

El silencio se alargó tanto que creí que no respondería.

Hasta que, de pronto, se bajó de la moto y empezó a caminar en círculos, como un animal enjaulado.

—¿Qué coño quieres que te diga? —escupió, pasándose una mano por el pelo con gesto brusco—. Davis me apartó como a un crío. Y yo, ahí, jodido, oyendo los tiros desde lejos como un inútil.

Se movió inquieto, con las manos vagando perdidas, sin saber dónde posarse.

—Agarré el quad y fui a toda hostia. Cuando llegué… —apretó la mandíbula—, ese cabrón tenía el arma apuntando a mi hermano. Le disparé. Hostia, Jolene… le disparé. Y la sangre… —se frotó la cara con frustración— salía a chorros. Pensé que me lo había cargado.

Guardó silencio un largo instante. Los hombros, rígidos, parecían cargar con algo más que recuerdos.

—Y Davis… —escupió el nombre con desprecio— me miró como si fuera un mierda. Como si lo hubiera jodido todo.

Alzó la mirada hacia mí por primera vez, con los ojos enrojecidos por la rabia.

—Sí, te aparté —apretó los puños—. Porque cada vez que te miraba, me recordaba lo jodido que estoy. Y tú no mereces esta mierda.

Permanecí sentada en el duro asiento de la moto, intentando asimilar sus palabras. Finalmente, me bajé y me acerqué a él con cautela, pero él retrocedió un paso.

—¿Sabes qué? Tampoco eres una jodida santa —me recriminó—. En cuanto me di la vuelta, saliste corriendo tras el niñato de la iglesia.

—Eso no es justo, R.J., y no es cierto —dije, buscando sus ojos, rogándole que me escuchara.

—¿Ah, no? ¿No quedaste con él? —cruzó los brazos frente a mí—. ¿Te gusta ponerme a prueba, Jolene? ¿Ver hasta dónde aguanto?

—No es como lo imaginas —respondí, tragando saliva—. Quedé con él porque iba a traer a mi prima, y no es fácil para mí verla. Todo el maldito pueblo me repudia. Mi tía no me deja acercarme. Nadie me habla. ¿No lo entiendes?

Me costó más de lo que pensé contener las lágrimas.

Di el último paso y deshice sus brazos cruzados para abrazarlo.

—No lo ves —susurré contra su pecho—. Yo también estoy rota. Por eso tenemos que estar juntos.

Se quedó quieto, mirándome. El silencio se cargó de todo lo no dicho, de heridas que ninguno sabía cómo sanar.

De pronto, rompió la tensión. Antes de que pudiera reaccionar, sus labios se estrellaron contra los míos con urgencia.

Sus manos callosas me sujetaron el rostro con una mezcla de dominio y desesperación. Su aroma a jabón y tabaco me inundó, embriagándome más que cualquier licor. Era una esencia que ya asociaba al peligro, a la adicción, a todo lo que me hacía daño y aun así anhelaba.

Con audacia, mordí su labio inferior con fuerza suficiente para hacerlo gruñir, pero no para lastimarlo. Él se separó unos centímetros, clavándome una mirada tan intensa que sentí cómo mi piel se erizaba.

—Joder... —murmuró contra mis labios, con su aliento mezclándose con el mío.

Fue toda la advertencia que tuve antes de que volviera a besarme. Esta vez, con una lentitud tortuosa que me hizo arquearme hacia él. Cada roce de sus labios era promesa y condena; cada caricia de su lengua, una invitación a beber más de su veneno.

Y yo, como la idiota que era, me entregué con avidez, sabiendo que era mi perdición.

—¿Estás conmigo o no? —me preguntó, apartándose apenas lo justo para atraparme el rostro entre sus manos.

—Sí… claro que estoy contigo —murmuré, intentando suavizarlo mientras volvía a besarlo.

—No —me cortó, devolviéndome el beso con una urgencia casi violenta—. Las palabras no sirven. Si estás conmigo, se nota.

—¿Cómo? —pregunté, confundida, con el corazón acelerado.

—No vuelvas a hacerme quedar como un imbécil —dijo con los ojos encendidos y la mirada clavada en la mía—. Si dices que eres mía, lo eres.

Hizo una pausa, apoyando su frente contra la mía, bajando la voz como si fuera una advertencia.

—Ni Davis, ni el principito, ni nadie más. No necesito esas mierdas. O soy yo… o nada. ¿Lo entiendes?

—Sí… lo entiendo —dije rápido, antes de que pudiera apartarse—. No necesito a nadie más.

Tragué saliva, apoyando mis manos en su pecho en un esfuerzo por anclarme a él.

Nos quedamos mirándonos durante unos segundos que parecieron estirarse hasta el límite, con una intensidad casi insoportable. No supe quién apartó la mirada primero; solo sentí ese nudo en el pecho que aparece cuando algo está a punto de romperse.

—Bien… —dijo al final, rompiendo el silencio de golpe.

Escupió al suelo con brusquedad, y luego echó un vistazo rápido a su alrededor. Se pasó la mano por el cabello en un gesto nervioso. Luego, sin añadir nada más, se dio la vuelta y caminó hacia la moto, dejando atrás el eco de su silencio.

No hubo más explicaciones. Solo el sonido de sus botas sobre la grava.

Sin detenerse, me lanzó el casco con una mano mientras con la otra giraba la llave. El motor rugió al instante, grave y salvaje,

llenándolo todo. Me lo puse y subí tras él sin pensarlo, aferrándome a su espalda.

La moto serpenteó entre cactus y matorrales, esquivando obstáculos con la destreza única de R.J. El paisaje nocturno se volvió un borrón de sombras. Finalmente, las ruedas encontraron el asfalto con un chirrido.

La velocidad aumentó. El viento nocturno golpeaba con más fuerza, pero no me importaba. Apreté aún más los brazos alrededor de R.J., sintiendo cómo su cuerpo respondía a cada curva, a cada cambio de ritmo.

Casi sin darme cuenta, pasamos bajo el cartel de Valentine. R.J. tomó la carretera secundaria hacia casa, pero en ese preciso instante, un coche negro nos cruzó. Lo reconocí al momento: era el mismo vehículo lujoso que había visto aquella noche tras las verjas de los Baker.

No fui la única que lo notó. El corazón de R.J. se aceleró cuando nos cruzamos. No redujo la velocidad, pero todo su cuerpo se tensó.

Al entrar en casa, solo estaban Maggie y Luke. Maggie se movía de un lado a otro en la cocina, concentrada en preparar la cena, aunque sus gestos tenían algo de mecánico, como si su mente estuviera en otro lugar. Luke, en cambio, estaba sentado en el sofá con la televisión encendida; las imágenes desfilaban sin captar realmente su atención. Su mirada iba una y otra vez hacia la puerta principal, expectante.

—Joder… pensé que eran ellos —murmuró con decepción al vernos aparecer.

—¿Siguen en el taller? —preguntó R.J. mientras se acercaba al sofá—. He visto por la carretera el coche de Hightower saliendo de allí.

—Sí —respondió Luke, pasándose una mano por la cara—. Llamaron poco después de que te largaras para decir que iban a pasarse a recoger "el paquete". Y ya llevan la hostia de tiempo allí.

La tensión en su voz era evidente, demasiado evidente.

—Estarán terminando de recoger las herramientas —intervino Maggie desde la cocina, sin girarse—. No creo que tarden mucho en volver, así que tranquilos.

La observé mientras cortaba una cebolla. Su movimiento era rápido, preciso, pero demasiado enérgico para ser normal. Cada golpe del cuchillo contra la tabla parecía descargar un poco de la tensión que llevaba acumulada. Comprendí su silencio, así que no dije nada y me acerqué para ayudarla.

—Oye… ¿tú no habías ido a la feria con tu prima? —preguntó de pronto, cayendo finalmente en la cuenta—. ¿Has vuelto con R.J.?

—Sí, bueno… —no supe muy bien cómo explicarlo. Me encogí de hombros, incapaz de encontrar una respuesta clara.

—Dios bendito… —murmuró Maggie, negando lentamente con la cabeza, aunque sin dureza.

En ese momento, la puerta principal se abrió, y todas las miradas se clavaron en ella. El resto de los hermanos Baker entró en la casa como si nada, como si regresaran de una jornada de trabajo cualquiera. Hablaban entre ellos con normalidad, ajenos a la atención silenciosa con la que los seguíamos, midiendo cada gesto, cada expresión.

Davis fue directamente hacia Maggie. Le dio un beso breve y tierno en los labios y le dedicó una media sonrisa. Ese gesto, tan simple, fue suficiente para que ella soltara todo el aire que llevaba contenido, pudiendo por fin respirar de nuevo.

—¿Qué hay de cena? —preguntó Davis mientras tomaba asiento a la mesa.

Maggie abrió la boca para responder, pero R.J. se le adelantó y se acercó a él.

—He visto el coche de Hightower —dijo, sin rodeos—. ¿Qué ha pasado?

—Se ha llevado la carga del taller —respondió Davis con tranquilidad.

No hizo falta que especificara nada más. Todos supimos exactamente a qué se refería. Saber que aquel hombre ya no estaba allí resultaba un alivio, aunque no pude evitar preguntarme qué destino le aguardaría. Por lo poco que había visto, Hightower no parecía precisamente un buen tipo.

—¿Y te dijo algo…? —R.J. carraspeó, incómodo—. ¿Sobre el disparo?

—Nada de lo que debas preocuparte —contestó Davis, sosteniéndole la mirada.

R.J. asintió despacio, y pude notar cómo la tensión abandonaba por fin sus hombros.

La cena transcurrió en un silencio poco habitual, roto solo por el sonido de los cubiertos y el murmullo bajo de la televisión.

Mientras recogía los platos junto a Maggie, mis ojos buscaron a R.J. Estaba en el porche, de espaldas a la casa, recortado contra la noche. La punta encendida de su cigarro era el único punto de luz que se movía en la oscuridad.

Me acerqué a la puerta y me apoyé en el marco. El aire cálido de la noche barrió el último resto del olor a ceniza que parecía haberme perseguido desde la carretera.

Él no se volvió, pero su mano, que colgaba a un lado, se abrió ligeramente. Una invitación silenciosa.

Crucé la distancia y deslicé mi mano en la suya. Sus dedos se cerraron alrededor de los míos con firmeza.

Permanecíamos juntos, en silencio, mirando hacia la carretera vacía. La oscuridad lo había engullido todo: el coche de Hightower, a Terry, a mi madre. El peligro inmediato había pasado, se había llevado su precio y se había ido. Lo único que quedaba era el contacto de nuestras manos entrelazadas en la penumbra.

36

Los niños habían regresado a casa y, con ellos, la alegría. No me había dado cuenta de cuánto los había echado de menos hasta que sus voces volvieron a recorrer cada rincón, llenándolo todo con juegos improvisados, gritos desordenados y ese alboroto cotidiano que, sin ellos, había dejado la casa demasiado grande y demasiado silenciosa. Aquellas semanas de ausencia se habían alargado más de lo que habría imaginado, pesadas y huecas.

Pero no fue la única ausencia que se había notado. Lyndsey, con su sonrisa de siempre y la barriga aún más grande, volvió a ocupar el espacio que ella misma había dejado al marcharse.

En una de esas tardes tranquilas, me senté con Vickie en los escalones del porche, con el sol de la tarde pintando largas sombras a nuestros pies.

—Mira, te enseño un juego nuevo —anunció, con los ojos brillantes de entusiasmo—. Lo aprendí en Alpine.

Extendió sus manos pequeñas y empezó a chocar las palmas contra las mías en un ritmo complicado.

—Tienes que poner la mano al revés —explicaba, concentrada—, y luego otra vez adelante, así, ¡pum!

—Es muy difícil —me quejé entre risas, después de fallar por cuarta vez seguida.

—¡No lo es! Es fácil —replicó ella, riéndose—. Es que… eres muy mala.

—¿Ah, sí? ¿Que soy muy mala? —la desafié, fingiendo ofenderme.

Entonces la atrapé entre mis brazos y empecé a hacerle cosquillas. Ella se retorció, una mezcla de risas y gritos que salían a borbotones.

En ese momento, el rugido familiar del quad de R.J. irrumpió en la calma del patio. Venía conduciendo, con Luke agarrado detrás, balanceándose con cada bache del terreno. Pasaron como un relámpago por delante de nosotras, levantando una leve cortina de polvo, y aparcaron con un chirrido breve junto al cobertizo.

Ambos se bajaron, sumergidos aún en una conversación animada. Reían y se empujaban ligeramente, como si compartieran alguna broma privada. Sus voces llegaban a trozos, ininteligibles desde donde estábamos, pero la energía era palpable.

Caminaron hacia nosotras sin prisa. R.J., al llegar, no dijo nada. Simplemente se dejó caer a mi lado en los escalones del porche, y en un gesto que ya empezaba a ser instintivo, rodeó mis hombros con su brazo. Sin pausa, retomó la conversación con Luke, que se había quedado de pie frente a nosotros, encendiendo un cigarrillo con gesto pausado.

—Y bueno, ¿a qué hora se pasa Spens? —preguntó R.J., acomodándose mejor a mi lado.

—Lo que tarde en pillar las birras y subir a por nosotros —respondió Luke, lanzando una mirada rápida hacia la verja de la entrada.

—Bien, bien —dijo R.J. con una sonrisa traviesa—. Tengo ganas de ir al Nido de Víboras.

—¿El Nido de Víboras? —pregunté, soltando suavemente a Vickie, que se aferraba a mi brazo.

—Sí, ya verás como te gusta —me respondió R.J., guiñándome un ojo.

—Pero Jolene se va a quedar a jugar conmigo, ¿a que sí? —intervino la pequeña, tirando de mi mano con gesto suplicante.

—Pero ¿qué dices, renacuaja? A Jolene me la llevo yo —replicó R.J., provocándola a propósito y riéndose de su enfado.

—¿Qué pasa, tío R.J.? —insistió Vickie, con una sonrisa pícara asomando entre sus mejillas sonrosadas—. ¿Es que ahora Jolene es tu novia? —Hizo una pausa dramática—. ¿Te vas a casar con ella?

—Joder, pues claro —contestó él con total naturalidad, atrayéndome hacia su pecho—. ¿Qué te pensabas?

Sabía que aquella conversación no era más que una broma infantil y que no debía darle importancia. Y aun así, escuchar esas palabras salir de sus labios hizo que el corazón se me acelerara y que algo dentro de mí se encogiera, aferrándose al deseo absurdo de que fueran verdad.

Entonces, el sonido del claxon de la furgoneta de Spencer rompió el momento. Desde la entrada, él nos hizo un gesto con la mano para que nos acercáramos y subiéramos al coche.

—¡Vamos, andando! —gritó—. ¡Antes de que se calienten las birras!

Me despedí de Vickie, que se marchó al interior de la casa con el ceño fruncido y un ligero enfado que no intentó disimular. Yo, en cambio, dudé un instante antes de seguir a R.J. Sabía que con él estaba a salvo, o al menos eso quería creer, pero siempre que podía prefería no salir de aquella casa. Era el único lugar donde sentía una calma real.

Aun así, no podía negarme. De algún modo, me estaba abriendo la puerta a su círculo más cercano, haciéndome partícipe de su mundo, de sus amigos, y sabía que eso era importante para él. Para mí, en cambio, suponía enfrentar una maraña de miedos e inseguridades que solo deseaba esconder lo suficiente como para que nadie las notara.

El interior de la camioneta de Spencer era un horno asfixiante. El aire acondicionado roto convertía el trayecto en una tortura lenta, y cada bocanada de aire sabía a plástico recalentado y gasolina,

pegándose a la garganta. El sudor se acumulaba en la piel incluso antes de que el vehículo se pusiera en marcha.

En el asiento del copiloto, Luke iba rígido, con la mandíbula apretada y la mirada fija al frente, visiblemente tenso.

R.J., sentado a mi lado en la parte trasera, mantenía un brazo alrededor de mis hombros. El calor hacía que nuestras pieles se pegaran, una mezcla incómoda de sudor y electricidad que me ponía aún más nerviosa.

—¡Ey, primo! —dijo R.J. de pronto, inclinándose hacia delante para dar un golpecito en el pecho a Luke—. El figurín seguro que moja esta noche, ¿eh?

Sus palabras, crudas y cargadas de insinuación, hicieron que bajara la vista de golpe. Sentí cómo el calor, que ya era sofocante, se concentraba en mis mejillas.

—Cierra la boca —respondió Luke con sequedad, lanzándole una mirada rápida a través del retrovisor.

Durante el trayecto, las risas llenaron el interior del vehículo, aunque muchas llevaban un matiz claramente burlón. Las pullas iban y venían, dirigidas casi siempre a Luke, que apenas conseguía articular una respuesta ante los comentarios sarcásticos de su hermano y su primo.

Yo, por mi parte, mantuve la vista fija en el exterior, observando cómo el paisaje se oscurecía poco a poco. No sabía exactamente adónde íbamos, ni con quién nos encontraríamos, y esa incertidumbre empezó a pesarme en el pecho. Cuando el sol desapareció por completo, la inquietud me comprimió el estómago, convirtiéndose en una carga difícil de ignorar.

Las risas burlonas cesaron de golpe cuando el pickup salió de la carretera asfaltada y las ruedas golpearon contra el primer bache del camino de tierra. Ya no había paisaje que mirar, solo una cortina de polvo rojizo, iluminada por nuestros faros.

—¡Por ahí a la derecha, Spens, no te lo saltes! —gritó R.J., dándole unos golpecitos insistentes en el hombro.

Spencer giró el volante bruscamente y el coche se internó por un sendero aún peor, más estrecho, flanqueado por arbustos espinosos que raspaban los laterales con un chirrido desagradable.

Miré a R.J. Con una mano se sujetaba al respaldo del asiento del conductor y con la otra, me sujetaba con fuerza contra él para que no saliera despedida. Su mirada permanecía fija al frente, tensa, concentrada, como si fuera él quien estuviera conduciendo en lugar de su primo.

De pronto, las luces del coche barrieron una cerca de alambre de púas caída, colgando de un poste podrido. Habíamos traspasado un límite.

—Bueno, hemos llegado —dijo Spencer con una voz que pretendía ser triunfal, pero que sonaba ronca por el polvo—. Bienvenidos al Nido de Víboras.

El coche se detuvo detrás de un par de camionetas viejas. Antes de que mi puerta se abriera, los olores llegaron hasta mí, mezclados con el aire caliente de la noche: humo de leña de mezquite, polvo, el dulzor rancio de la carne asada barata... y algo más, un tufo a agua estancada y a metal oxidado que me revolvió el estómago.

Al bajar, el escenario se abrió ante mis ojos.

No era un lugar; era la herida abandonada de algo que alguna vez había tenido un propósito. En el centro, un enorme tanque circular de metal se hundía en la tierra como un cráter. Su superficie estaba corroída, cubierta de grafitis desteñidos, y de su interior no surgía el brillo limpio del agua, sino un reflejo muerto y aceitoso que devolvía la luz de las llamas cercanas. Alrededor, el suelo era una mezcla de tierra seca y barro endurecido, salpicado de latas aplastadas, restos de hogueras antiguas y ropa olvidada.

La gente ya estaba allí. Algunos chapoteaban en los bordes del tanque, riendo sin preocuparse por nada, sus voces resonando en

aquel espacio abandonado. Otros se agrupaban junto a las pickups, con cervezas en la mano. La música brotaba de unos altavoces con un ritmo agresivo, pero ni siquiera lograba cubrir el sonido constante de fondo: el zumbido persistente de los insectos atraídos por la humedad.

Me quedé clavada junto a la puerta mientras Spencer y Luke se alejaban con las cervezas, saludando con choques de nudillos y risas fáciles.

R.J. los observó y no pudo evitar sonreír. Era evidente que quería ir con ellos, perderse en aquella fiesta sin reglas. Pero entonces su mirada volvió a mí. Se pasó una mano por el pelo, con un gesto que era casi de frustración, y me rodeó la cintura, atrayéndome hacia él.

—No pongas esa cara, enana —dijo, y con la yema del pulgar me rozó los labios.

—No estoy poniendo ninguna cara —respondí, escondiendo el rostro contra su camiseta, buscando refugio en su olor, infinitamente más agradable que el aire viciado que nos rodeaba.

—Venga, no seas tonta, mueve el culo —dijo con una risa baja.

Me separó de él y me agarró de la mano con firmeza, tirando de mí para obligarme a seguirle. *En ese preciso instante me arrepentí de no haberme quedado en casa, jugando con Vickie, lejos de todo aquello.*

Cuando llegamos junto al resto, la reacción fue inmediata. Varias voces gritaron el nombre de R.J., acompañadas de choques de manos, palmadas en la espalda y risas ruidosas. Alguien apareció enseguida con un botellín de cerveza y se lo puso en la mano.

—¡Eh! ¡Esta es la chica de la feria! —gritó un tipo corpulento y sin camisa, con un tatuaje torcido en el centro de su barriga sudorosa.

—Sí, tío, claro —confirmó R.J., dándole un largo trago a la cerveza —. Jolene, este es Weasel. Weasel… Jolene.

Saludé con una leve inclinación de cabeza, incómoda, aferrada a su mano en un esfuerzo por esconderme en ese contacto.

—¿Qué pasa, que te vas a adueñar de la música? —escuché de pronto una voz femenina que me resultó familiar.

Al girarme, vi a Marian hablando con un chico que llevaba un sombrero de cowboy. No era la única que la observaba. Al otro lado de la hoguera, Luke estaba apartado, rígido, mirándola con temor… pero incapaz de apartar los ojos de ella.

Entonces noté cómo R.J. hacía un gesto con la cabeza en dirección a su hermano, invitándolo silenciosamente a acercarse. Luke, sin embargo, bajó la mirada y la clavó en el suelo.

—Joder, mi hermano es un puto nenaza —comentó R.J. con fastidio, dirigiéndose al chico que teníamos al lado.

—Bueno, tío, si quiere tener una oportunidad, mejor que sea hoy —añadió el tal Weasel, terminando su cerveza de un trago—. Que hoy no está Bryan.

—¿No va a venir? —preguntó R.J., fingiendo desinterés.

—Qué va. Tiene lío, le han mandado unos 'encarguitos'. Ya sabes —Weasel aplastó la lata vacía contra su muslo y la lanzó a la tierra —. Así que si tu hermano se quiere follar a la zorrita, más le vale que aproveche ahora. Ya sabes cómo se ponen cuando ven a ese cabrón de Bryan —soltó una carcajada áspera y se alejó tambaleándose hacia la caja de cervezas.

Miré a R.J. Tenía el ceño fruncido y la mirada perdida, absorto en algún pensamiento que parecía no darle tregua.

Le tiré suavemente de la mano para que bajara. Se agachó, sin dejar de mirar a lo lejos. Me puse de puntillas, apoyé las manos en su pecho y, guiándolo de vuelta al presente, le besé.

Fue breve, sencillo, pero suficiente. Un pequeño bálsamo silencioso que pareció calmarnos a los dos, aunque fuera solo por un instante.

Entonces Spencer nos hizo un gesto para que nos acercáramos a donde estaba el resto. Sin soltarme de la mano, R.J. me condujo hacia el bullicio.

Nos acercamos a la hoguera principal, donde el calor quemaba. Allí estaba Spencer, ya medio borracho, intentando convencer a un tipo de que podría ganarle a cualquier carrera de motor.

—¡Spens, el día que te gane una carrera, me como el casco!

Los que estaban alrededor rieron. Spencer hizo un gesto obsceno, pero sonreía. Yo sentí cómo una parte de mí, la que estaba paralizada, comenzaba a relajarse un poco.

En un momento dado, R.J. se soltó de mi mano solo para agacharse y recoger dos latas frías de una hielera llena de agua derretida.

—Toma. Bebe algo, anda —dijo, pasándome la cerveza.

Nunca había bebido una, pero preferí hacer lo mismo que el resto. No quería parecer más pringada de lo que ya me sentía, escondida a medias en la sombra protectora de R.J. Tomé la cerveza con cierta torpeza y di un primer trago.

Era amarga y estaba helada. El líquido frío descendió por mi garganta hasta el estómago, arrastrando consigo los nervios y dejándome un sabor desagradable, casi metálico, que me hizo fruncir el ceño.

Levanté la vista y observé a Luke. Ahora hablaba con un chico delgado y bajito, gesticulando con una cerveza en la mano. Aun así, su atención se le escapaba constantemente hacia otro punto. Sus ojos buscaban, una y otra vez, el lugar donde estaba Marian, que bailaba con la única otra chica de la fiesta, ajena por completo a la vigilancia silenciosa de Luke.

R.J. siguió mi mirada. Su expresión se ensombreció un instante, pero luego me dio un codazo suave.

—Ahora vengo. No te muevas.

Sus palabras hicieron que mi corazón se detuviera. No solté su mano; al contrario, la aferré con más fuerza y negué con la cabeza, clavando en él una mirada suplicante.

—Quédate con Spens, joder —repitió, con impaciencia—. Dame un segundo.

Se soltó de mi agarre con un movimiento seco. Pensé que se dirigiría hacia Luke, pero tomó la dirección opuesta, avanzando con paso decidido hacia Marian.

Mi sangre pareció hervir en mis venas al verlos. Hablaban, ella le sonreía con una familiaridad que me quemaba por dentro. Cada vez que Marian posaba la mano en su brazo con aparente naturalidad, el corazón me daba un vuelco. Tenía que contenerme para no correr hasta allí y sacarlo de ese lugar, de esa conversación, de ella.

—Ey, se te va a calentar la cerveza —dijo una voz a mi lado—. Y caliente está todavía más asquerosa.

Me giré sobresaltada. Era una chica alta y robusta, con el pelo largo y rubio, mucho maquillaje y un vestido negro demasiado ajustado.

—Me llamo Darla —se presentó, acercando su lata para chocarla con la mía. Bebimos las dos, y el sabor amargo me hizo arrugar la nariz.

—Sí… tienes razón. Caliente es mucho peor —admití con un gesto de conformidad.

—Esa es mi cruz, chica. Siempre tengo razón —bromeó con una risa fácil y cercana.

—Yo soy Jolene —dije, titubeando, como si acabara de recordar que tenía nombre.

—Sí, Jolene —repitió ella con tono divertido—. La chica de R.J., nada más y nada menos.

Al escuchar su nombre, giré la cabeza de inmediato. Para mi desgracia, seguía hablando con Marian. Sentí un pinchazo en el estómago y di un trago más largo a la cerveza, intentando ahogar lo que estaba sintiendo.

—Ey, no te rayes. No hay nada entre ellos —intentó tranquilizarme Darla—. Está claro que quiere liarla con su hermano.

—Ya… bueno —murmuré—. No parece que no haya nada.

—A ver… tuvieron algo, sí —admitió—. Pero fue hace tiempo. Y entre ellos las cosas nunca fueron... serias.

Sus palabras confirmaron lo que ya sospechaba, pero aun así dolieron. Mucho.

—¿A qué te refieres? —le pregunté, agarrándola del brazo con más fuerza de la que pretendía.

Darla se rió y me puso una mano en el hombro. En ese momento, Spencer apareció de la nada y la levantó en brazos, haciéndola girar mientras ella protestaba entre risas.

La dejó en el suelo y la besó con pasión delante de todos. Los silbidos y las bromas no tardaron en estallar a su alrededor. Yo aparté la mirada y di otro trago a mi cerveza… solo para descubrir que ya estaba vacía.

Me incliné para dejarla en el suelo, pero el mareo llegó antes. La lata se me resbaló de los dedos y, al intentar recogerla, acabé sentada en la tierra.

—Joder, enana —dijo una voz conocida—. No puedo dejarte ni un segundo sola.

R.J. apareció a mi lado y me ayudó a levantarme con facilidad.

—Pues no —le reproché, apoyándome en él—. Y menos si es para ir a hablar con otra tía.

—Venga, no seas tonta —respondió—. Solo estaba ayudando a mi hermano. Mira.

Me giró la cara con cuidado y entonces los vi: Luke y Marian se alejaban juntos, caminando de la mano, perdiéndose entre las sombras.

—Misión cumplida —añadió R.J.

La fiesta continuó entre risas desbordadas, cervezas que no dejaban de aparecer y apuestas cada vez más absurdas, casi todas girando en torno a la idea de meterse en aquel tanque de agua asquerosa. Al principio me mantuve al margen, observándolo todo con cierta distancia, pero poco a poco la cerveza empezó a hacer su efecto y todo comenzó a parecerme más ligero, más divertido, menos amenazante.

Darla resultó ser, sin duda, la persona más divertida de la noche. Juntas, como dos cómplices en la barrera, coreábamos y juzgábamos la "valentía" de los chicos que, entre gritos y provocaciones, se lanzaban al agua fétida. El verdadero espectáculo no era el salto, sino la reacción ante cualquier movimiento en la superficie. Al primer rumor, al más mínimo crujido atribuido a la famosa víbora, salían despavoridos.

En una de esas huidas cómicas, un tipo perdió literalmente los calzoncillos al enganchársele en el borde oxidado. El espectáculo fue tan ridículo que me derrumbé de risa en el suelo, sin poder contenerme.

—Apestas —le dije a R.J. cuando, completamente empapado, se acercó a mí, me levantó en brazos y me dio un beso rápido y torpe.

—Y tú estás borracha —respondió riéndose, dejándome de nuevo en el suelo.

Me encogí de hombros, él me miró divertido, y los dos estallamos en carcajadas, ajenos por un momento a todo lo demás.

En ese instante, bajo el cielo estrellado que nos envolvía, comprendí algo: lo amaba. No era una idea ni una duda pasajera, era algo que me atravesaba por completo. Cada parte de mí lo sabía: mis pensamientos, mi cuerpo, cada latido acelerado de mi corazón.

Y lo más aterrador no era solo ese amor, sino la forma en que lo deseaba. Una necesidad profunda, urgente, que me ardía por dentro y me dejaba sin aliento. No quería imaginar un después sin él, ni un

lugar donde no estuviera. Me consumía esa certeza, tan intensa como inevitable, de que ya no podía —ni quería— separarme de él.

37

Toda la diversión se había visto empañada por la cerveza que, del mismo modo en que había entrado en mi cuerpo, ahora estaba saliendo sin ningún tipo de compasión. El calor, el alcohol y los nervios se habían mezclado demasiado rápido.

Apartada en un rincón, lejos del ruido y de las miradas, me incliné hacia delante mientras R.J. me sujetaba el pelo con una mano firme y paciente. Vomitaba como si fuera a expulsar el propio estómago, con arcadas que me dejaban sin aliento. El mareo constante y la vista borrosa no hacían más que empeorar la sensación, convirtiéndola en algo insoportablemente desagradable.

—¿Ya? —preguntó R.J. cuando por fin logré incorporarme un poco.

Seguía sujetándome del brazo, consciente de que, si me soltaba, probablemente acabaría en el suelo.

—Puff… no sé —logré decir, limpiándome la boca con el dorso de la mano, sintiendo el regusto ácido y la debilidad en las rodillas.

—Menuda escena, enana —me dijo, sin soltarme—. Parece que te vas a morir por un par de cervezas.

—No lo vuelvo a hacer —me quejé, apoyándome aún más en él y rodeándole la cintura—. Esto es horrible.

—En cuanto vuelva Luke, nos piramos.

Asentí en silencio, incapaz de articular una palabra más. Las voces, las risas y la música me llegaban amortiguadas, lejanas,

como un eco distorsionado, mientras me aferraba a él como a la única cosa sólida en medio de aquel caos.

Poco después, Luke apareció caminando hacia nosotros. Llevaba la camisa mal abotonada y el pelo completamente revuelto, una evidencia demasiado clara de lo que había estado haciendo. En su rostro se dibujaba una felicidad casi infantil, desbordada, con la expresión radiante de quien acaba de vivir el mejor momento de su vida y aún no logra asimilarlo del todo. Marian se despidió de él con un beso fugaz, apenas un roce de labios, antes de darse la vuelta y regresar junto al resto del grupo.

Spencer y Weasel se abalanzaron sobre Luke en cuanto lo vieron venir en nuestra dirección. Le rodearon el cuello con un brazo, le dieron palmadas en la espalda y gritaron entre risas, tratándolo como a un héroe.

—¡Eh! —gritó R.J., haciendo vibrar mi cabeza contra su pecho—. Nos piramos. Esta ya está muerta —añadió, señalándome con el mentón.

Se permitieron vacilar un poco más, lanzando algún comentario burlón antes de encaminarse por fin hacia la furgoneta donde ya nos encontrábamos.

Cuando subimos al vehículo, Luke lo hizo con una sonrisa que parecía iluminarle el rostro desde dentro. Los altavoces retumbaban con una canción de guitarras distorsionadas, y el interior de la furgoneta parecía a punto de estallar de energía contenida. Spencer golpeaba el volante siguiendo el ritmo de la música, mientras Luke se acomodaba en su asiento con la expresión satisfecha de un conquistador que todavía saborea la victoria.

El camino de regreso a casa resonaba con las risotadas y bromas pesadas que llenaban el interior de la camioneta. Luke, todavía eufórico por su noche con Marian, no dejaba de contar detalles entre tímido y entusiasta, mientras Spencer y R.J. lo acribillaban a preguntas cada vez más indiscretas.

—¿Y? ¿Qué tal estuvo? ¿Le gustó el sabor a cowboy? —preguntó R.J. con una sonrisa burlona, inclinándose desde el asiento trasero para darle un fuerte golpe en el hombro.

Luke, con las mejillas encendidas, murmuró algo ininteligible que solo hizo que Spencer soltara una carcajada estridente.

—¡Joder, ese es mi puto hermano! —rugió R.J., orgulloso, como si cada palabra de Luke fuera un trofeo—. Dejando alto el apellido, ¿eh?

—Sí, sube el apellido y baja las bragas —añadió Spencer con un guiño, provocando que R.J. se doblara de risa, golpeando el asiento delantero con el puño.

Me quedé en silencio durante todo el trayecto. Con la cabeza apoyada en el marco de la ventanilla abierta, el aire nocturno era un pequeño alivio contra el mareo persistente, y poco a poco empecé a sentirme algo mejor.

Aun así, la calma no duró. Las palabras de Darla volvían una y otra vez, clavándose con insistencia: tuvieron algo… pero no fue serio. Intenté convencerme de que eso debía tranquilizarme, de que no significaba nada, pero las imágenes se imponían solas. Recordé el rodeo, la forma natural en que R.J. le había rodeado la cintura a Marian. *Si aquello no había sido serio, ¿qué lo había sido entonces? Pensar que había compartido con ella momentos que yo solo podía imaginar me apretó el pecho*, y los celos se mezclaron con una inseguridad sorda que me costaba reconocer.

Fue un verdadero alivio cuando, por fin, giramos hacia el desvío de Valentine. Dentro de la camioneta todavía flotaban las risas y los comentarios sueltos de los demás, pero yo me limité a mirar por la ventana, siguiendo el dibujo borroso de los cactus recortándose bajo la luz de la luna. *Solo deseaba una cosa: que el trayecto terminara.*

Spencer redujo la velocidad al llegar a la entrada y detuvo el coche con un chirrido suave de los frenos.

—Hasta aquí, primos —dijo con su tono habitual, dando un último golpe al volante antes de que nos bajáramos.

La casa frente a nosotros estaba completamente a oscuras. Todo parecía en calma, envuelto en un silencio profundo que contrastaba de forma casi brutal con el ruido y el caos que aún resonaban dentro de la camioneta.

Nada más entrar en casa, Luke subió directamente a su cuarto, sin decir una palabra. Yo iba a seguirlo, pero antes de que pudiera hacerlo, R.J. me tomó de la mano y me desvió hacia la cocina.

Sin encender la luz, se movió con la seguridad de quien conoce cada rincón. Cogió un paquete de pan de molde y el tarro de mantequilla de cacahuete y los dejó sobre la encimera con un golpe sordo. Luego abrió el frigorífico, y la luz interior iluminó por un instante su perfil, antes de que sacara una botella de agua que empañaba de frío.

—Te voy a enseñar el verdadero truco contra la borrachera. Atenta.

Untó la crema espesa sobre el pan con movimientos rápidos y expertos. Yo destapé la botella y bebí un buen trago.

—Toma —dijo, tendiéndome el primer sándwich.

Lo acepté sin pensarlo dos veces y di un mordisco inmediato.

—Sí que tenías hambre, enana —comentó con una media sonrisa.

Se preparó otro para él y nos sentamos en el suelo de la cocina, apoyados contra los armarios, comiendo en silencio. El sándwich resultó ser una auténtica delicia. Nunca algo tan simple me había sabido tan bien.

—Oye… —dije al cabo de un momento, ayudándome con otro trago de agua para pasar el bocado—. Darla me dijo que habías tenido "algo" con Marian.

—Ya —respondió, sin darle importancia—. ¿Y?

—¿Y qué fue exactamente ese "algo"? —insistí—. Me dijo que no fue nada serio, pero no sé bien qué quería decir con eso.

—Pues eso —contestó, llevándose otro bocado a la boca, restando importancia a una conversación que ya no merecía su atención.

—¿"Pues eso"? —repliqué, dándole un pequeño toque con el pie.

—Yo qué sé… —sopló, claramente exasperado, apoyándose contra el armario de las cazuelas—. Follamos unas cuantas veces. Punto.

—¿Y eso es solo "algo"? —pregunté, incapaz de ocultar el enfado que se me colaba en la voz, elevándola sin querer.

—¿Qué coño esperabas? —se rió entre dientes—. ¿Que solo nos hubiéramos dado unos besitos?

—Pues eso es lo que has hecho conmigo —respondí tajante.

Sus ojos se clavaron en los míos, sorprendido, sin esperar aquella respuesta.

—No es lo mismo.

—No, claro que no —continué, con la valentía que me había dejado la cerveza—. Con ella has tenido mucho más que unos besos. Mucho más.

Pensar en aquello, en esa intimidad que él había compartido con otra, me llenaba de una rabia ácida y punzante. La idea de que ella hubiera tenido más de él que yo, me hacía perder la razón.

—¿De verdad vas a comparar? —preguntó en voz baja, con un tono tenso—. Marian me importaba una mierda. Tú…

Se detuvo de golpe, con las palabras atascadas en la garganta y la mirada perdida, sin saber cómo terminar la frase.

—¿Yo? —pregunté, cruzándome de brazos, obligándolo a mirarme.

No respondió con palabras. En un movimiento brusco se acercó, me sujetó la cabeza con ambas manos y me besó con una

intensidad que me dejó sin aliento. Su boca sabía fresca, a agua, y el contraste con la rabia que llevaba dentro me descolocó por completo.

Cuando se separó apenas unos centímetros, apoyó la frente contra la mía.

—Tú me vuelves loco —dijo al fin, con la voz cargada de verdad —. ¿Contenta?

Sí que lo estaba, y la sonrisa que se dibujó en mi rostro era la prueba.

—Venga, termina eso —dijo él, cogiendo la botella de agua y bebiendo a morro antes de volver a sentarse en su sitio.

Subimos las escaleras con cautela. Yo aún iba sujeta a su brazo; aunque me encontraba mucho mejor después de comer y beber, el mundo todavía no había dejado de girar del todo y mis pasos seguían siendo más torpes de lo habitual. Pisaba cada escalón con cuidado, procurando no provocar ningún crujido que rompiera el silencio de la casa dormida.

Mis pensamientos iban divididos en dos direcciones opuestas. Por un lado, deseaba llegar a mi habitación y dejar que el cansancio me reclamara sin resistencia. Por otro, no quería separarme de él. No todavía.

Cuando llegamos frente a la puerta de mi cuarto, me giré hacia R.J. Se inclinó y me dio un beso rápido, tan breve que apenas tuve tiempo de sentirlo antes de que se apartara.

—Duerme conmigo —le pedí en voz baja.

Apoyé la mano en su pecho y la deslicé despacio hacia abajo, sintiendo el latido acelerado bajo mis dedos, hasta rozar el botón de su pantalón vaquero. Fue entonces cuando me detuvo en seco y dio un paso atrás.

—No juegues, enana —me advirtió con una mirada intensa, casi suplicante.

—¿Es que no quieres estar conmigo? —me acerqué de nuevo, ignorando su advertencia.

Sus ojos brillaban al mirarme; se mordió el labio inferior con un gesto nervioso que lo delataba.

—Joder… —murmuró antes de inclinarse y besarme con una pasión que me dejó sin aliento.

Sus manos se hundieron en mis caderas, apretándome contra él durante unos segundos que parecieron eternos. Pero de pronto tomó aire, y volvió a dar un paso atrás, dejándome suspendida sobre la punta de los pies, con el cuerpo aún buscándolo.

—¿Qué pasa? —pregunté, confundida, con el corazón desbocado.

—Pasa que no quiero hacerlo así —dijo rascándose la nuca, evitando mirarme—. Borracha. Rayada por Marian y por las mierdas que te ha contado Darla… Paso de esa mierda.

Sus palabras cayeron pesadas entre nosotros. Hubo un silencio largo, incómodo, cargado de cosas que ninguno sabía bien cómo decir.

—Vale… —respondí al fin, con la voz más baja. Me acerqué de nuevo, pero esta vez no con intención de seducir. Le tomé la mano, entrelazando mis dedos con los suyos, que seguían tensos—. ¿Y si solo dormimos? En serio. No quiero que te vayas.

No respondió con palabras, pero cuando tiré suavemente de su mano, su cuerpo me siguió sin oponer resistencia.

Estábamos tan cansados que ni siquiera deshicimos la cama. Nos dejamos caer tal como estábamos y el sueño nos venció casi al instante. Su brazo rodeó mi cuello, y yo pasé una pierna sobre su cuerpo, buscándolo incluso dormida.

Así, unidos, nos quedamos allí, compartiendo el silencio y el cansancio, en una tregua necesaria donde nada más importaba.

38

Unos golpes secos y contundentes contra la puerta de mi habitación me despertaron de golpe, arrancándome del sueño con un sobresalto.

—¡R.J., mueve ese culo huesudo y vete a currar! ¡O entro y te arrastro yo mismo! —gritó Davis desde el otro lado de la puerta.

A mi lado, R.J. se removió con un gruñido sordo. En vez de alejarse, hundió la cara en mi pelo y me arrastró hacia él con un brazo, hasta que mi espalda quedó pegada a su pecho y nuestras piernas se enredaron. Encajamos como dos piezas de un puzzle.

—Joder… menuda puta mierda —murmuró, con la voz espesa de sueño y su aliento cálido rozándome la nuca.

—Debe de ser tarde… —susurré.

Abrí los ojos apenas lo justo para mirar la ventana. La luz era clara, implacable. El sol ya estaba alto, señal inequívoca de que el día llevaba rato en marcha. Aun así, el cansancio me pesaba en el cuerpo.

Sin decir nada, su mano se apoyó con suavidad sobre mi vientre y comenzó a subir despacio, casi con cautela. Mi corazón, que latía con pereza segundos antes, comenzó a acelerarse, a golpear contra mis propias costillas como un pájaro enjaulado. La respiración se me hizo más superficial. El mundo fuera de esa cama, la puerta, la voz de Davis, empezaron a desdibujarse, reemplazados por el calor de su piel y el sonido de nuestra respiración entrecortada.

Pero antes de que aquella tensión silenciosa pudiera estallar en algo más, la puerta volvió a sonar.

¡BAM!

Un solo golpe, seco y final, como un punto y aparte.

—Último aviso. Te lo advierto.

No hubo más golpes. No hacía falta. El silencio que siguió al impacto fue más elocuente que cualquier amenaza. Ambos lo supimos: la próxima vez, la puerta se abriría.

—¡¿Pero qué cojones?! —gritó R.J., separándose de mí de golpe. Su voz, cargada de rabia y frustración, retumbó en la pequeña habitación y en mi cabeza adormecida, haciendo que los párpados me pesaran aún más—. ¡Ya voy, hostia!

El momento se había roto, pero el calor entre nosotros seguía ahí, suspendido en el aire.

Se incorporó de la cama y se sentó en el borde, encorvado, con la cabeza hundida entre los brazos mientras se la rascaba con torpeza, intentando desperezarse del todo y ordenar sus pensamientos. Permaneció así unos segundos, respirando hondo, hasta que finalmente se giró hacia mí.

Yo seguía tendida entre las sábanas, observándolo desde el hueco tibio que había dejado su cuerpo en la colcha, aún impregnado de su calor.

—Me piro, enana, o este cabrón va a acabar tirando la puerta abajo —dijo con media sonrisa.

Se inclinó, apoyando las manos a ambos lados de mi cuerpo, y me dio un beso. Era un beso de despedida, rápido, práctico. Pero yo no quise soltarlo ahí. Antes de que pudiera alejarse, agarré el cuello de su camiseta, arrugando la tela entre mis dedos, y lo atraje de nuevo hacia mí. Lo miré fijamente a los ojos, un desafío silencioso, antes de devolverle el beso. Esta vez no fue práctico. Fue lento, profundo, cargado con todo lo que no habíamos dicho ni hecho durante la noche. Con el deseo que se había quedado suspendido y la ternura de la mañana.

Él respondió, por un instante. Su boca se abrió a la mía, su cuerpo se inclinó hacia el calor de la cama. Pero luego, con un gruñido que sonaba a auténtico dolor, se apartó. A regañadientes, como si cada centímetro que ponía entre nosotros le costara un esfuerzo físico.

—No me jodas, ¿eh? —murmuró.

Su sonrisa, suave y sincera, me recorrió la piel como un escalofrío, erizándome por completo.

—Vale… —respondí al final, soltándolo con la misma desgana con la que aceptaba verlo marcharse. Odiaba esa sensación de vacío que dejaba cada vez que se alejaba.

Desde la puerta, ya a punto de irse, se giró una última vez.

—Luego pásate por la gasolinera un rato para verme.

Asentí con entusiasmo, sin pensarlo siquiera, siguiéndolo con la mirada hasta que desapareció tras el marco de la puerta.

Cuando salió del cuarto refunfuñando, el silencio volvió a apoderarse del espacio. Me quedé allí, tendida boca arriba sobre la cama, inmóvil, todavía vestida con la ropa maloliente de la noche anterior. El tejido estaba manchado de barro seco y de restos de mi propio vómito, un recordatorio desagradable de todo lo que había pasado. Aquella sensación pegajosa, tanto en la piel como en el ánimo, terminó rompiendo la pereza que me mantenía atrapada entre las sábanas, y me levanté casi de un salto para ir directa a la ducha.

Bajo el chorro de agua caliente, cerré los ojos. El agua resbalaba por mi cuerpo y se llevaba consigo los restos visibles de la noche anterior, queriendo arrastrar con ellos la vergüenza y el miedo que se me habían quedado incrustados por dentro. Durante unos segundos quise creer que era posible empezar de nuevo, que bastaba con limpiar la piel para ordenar el caos que tenía en la cabeza.

Pero el recuerdo regresó inevitablemente, clavándose en mi estómago como un pinchazo doloroso: yo me había ofrecido a él, y él me había rechazado. La idea me hizo sentir patética, pequeña, perdida en una confusión que no sabía cómo resolver.

¿Era suficiente? ¿Esta versión torpe, insegura y sin experiencia de mí misma podía llegar a ser vista por él como lo que yo anhelaba desesperadamente ser: una mujer? No la chica a la que protegía, no la "enana" a la que cuidaba casi por costumbre, sino una mujer capaz de despertar deseo, de ser mirada y deseada con la misma intensidad con la que él había deseado a otras.

La pregunta quedó suspendida en el vapor de la ducha, sin respuesta, mientras el agua seguía cayendo, implacable, sobre mi piel.

Al bajar a la cocina me encontré con la misma estampa de siempre, una escena tan cotidiana que casi resultaba reconfortante. Los niños estaban sentados frente al televisor, absortos en algún dibujo animado, buscando refugio del calor junto al ventilador. Lyndsey y Maggie se movían de un lado a otro, ocupadas entre coladas, ropa doblada y pequeños intentos de poner orden en la casa.

—Pero si se ha despertado la bella durmiente —dijo Lyndsey con una sonrisa pícara al verme aparecer—. ¿Mucho descontrol en el nido de las víboras?

Maggie le dio un codazo para que se callara, aunque no pudo evitar esbozar una sonrisa cómplice al notar cómo mis mejillas se encendían.

—Venga, no seas mala —le reprochó a Lyndsey entre risas al darse cuenta de mi incomodidad.

—No… bueno, lo normal —respondí con un hilo de voz, titubeante.

—No le hagas caso, cariño —intervino Maggie con suavidad—. Ven, siéntate, que te caliento la comida. Como no os despertabais, al

final comimos sin vosotros.

Mientras hablaba, me acercó un plato todavía caliente, del que se escapaba un olor delicioso que me hizo rugir el estómago. Me senté agradecida, sintiendo cómo el cansancio empezaba a ceder ante algo tan simple como una comida casera.

—¿Ese maldito sitio sigue siendo tan asqueroso como antes? —añadió Lyndsey, dejándose caer a mi lado tras hacer una pausa en la colada. Su gesto delataba el cansancio propio de su avanzado embarazo.

—¿Lo conocéis? —pregunté, confundida, levantando la vista del plato.

—Claro —respondió ella—. Erick también me llevó allí cuando aún no teníamos a Mayra. El primer día casi vomité —rió, con un deje de nostalgia brillándole en los ojos.

—Yo, gracias a Dios, no lo he conocido —continuó Maggie desde la encimera, mientras doblaba la ropa y la iba colocando con cuidado en un cesto—. Solo lo vi una vez, cuando Erick estaba tan borracho que no podía conducir y tuvimos que ir a buscaros. Dios mío… la cara que puso Davis. Pensé que le daba un infarto.

Yo las escuchaba hablar mientras llenaba el estómago con aquella comida que me supo a gloria, dejando que sus voces y la normalidad de la escena me envolvieran poco a poco.

—Está genial que paséis tiempo juntos —dijo entonces Maggie, y noté cómo su tono se volvía un poco más serio—, pero que R.J. llegue tarde o no cumpla como debe también es algo que, en cierto modo, recae sobre ti.

—¿A qué te refieres? —pregunté, mirándolas a ambas con el ceño fruncido.

—Tienes que verlo de este modo —intervino Lyndsey—: puedes ser quien amanse a la bestia o quien la encabrone. Mi consejo… amánsala. Es mucho mejor para todos —bromeó, aunque había algo en sus palabras que sonaba peligrosamente real.

—Lo que Lyndsey quiere decir —continuó Maggie, acercándose a mí para rellenarme el vaso con agua— es que R.J. necesita a alguien que sepa llevarlo por el buen camino, no a alguien que se hunda con él.

La miré sin saber muy bien qué responder. No entendía cómo yo podía tener algún poder sobre algo así… y, sin embargo, la idea se quedó en mi mente, inquietante y persistente.

—Yo no… —empecé a decir, pero las palabras se me quedaron a medio camino—. No creo que tenga tanta influencia sobre él.

Lyndsey soltó una pequeña risa y negó con la cabeza, apoyando una mano en su vientre.

—Eso es lo que crees tú —dijo—. Si no la tuvieras, no estaríamos teniendo esta conversación.

Maggie asintió despacio, apoyándose en la encimera frente a mí.

—No se trata de controlarlo —añadió con calma—, ni de cambiarlo de la noche a la mañana. Se trata de que contigo baja la guardia. Te escucha, aunque no siempre lo parezca.

—R.J. es terco como una mula —continuó Lyndsey—, pero cuando le importas… —se encogió de hombros—, se le nota. Y eso es peligroso y maravilloso a partes iguales.

Apreté los dedos alrededor del tenedor, removiendo la comida sin mirarla.

—¿Y si no sé hacerlo bien? —pregunté en voz baja—. ¿Y si termino siendo parte del problema?

Maggie se acercó un poco más y apoyó una mano cálida sobre mi hombro.

—Todos nos equivocamos —dijo—. La diferencia está en si empujas hacia abajo o si tiendes la mano cuando toca.

Lyndsey me miró de reojo, más seria de lo habitual.

—No tienes que salvarlo —aclaró—. Solo… no te pierdas tú intentando hacerlo.

El silencio cayó entre nosotras durante unos segundos, roto únicamente por el murmullo de la televisión y el zumbido constante del ventilador. Asentí despacio, aunque seguía sin estar del todo convencida.

—Vale —murmuré al final—. Lo intentaré.

Maggie sonrió, satisfecha.

—Eso es todo lo que queríamos oír.

Lyndsey se levantó con esfuerzo y me dio un pequeño empujón cariñoso con el hombro.

—Ahora come, que bastante drama tienes ya para hacerlo con el estómago vacío.

Sonreí apenas, retomando el plato, mientras una sensación nueva —una mezcla de responsabilidad y miedo— se acomodaba en mi pecho.

Después de terminar de comer, me integré en el flujo tranquilo de la tarde. Ayudé a terminar las pocas tareas que quedaban: secar los últimos platos, recoger los juguetes esparcidos por el suelo del salón.

Cuando todo estuvo en orden, les anuncié mi intención.

—Creo que voy a pasar por la gasolinera. A ver a R.J.

No hicieron falta explicaciones: ambas asintieron con una sonrisa cómplice que me removió por dentro y me hizo revivir, inevitablemente, la conversación que habíamos tenido.

Con esa sensación aún latiendo en el pecho, me preparé para salir.

Tras despedirme de las chicas con un gesto rápido, abrí la puerta y salí al exterior.

El golpe de calor al salir a la calle fue como recibir una bofetada del desierto. El aire, pesado y abrasador, me envolvió de inmediato, haciendo que los ventiladores de la casa parecieran un pobre intento contra la ira del sol texano. Cada paso que daba levantaba pequeñas nubes de polvo que se pegaban a mis piernas sudorosas, recordándome que estar bajo techo en agosto era un privilegio que no apreciaba lo suficiente.

Empecé a caminar por el arcén de la carretera, ese tramo que en teoría no era largo pero que bajo el sol de la tarde se convertía en una marcha interminable. La gasolinera en la distancia parecía un espejismo, alejándose cada vez que creía estar más cerca.

El claxon de un coche me sobresaltó. Al girarme, reconocí al instante el coche de Ethan, que frenó junto a mí con un chirrido suave. La ventanilla bajó, liberando una ráfaga de aire acondicionado que me golpeó la cara como un bálsamo.

Verlo allí me dejó completamente paralizada. Había dado por hecho que ya se habría ido del pueblo y, en el fondo, eso era exactamente lo que esperaba. *Prefería no tener que enfrentarlo; era mucho más fácil pensar que simplemente ya no estaba, que su ausencia resolvía por sí sola todo lo que yo no sabía cómo cerrar.*

—Hola, Jolene —dijo al fin, con una sonrisa que se me antojó forzada—. Me alegra haberte visto antes de irme.

—Pensé que ya te habrías ido —respondí casi sin pensar.

Mis ojos se desviaron hacia la parte trasera de su coche. Allí había una mochila y una caja con algunos trastos, suficientes para confirmar que su marcha era real.

—No —aclaró—. Mi abuelo me necesitaba hasta terminar la obra de la iglesia, así que he tenido que retrasar el viaje.

Mientras hablaba, noté cómo apretaba el volante con fuerza.

—Genial… bueno, espero que te vaya bien —dije—. En la universidad y… en todo.

Al oírme me sentí un poco ridícula, consciente de lo torpe que sonaba. A esas alturas, nuestra relación era demasiado confusa como para fingir normalidad.

Ethan bajó la cabeza y un mechón de pelo le cayó sobre la frente, ocultando parcialmente su expresión.

—Claro… sí. Gracias —respondió, visiblemente molesto. Tomó aire, llenando los pulmones, y luego me miró directamente a los ojos —. Te desearía lo mismo, pero parece que estás empeñada en ir justo en la dirección contraria.

—¿A qué te refieres exactamente, Ethan? —pregunté, cruzándome de brazos mientras el sol me golpeaba de lleno, empezando ya a resultar insoportable.

—A nada —dijo sin demasiada convicción—. Solo que me hubiera gustado que las cosas salieran de otra manera. Jamás pensé que acabaría así.

—Bueno… es lo que hay —respondí, apartando la mirada hacia la gasolinera, donde sabía que R.J. me esperaba.

—No puedo evitar pensar que fue culpa mía —continuó—. Si me hubiera comportado de otra forma… si hubiera sabido estar ahí…

—Nada habría cambiado, Ethan —lo interrumpí, con un nudo cerrándoseme en la garganta.

El silencio que siguió fue espeso, cargado de todo lo que no habíamos sabido decir a tiempo. Cuando alzó la vista de nuevo, su sonrisa ya no intentaba ser amable.

—Oye, hace mucho calor. ¿Necesitas que te acerque a algún sitio? —preguntó, señalando el asiento del copiloto con un gesto casual.

La sola idea de que me dejara frente a la gasolinera, justo delante de R.J., hizo que las piernas me temblaran.

—No, no te preocupes —respondí rápidamente, evitando entrar en detalles.

—Ah… claro —dijo, y lo entendió al instante—. R.J., ¿no?

Asentí, y vi cómo esa simple confirmación le golpeaba como un puño.

—Aún no entiendo qué ves en ese tipo —añadió, frustrado—. Ni qué haces en esa casa, sabiendo que tienes otras opciones.

Sin decir nada más, rebuscó en la guantera y sacó un trozo de papel doblado, que me tendió.

—Es mi número. Por si… en algún momento me necesitas. Por si recuperas el juicio.

Puse los ojos en blanco y dudé en cogerlo, pero insistió. Al final lo acepté solo para evitar que la situación se alargara y se volviera aún más incómoda. Con la certeza de que no lo usaría, lo guardé en el bolsillo trasero de mis pantalones.

—Bueno… me voy. Tengo un largo camino —su voz sonó definitivamente cansada.

—Nos vemos, Ethan.

—Nos vemos, Jolene.

Subió la ventanilla. El motor del coche arrancó con un rugido suave. Yo me quedé allí, en el polvo del arcén, viendo cómo el vehículo se alejaba, se hacía pequeño, y finalmente desaparecía tras una curva de la carretera.

No es que estuviera triste por su partida. Tampoco por sus palabras, aquello no era nada nuevo.

Era un dolor extraño, como si hubiera tocado sin querer una cicatriz que ni sabía que tenía. No reconocía ese sentimiento, pero dolía.

39

Atravesé el pueblo subida al quad de R.J., con los brazos firmemente aferrados a su espalda desnuda, sintiendo el calor que aún irradiaba su piel bajo el sol que comenzaba a descender lentamente en el horizonte. El viento me golpeaba el rostro y arrastraba consigo el olor a polvo y asfalto caliente, pero yo apenas lo notaba, demasiado concentrada en la seguridad que me daba ir pegada a él, en la manera en que su cuerpo se movía con naturalidad al controlar el vehículo.

Cuando pasamos frente a la casa de la tía Ann, no pude evitar girar la cabeza hacia el porche. Allí estaba mi tío Will, sentado en aquel viejo banco de madera carcomida que había resistido años de intemperie. Su enorme barriga sobresalía bajo la camiseta empapada de sudor y en una mano sostenía una lata de cerveza a medio vaciar. Nuestros ojos se encontraron apenas unos segundos, un instante breve pero suficiente.

Aproveché ese cruce fugaz para mostrarle todo el desprecio que llevaba acumulado. Me aferré con más fuerza a R.J., acercándome cuanto pude a su cuerpo, y le dediqué a mi tío una sonrisa lenta y deliberada, cargada de autosuficiencia. Ya no necesitaba a ninguno de ellos.

Dejamos atrás el pueblo y tomamos la carretera hacia el noreste, alejándonos de la US-90. El quad se internó por un camino de tierra polvorienta que serpenteaba entre matorrales espinosos, hasta llegar a un lugar al que todos llamaban El Cerco del Diablo.

Era un terreno abandonado, donde una vieja valla de madera podrida se alzaba como el espectro de lo que había sido. En algún

momento había delimitado un corral de ganado, pero ahora solo quedaban cinco postes torcidos y oxidados, con trozos de alambre de púas colgando lánguidamente, como serpientes muertas balanceándose al viento.

R.J. aparcó el quad junto a la camioneta de Spencer. Él estaba sentado en la parte trasera de la carga, con una cerveza en una mano y un cigarro en la otra. Nos saludó con una leve inclinación de cabeza antes de dar el último sorbo a su lata y lanzarla al suelo sin miramientos.

—¿Qué pasa, primo? —saludó Spencer, chocando su mano contra la de R.J. en un gesto desenfadado—. ¿El perro de Luke no se pasa o qué?

Spencer exhaló una bocanada de humo, su tono era despreocupado pero con un ligero matiz de curiosidad.

—Qué va —respondió R.J. mientras abría la puerta de la camioneta como si fuera suya—. Hoy le ha tocado comerse la mierda de la gasolinera. Pero que le den, yo ya he cumplido mi turno.

Sacó una cerveza helada de la nevera portátil del asiento delantero y se acomodó junto a su primo con total confianza.

Finalmente, saludé a Spencer con un leve movimiento de cabeza, y él me devolvió una media sonrisa antes de dirigirse a mí directamente.

Me coloqué entre las piernas de R.J., que se había sentado en la parte trasera de la camioneta. El metal ardía bajo mis muslos, pero no me moví; el calor era casi irrelevante comparado con la cercanía de su cuerpo.

—Hay refrescos en la nevera si quieres algo, Jolene —dijo Spencer, señalando el interior del vehículo.

Luego miró a R.J. con un gesto de complicidad, delatando que sabía perfectamente que yo no volvería a tocar una cerveza después de cómo me había sentado la última vez.

—Gracias —respondí con sinceridad—. Ahora no tengo sed, pero luego cojo uno.

No habíamos terminado de intercambiar palabras cuando el rugido de una moto rompió el silencio del lugar, cortando el aire como un aviso de que alguien más estaba a punto de llegar.

Entonces, una moto negra se detuvo frente a nosotros levantando una nube espesa de polvo y humo. No la había visto nunca, y mucho menos al chico que la conducía.

El motorista bajó el pie al suelo con seguridad, deteniendo el vehículo justo a nuestro lado. Era alto, aunque no tanto como R.J., pero aun así superaba con creces la estatura media. Llevaba una camiseta negra ajustada que marcaba unos brazos fuertes, curtidos por el sol, donde destacaba un tatuaje enorme de un águila con las alas extendidas.

Su cabello era oscuro, muy corto, casi rapado, y enmarcaba unas facciones duras, angulosas, de esas que no pasan desapercibidas. Sus ojos azules, intensos y afilados, parecían analizarlo todo con una calma inquietante, y su nariz ligeramente prominente le daba un aire desafiante, lleno de carácter.

—¿Qué pasa, tíos? —saludó con voz grave y tranquila, mientras sacaba un cigarro del paquete que llevaba en el bolsillo de sus vaqueros gastados.

—¿Qué pasa, Bryan? —respondió Spencer, levantando la mano en un saludo informal.

R.J. se limitó a asentir brevemente con la cabeza.

¿Bryan? Había oído ese nombre en más de una ocasión, pero era la primera vez que le ponía cara. Y de pronto entendí muchas cosas. Incluso la rigidez apenas disimulada de R.J.

—Tu chica, ¿no? —preguntó Bryan, señalándome con la mano que sostenía el cigarro y guiñándome un ojo con descaro.

—Ya ves —respondió R.J., pasando el brazo por mis hombros con un gesto claramente posesivo y atrayéndome hacia él sin darme

opción.

—Demasiado para ti, tío —replicó Bryan con una risa baja y burlona, expulsando una bocanada de humo. Había algo en su tono que dejaba claro que disfrutaba provocándolo.

El ambiente entre ellos se tensó al instante, invisible pero palpable, como si dos animales se midieran antes de atacar.

—Sí, bueno, puede ser, tío —respondió R.J. con calma aparente, aunque sus nudillos se tensaron ligeramente sobre mi hombro—. Pero a mí me gusta apuntar alto. No me conformo con las típicas zorras de medio pelo... ya sabes, nada que tú no conozcas.

El comentario fue directo, casi venenoso. *Me pregunté qué historia compartían para hablarse así.*

—Claro —dijo Bryan finalmente, encogiéndose de hombros con fingido desinterés—. En fin… ¿has traído mi dinero?

R.J. inclinó apenas la cabeza en dirección a Spencer. Sin decir palabra, este se acercó a la guantera de la camioneta, sacó un sobre blanco bastante abultado y se lo entregó a Bryan. Él lo tomó con una media sonrisa, contó los billetes con rapidez y precisión, y cuando estuvo satisfecho lo guardó en la alforja de la moto. Luego sacó un pequeño maletín de cuero negro.

Lo abrió frente a nosotros. Dentro, perfectamente encajada en terciopelo oscuro, descansaba un arma impecable.

Al acercarse de nuevo, sus ojos se posaron en mí por un segundo demasiado largo —una mirada que me hizo sentir como un conejo bajo el foco de un depredador. Después le tendió el maletín a R.J., cuyo rostro se iluminó con una avidez casi infantil.

—Wilson Combat Supergrade Professional 1911, semiautomática —anunció Bryan con evidente orgullo—. En perfecto estado y recién limpiada. Vamos, pruébala. Vas a flipar. Dispara suave como un gatito.

Los cuatro nos dirigimos hacia la vieja valla de madera podrida, un lugar que claramente había sido testigo de muchas escenas

similares. El suelo estaba salpicado de casquillos oxidados, restos mudos de otras tardes como aquella. Spencer recogió un par de latas vacías y las colocó sobre la valla, a distintas distancias, antes de apartarse para dejarle espacio a R.J.

—Enana, tápate los oídos —ordenó.

Obedecí de inmediato, llevándome las manos a las orejas justo a tiempo. El primer disparo estalló en el aire como un trueno, rompiendo el silencio del atardecer. La bala rozó una de las latas, haciéndola caer al suelo con un tintineo metálico.

—¡Qué puta pasada! —gritó R.J., bajando el arma para mirarla con admiración—. ¡Una pasada, hermano!

La tensión entre él y Bryan pareció disiparse, sustituida por una camaradería brusca y ruidosa. Bryan sonrió, claramente satisfecho, mientras Spencer aplaudía desde atrás con una carcajada ronca.

Comenzaron a turnarse para disparar. Cada uno elegía un objetivo distinto: una lata, un trozo de madera, un punto imaginario en la valla. Las balas zumbaban en el aire, dejando marcas nuevas y levantando pequeñas nubes de polvo cuando fallaban. R.J. lideraba aquella competencia improvisada, fanfarroneando cada vez que lograba un tiro limpio.

Yo permanecía a un lado, observándolo todo desde cierta distancia. Mis manos seguían cubriéndome los oídos, ya no solo por el ruido, sino por la incomodidad de sentirme fuera de lugar.

La escena era surrealista: el sol se ponía lentamente en el horizonte, pintando el cielo de tonos anaranjados y rosados, mientras el eco de los disparos rompía la quietud del desierto. Los tres hombres parecían completamente absortos en su juego, riendo y bromeando.

Entonces, como si de repente cayera en la cuenta de que yo también estaba allí, observándolos desde mi rincón silencioso, R.J. giró la cabeza hacia mí y me hizo un gesto con la barbilla, señalando el lugar donde estaban ellos. Su mirada era una invitación clara, casi

un reto. Negué despacio con la cabeza, intentando mantenerme al margen.

—Venga, no seas una cría, ven, joder —insistió, alzando la voz lo justo para que no pudiera fingir que no lo había oído.

Sus palabras sonaron más a una orden que a una sugerencia. Sentí cómo Bryan y Spencer también clavaban los ojos en mí, atentos, curiosos. La presión se volvió casi física, cerrándose a mi alrededor. Al final cedí, más por cansancio que por voluntad, y caminé hacia ellos.

R.J., al verme llegar, dejó escapar una media sonrisa triunfal. Sin decir nada, tomó mi mano derecha y la colocó con firmeza sobre la empuñadura de la pistola. El contacto inicial fue sorprendente: el metal frío y pesado parecía vibrar bajo mis dedos, lleno de una energía latente que casi podía sentir antes de disparar.

—Así, tranquila —susurró contra mi oreja, su aliento caliente contrastando con el frío mortal del metal—. El gatillo es suave, no fuerces el disparo. Solo respira... y suelta.

El peso de la pistola me tiraba de los brazos más de lo que había imaginado. Cerré un ojo, alineé la mira con una de las latas oxidadas que brillaban bajo la luz dorada del atardecer y contuve la respiración.

El primer disparo retumbó dentro de mí, sacudiéndome los huesos. El retroceso me recorrió los brazos como una descarga eléctrica. Pero entonces vi la lata salir despedida por los aires, golpeada de lleno, limpia, perfecta.

—¡JODER! —rugió Spencer, dejando caer su cerveza al suelo—. ¡Eso ha sido su puta primera vez disparando!

Bryan silbó, claramente impresionado. Detrás de mí, R.J. se quedó inmóvil, con las manos aún sobre las mías.

—Ha sido suerte —murmuró, más para sí mismo que para los demás.

Sin pedirme permiso, recargó el arma con rapidez y me la devolvió. Esta vez no me guió. Quería comprobar si había sido casualidad… o algo más.

Mis manos temblaban, pero apreté los dientes. Algo dentro de mí se negaba a retroceder ahora. Volví a alinear la mira, concentrándome, ignorando las miradas clavadas en mi espalda.

El segundo disparo sonó aún más fuerte.

La lata volvió a salir despedida, impulsada por una fuerza invisible que la arrancó de su sitio.

—Hostia puta... —masculló Bryan, mirándome ahora con un respeto nuevo—. Tienes un ángel de la guarda con muy buena puntería, rubita.

—Joder… —dijo R.J., y en su voz apareció algo nuevo, algo que no le había oído nunca: sorpresa auténtica… y algo muy parecido al orgullo.

Se acercó y me dio una palmada en el hombro.

—¿Dónde coño has aprendido a hacer eso?

Negué con la cabeza, todavía sonriendo, dejando que esa sensación me recorriera el cuerpo. No había aprendido en ningún sitio. No había técnica, ni experiencia. Solo instinto.

Pero allí, en ese instante, con tres pares de ojos fijos en mí, el olor acre de la pólvora flotando en el aire y el sol muriendo en el horizonte, me sentí invencible.

40

Nos despedimos de Spencer y Bryan, después de una de las tardes más memorables de mi vida, una de esas que te dejan una huella imborrable. Con el corazón aún latiendo al ritmo de las risas y las emociones compartidas, nos subimos al quad. La brisa fresca acariciaba nuestros rostros mientras R.J. conducía con su habitual destreza hacia el pueblo.

Al llegar a casa, aparcó el quad justo frente a la entrada principal. Antes de bajar, guardó la pistola con cuidado y me lanzó una mirada cómplice, llevándose un dedo a los labios en un gesto silencioso. En ese instante, las palabras de Lyndsey regresaron a mi cabeza sin avisar. *¿Me estaba perdiendo yo dentro del mundo de R.J.? No quise darle vueltas. Fuera como fuese, no era el momento.* Así que asentí, dejándole claro que no diría nada.

—Hoy ha sido un día de puta madre. Me has dejado flipando, enana.

—Si te soy sincera, yo también me he sorprendido —admití, incapaz de borrar la sonrisa que se me había quedado instalada en la cara.

Me acerqué más y lo abracé, dejándome envolver por su calor y su olor, una mezcla familiar que me tranquilizaba.

—Pero me ha encantado.

R.J. soltó una carcajada orgullosa.

—Joder, soy un profesor de puta madre. Con una sola clase ya disparas como Annie Oakley.

—¿Ah, sí? —seguí el juego, arqueando una ceja—. O sea que todo ha sido gracias a ti, ¿no?

—Pues claro —respondió con seguridad exagerada, inflando el pecho—. ¿Quién si no?

Nos quedamos mirándonos unos segundos, compartiendo una sonrisa amplia, de esas que no necesitan palabras. Él se inclinó hacia mí y yo me puse de puntillas hasta que nuestros labios se encontraron en un beso que fue tierno y apasionado al mismo tiempo. Sus dedos se enredaron en mi pelo, mientras yo me aferraba a sus hombros, olvidando por completo que existiera algo más allá de ese instante.

De pronto se apartó y señaló la puerta con la barbilla.

—Paso de entrar. Se me ha ocurrido una cosa.

La sonrisa que apareció en su rostro me puso en alerta inmediata. Nada bueno podía salir de esa expresión.

Me agarró de la mano y me arrastró por el patio trasero hasta la camioneta de Dic.

—¿Qué haces? —pregunté, confundida—. ¿Qué se te ha ocurrido, R.J.?

Ignoró mis preguntas por completo. Al abrir la puerta del conductor, las llaves de la camioneta cayeron del parasol con un tintineo seco.

—De puta madre —murmuró, mirándome con los ojos brillantes —. Venga, súbete.

Se sentó al volante sin darme tiempo a reaccionar. Dudé unos segundos; en el fondo sabía que no era una buena idea. Pero me hizo un gesto brusco con la mano, como diciendo date prisa, y sin pensarlo demasiado acabé obedeciendo.

En cuanto cerré la puerta, sentí cómo la adrenalina volvía a recorrerme el cuerpo, anticipando que aquella noche estaba a punto de salirse de cualquier plan sensato.

El motor arrancó con un rugido y la camioneta dio una sacudida hacia adelante. R.J. volvió la cabeza hacia mí, con una sonrisa ancha y llena de travesura que iluminó su rostro. Entonces pisó el acelerador.

Sin previo aviso, salió del patio directo a la carretera, haciendo que la camioneta se sacudiera con brusquedad. Instintivamente me aferré al asidero de la puerta, notando cómo el corazón se me subía a la garganta.

—¿R.J., dónde vamos? —pregunté, un poco más alto de lo normal para superar el ruido del motor.

En lugar de responder, me lanzó otra pregunta.

—¿Tienes hambre?

Antes de que pudiera procesarlo, continuó.

—Te llevo al DQ. Te vas a cagar con esas hamburguesas.

—¿DQ? —repetí, sorprendida, girándome hacia él.

—¡Sí, eso es, enana! —soltó orgulloso—. El puto DQ de Marfa. ¿Qué te parece?

Apoyó el brazo sobre mis hombros y me atrajo hacia él con naturalidad, inclinándose lo justo para besarme la coronilla sin apartar la vista de la carretera.

—Una puta cita, ¿eh? —añadió, claramente satisfecho—. Soy un puto romántico, ya ves.

Se rió y se mordió la lengua de forma exagerada, un gesto tan tonto e inesperado que no pude evitar soltar una carcajada.

—¿Me estás llevando a una cita? —bromeé, mirándolo de reojo—. ¿Seguro que eres R.J. y no te han cambiado por otro?

—Ya ves —dijo, con ese tono suyo de falso desdén—. A mi chica hay que darle gustos.

Mientras hablaba, me revolvió el pelo con naturalidad.

—Eso me gusta —murmuré, y me sorprendí a mí misma con el tono de mi voz y con la sonrisa distinta que se me dibujó en los labios, una llena de ternura, de esa que solo él sabía provocarme.

—¿Te gusta, eh? —preguntó con una media sonrisa.

Subió el volumen de la radio justo cuando empezó a sonar una balada cursi y desactualizada. Empezó a mover los hombros y la cabeza de manera exagerada, bailando al volante sin ningún pudor. Me eché a reír sin poder contenerme.

Nunca había visto a R.J. así. Parecía feliz, tranquilo, libre de esa dureza habitual que siempre lo rodeaba. No podía apartar los ojos de él: de su sonrisa, de la forma en que sus ojos brillaban, de su boca canturreando la letra como un niño despreocupado.

Sin pensarlo, me uní a su tontería, cantando a gritos las partes que me sabía, moviendo la cabeza al ritmo de la música, riéndonos sin motivo. Y así, entre risas y gestos absurdos, me di cuenta de que eso era exactamente cómo me sentía a su lado: ligera, cómplice, en casa.

Antes de que me diera cuenta, dejamos atrás el cartel verde que anunciaba Marfa, seguido casi de inmediato por otro que marcaba el límite de velocidad: 55. Íbamos muy por encima, pero R.J. ni siquiera pareció notarlo. El asfalto se deslizaba bajo nosotros como una cinta interminable, y yo me limité a observar cómo el pueblo se acercaba y se alejaba al mismo tiempo.

Había pasado por Marfa otras veces, aunque nunca me había detenido de verdad. La última había sido con Ethan, a comienzos del verano, cuando me llevó hasta Alpine para ir al cine. Ahora, al final de ese mismo verano, recorría la misma carretera, pero con una compañía completamente distinta. Y no solo eso: yo también era distinta.

No tardamos en ver el inconfundible cartel rojo del DQ, con sus letras gigantes destacando en medio de la nada. R.J. giró el volante con soltura y aparcó la camioneta de un solo movimiento en el

estacionamiento, que estaba casi vacío; apenas un par de coches más dispersos bajo las luces amarillentas.

El Dairy Queen era exactamente como lo imaginaba: un edificio bajo, de fachada sencilla, con grandes ventanales y un letrero luminoso que prometía hamburguesas, patatas fritas y helados. Dentro, las luces blancas lo bañaban todo, reflejándose en el suelo de baldosas claras y en las mesas de plástico ancladas al suelo. El ambiente olía a grasa caliente, a pan tostado y a azúcar, una mezcla inconfundible de comida rápida.

Nada más bajar del coche, ese olor me envolvió por completo, despertando un hambre repentina que hasta entonces no había sentido.

—Vamos.

R.J. extendió su mano hacia mí, la palma abierta, una invitación simple. La tomé, y juntos cruzamos el asfalto caliente hasta la puerta de vidrio.

Dentro, el aire acondicionado zumbaba con fuerza. Había pocas personas: un par de clientes esperando su pedido y una pareja mayor sentada en una mesa del fondo, compartiendo la comida en silencio. Noté cómo varias miradas se alzaban en cuanto cruzamos la puerta, siguiéndonos con curiosidad descarada. Al avanzar hacia el mostrador, pude percibir algunos cuchicheos apagados, murmullos que me hicieron encoger los hombros sin darle demasiada importancia.

R.J. se apoyó con naturalidad en la barra, descansando los codos sobre la superficie blanca y gastada. Antes incluso de pedir, bajó la vista para leer la placa del chico que atendía tras el mostrador.

—¿Qué pasa, Tommy? —saludó con familiaridad, como si no fuera la primera vez que se veían.

Luego levantó la barbilla y señaló el cartel iluminado que colgaba sobre nosotros, repleto de fotos exageradamente apetecibles.

—Ponme dos cheeseburgers con bacon, una cesta grande de patatas y dos refrescos —añadió—. Y de postre… —me miró de reojo— ya veremos qué se nos antoja.

Tommy asintió en silencio y lanzó una mirada tensa a su compañero, que en ese momento atendía a otro cliente. Había algo rígido en su gesto, una incomodidad apenas disimulada.

—Estará enseguida, gracias —murmuró sin levantar la vista.

—Muy bien, Tommy… joder —soltó R.J., dando un golpe con los nudillos sobre la encimera.

El sonido seco hizo que el chico diera un respingo involuntario. No se me escapó la sonrisa ladeada de R.J., claramente divertido por la reacción.

—Venga, pórtate bien —intervine, agarrándolo del brazo y tirando suavemente de él para alejarlo del mostrador—. Vamos a sentarnos.

—Yo siempre me porto bien, enana —replicó mientras se dejaba caer en la mesa más cercana, estirando las piernas como pudo. Apenas cabían bajo la mesa, y aun así parecía no importarle lo más mínimo.

Puse los ojos en blanco, sonriendo. Los dos sabíamos que ni él mismo se creía esas palabras.

—Espero que estas hamburguesas valgan la bronca que nos va a caer —comenté—. Lo de la camioneta y saltarnos la cena no le va a gustar a Davis.

Lo decía sabiendo lo que nos esperaba, pero sin arrepentimiento.

—Bueno… esto es solo una parada —respondió, con un tono casual que me pilló completamente desprevenida.

—¿Cómo que una parada? —le di un golpecito en el brazo—. R.J., deja ya el secretismo, ¿quieres?

Él sonrió despacio y se mordió el labio, recorriéndome con la mirada de arriba abajo, sin ninguna prisa.

—¿Qué pasa? —pregunté cuando, en vez de responder, solo siguió mirándome de esa manera.

Antes de que pudiera insistir, la voz de Tommy rompió el momento, anunciando que el pedido estaba listo.

R.J. se levantó sin decir nada y fue a recoger la bandeja. Cuando regresó, la dejó sobre la mesa y empezó a comer como si nada, como si no hubiera dejado sus palabras flotando en el aire.

Yo lo observé en silencio y mientras él comía, yo me quedé con ese nudo familiar apretándome el pecho.

—Joder, estaba todo de puta madre —comentó al salir del local, encendiéndose un cigarro—. ¿No te ha gustado o qué? ¿Por qué tienes esa cara de perro?

—No tengo cara de perro, idiota —repliqué—. Y sí, me ha gustado mucho… aunque no me has dejado prácticamente patatas.

Avancé en dirección a la camioneta, pero antes de dar dos pasos me agarró del brazo y negó despacio con la cabeza.

—No hace falta coger el coche para ir adonde vamos.

Exhaló el humo con calma y señaló con la barbilla el edificio que se alzaba justo a nuestra espalda. Luego se subió ligeramente los pantalones, y entrelazó sus dedos con los míos, echando a andar sin esperar confirmación.

Lo seguí. Como lo había seguido siempre.

No pregunté nada. No hizo falta. Bastó con levantar la vista y ver cómo unas letras grandes de neón azul brillaban en la oscuridad de la noche.

HOTEL.

Sentí un vuelco lento y silencioso en el estómago. *No supe si era nervios, expectación o una mezcla peligrosa de ambas cosas. Solo supe que, una vez más, estaba cruzando un umbral sin saber muy bien qué me esperaba al otro lado… y aun así no solté su mano.*

41

Entramos en la recepción, un espacio pequeño y mal iluminado donde el aire apenas se movía, salvo por un ventilador antiguo que giraba a toda velocidad sobre el mostrador. El aparato lanzaba ráfagas irregulares contra una mujer robusta, de piel curtida y cabello canoso, cuyos mechones rebeldes se levantaban y caían al ritmo del traqueteo mecánico. Estaba sentada detrás del mostrador, absorta en una telenovela que parpadeaba en un televisor diminuto, con un cenicero lleno a rebosar a su lado. Apenas alzó la vista cuando cruzamos la puerta.

Yo me quedé justo detrás de R.J., con los hombros ligeramente encogidos y la mirada clavada en el suelo de baldosas desgastadas. Sentía el calor subir por mi cuello, una vergüenza espesa que me hacía consciente de cada uno de mis movimientos. Él, en cambio, avanzó sin titubear hasta el mostrador y golpeó suavemente la superficie con los nudillos, lo justo para arrancarla de su ensimismamiento.

—¿Pa’ cuánto? —gruñó ella sin apartar los ojos de la pantalla, con la voz áspera, gastada por el tabaco.

—Una noche.

R.J. giró apenas la cabeza para mirarme durante un segundo fugaz, como comprobando que seguía allí, que no había cambiado de idea ni había salido corriendo. Yo asentí casi imperceptiblemente.

La mujer apagó el cigarro en el cenicero y lo examinó de arriba abajo con una expresión neutra, cansada, de las que no juzgan porque ya lo han visto todo. Luego soltó el humo hacia un lado.

—Sesenta por adelantado. Solo en efectivo.

R.J. sacó tres billetes de veinte del bolsillo trasero del vaquero, arrugados y calientes por haber estado pegados a su piel, y los deslizó sobre el mostrador, manchado de círculos de café reseco.

—Nombre.

Mientras hablaba, recogió el dinero con parsimonia y lo guardó en una pequeña caja metálica oculta bajo el mostrador.

—Baker.

Encendió un cigarro con gesto automático, como si aquello formara parte de un ritual aprendido.

—¿Baker? —repitió ella, entornando los ojos—. ¿De los Baker de Valentine?

R.J. negó lentamente con la cabeza.

—No —dijo—. De Austin.

Ella soltó una risa corta mientras dejaba caer la ceniza al borde del mostrador.

—Claro. Austin. —Volvió a mirarlo, de arriba abajo, sin prisa—. Los de Austin pagan otros veinte más.

R.J. apretó la mandíbula.

—¿Por qué?

Su voz salió más baja de lo que esperaba, contenida, peligrosa.

—Los veinte son por si acaso resulta que Austin queda cerca de Valentine —dijo ella, apagando el cigarro con la misma indiferencia con que lo había encendido—. Es lo que hay, chico. Lo tomas o lo dejas.

Esta vez, su mirada se desvió hacia mí, evaluadora, y una sonrisa ladeada se dibujó en su boca, cargada de una superioridad incómoda. Sentí cómo el estómago se me encogía.

R.J. suspiró, sacó otro billete y lo dejó sobre la superficie. Ella lo atrapó de inmediato, satisfecha.

Rebuscó entonces en un cajón y sacó una llave pesada, de metal, con un llavero de plástico amarillo en el que el número 7 apenas se distinguía.

—La siete. Al fondo, a la derecha. El agua caliente dura cinco minutos. Nada de ruidos. No llaméis a recepción después de las doce, que me voy a dormir. Y cuando venga la de la limpieza, largo.

Tras soltar las instrucciones de carrerilla, volvió a fijar la atención en la telenovela.

Salimos de la recepción y el contraste fue inmediato. El pasillo exterior del motel se extendía frente a nosotros, abierto al aire nocturno, con el suelo de cemento agrietado y las paredes desconchadas pintadas de un beige desvaído. Era el típico establecimiento de carretera en forma de C, con las habitaciones rodeando un patio central.

A mitad del pasillo, iluminada por un fluorescente que parpadeaba con desgana, había una máquina de refrescos y snacks. Un poco más allá, en el centro del patio, se adivinaba la silueta de una piscina vieja, vacía, con el fondo agrietado y hojas secas acumuladas en las esquinas.

Avanzamos en silencio hasta el fondo. R.J. abrió la puerta de la habitación siete con un chasquido seco y empujó con el hombro.

Dentro, la habitación era sencilla y antigua. Una cama grande ocupaba casi todo el espacio, cubierta por una colcha de colores apagados, rígida por los lavados interminables. Las sábanas parecían limpias, aunque ásperas. A un lado, una mesilla con una lámpara de pantalla amarillenta y, junto a ella, un teléfono fijo beige, de esos con cable enroscado y botones duros. Al otro lado, una cómoda baja con un espejo manchado devolvía reflejos torcidos. En la pared, un aire acondicionado viejo vibraba con un zumbido constante, expulsando ráfagas de aire frío de manera irregular.

El baño, visible a través de una puerta entreabierta, tenía azulejos verdosos y una cortina de ducha de plástico translúcido. No era bonito, ni acogedor…

R.J. cerró la puerta tras nosotros, y el sonido del pestillo resonó más fuerte de lo que esperaba. Mi corazón latía con fuerza, consciente de cada detalle, de cada segundo, de lo que significaba estar allí.

Se llevó la mano a la parte trasera del pantalón y sacó la pistola con un gesto automático, casi rutinario. La dejó sobre la cómoda, junto al llavero y la cartera, marcando una frontera invisible entre lo que quedaba fuera y lo que estaba a punto de ocurrir dentro.

Me condujo de la mano hasta la cama, y ambos nos sentamos en silencio, envueltos por la tenue luz de la pequeña lámpara que descansaba sobre la mesita de noche. La habitación estaba en calma, solo interrumpida por el leve crujido del colchón bajo nuestro peso.

Sus ojos grises brillaban con una intensidad casi hipnótica, mientras sus mejillas mostraban un ligero rubor. Parecía vulnerable y seguro a la vez, como si estuviera tratando de mantener el control.

Sin decir una palabra, se acercó y me besó. Pero aquel beso fue diferente a los demás. No era solo el contacto de sus labios contra los míos; había algo más profundo, algo cargado de expectativa. Sin embargo, mi mente no estaba completamente allí. Estaba dividida, atrapada entre el momento presente y los pensamientos que giraban en espiral sobre lo que iba a pasar a continuación. *Me sentía observando la escena desde una distancia remota, ajena a mi propio cuerpo.*

Con delicadeza, me empujó hacia atrás con su cuerpo, y ambos nos tumbamos en la cama. El peso de su pecho contra el mío me hizo sentir una mezcla de emociones encontradas. Por un lado, me sentía oprimida, aturdida por una cercanía física demasiado intensa para procesarla. Pero, al mismo tiempo, su presencia era embriagadora.

Su olor, esa fragancia única que siempre lo acompañaba, llenaba mis sentidos y me hacía perder el equilibrio mental. Flotaba en un océano de sensaciones contradictorias: nerviosismo, deseo, incertidumbre.

Sus manos recorrían mi cuerpo con una torpeza inusual, deteniéndose y retrocediendo, perdido en el mapa de mi piel. Quizás yo tampoco ayudaba, rígida como una tabla, incapaz de disimular mis nervios.

—¿Pasa algo? —pregunté, rompiendo el silencio con una voz apenas audible, cargada de confusión.

Él se detuvo por un momento, mirándome fijamente. Luego, con una ternura inesperada, apartó un mechón de pelo de mi rostro y lo colocó detrás de mi oreja. Su expresión se suavizó, aunque sus cejas seguían ligeramente fruncidas.

—No —respondió en un susurro, con su voz resonando en el espacio íntimo que compartíamos—. ¿Quieres hacerlo, no?

Asentí rápidamente, tratando de disipar cualquier duda que pudiera tener. Acerqué mi mano a su mejilla y la acaricié con suavidad, queriendo transmitirle seguridad, aunque mis propias inseguridades seguían ancladas en mi pecho.

—Sí, claro —dije, forzando una sonrisa que esperaba sonara convincente.

—Vale —murmuró, y entonces vi cómo sacaba algo del bolsillo trasero de sus vaqueros. Un condón. Lo colocó cuidadosamente sobre la mesita de noche, y ese simple gesto me hizo detenerme por un instante. *¿Cuándo lo había cogido? La idea me golpeó como una ola fría, aunque traté de ignorarla. Mi mente empezó a divagar, imaginando cuántas veces habría hecho lo mismo, cuántas veces habría estado en esta situación. Pero, al mismo tiempo, algo dentro de mí quería creer que esta vez era distinta, que yo era distinta*.

El silencio volvió a envolvernos, pero esta vez era más pesado, más denso. Sentía su respiración cerca de mi oído, su calor

rodeándome por completo. Cerré los ojos, intentando dejar de pensar, deseando simplemente sentir. Sin embargo, las preguntas seguían ahí, latentes, como sombras que no podía dispersar por completo.

Quería concentrarme solo en él, en su calor, en la textura de su piel bajo mis dedos, en el ritmo pausado de su respiración.

Intenté apartar cualquier pensamiento que no fuera ese momento, convenciéndome de que ya era suya, que aquello tenía sentido, que si mi alma ya le pertenecía, mi cuerpo también debía seguir ese camino. Era inevitable, natural… o al menos eso quería creer.

Nos miramos un instante sin decir nada, nuestras respiraciones entrecortadas rompiendo el silencio del cuarto. Él sonrió con ternura, aunque pude ver en sus ojos un destello de nerviosismo que me hizo sentir menos sola.

Nos quitamos la ropa lentamente. El aire fresco acarició mi piel desnuda, y de inmediato sentí el impulso de cubrirme con las manos, avergonzada por mi vulnerabilidad.

—No te tapes —dijo él con una media sonrisa burlona, aunque su tono era suave—. Estás preciosa, incluso cuando intentas esconderte.

Sus palabras lograron arrancarme una pequeña risa nerviosa. Me relajé un poco más, permitiéndome observarlo también. Su cuerpo era más delgado de lo que imaginaba, con cicatrices pequeñas y algunos tatuajes que no había visto.

Él, por su parte, fingió hacer una pose exagerada, como si estuviera posando para una revista, lo que provocó que ambos nos riéramos.

Cuando finalmente nos acercamos el uno al otro, hubo un momento de vacilación. Sus manos rozaron mi cintura con delicadeza, en un gesto cargado de temor. Sentí su respiración cerca de mi oído, cálida y entrecortada, mientras sus labios trazaban un

camino lento por mi cuello. Cerré los ojos, tratando de disfrutar de cada sensación, pero cuando lo sentí entrar en mí por primera vez, un pinchazo agudo me hizo contener el aliento. Él se detuvo al instante, preocupado.

—¿Estás bien? —preguntó, con su voz apenas un susurro.

Asentí, tragando saliva, y él continuó con movimientos lentos, cuidadosos. Poco a poco, el dolor dio paso a otras sensaciones: el calor de su piel contra la mía, el ritmo sincopado de su respiración en mi oído, el peso de su cuerpo que, en lugar de asfixiarme, me anclaba a la realidad.

Se movía con una mezcla de urgencia e incertidumbre. A veces se detenía para preguntar si estaba bien, otras veces simplemente me miraba. Yo me perdí en sus gestos, en la forma en la que el sudor caía sobre su frente, en la manera en que su mandíbula se tensaba cuando intentaba controlar su propio ritmo.

Intenté seguirle, perderme en el momento, pero el clímax se me escapó como agua entre los dedos. A él, sin embargo, lo vi perderse en el placer, sus músculos tensándose como cuerdas de violín antes de relajarse por completo sobre mí, con su respiración agitada calmándose gradualmente.

Entonces la vergüenza regresó como una oleada inesperada, y me cubrí por completo con la manta, intentando esconderme de su mirada. No sabía qué hacer ni qué decir. Aún podía sentirlo dentro de mí, el eco del dolor que había dejado, pero también algo más profundo, algo que no podía explicar con palabras.

Él se recostó a mi lado, su torso desnudo brillaba bajo la tenue luz de la lámpara. Con un gesto casual pero deliberado, apartó la manta que me cubría.

—Ha estado bien, ¿no? —preguntó, con la voz ronca por el cansancio.

—Sí, ha estado... muy bien —respondí, buscando refugio. Mi cabeza encontró su pecho, donde el latido de su corazón, ya

calmado, me transmitía una seguridad que mis propias dudas no podían contradecir.

Él soltó un gruñido satisfecho, mientras sus dedos jugueteaban con mis cabellos antes de romper el momento con uno de sus comentarios:

—Menos mal, porque si hubiera sido malo, tendría que practicar mucho más. Y no sé si aguantaría tanto entrenamiento esta noche, enana.

Levanté la vista para mirarlo, aunque él ya tenía los ojos cerrados. Sonreí sin poder evitarlo, sintiendo cómo una sensación cálida se extendía por mi pecho.

Sabía que lo que acababa de pasar entre nosotros no era solo físico; algo había cambiado, algo profundo e invisible que nos había acercado de una manera irreversible.

42

Me sorprendió lo rápido que se había quedado dormido. Bajo la luz anaranjada de la lámpara, su rostro parecía aún más bonito, relajado, casi inocente. Las pestañas rubias proyectaban sombras suaves sobre sus mejillas, y las pecas que apenas se intuían en la nariz y el arco de los pómulos se volvían más visibles en aquella quietud. Me incliné para dejar un beso ligero en su mejilla antes de incorporarme, con cuidado de no despertarlo, aunque la cama ya parecía completamente suya.

—¿Dónde vas? —murmuró sin abrir los ojos. R.J. nunca parecía dormir del todo.

—Al baño —respondí en voz baja mientras me ponía la ropa interior y su camiseta negra, que me caía como un camisón improvisado.

No protestó. Se acomodó mejor entre las sábanas, estirándose con pereza antes de girarse de lado y abrazar la almohada, respirando profundo, rendido al sueño.

Al caminar hacia el baño, un dolor residual entre las piernas me recordó lo ocurrido. No era agradable, pero sí una confirmación física, imposible de negar, de que todo había sido real.

Frente al espejo me observé con una mezcla de pudor y cansancio: el pelo revuelto, el rímel ligeramente corrido, la piel aún enrojecida. Me eché agua en la cara intentando recomponerme, aunque lo único que conseguí fue empeorarlo. Entonces vi el cartel que advertía que el agua no era potable. Suspiré, con la garganta seca, hasta que recordé la máquina de bebidas del pasillo.

Fui directa a la entrada, donde R.J. había dejado su cartera, y cogí un par de monedas.

—Ey —murmuré, agachándome junto al lado de la cama donde él respiraba con un ritmo profundo y pesado, completamente fuera de combate.

—Voy a coger algo de beber a la máquina de fuera. ¿Quieres algo?

Ni siquiera abrió los ojos; negó levemente con la cabeza y siguió durmiendo.

Salí descalza al pasillo. El cemento aún conservaba el calor del día y se pegaba a la planta de mis pies mientras avanzaba hacia la máquina, a unas pocas habitaciones de distancia. A medida que me acercaba, reparé en una puerta abierta más adelante. Me extrañó la hora. Dos hombres parecían discutir en voz baja, aunque no le di demasiada importancia y seguí caminando.

Frente a la máquina dudé un instante. Mi primera idea había sido una botella de agua, pero la Coca-Cola fría me llamó con insistencia. Pulsé las teclas sin pensarlo más y esperé a que la lata cayera con un golpe seco. Al cogerla, el metal helado me reconfortó. La abrí y di un trago largo, saciando al fin la sed.

Fue entonces cuando la voz llegó hasta mí.

—¡Sé que esa puta yonqui está aquí! ¡Dile que quiero mi maldito dinero, que salga de una puta vez!

La lata se me resbaló de las manos y cayó al suelo, desparramando la bebida fría sobre mis pies. No necesitaba mirar para saber quién era, pero lo hice igual.

Uno de los hombres del pasillo era Terry. Estaba igual o peor que siempre: borracho, descompuesto, gritando a otro que se interponía en la puerta para evitar que entrara. No lograba escuchar qué le decía; yo me había quedado completamente paralizada.

Entonces, como si hubiera sentido mi mirada, giró la cabeza y sus ojos se clavaron en mí.

—¡Olivia! ¡Ya te veo, puta! ¡Devuélveme mi mercancía! —bramó antes de echar a correr en mi dirección.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. Corrí. Corrí tan rápido como pude, sin sentir las piernas ni los pies, con el corazón golpeándome en la garganta. Alcancé la habitación y cerré la puerta de un portazo, forcejeando con el pestillo hasta que por fin encajó.

—¿Qué coño pasa? —La voz de R.J. sonó cargada de sueño pero instantáneamente alerta, mientras se incorporaba de la cama, frotándose los ojos.

Unos golpes brutales sacudieron la puerta, tan fuertes que me hicieron apartarme de ella de un salto sin siquiera responder a R.J. Crucé la habitación casi corriendo hasta el otro lado de la cama, mientras él reaccionaba con una rapidez que me dejó helada: se incorporó de un solo movimiento, se puso los pantalones a toda prisa y fue directo a la cómoda. Tomó la pistola y se la colocó en la parte baja de la espalda. Antes de abrir, me miró con intensidad y me hizo un gesto claro, firme, para que me quedara donde estaba, lejos.

Quise gritar. Quise decirle que no abriera, que no lo hiciera. Pero mi garganta se cerró y no salió ningún sonido.

La puerta se abrió de golpe.

En el umbral apareció Terry. La camisa medio desabrochada dejaba ver su pecho sudoroso y enrojecido. Tenía los ojos inyectados en sangre, brillantes, desquiciados, cargados de alcohol y rabia. Su sola presencia parecía llenar la habitación, espesa y amenazante.

Mi respiración se volvió rápida, irregular. Sentí cómo el temblor se apoderaba de todo mi cuerpo, imposible de controlar. No podía apartar la mirada de él.

—Joder… ¿qué coño haces tú aquí, niñato? —escupió, apoyándose en el marco de la puerta para no perder el equilibrio, claramente sorprendido.

R.J. se movió de inmediato, colocándose de forma instintiva entre Terry y yo, bloqueándome parcialmente la vista.

—Lárgate de aquí, pedazo de mierda —rugió R.J., con una voz que parecía brotar directamente desde lo más profundo de su ser.

—¿O si no qué, eh? —arrastró las palabras con una mueca despreciable—. He venido a por el puto dinero que la zorra de su madre me robó.

—Ese no es mi puto problema —respondió R.J., y vi cómo su mano se tensaba al desplazarse hacia su espalda.

—Yo creo que sí lo es, chico —replicó Terry, girando la cabeza para mirarme directamente—. Porque si no la encuentro a ella, me lo va a pagar la zorra de su hija. Todas sois unas putas mentirosas.

Sentí el impacto de esas palabras como un golpe seco en el pecho. Mi cuerpo entero empezó a temblar con más fuerza. El odio en su voz era puro, venenoso.

—Te lo advierto —añadió R.J. con una voz peligrosamente controlada.

Pero Terry no retrocedió. Al contrario, dio un paso más hacia dentro, disfrutando del caos, ignorando deliberadamente el peligro que tenía delante. Alzó las manos en un gesto burlón, retador, sonriendo de lado.

—Te lo repito, mocoso de mierda… ¿y si no qué?

El silencio que cayó después fue insoportable. Más aterrador que cualquier grito.

—Si no... juro por Dios que te mato.

No era una amenaza vacía. Lo supe al instante. En sus ojos no había ira descontrolada, sino algo peor: una calma absoluta, un abismo negro dispuesto a tragarse a Terry sin dudarlo.

Todo empezó a moverse a cámara lenta en el instante en que Terry se lanzó sobre R.J. Su cuerpo corpulento avanzó como un toro

desbocado, impulsado por la furia y el alcohol, ocupando todo el espacio con una violencia brutal.

R.J. reaccionó con una rapidez casi instintiva. Se apartó del primer embiste con la agilidad seca de un animal acostumbrado a pelear y, sin dar margen, contraatacó. Su puño trazó un arco limpio y seco que impactó de lleno en el rostro de Terry. El golpe resonó en el aire y lo hizo retroceder unos pasos, tambaleándose.

Pero Terry no cayó. Era grande, pesado, hecho de fuerza bruta, de años de trabajo bajo el sol y de una rabia que parecía haberse enquistado en sus huesos. Recuperó el equilibrio y respondió con un golpe devastador. Su puño encontró el costado de R.J. con una precisión cruel. Escuché el sonido sordo del impacto, seguido del jadeo ahogado que escapó de sus labios.

Yo me había quedado congelada. Las manos me temblaban pegadas al pecho, inútiles, como alas rotas. R.J., sin embargo, se recompuso de inmediato y volvió a lanzarse, impulsado por esa mezcla peligrosa de orgullo y furia que lo hacía tan temerario. Encadenó varios golpes rápidos; uno de ellos alcanzó la mandíbula de Terry y lo obligó a retroceder de nuevo.

Durante un segundo sentí esperanza. Tal vez R.J. podría con él. Tal vez aquello acabaría ahí.

Pero no fue así.

Terry lo atrapó con ambas manos y lo arrojó contra el suelo. El golpe fue seco, brutal. Sentí que el mundo me daba vueltas. R.J. intentó incorporarse, escupiendo sangre brillante, pero Terry ya estaba encima. Le agarró del cuello y levantó el otro brazo, preparado para rematarlo.

—¿Esto es todo lo que tienes, mocoso? —escupió, y su voz era el sonido del odio fermentado.

El puñetazo que siguió me desgarró por dentro. Vi la cabeza de R.J. sacudirse violentamente, la sangre salpicando bajo la luz de la

habitación. Su cuerpo se desplomó hacia atrás, con los brazos abiertos como un crucificado.

Algo se rompió dentro de mí.

El miedo se transformó en fuego. Antes de poder pensarlo, mis piernas me llevaban hacia ellos. Un grito, ronco y desgarrado, un sonido que no reconocí como propio, rasgó la noche:

—¡BASTA!

Terry se giró hacia mí. El pecho le subía y bajaba con una violencia apenas contenida.

Me lancé sobre él sin pensar, con una determinación ciega, desesperada. Solo quería apartarlo de R.J., sacarlo de encima de él. Pero mi intento fue ridículo frente a su fuerza. Con un gesto brusco, casi indiferente, me arrojó a un lado. Choqué contra la cómoda con un impacto que me sacudió hasta los huesos. El aire salió de mis pulmones en un jadeo seco.

Aun así, no me rendí.

Vi cómo volvía a girarse hacia R.J., dispuesto a seguir golpeándolo. Tomé lo primero que encontré: la lámpara. La levanté con ambas manos y la descargué contra su espalda con toda la fuerza que tenía, con todo el miedo, la rabia y la desesperación acumulados.

El vidrio estalló. Terry rugió, un sonido de bestia herida, y se volvió. Había conseguido mi objetivo: apartarlo. Pero ahora toda la tempestad de su violencia tenía un nuevo epicentro: yo.

—¡Eres una maldita zorra y te voy a dar tu merecido!

Sus manos se cerraron alrededor de mi cuello. El aire desapareció de golpe. Me lanzó contra el suelo y el impacto me dejó aturdida, la visión nublada, como si mirara el mundo a través de un cristal empañado. No sentía dolor, solo una extraña lejanía, como si mi mente se hubiera apartado para no romperse.

Se montó encima de mí. Su peso me aplastaba. El primer puñetazo me golpeó la mejilla; el dolor llegó tarde, amortiguado por la niebla que me envolvía. Solo escuchaba mi respiración rota y el latido desbocado de mi corazón.

Las voces me llegaban distantes, apagadas. Gritos. Era R.J. Intentaba alcanzarme, lo sentía, aunque no podía enfocar nada.

Entonces, entre el caos, algo frío rozó mis dedos.

El disparo estalló como un relámpago. El sonido me dejó sorda durante un segundo. El cuerpo de Terry se desplomó sobre mí, pesado, inerte. Su sangre caliente se derramó por mi cuello, mi pecho, mi rostro.

El mundo siguió girando cuando conseguí empujarlo y liberarme. Mis manos temblaban, rígidas, aún cerradas alrededor del arma humeante. Al levantar la vista, R.J. me miraba con una expresión que jamás le había visto.

Yo había disparado.

Yo lo había matado.

En mis manos sostenía el arma de R.J. En algún momento de la pelea había salido despedida y había ido a parar junto a mí, bajo la cama. Ahora ya no estaba allí. No la veía. No la sentía.

Y aun así, el peso seguía clavado en mis palmas.

No era real, lo sabía. Era una memoria física, un eco persistente, como si la pistola se hubiera quedado grabada en mi cuerpo de la misma forma en que aquella noche se había grabado en mi cabeza.

Cerré los dedos, vacíos, pero la sensación no desapareció.

Volví a mirar aquel cartel, que parecía devolverme la mirada con un desafío silencioso.

VALENTINE.

Oxidado, torcido, inmóvil bajo el cielo del desierto. Exactamente igual que siempre. Inalterable ante esos seis años que solo habían

pasado para mí.

Estaba sentada dentro del coche, incapaz de avanzar un metro más. El motor seguía en marcha, pero yo no. Algo me retenía al otro lado del volante, una barrera que no se veía pero que pesaba tanto como el hormigón.

Apreté las manos contra el volante. Inspiré hondo, pero el aire no parecía llegarme del todo a los pulmones.

No podía entrar.

No todavía.

Valentine no era solo un lugar. Era una herida abierta. Y yo seguía sangrando.

Bajé la cabeza y apoyé la frente contra el volante. El silencio del desierto me envolvió de inmediato, denso, casi opresivo.

Sabía que no había vuelta atrás: no podía regresar a casa sin los papeles del divorcio. Eran más que simples hojas de papel; representaban la última barrera entre mi pasado y el futuro que tanto anhelaba construir.

Con los dedos temblorosos, saqué el móvil del bolso. Dudé un instante, apenas un segundo suspendido en el aire, antes de marcar un número que no figuraba en mi agenda, aunque lo conocía de memoria. Habían pasado años desde la última vez que lo había usado. Ni siquiera sabía si quien estaba al otro lado seguía viviendo donde yo recordaba. Aun así, si quedaba alguien de aquel entonces en quien pudiera confiar, era él.

La pantalla del móvil parpadeó con un mensaje frustrante: "Sin cobertura". Un golpe de pánico me atravesó.

Entonces, casi como una burla del destino, apareció una fina rayita de señal en la esquina de la pantalla.

No lo pensé dos veces. Volví a marcar el número, con el corazón golpeándome las costillas, rogando en silencio que aquel golpe de suerte no se desvaneciera antes de tiempo.

—¿Quién es?

La voz llegó distorsionada, entrecortada por la mala conexión. Aun así, era tan familiar que me estremecí.

—Hola…

Mi propia voz sonó pequeña, insegura. Tragué saliva antes de continuar, con la garganta cerrándoseme de golpe.

—Soy… Jolene.

Pronunciar aquel nombre fue como clavarme un cuchillo.

Al otro lado de la línea se hizo un silencio breve. Miré el móvil con aprensión, temiendo que la señal se hubiera ido.

—¿Jolene? Hay que joderse… —soltó con una carcajada ronca.

—Estoy en Texas. ¿Sigues viviendo en Fort Davis? —pregunté, aferrándome al móvil.

Al otro lado se hizo una pausa más larga, esta vez llena de una mezcla de incredulidad e indignación.

—Sí, aquí sigo. Pero ¿qué diablos haces tú en Texas? —replicó. Su tono era brusco, casi molesto, aunque bajo esa dureza asomaba una preocupación que no pasó desapercibida.

—Puedo ir a verte. Te lo explicaré todo —le supliqué, sintiendo cómo mi voz temblaba ligeramente. Sabía que lo estaba poniendo en una situación incómoda, pero no tenía otra salida.

—No me jodas… —murmuró, delatando con su tono que la sola idea ya le pesaba demasiado.

—Te prometo que solo será una noche —insistí, apretando el móvil con fuerza. Las piernas me temblaban mientras lanzaba una mirada nerviosa hacia el cartel.

—Joder… está bien —cedió al fin, con la frase entrecortada por la interferencia.

—Gracias, Bryan —susurré, con un alivio que me aflojó el pecho.

No hubo tiempo para nada más. La llamada se cortó de golpe. Bajé la vista al móvil: la cobertura había desaparecido por completo.

Tragué saliva y giré el volante.

El coche se alejó del cartel de Valentine, dejándolo atrás, como se deja atrás algo que aún duele demasiado como para mirarlo de frente.

No era una huida.

Volvería.

Pero no hoy.